

# VIAJES REGIOS

POR MAR

EN EL TRANSCURSO DE QUINIENTOS AÑOS.

NARRACIÓN CRONOLÓGICA

ORDENADA POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO,

de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes  
de San Fernando.



MALRID

EST. TIP. «SUCESESOS DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20.

—  
1893

HESPERIA  
LIBROS HISPANICOS  
ZARAGOZA  
ESPAÑA

# VIAJES REGIOS POR MAR

EN EL TRANSCURSO DE QUINIENTOS AÑOS.

C.1159737

t.123686





# VIAJES REGIOS

POR MAR

EN EL TRANSCURSO DE QUINIENTOS AÑOS.

NARRACIÓN CRONOLÓGICA

ORDENADA POR

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO,

de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes  
de San Fernando.



MADRID

EST. TIP. «SUCESTORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—  
1893



R. 9422 6

---

## VIAJES DE D. PEDRO DE CASTILLA.

---

1356-1366.

Hay escrito elegante de D. Patricio Aguirre de Tejada <sup>1</sup> enderezado á la mención de «candillos coronados que así regían, en España, un potro como gobernaban una flota.» Walia, Amalarico, Leovigildo y Wamba entre los reyes godos, y los Abderramanes, califas de Córdoba, son términos de las primeras series que presenta, mientras no empieza la de los condes de Barcelona, fundadores de la marina catalana, rival un día de las de Pisa, Génova y Venecia, que señoreaban el Mediterráneo. Siguen los monarcas aragoneses con empresas tales como la conquista de Mallorca, las de África, Sicilia, Cerdeña y la homérica de Atenas y Constantinopla, acabando en Alfonso V, «rey y soldado, general y político, almirante y diplomático», al hacer su entrada triunfal en Nápoles.

La índole del trabajo <sup>2</sup> obligaba al autor á condensar

<sup>1</sup> Años ha: siendo capitán de fragata.

<sup>2</sup> Titúlase *Nuestros reyes al frente de sus escuadras*, y se publicó en la *Revista Contemporánea*, t. XLIII, pág. 5. Madrid, 1883.

los sucesos fijándose en los culminantes, ó sea en los de la guerra (en todos tiempos más considerados de las gentes, aunque convengan éstas razonablemente en que es la guerra azote de la humanidad), y otra razón limitó, sin duda, la excepcional conmemoración en la reseña de un rey de Castilla, á quien los más allegados hicieron «de príncipe noble y generoso, hombre implacable en sus justicias y á menudo cruel en sus venganzas.»

Consistía la razón en que otro literato marino, don F. Javier de Salas, eligió anteriormente por tema de su hermoso discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia <sup>1</sup> la empresa naval, mostrando «cuán grande aparece en este punto ese Rey á quien tanto se ha empequeñecido, ora por no discernir sus crímenes de sus elevadas condiciones, ya por sujetar el criterio á una sola de sus facetas, ó bien por acomodar la crítica á impresiones determinadas del ánimo; sin quererse indagar las causas que despertaron su sevicia, para atenuar, ya que no disculpen su furor.»

Mas como quiera que el brillante cuadro presentado por el académico, teniendo por objeto las expediciones capitaneadas en son de guerra por los monarcas de Aragón y de Castilla, no abarcaba las que el último hiciera con distintas miras, aquella razón, ni la más poderosa del contraste de mi estilo rudo, no empecen á la exposición de esas otras campañas por principio de una serie

<sup>1</sup> *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia* en la pública recepción de D. Francisco Javier de Salas, el día 1.º de Marzo de 1868. Madrid, imprenta de T. Fortanet, 1868, 4.º El de contestación es obra de D. Aureliano Fernández-Guerra.

de viajes regios, desatendidos ó pospuestos hasta ahora en la historia precisamente porque Marte no los presidía.

Fuera cruel ó justiciero en tierra, no ofrece duda que en la mar fué D. Pedro bizarro, emprendedor y casi siempre afortunado, por declararlo como testigo de mayor excepción un cronista nada favorable á su memoria.

Es Pero López de Ayala quien refiere cómo en varias ocasiones se entró D. Pedro en los bajeles con una resolución no habida en los soberanos de su tiempo, si se exceptúa á Eduardo III de Inglaterra, que, como él, quiso reparar personalmente los agravios, aunque en circunstancias que le colocan muy por bajo del monarca castellano. Eduardo defendió valerosamente sus costas de la invasión de fuerzas extrañas, sin nacionalidad ó bandera definida; D. Pedro invadió las de otro Rey que no reconocía superior en el dominio del Mediterráneo; insultó su capital, paseó sus costas, y ni este Rey ni sus almirantes afamados se atrevieron á esperar la acometida del provocador, cuanto más á atacarle.

Debe, pues, ser considerado D. Pedro de Castilla, en tierra justiciero ó cruel, como uno de los primeros reyes, el primero acaso en el Occidente de la Península que vió con claridad el provecho de las aguas que limitaban sus Estados para hacerlos respetables, y es de equidad elevar sobre las insuficientes noticias de Ayala, sobre el concepto de *rey mancebo de grand corazon e de grand*

bollicio, que amaba siempre la guerra», el de hombre superior á las preocupaciones de la época y de condiciones personales con que procuró dominar la arraigada prevención de sus gentes contra un medio antipático, por desusado y peligroso, dejando por lección simbólica, entre las joyas de la Corona, una nao de plata y una galera de oro <sup>1</sup>.

En punto á viajes, hay noción de alguno independientemente de la referida campaña, aunque relacionado en cierto modo con ella.

El caso fué que hallándose D. Pedro en Sevilla el año 1356, salió por el Guadalquivir abajo en una galera, á divertirse presenciando la pesca de atunes en las almadrabas de la costa, y al llegar á Sanlúcar de Barrameda halló en el puerto galeras catalanas que enviaba el rey de Aragón en ayuda del de Francia, ó á su servicio en la guerra contra el de Inglaterra, rigiéndolas el capitán Francés, ó Francisco de Perellós.

Supo el Rey que no había respetado este aragonés la inmunidad del lugar á do venía á proveerse. Según noticias, viendo en el puerto dos naves mercantes placentinas, las apresó alegando que llevaban carga de propiedad de genoveses, con quienes los catalanes habían guerra entonces; según otras, fué aún mayor el desacato de Perellós, pues estando el soberano en el puerto se avistó una galeota genovesa, y en presencia de aquél y hasta el costado de su galera Real fué persiguiéndola.

Envió D. Pedro secretario suyo con recado atento,

<sup>1</sup> Testamento del Rey D. Pedro. Academia de la Historia.

advirtiéndole al capitán de Aragón no tanto la sinrazón de su conducta, como el deseo de que por sí mismo la enmendara. «Le requirieron, dice Ayala, que pues aquellos bajeles estaban en su puerto, que no los quisiese tomar; otro si, que lo dejase de facer por honra dél, pues estaba presente.»

Perellós se obstinó arrogantemente en la ofensa, saliéndose del puerto con las presas ó con su valor en venta, y el Rey, en represalia intimada oportunamente, mandó embargar los bienes y las personas de los catalanes residentes en Sevilla; mas la medida no satisfacía la ofensa que personalmente sentía del osado capitán y que quería castigar por su persona, acordándole consideración nunca usada.

Cuál estaría de cólera, se advierte por las resoluciones inmediatas; para volver á Sevilla en la galera aguas arriba del río, necesitaba días; en uno sólo se puso en la ciudad á caballo, andando catorce leguas, y no debieron emplearse muchos más en armar precipitadamente siete galeras y seis naos, pues que salía con ellas el Rey esperanzado de alcanzar en la costa de Portugal á las catalanas.

«Los ricos homes e caballeros e homes de hacienda de Sevilla non le pudieron impedir que se embarcase, e fue el primer rey de Castilla que contra enemigos se puso en la mar, ca su corazón era tal, que quisiera facer piezas á los de Aragon e á Mosen Perellós.»

¡Si bogarían con fuerza los remeros! Bogaron en verdad inútilmente, pues en Tavira se supo haber muchos días que las galeras habían partido para Francia.



Regresó D. Pedro despedido á Sevilla concluyendo su primer viaje, breve en el tiempo, corto en la distancia, desastroso en las consecuencias que fueron enlazándose.

Por de pronto, no apartando la vista de las galeras catalanas, como hallaran al rey de Francia en situación crítica, vencido, desbaratado y preso por el Príncipe de Gales, comprando la paz á costa del ducado de Guiena, negocio que colocaba á los ingleses definitivamente en la frontera de España, nada pudo hacer Perellós, ni aun volverse, perdiendo en el puerto de Arafor las galeras <sup>1</sup> cuando más las necesitara su señor; que don Pedro de Castilla, no alcanzando inmediata satisfacción de la ofensa recibida en Sanlúcar, declaró la guerra al de Aragón, empezándola con la toma de la ciudad de Tarazona <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Eran diez, según autores; nueve dicen otros.

<sup>2</sup> Zurita, *Anales*. Lib. ix.

Observa D. Juan Catalina que los términos de la carta dirigida en queja por el rey de Castilla al de Aragón, no conforman con los de la Crónica de Ayala.

Declaró D. Pedro que estaba en Cádiz visitando sus villas y castillos cuando ocurrió el atentado de Perellós, que mandaba nueve bajeles.

El historiador italiano Mateo Villani (edición de Florencia de 1581, pág. 370) revistió el suceso con adornos novelescos, diciendo que aficionado en demasía D. Pedro I á las mujeres, y no bastando á sus solaces las cámaras *e nobili verziéri*, púsose con alegre compañía en una barca y salió á divertirse al mar. Como la embarcación no tenía apariencias bélicas, una nave catalana que pasó junto á él se atrevió á exigirle que declarase el nombre de su dueño y las mercancías que llevaba. Por orden del Rey no se contestó á las preguntas, y reiterándolas con mayor empeño los catalanes, y no obteniendo tampoco respuesta, combatieron á saetas



La ocasión pareció de perlas al conde de Trastámara, cabeza de la conspiración permanente de los hermanos contra el hijo legítimo de su padre. Don Fadrique, menos cauto que los otros, perdió la vida desastrosamente; la perdiera lo mismo D. Tello, á no escapar sin pérdida de tiempo hacia su señorío de Vizcaya. Allí le siguió el Rey, emprendiendo el segundo viaje de mar, porque don Tello se había embarcado en Bermeo (el 7 de Junio de 1358), y lo mismo que la vez primera, le instigó el deseo de venganza á ir en pos del fugitivo con las naves que halló á mano. El resultado fué igual, no bastando el acicate de la rabia á empujar la carrera de los bajeles en el oleaje embravecido, ganada delantera por la pinaza de remos del que escapaba. Iba ésta aproximándose á Bayona de Inglaterra cuando no pasaba de la altura de Lequeitio el Rey; volvió, pues, á Bermeo enojado.

la barca de D. Pedro, hasta que vieron que era castellana la tripulación, y entonces siguieron su camino.

En la referida carta, fecha en Sevilla á 8 de Agosto de 1356, inserta en la *Crónica de D. Pedro IV de Aragón*, y que hubo de llevar un mensajero llamado Gil Velázquez de Segovia, dícese que Perellós se apoderó de las naves y mercaderías placentinas *viendo nos por nuestros ojos*.

Recuerda otros agravios anteriores hechos por naves de Aragón y Cataluña, que impedían el comercio y habían apresado los buques que iban á Sevilla con pan, ocasionando la muerte de más de cien mil personas por hambre.

Don Juan Catalina relata los sucesos de esta guerra, y como para acabarla reclamaba D. Pedro de Castilla 8.000 florines de oro por una nave castellana que robaron los mallorquines, matando á los tripulantes, y 120.000 por indemnización del atropello de Perellós, sin contar el menosprecio é injuria *que non pueden auer estimación*.

Pasando por tierra á Sevilla, mandó armar 12 galeras, que con seis más, tomadas á sueldo de armadores genoveses, una nao de Laredo y buen número de ballesteros, componían armada suficiente para retar á la de Aragón. Don Pedro se dirigió, gobernándola en persona, á la villa de Guardamar, que tomó sin gran dificultad: no así el Castillo, cuya resistencia exigió cerco, desembarcando la mayor parte de la gente con poca prudencia. Saltando el viento de travesía en el tiempo en que no quedaban en las galeras brazos suficientes, dieron en tierra, perdiéndose, sin que se librasen del desastre más de dos, una del Rey y otra de genoveses, que ganando la mar, se refugiaron en Cartagena. Con el contratiempo se malogró la campaña naval, sin otro daño al enemigo que el incendio de la mencionada villa, viéndose obligado D. Pedro á emprender otras operaciones por tierra; empero no le satisfacían sino aquéllas que le condujeran al reparo de la afrenta sufrida de los bajeles de Aragón, atacando á su adversario en donde se preciaba de más fuerte y donde más sensibles habían de serle los desengaños del poder <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> No aprecia el Sr. Catalina, antes citado, los móviles del rey de Castilla como lo han hecho los historiadores marinos, singularmente D. Javier de Salas; escribe, sin embargo:

«El Rey puso empeño en que la guerra tuviese por principal teatro las aguas del mar. Ó tuvo miedo al poder de sus enemigos por tierra, ó movióle, para honra suya, el gran pensamiento de dar nuevos rumbos á la lucha, atacando las costas de sus enemigos, llevando el terror de las armas á las ciudades más insignes de Aragón, y dirigiendo la punta de la espada al lado más flaco de su rival. Era más lento y costoso ganar legua á legua un territorio erizado de fortalezas y guarnecido de mesnadas poderosas, que dirigir

El año siguiente de 1359, acudiendo á los repuestos de las Atarazanas de Sevilla, á las villas de la costa de Cantabria y á sus aliadas de Portugal y Granada, tuvo presta en el mes de Abril fuerza de más empuje que la otra; armada verdaderamente imponente en que podía ir seguro de vencimiento. De pertenencia de la Corona iban 28 galeras, 2 galeotas y 4 leños; de las villas del reino, 80 naos grandes ó *de castil davante*<sup>1</sup>; del rey Mahomad, 3 galeras moras; del rey de Portugal, 10 galeras, una galeota, de suerte que sumaban 41 galeras, 3 galeotas, 4 leños y 81 naos, contando una carraca veneciana *de tres cubiertas*, tomada á sueldo.

D. Pedro de Castilla embarcó en una galera grande ganada á los moros en tiempo de D. Alfonso XI en el cerco de Algeciras; era de la especie nombrada *Oxel* ó *Uxel*, destinada por los sarracenos á pasar mucha gente de una vez desde Centa á Gibraltar ó Algeciras, y que

una escuadra contra Valencia, Barcelona y las demás plazas marítimas, y, como tales, las más ricas del señorío de Pedro IV. Por esto es forzoso declarar digno de admiración aquel propósito y advertir los medios de que se sirvió el rey de Castilla para conseguirlo.»

Y tanto: basta considerar que ni antes ni después de D. Pedro buscaron en la mar los reyes de Castilla campos de batalla, por ser muy inferiores sus recursos navales á los de los reyes de Aragón, é inferiores eran también en esta guerra, sostenida por el ánimo sin igual del Monarca castellano, aunque, según el referido Sr. Catalina, «debía saber que las fuerzas marítimas del aragonés estaban mermadas y enflaquecidas por sus guerras fuera de Aragón.»

Expresa este autor que al ataque de Guardamar llevó D. Pedro de Castilla 12 galeras suyas, 10 de Portugal y 6 genovesas, cayendo sobre la plaza el 17 de Agosto de 1358.

<sup>1</sup> Crónica, año 1359, cap. XI.

podía llevar abajo 40 caballos. El Rey mandó hacerle tres castillos, en las extremidades y en el centro, encomendando el de popa á Pero López de Ayala (el cronista), el de en medio á Arias González de Valdés y el de proa á Garci Álvarez de Toledo, patrón de la galera Real. Por guarnición llevaba 100 hombres de armas y 120 ballesteros, aparte de marineros y remeros y de la nata de la caballería, séquito del soberano.

En buenas manos había puesto las otras galeras; el almirante de Castilla Gil Bocanegra, acompañado de sus hijos y hermanos Ambrosio, Bernal, Lanzarote y Bartolomé; el Maestre de Calatrava Diego García de Padilla, Pero Fernández de Velasco, Diaz Gutiérrez de Zavallos....., larga lista de nombres ilustres habría que escribir citándolos á todos. Como marinos é hijos de marinos sonados, se encontraban en la compañía Garci Jofre Tenorio, Ferrando Sánchez de Tovar y Juan Ferrández de Tovar, su hermano.

Se hizo á la mar D. Pedro á fines de Abril, y embocó el Estrecho, señalando como puntos de reunión y escala Algeciras y Cartagena. El castillo de Guardamar, resistente el año anterior, sucumbió en pocos días; en los Alfaques vino á la galera Real el Legado del Papa con palabras de tregua, no escuchadas: acercábase el día ansiado del rey de Castilla; el de ver á Barcelona con sus ojos, y allí encerradas las galeras que blasonaban de invencibles.

No consiguíó, con todo, ventaja positiva, salvo el insulto al orgullo aragonés; de seguro lo cambiara gustoso por la presa de un leño siquiera. Por conseguirlo

sufrió disparos de lombarda; se arrimó á la ciudad acaso más de lo prudente: arrancó las anclas catalanas, pero las galeras, en número de 12 <sup>1</sup>, estaban puestas en seco, fuera del medio en que sirven y de su alcance sin batalla terrestre.

Pasando de Barcelona á Ibiza con intento de tomar la villa, llegó á D. Pedro la nueva de hallarse en Mallorca el de Aragón con 40 galeras, queriendo pelear con él, y al punto abandonó toda otra idea, «ca todo el fecho de la guerra, escribe Ayala, se libraba por aquella batalla, do los Reyes por sus cuerpos avian de ser.» Parece, no obstante, que el de Aragón lo pensó mejor, enviando las galeras al mando del almirante Bernardo de Cabrera, que no mostró mayores deseos de llegar á las manos: viendo á los bajeles de Castilla anclados en Calpe, se metió el catalán en Denia; cuando aquéllos entraron en Alicante, lo hicieron en Denia los aragoneses, sin muestra de socorrer á la plaza. Al salir de nuevo para Cartagena, ni dieron señales de moverse, con cuya última prueba y parecer de su Consejo no insistió D. Pedro, dando por acabado el cuarto viaje marítimo á los tres meses de comenzado <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Según Ayala, documentos catalanes dicen eran 10 y una nao.

<sup>2</sup> Las crónicas aragonesas no conforman en las apreciaciones con las catalanas, y D. Víctor Balaguer, que se ajusta á las últimas en su *Historia de Cataluña*, expresa que derrotada la flota castellana en Barcelona, hizo vela D. Pedro de Aragón hacia las Baleares con ánimo de dar batalla, que el de Castilla no aceptó. Por ello envió en persecución al almirante Bernardo de Cabrera con 15 ó 20 galeras, pero tampoco logró que el Monarca castellano acudiese al combate que le presentaba.

Logró más adelante la captura de nueve galeras enemigas, aunque no en su presencia, lo que no impidió que sobre las tripulaciones cayera todo el peso de la saña reconcentrada <sup>1</sup>.

No por otro estímulo, hallándose sobre Valencia el año 1364, como supiera que la Armada de Aragón trayendo víveres para la ciudad se había entrado en el río de Cullera, embarcó en su flota, compuesta de 30 galeas y 40 naos, y bloqueó el río, poniendo en gran cuidado á los aragoneses, que lo hubieran pasado mal á no declararse en su favor el tiempo. Levantóse viento del Levante, que es travesía, tan fuerte, que todos pensaron que la flota iría á tierra; así el rey de Aragón y los que con él estaban se llegaron á la playa creyendo que se perdería, «e aquel dia, cuenta la crónica, la galera del rey de Castilla era la primera que estaba en la boca del río Cullera, e habia ya quebrado tres cables e perdido tres áncoras, e estaba ya sobre el cuarto cable; pero Dios quísole ayudar, e a la hora del sol puesto amansó el viento e cesó la tormenta. E fue aquel dia el rey don Pedro en gran peligro de su persona, e fizo muchos votos de romerías» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Estas galeras de Aragón, mandadas por el almirante Mateo Mercer, iban en auxilio del rey de Tremecén, y fueron derrotadas y cogidas por las castellanas en la costa de Berbería. El Almirante sufrió la dura ley de la guerra de aquellos tiempos, y fué muy sentida su muerte en Aragón por el prestigio que como marinero y capitán gozaba.

<sup>2</sup> Crónica de Ayala, año 1364, cap. iv. La de Pedro IV refiere que el rey de Castilla hizo acto público de su piedad y gratitud al Señor, yendo á la iglesia de Santa Maria con dogal al cuello, en



Si la fortuna no le favorecía en la mar personalmente, dió á su Armada victoria el siguiente año sobre Calpe, perdiendo el vizconde de Cardona, almirante de la de Aragón, cinco galeras, que fueron llevadas á Cartagena, donde mandó D. Pedro matar á los prisioneros, como antes.

En tierra no fueron las cosas tan bien en lo sucesivo por el apoyo que Francia, Aragón y Navarra llegaron á prestar á D. Enrique, desembozado pretendiente del solio. Don Pedro se veía en necesidad de contrarrestar las fuerzas extranjeras del adversario con otras igualmente extrañas, facilitadas por sus aliados de Inglaterra. En el auxilio tenía seguridad por la palabra de los mensajeros del Príncipe de Gales; en la prontitud ó las condiciones se le ofrecería duda, toda vez que adoptó la extrema resolución de agenciarlo en persona, saliendo del reino confiado en tan grave situación á la lugartenencia de Ferrando de Castro.

No era largo el viaje ni difícil el regreso, teniendo por suyo buen puerto, armada capaz del transporte de tropas y caja repleta de escudos con que pagarlas. Una entrevista acelera y acaba, por otra parte, lo que los más hábiles enviados entorpecen acaso, por extensos que poderes é instrucciones sean, y á la entrevista ins-

camisa y con bragas. Dice el Sr. Catalina que han creído algunos que fué al célebre santuario de Santa María del Puig, pero que no debió ser así, sino á la iglesia de Santa María de Murviedro. El peligro del Rey fué grande, porque además de correr el terrible temporal reinante, acechaban su pérdida, ó que diese su galera en la costa, el rey de Aragón, el de Trastámara y sus huestes. Zurita refiere estos sucesos con mucha minuciosidad.



taba el Príncipe de Gales. Los consejeros hubieron de pesar estas razones con las que en contrario les ocurrían, inclinando el ánimo de D. Pedro á la empresa de su sexta expedición marítima. Andaba en esto el año 1366. Aprestó en la Coruña 22 naos, una galera, un panfil y una carraca grande para su persona, atendiendo á que le acompañaban sus tres hijas Beatriz, Constanza é Isabel, y pasó al puerto de San Sebastián en espera de Martín Yañez, que había de salir de Sevilla con las galeras en custodia del tesoro Real, palanca esencialísima en el movimiento de la máquina discurrida.

Los cálculos fallan á menudo: ese tesoro embarcado en el Guadalquivir en cuantía de treinta y seis quintales de oro y muchas joyas <sup>1</sup>, cayó en manos de los partidarios de D. Enrique, sirviendo para dorar no pocas voluntades de las que frente á él tenían apariencias de hierro, mientras que el tesoro del Rey legítimo quedaba reducido á treinta y seis mil doblas en moneda de oro, si bien tenía consigo joyas de valor.

Á pesar de todo, D. Pedro siguió el plan, navegando desde San Sebastián á Bayona, donde estaban el Príncipe Negro y el rey de Navarra. Sirviéronle las alhajas tanto como la palabra, para hacerse agradable á la Princesa de Gales, estante en Angulema. En Burdeos estuvo también, y probablemente llevó allá la armada, pues consta haber reclutado compañías para Castilla <sup>2</sup>. Él no volvió á los navíos: de Burdeos á Nájera, de Nájera á Montiel, no le sirvieron.

<sup>1</sup> *Crónica de D. Pedro*, año 1366, cap. XIV.

<sup>2</sup> *Crónica*, año 1366, cap. XXIII.

En puridad, la ausencia de D. Pedro no excedió á la presunción de brevedad, habiendo pasado hacia Castilla por Roncesvalles, con el ejército auxiliar organizado á su costa, á fines de Febrero de 1367; en cuanto á la importancia de la travesía del golfo con la armada, nada tuvieron que decir los coetáneos, ni la han traído á cuento los sucesivos escritores. Poco significaría, ciertamente, el pasaje de las naves en sí mismas mirado; mas como quiera que por consecuencia de tan corto viaje, ó de los tratos que hizo el rey D. Pedro á su bordo casi, se originó guerra de mar en seguimiento de la intestina, en la historia naval es hito que guía á la investigación de las primeras armas con ingleses, asunto que merece capítulo aparte.

## REFERENCIAS.

---

A más de las crónicas que en el texto se citan, en los discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción del Sr. D. Javier de Salas, por apéndice al de D. Aureliano Fernández-Guerra, se insertó índice cronológico de documentos y obras que tratan del rey D. Pedro. Posteriormente se han publicado tres obras que recopilan también las crónicas y consideran críticamente los sucesos, según queda anotado. Son:

*Historia de Cataluña*, por D. Víctor Balaguer, t. v, Madrid, Tello, 1886, 8.º

*Castilla y León durante los reinados de Pedro I, Enrique II,*

*Juan I y Enrique III*, por D. Juan Catalina García. Madrid, «El Progreso editorial», 1891, 4.º

*Historia de D. Pedro I de Castilla*, por Próspero Merimée, anotada por U. R. Q. Madrid, 1891-1892, dos tomos, 8.º

*La table d'or de D. Pèdre de Castille*, por M. Ferdinand de Mély. París, Picard, 1883, 8.º, 26 págs.

Acerca de esta última investigación se sirvió encomendarme informe la Academia de la Historia, y lo publicó en su *Boletín* <sup>1</sup>. Transcribilo aquí por parecerme oportuno.

## LA TABLA DE ORO DE DON PEDRO

### DE CASTILLA.

M. Ferdinand de Mély piensa que no hay hecho histórico ó legendario de los que atañen á rey tan diversamente juzgado como D. Pedro de Castilla, que no deba ser objeto de estudio profundo, al contrario que nuestro reverendo P. Flórez, si emitía formal opinión al escribir <sup>2</sup> que «con sobresalto puede llegar la pluma á tratar de un reinado todo sustos».

Sintiendo los efectos de esa inexplicable simpatía enemiga de la veracidad de Lope de Ayala; al examinar otro libro enderezado á sublimar los hechos de aquel en cuya tienda del campamento de Montiel halló D. Pedro el puñal de su hermano, M. de Mély se aparta del uso admitido en Francia de apellidarle *el Cruel*, estimando con su compatriota Sainte-Beuve más propio el dictado de *Justiciero* <sup>3</sup>.

No trata, sin embargo, de investigar ahora cuál de las denominaciones tenga rigurosa aplicación; más inclinado al estudio de las creaciones monumentales del hombre, que al de las influencias de su proceder en la política y la guerra; más dado á juzgar, en armas, á los que las fabrican y embellecen para goce de los sentidos, que á los que las esgrimen por instru-

<sup>1</sup> Año 1889, t. xv, pág. 52.

<sup>2</sup> *Reinas Católicas*.

<sup>3</sup> *Causeries de Lundi*. París, Garnier, t. VII, pág. 370.

mento homicida; arqueólogo, en una palabra, antes que historiador general, dedica el último trabajo que ha remitido á la Academia, á la consideración de una joya rara, estimable, histórica, que los crédulos coetáneos del Rey, y acaso el Rey mismo, debieron suponer relacionada en algún modo con su destino, pues que con tanta repetición y prolijidad se menciona en las narraciones de cronistas extranjeros no impuestos generalmente en asuntos de escasa importancia.

Cuvelier empleó nada menos que ciento cuarenta y cinco versos de la Crónica rimada de Bertrand du Guesclin <sup>1</sup> en la descripción y vicisitudes de esa joya; el Sr. de Estouteville no le acordó menos espacio en la historia del mismo caudillo <sup>2</sup>, dando uno y otro con sus explicaciones motivo á los críticos modernos MM. Nicolardot <sup>3</sup> y Viollet le Duc <sup>4</sup> para estimar que fué prenda de grandísimo valor; M. de Mély, comparados y discutidos textos y comentarios, encuentra que no se ocuparan tanto los cronistas de objeto cuyo precio consistiera solamente en la riqueza de los materiales junta con la del artificio del obraje; que algo le hacía superior á la estimación del oro y de las piedras brillantes, y que ese algo debía consistir en la virtud mágica preconizada por astrólogos y nigrománticos en aquella edad supersticiosa. Con tal idea, no solamente procura reconstruir la figura de la alhaja perdida, sino indagar de paso las propiedades atribuidas por los lapidarios á cada piedra ó á la combinación de algunas, acudiendo á las lecciones de Teofrasto, Plinio, Alberto el Grande, Mohamed ben Quich, con otras muchas que acreditan la erudición del investigador.

La Crónica rimada de Du Guesclin empieza diciendo que, al verse obligado D. Pedro á salir de Toledo por aproximación

<sup>1</sup> *Chronique de Bertrand du Guesclin*, publiée par E. Charrière. Paris, 1839, dos tomos en 4.º

<sup>2</sup> *Histoire de Bertrand du Guesclin*. Collection Petitot. Tomo IV, páginas 363, 375, 377, 393 y 396.

<sup>3</sup> *Revue du Monde Catholique*. Paris, 1867. Tomo XVI, páginas 69 y 82.

<sup>4</sup> *Dictionnaire du Mobilier français*. Paris, 1868. Tomo I, pag. 259.

de su enemigo, hizo poner el tesoro en un carro, colocando entre las joyas su tabla de oro, prenda con que no pudiera compararse ninguna otra de príncipe ó rey; prenda de valor inestimable, que no supieran apreciar los maestros de la alquimia. Era de oro; se plegaba en cruz sobre goznes que consentían un cierre perfecto; estaba rodeada de diamantes y otras piedras de Oriente; tenía esculpidas las imágenes de Roldán, de Oliveros, de los Doce Pares de Francia, en obra hermosa de *azur y sinople*. En el centro de la tabla había un carbúnculo tan claro y poderoso, que iluminaba de noche como el sol á mediodía, y al lado otra piedra *tabla* de tal virtud, que en presencia de un veneno ó maleficio cambiaba al punto de color, poniéndose negra como carbón.

Sigue contando la crónica que D. Pedro llevó la tabla á Córdoba; después á Sevilla, y como de esta ciudad huyera de noche, cuando descargaba espantosa tempestad, mandó abrir la tabla y ponerla en un caballo que marchaba delante, iluminando el camino la piedra prodigiosa como lo hiciera una antorcha.

Decidido á solicitar el auxilio del Príncipe de Gales, no dejó de embarcar entre las joyas con que se prometía ganar la buena voluntad de los caballeros de Guiena, la tabla de oro, destinándola por obsequio grande al Príncipe Negro. Cubierta con un paño rico, acompañada por cuatro principales caballeros españoles, fué conducida á Angulema, donde uno de estos caballeros, rodilla en tierra, la presentó á la Princesa de Gales en nombre de D. Pedro; y al ver tan hermoso don la dama, poco dispuesta hasta entonces en favor del castellano, cambió de parecer y de consejo.

Aun dice más la Crónica: expresa haber declarado D. Pedro al Príncipe que la tabla de oro, herencia de su padre Alfonso, procedía de un rey de Granada, que, siendo prisionero, la dió por rescate.

Existe en la biblioteca de lord Ashburnham un Códice de la Crónica de Du Guesclin con miniaturas <sup>1</sup>, que daría mayor luz

<sup>1</sup> The Barrois. Mss. CXII, fol. 290, with illuminations.

si por acaso tiene pintada la tabla de oro. M. de Mély no ha podido examinarlo por negativa del propietario, y ateniéndose á los datos apuntados, hecho el estudio de la significación y virtud atribuida á las piedras en la antigüedad y en la Edad Media, discute las hipótesis de Viollet le Duc sobre la figura y cierre de la tabla, según las cuales los resaltes y visagras necesarios para superponer las cuatro hojas de la cruz, privarían al objeto de belleza y de utilidad práctica. Discurre que por *cruz* puede entenderse forma cruzada <sup>1</sup>, y que el cierre ó disminución de tamaño se conseguiría del modo siguiente: si extendido un pañuelo, se llevan las cuatro puntas al centro, determinan los dobleces un cuadrado que es mitad del de el pañuelo abierto; los goznes no ofrecen de esta manera ninguna dificultad, acomodándose al modelo que la ebanistería moderna sigue en las mesas de juego, y abiertas las cuatro piezas triangulares, constituirían sin desnivel una superficie que podía servir de aparador, de *missorium*.

Más natural es ciertamente este sistema sencillo, de que podía dar idea el cierre antiguo de dípticos y trípticos, que el imaginado por Viollet le Duc, no sólo complicado, sino exigente de dimensiones distintas en cada uno de los brazos de la cruz; por lo demás, la de M. de Mély no pasa de mera presunción, como lo son y tienen que serlo, dada la escasez del fundamento, las demás que conciernen á la tabla de oro.

De haberla presentado un caballero, de rodillas, á la Princesa de Gales, deduce que ni las dimensiones ni el peso serían considerables: de los colores *azur y sinople*, ó azul y verde que realizaban á las figuras, discurre habían de proceder de esmaltes parecidos á los de las urnas relicarias, dato que junto con la indicación de los Pares de Carlo Magno, no representados en efigie hasta el siglo xii; con la certeza de empezar por entonces á ensayarse los procedimientos de Limoges y con la boga dada al carbúnculo por los lapidarios, le lleva á la conclusión de ser

<sup>1</sup> La Crónica dice *en croix aloit ploiant*.



la tabla de oro de D. Pedro de Castilla, obra francesa del siglo XIII <sup>1</sup>.

No habría que objetar si la información de los cronistas de Du Guesclin en asuntos de país á ellos extraño y referentes á bandería contra la que militaban, mereciera fe completa; mas ¿podrá darse siquiera á la aserción de representar las doce figuras á los Doce Pares <sup>2</sup>? En lo posible cabe; el Códice de Calixto II, que se conserva en Compostela, y que fué compuesto con las distintas leyendas que andaban en boga por los años de 1100, contiene la de Carlo Magno <sup>3</sup>, y la Crónica inédita de D. Gonzalo de Finojosa precisa que á principios del reinado de Alfonso XI, en que fué escrita, circulaban la *Chanson de Roland et le Roman de Roncevaux*, traducidos en romances de trovadores, siendo vulgares los nombres de Turpín, Oliveros, Ferragut, el rey Marsilio y demás de la historia, que él juzgaba invención y farsa; mas también pudiera ser que hablándose de doce figuras innominadas, cualquiera que fuese su significación, les aplicara el escritor francés aquella que le era más familiar. A la penetración de M. de Mély no se oculta que el número doce bajo muchas formas y nombres distintos aparece en la

<sup>1</sup> Bien pudiera ser: el Sr. D. Pedro de Madrazo, en la obra titulada *España, sus monumentos y artes*, tomo de Navarra y Logroño, menciona entre las alhajas de la Colegiata de Roncesvalles el precioso relicario que lleva el nombre de *tablero de ajedrez*, pieza de esmalte sobre plata, verdadera joya del arte industrial francés del siglo XIII, en que alternan 31 composiciones con los 32 compartimientos en que están encerradas las reliquias. Describe también el retablo de San Miguel de Excelsis, que fué, á su juicio, primitivamente, una de esas tablas de oro ó paramentos de altar, obra del siglo XI, de las escuelas rhinianas (Colonia y Verdun), transformadas en retablos, como la tabla ofrendada por Carlos el Calvo á la abadía de San Dionisio; el frontal de la iglesia de Klastenemburg, cerca de Viena, y la incomparable *Pala d'oro* de San Marcos de Venecia.

<sup>2</sup> Ou ymages taillées y avoit de Rolant  
De tous les XII pers, d'Olivier le poissant;  
Comment furent vendu à Marsille la grant  
Et dedens Roncevaux occis en combatant.

<sup>3</sup> El P. Fidel Fita, *Recuerdos de un viaje á Santiago de Galicia*. Madrid, 1880.



poesía heroica por remembranza de los Apóstoles. El mismo cita los doce héroes del tiempo de Caikhofru, rey de Persia; los Doce Pares que instituyó Alejandro por consejo de Aristóteles; los doce caballeros á quienes dió César la isla de Jersey. En Astrologia judiciaria y en Alquimia el número doce era simbólico: doce las casas; doce las puertas; doce las transformaciones de Hermes, escribano del sol, según D. Enrique de Aragón, ó de Villena, ó el autor de la carta relativa á Crysopeya que se le atribuye <sup>1</sup>.

Indicio ofrecen de todos modos las figuras de por sí, á la vez que la ausencia de escritura arábica, de no ser obra del arte mahometano; pero si procedía de un rey de Granada, difícil es conjeturar cómo llegara á sus manos joya francesa de tanta significación, no para moros fabricada. La Crónica de Du Guesclin es en este pasaje obscura, y ofrece asidero á la duda de su exactitud. Alfonso XI, padre de D. Pedro, no hizo prisionero al Rey de Granada; le venció en la batalla del Salado ó de Tarifa (1340), cautivando á dos infantes africanos:

«De uno vos diré bien  
Infante muy esforzado  
Fijo del rey Albohacen  
Abohomar fué llamado» <sup>2</sup>.

El botín copioso «en doblas e vergas de oro e argollas que traian las moras en las gargantas e a las muñecas e a los pies, e mucho ajofar e piedras preciosas halladas en el alfaneque del rey Albohacem, e espadas guarnidas de oro y de plata y espuelas, paños de oro y de seda..... e tanto haber fué llevado fuera del reino, que en París, Aviñon, Valencia, Barcelona, Pamplona, Estella, bajó el oro y la plata la sesma parte menos de como valió» <sup>3</sup>.

No se menciona en el saco, como se ve, presea que pudiera confundirse con la tabla de oro, ni se sabe que el Emir de Ma-

<sup>1</sup> Luanco, *La Alquimia en España*.

<sup>2</sup> *Poema de Alfonso Onceno*. Madrid, 1863. Cuart. 1793.

<sup>3</sup> *Crónica de Alfonso XI*, cap. CCLIII.

rruecos ó su aliado el de Granada procuraran el rescate de *Abohomar*, nombrado también *Abu amer*, que siguió en prisión hasta el momento de la conquista de Algeciras y de la tregua que por consecuencia quedó convenida entre los beligerantes, año 1344.

Aunque se diera á la rima de Cuvelier la latitud de interpretar padre (*Père-tayon*) por abuelo antepasado <sup>1</sup>, no tendría confirmación tampoco el dicho, porque ni Alfonso X, ni Sancho el Bravo, ni Fernando IV, prendieron rey alguno. Fué el mismo D. Pedro el que sin vencimiento y *sin caballería*, puso en prisión y dió muerte á Abu-Said, el Bermejo, acogido á su benevolencia en Sevilla, por la codicia de las armaduras preciosas, ricas telas, pedrerías y oro que llevaba consigo.

A mí y á mis caballeros  
Los que estaban en la tabla  
Nos prenden con desmesura  
Y las joyas nos quitaban <sup>2</sup>.

Porque la cobdicia, dice López de Ayala, conmlitón y admirador de Du Guesclin, es raiz de todos los males del mundo. He aquí lo que se le tomó, según este cronista <sup>3</sup>:

«Luego que el rey Bermejo fué preso, fué catado aparte si tenía algunas joyas consigo y falláronle tres piedras balajes <sup>4</sup>,

<sup>1</sup> Dice la *Crónica*:

Sire, cestui joíel, je vous le donne en don,  
Qui me vint par eschange de mon père Alfon;  
Et sachiez que jadis la conquist mon tayon;  
Au roy qui de Granade maintenoit le royon;  
Car il le tint jadis et mist en sa prison  
Et se riche joíel il eu ot a rençon.

<sup>2</sup> Durán. *Romancero general*, Rom. 976-977.

<sup>3</sup> *Crónica de D. Pedro*, año 1362, cap. v.

<sup>4</sup> D. Miguel Casiri. *Interpretación y rectificación de unas voces árabes que se hallan en el Testamento del rey D. Pedro*. Ms. en la Academia de la Historia, Est. 20, gr. 7, núm. 91, un pliego de cuatro planas, tres de ellas destinadas á la significación de la palabra *balax*. Entre otras cosas dice:

tan grande cada una como un huevo de paloma, e fallaron a un moro pequeño que venia con él un correon que traia setecientas e treinta piedras balajes, e fallaron á otro moro pequeño, que era su paje, aljofar tan grueso como avellanas mondadas, cien granos; e a otro moro pequeño fallaron otra partida de aljofar tan grande como granos de garbanzos, que podia haber un celemin; e a los otros moros fallaron a cada uno, a cual aljofar, a cual piedras e levarongelo luego todo al Rey. E a los moros que fueron presos en la judería fueron falladas doblas e joyas, e todas las ovo el Rey.»

De estar entre ellas la tabla de oro, no dejara de mentarse prenda tan notable y tan del gusto de un soberano á quien se supone rodeado de venenos y verdugos y en correspondencia con Ben Ahatin, *grand sabidor e gran filosofo granadino*, que diz le hizo horóscopo <sup>1</sup>. De poseerla por herencia ó de otro modo tampoco sería olvidada en el inventario de joyas más preciosas que legaba á sus hijos por testamento otorgado en Sevilla en tiempos de bienandanza, antes del viaje á Guiena. Véanse en resumen las que enumera <sup>2</sup>.

«El *balax* de que se hace mención en el Testamento del rey D. Pedro, como alhaja de tal monarca, debía ser de mucho valor y estimación, como el *balax* que Mossen Jaume Ferrer vió en Nápoles el año 1476, por el cual el lapidario quería cuarenta mil ducados: el Rey le daba veinticinco mil y en Venecia le ofrecieron treinta mil. Si yo tuviera á la mano el célebre lapidario Bairuni, de que se hace memoria en el tomo I de mi *Biblioteca Árábica-Hispana*, núm. 322, tal vez acertaría mejor en mis combinaciones.

»Añado que lo dicho me obliga á creer que *balax* no es nombre de un lugar, ó mina, sino que significa color de granada, propio de esta especie de rubí.

»Los lapidarios europeos dan sin diferencia el nombre de *balax* á todo género de rubí, creyendo que *balax* es nombre genérico. Los lapidarios asiáticos llaman con nombre general al rubí, *iacut*, que es de cuatro especies, según la variedad de los colores; el más precioso de todos es el de color de granada, que es el *balax*.»

<sup>1</sup> *Crónica*, año 1367, cap. XXII, y año 1369, cap. III.

<sup>2</sup> Testamento del rey D. Pedro de Castilla, fecho en Sevilla á 18 días del mes de Noviembre, era de 1400, que fué año de Cristo de 1362. Copia en la Real Academia de la Historia.

Dejaba á Doña Constanza:

«La corona que fué del rey Alfonso XI en que están los camafeos.

»La corona que fué de la reyna de Aragon.

»Dos alhaytes (collares), el uno que es muy grande, que fice yo facer aquí en Sevilla, en que está un balaj muy grande, que fué del rey Bermejo, e otros dos balajes mas menores, e otros dos mas menores, e tres granos de aljofar mucho gruesos á maravilla e otros veinticuatro granos de aljofar gruesos e cuatro alcorcis de oro esmaltados e dos piedras verdes en el cabo, plasmos. El otro, que trajo de Granada Jaimes Emperial, en que ha cinco balajes, el uno bien grande, e los dos mas menores, e los otros dos mas menores, e dieciocho granos de aljofar gruesos, los cuatro mayores e muy redondos e blancos, e cuatro alcorcis de oro esmaltados, e dos manzanetas de oro, e otras dos en el cabo del alhayte con alambar, e cuatro piedras verdes plasmas, e dos botones de aljofar menudo en el cabo de los cordones.

»La galea de plata que yo mandé facer aquí en Sevilla.

»Una copa de oro con aljofar.

»Dos guirlandas.»

A Doña Isabel:

«La corona francesa que fué de Doña Blanca, hija del Duque de Borbon.

»Una guirlanda.

»Una parte de los paños de oro e de seda e tapetes e otras ropas.

»Una parte del mueble e joyas de la reina Doña María.»

A Doña Beatriz:

«La nao de oro con piedras e aljofar que yo mandé labrar aquí en Sevilla.

»La mitad de las guirlandas e broches e aljofar.

»Una copa de oro con aljofar, la mayor de las dos que tengo.

»Dos alhaytes, el uno que fice yo facer en Sevilla, que está un balaj muy grande de los que fueron del rey Bermejo e otros dos mas menores, e otros dos mas menores, e cinco granos de

aljofar muy gruesos, e veintedos granos de aljofar menos gruesos un poco, e dos piedras esmeraldas en los cabos con dos sortijuelas de oro; e el otro alhayte que fice yo facer otrosi aquí en Sevilla, en que ha una piedra balaj grande, e otras dos balajes mas menores, e otras dos mas menores, e ha en él cuarenta e un granos de aljofar muy gruesos e muy blancos, e en el cabo del dos cabos de plata esmaltados.»

A Don Juan:

«Diez espadas guarnidas de plata de las castellanas, las mejores que yo ovier.

»Cuatro espadas ginetas de oro, la una la que yo fiz con piedras e aljofar.

»Otro si la siella gineta e freno e bacinete desta labor.

»La mi espada castellana que fiz facer aquí en Sevilla con piedras e aljofar.

»La siella castellana, que es de tapete pavonado.

»La siella mular, que es de tapete payonado con estriveras de plata, e el freno de esta siella, que es de plata.

»La loriga de Santoyo.»

A la capilla que yo agora mando facer aquí en Sevilla, do he de estar enterrado yo:

«La mi capiella, e la que fue de los reyes onde yo vengo, e cualesquier otros ornamentos de eglesia que yo tenga, e dos pares de tablas que estan, y unas que fueron de la capiella de los reyes, que son grandes, e otras que son mas pequeñas, en que está el *Lignum Domini*.

»Tres alombras de las mejores que tengo, etc.»

Dejaba, como se advierte, no pocos *balajes* ó piedras de las designadas también con los nombres de carbúnculo ó rubí, algunas, que pertenecieron al rey Bermejo de Granada: dejaba piezas de esmalte y dejaba también *tablas*; pero no basta su referencia para reconocerlas. Siendo dos, pareadas, con el *Lignum Domini* en la menor, podrían ser de oro, tener incrustado un *Lignum Crucis* y considerarse aplicables al tesoro de la Capilla como las *misorias* de otros templos; mas la indicación no se opone á que fueran dípticos pintados ó esculpidos representando el menor el signo de la redención humana; así que, si el

rey inventariaba objetos que tienen algo de lo que la Crónica de Du Guesclin pone en la *tabla de oro*, en conjunto ninguno se aproxima á la descripción de tan famosa joya.

El inventario acredita en los orifices de Sevilla arte é inventiva capaces de fabricarla; si D. Alfonso el Sabio, dado á la especulativa con los astrólogos y filósofos de su corte, á quien se atribuyó *El libro del Tesoro* ó de la piedra filosofal <sup>1</sup>, que mandó traducir *El Lapidario*, que discurría sobre la influencia de los doce signos, se lo hubiera propuesto, no queda duda que mandara hacer y tuviera tablas mágicas, tablas cabalísticas, como tenía de cierto, é hizo pintar en el Códice de las cantigas, tablas de aparador, tablas de tablas ó de juego <sup>2</sup>, tablas de muy variada aplicación. En el testamento que otorgó en Sevilla á 22 de Enero de 1284 menciona algunas así <sup>3</sup>:

«Mandamos que si el nuestro cuerpo hobiere de ser enterrado en Sevilla, que sea ahí dada nuestra tabla que fecimos facer en las reliquias, a la honra de Santa Maria, e que la traigan en la procesion en las grandes fiestas de Santa Maria e la pongan sobre el altar mayor, e los cuatro libros que llaman Espejo estorial, que mandó facer el rey Luis de Francia, e el paño rico que nos dio la reina de Inglaterra, nuestra hermana, ques para poner sobre el altar, e la casulla e el almatica e la capa que son de paño estoriado de muchas estorias e labrado muy ricamente. E una tabla grande estorial en que ha muchas imagines de marfil fechas a estorias de fechos de Santa Maria..... E una tabla con las reliquias e las coronas con las piedras e con los camafeos..... e otras donas nobles que pertenecen al Rey, que haya todo aquel que con derecho nos heredase nuestro señorío mayor de Castilla e de Leon <sup>4</sup>.»

<sup>1</sup> *Libro del Tesoro ó del Candado*; puede verse en la obra de don José Ramón de Luanco, catedrático de la Universidad de Barcelona, *La Alquimia en España*, Barcelona, 1889, 8.º

<sup>2</sup> Teníalas también D. Pedro. Cuando el Maestre de Santiago fué muerto en Sevilla «fallóle que jugaba á las tablas en el su alcazar.» Crónica, año 1358, cap. III.

<sup>3</sup> ACADEMIA DE LA HISTORIA. Colección Salazar, G-10 y G-11.

<sup>4</sup> Según la obra citada del Sr. D. Pedro de Madrazo, en el tomo de



Pudiera, pues, haber pasado por herencia á Alfonso XI y á D. Pedro una de tantas tablas, adquiriendo en boca del vulgo valor legendario tan distante de la realidad como lo es la comparación del brillo del carbúnculo con la luz del sol de mediodía.

Por hipérbole parecida se llegó á dar á la tabla de Muza, á la famosa mesa verde de Suleiman, llevada á Damasco desde España por objeto digno del Califa, trescientos sesenta y cinco pies, tantos como días tiene el año, con advertencia de ser de una sola pieza con pies y todo y de estar cuajada de balajes y zafiros, con remate de tres cordones de oro y aljófar grueso <sup>1</sup>.

La crónica de Ayala acusa la exageración ó licencia poética de la rimada de Cuvelier en paraje que viene á confirmar lo más esencial de su relato. Don Pedro estuvo ciertamente en Guiena: salió de los puertos de la Coruña y San Sebastián con la dignidad de soberano á bordo de un hermoso carracón, en que le acompañaban sus tres hijas, escoltado por veintidós naos de alto bordo y una galera que hacía servicio de barco ligero. Había mandado disponer el tesoro que en la Torre del Oro guardaba, pensando echar en la balanza de la voluntad inglesa no menos de treinta y seis quintales de oro; mas dicho está: «la cobdicia es raíz de todos los males del mundo.» Esa enorme suma cayó en manos de los partidarios de D. Enrique, simulando la infidelidad del tesorero un ataque de fuerza mayor á la galera en que estaba embarcada <sup>2</sup>, y don Pedro se vió otra vez en la situación angustiosa de un principio, cuando al jugar los dados en Morales mostraba á los comensales una arqueta donde cabía todo el haber del Rey de Castilla <sup>3</sup>. En el momento de marchar á Guiena poseía «treinta e seis mil doblas, e non

*Sevilla y Cádiz* (Barcelona, 1884, pág. 565), subsiste entre las alhajas de la catedral de Sevilla un relicario en forma de tríptico que lleva el nombre de *tablas alfonsinas*, donación del Rey Sabio.

<sup>1</sup> Crónica de D. Gonzalo de Finojosa. También la del arzobispo don Rodrigo menciona este portento.

<sup>2</sup> Crónica, año 1366, capítulos XIII y XIV.

<sup>3</sup> Id., año 1355, cap. XV.



mas; pero levaba muchas joyas de oro, e aljofar, e piedras preciosas <sup>1</sup>.»

En el *Sumario de los Reyes de España* ó crónica llamada del Depensero se indica que iban entre esas joyas los afamados balajes del rey Bermejo; en la de Ayala se repite más de una vez que eran *joyas muy nobles e muy presciadas*, de que se sirvió para pagar las gentes que le «oviesen de ayudar.»

Don Enrique había hecho otro tanto en la campaña de Gijón <sup>2</sup> como antes y después lo hicieron otros soberanos en momento de necesidad; que eran las piedras preciosas reserva en el tesoro Real y garantía en las que hoy se llamarían operaciones de crédito <sup>3</sup>.

Ello es que D. Pedro desembarcó en Bayona: tuvo en Cabretón la primera vista con el Príncipe de Gales; pasó á Burdeos y á Libourne; visitó en Angulema á la Princesa; *dióle muchas joyas*, y ya fuera, si se quiere, por la virtud luminosa de los carbúnculos, ya por el atractivo oculto preparado por la ciencia alquímica, ya más bien por la influencia natural de las piedras brillantes en ojos femeninos, se iluminó el espíritu de

<sup>1</sup> Crónica, año 1366, cap. XIII. El Sr. Sánchez Moguel ha tenido la bondad de comunicarme noticia de lo que relativamente al tesoro de don Pedro dice la Crónica de D. Pedro de Portugal, acerca de la cual tan interesante estudio ha presentado á la Academia. Conforme esta Crónica con la de Ayala en lo que mandó embarcar en la galera de Martín Yáñez, añade:

«e tambem mandou carregar muitas azemellas de seus tesouros e levou consigo mui grande aver douro e pedras e aliofar, assi do que tomara á Rei Vermelho e aos seus como doutro muito que tiinha iunto, e isso meesmo da prata toda a que pode levar.»

En otro lugar dice:

«E segum do alguuns escreprevem, como el Rei partió de Sevilha, taaes hi ouve dos que hiam com as azemellas do aver, que veemdo como el Rei fogia do reino per aquella guisa, que se tornarom pera a cidade com o que levarom, e outros saliam do logar e lhe roubarom parte daquel aver.»

<sup>2</sup> «Daba el Condé por sueldo á los que con él andaban joyas muy nobles de piedras e aljofar que le diera su madre doña Leonor de Sevilla..... por quanto non tenia dineros.» Crónica, año 1352, cap. v.

<sup>3</sup> Fernández Duro.—*Tradiciones infundadas*.—*Las joyas de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica*.

la señora acordando al rey de Castilla anistad y aun parentesco, pues que convino en el casamiento de las infantas, D.<sup>a</sup> Constanza con Juan de Gante, duque de Lancaster (el Alencastre de las crónicas), y de D.<sup>a</sup> Isabel con Edmundo, Duque de York, hermanos ambos del Príncipe Negro é hijos del Rey de Inglaterra.

Los tratados con el príncipe Eduardo y con Carlos el Malo, de Navarra; los privilegios y comisiones otorgadas á Chando y á otros caballeros; los documentos reunidos en la colección de Rymer, marcan las huellas de D. Pedro en la Gascuña francesa hasta fines de Febrero en 1367, en que pasó el desfiladero de Roncesvalles de regreso á España, con el ejército que le dió la victoria de Nájera <sup>1</sup>.

Respecto á la tabla de oro, no están agotados todavía los recursos de información; á más del códice con miniaturas que cita M. de Mély, parece que existe en el Tesoro de la Torre de Londres una joya que perteneció al Príncipe Negro y que procedía del rey D. Pedro de Castilla <sup>2</sup>. Conveniente será examinarla.

Que en las crónicas españolas y en el romancero no haya rastro de esa tabla, no quiere decir que no existiera; no obstante la concisión con que están redactadas, ofrecen, como se ve, referencias algo conformes con las de Du Guesclin, salvo en origen, forma y procedencia de la prenda. No suelen ocuparse estas obras de orfebrería; no descienden al pormenor de la vida de los personajes que hay que buscar en escritos complementarios. El Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra halló fuera de ellos noticia de una joya singularísima de la época;

<sup>1</sup> *Fadera, conventiones, etc., accurate Thoma Rymer. Editio Tertia* Hagae Comitís, Neaulme, 1740, t. III, p. II, páginas 116 á 123.

<sup>2</sup> Noticia del Sr. D. Pascual de Gayangos. En la *Reseña histórica de Londres..... y descripción de la Torre*, traducidas del inglés por Patricio Pierson, Barcelona, 1881, 8.º, describiendo la nueva corona imperial (pág. 58) dice: «En el centro de la espalda de la cruz está el antiguo rubí que en Cressy y Agincourt usaron el Príncipe Negro y Enrique V.» La *Guide de la tour de Londres*, par. I. Hewitt, 18 edición, Londres, Harrison and sons, nada contiene relativamente á joyas que pertenecieran al Príncipe dicho.



los cuernecillos de oro que lucía en el sombrero D. Juan Lorenzo de Acuña después que el Rey de Portugal le robó la mujer <sup>1</sup>: ¿quién sabe si en los papeles de D. Pedro que catalogó nuestro sabio anticuario; si en las crónicas árabes; en las extranjeras menos hojeadas, como la de Matteo Villani y Estefano Baluzio; en los documentos que la curiosidad va descubriendo cada día aparecerán otros datos? ¿Cabe en tanto duda acerca de la apreciación antigua del *Chrysolampis* ó *Carbunculus* definido por San Isidoro, de Sevilla?

Podrá haberla sobre el dictado que merezca el Rey á quien el pueblo sigue estimando *valiente y justiciero* á pesar de la *crueldad* con que obscurecen los historiadores su figura. M. de Mély se inclina al lado de la consideración caballeresca y noble, y no está solo; acopia materiales como la compatriota <sup>2</sup> á quien debemos la conservación del significativo decir

«Reinó Enrique, y aunque fiel  
Noble y valiente le admira,  
Hasta el día de hoy suspira  
La lealtad por el *Cruel*.»

Como quiera, aunque los fundamentos relativos á la joya carecen de valor histórico, la evidencia enseña que, en efecto, histórico ó legendario, no hay hecho relativo á D. Pedro que no importe estudiar y conocer.

<sup>1</sup> Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la pública recepción de D. F. Javier de Salas. Madrid, Fortanet, 1868, 4.ª página 172.

<sup>2</sup> Mad d'Aulnoy, *Mémoires de la cour d'Espagne*, Lyon, 1693, página 134, versos de D. Alonso Enríquez de Cabrera contra D. Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV. Apuntemos entre los escritores franceses que se han ocupado del asunto á Mlle. Froidure de Rezelle, que tradujo del inglés la *Histoire de Pierre le Cruel* de Talbot Dillon, París, 1790, dos tomos; á M. Rosseuw Saint Hilaire; M. Prosper Mérimée y M. F. Baissac, traductor de la obra de Janison *Life of Bertrand Du Guesclin*, todos ellos puestos en el catálogo de D. Aureliano Fernández-Guerra.

---

# VIAJES DE DOÑA JUANA LA LOCA,

DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA Y DOÑA CATALINA

DE ARAGÓN.

---

1496-1506.

Concertados por los Reyes Católicos los enlaces de sus hijos, D. Juan y D.<sup>a</sup> Juana, con los Archiduques de Austria, Margarita y Felipe, ordenaron á D. Sancho de Bazán, que tenía el cargo de la mar, el apresto en Bilbao de una armada que llevara á Flandes á la Infanta y trajera de vuelta á la Princesa.

Sabía D. Fernando que Enrique VII de Inglaterra, no menos receloso de la alianza de España y Alemania que lo estaba Carlos VIII de Francia, entonces en guerra declarada, le ofrecía, mediante el pago de veinte mil escudos, cerrar el canal de la Mancha con treinta *rambergas* que armadas tenía, de modo que no podría salir de España la Archiduquesa sin que infaliblemente fuera prisionera <sup>1</sup>; y aunque no considerara el de Aragón de palabra evangélica el arrogante ofrecimiento, con su

<sup>1</sup> *Histoire de Charles VIII*, por M. Varillas, París, 1691. Lib. v, pág. 556.

prudencia acostumbrada quería alejar el riesgo de una tentativa, dando al armamento naval fuerza suficiente para sobreponerse á los de Inglaterra, Francia y Bretaña juntos.

Reuniéronse, por tanto, ciento veinte naos de alto bordo muy buenas y bien armadas, entre ellas dos grandes carracas de construcción genovesa, propiedad la una del adelantado de Murcia D. Juan Chacón, con objeto de disponer espaciosas cámaras á las egregias viajeras y de transportar ciertos caballos españoles aderezados á la jineta, con que el príncipe D. Juan quería obsequiar á su cuñado. Para tan importante mando fué designado el almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez, llevando el conde de Melgar el de la infantería, ó gente de guerra embarcada, en número de quince mil hombres, y el de la nao Real, D. Juan Enríquez, hermano bastardo del Almirante <sup>1</sup>.

Toda esta armada fondeó en Laredo, puerto de mar importante de Cantabria por aquellos tiempos, y allí fué D.<sup>a</sup> Isabel, deseosa de prolongar la compañía de su hija querida, aun después del embarque, que se verificó el 15 de Agosto de 1496, pasada la fiesta de la Virgen. Durmió la Reina dos noches en la mar para más animarla en su viaje, y al fin despidióse de ella con muchas lágrimas, pensando una y otra que nunca más se habían de ver. Tenía á la sazón la Infanta Archiduquesa diez y siete años <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Véanse las referencias.

<sup>2</sup> Rodríguez Villa. Pone este autor en su última obra relación nominal de la servidumbre de D.<sup>a</sup> Juana, que la Reina había escogido con la mayor solicitud, conforme con las indicaciones de Padilla y Zurita.

No se dió la vela en la Armada hasta el 20, por persistencia de las calmas propias de la estación <sup>1</sup>.

Qué orden llevaban las naos, cómo navegaban y se regían, no dicen las crónicas, concisas por demás en las noticias; dan la de haber destacado el Almirante siete naos á vanguardia con objeto de reconocer la costa enemiga de Bretaña, sin otro pormenor que el de haberse incorporado en breve, llevando dos presas tomadas en combate.

Sobre la de Inglaterra apretó el viento, dispersando las naos. Una de las carracas topó con otra vizcaína y la echó á fondo, aunque con fortuna de salvar la gente; hubo algunas desmanteladas ó con averías de necesaria reposición, por lo cual entró la Real en Portland, sin que las rambergas inglesas dieran señales de existencia. Antes bien, se llegaron muchas damas y caballeros de la tierra á besar la mano á D.<sup>a</sup> Juana, y se proveyó la armada de refrescos.

Con buen acuerdo transbordó allí la Infanta á nave de menos calado para pasar los bancos; la suya, la carraca en que salió de Laredo, encalló en el bajo nombrado *del Monje*, perdiéndose la recámara, muchas joyas de personas particulares, y, por mayor desgracia, no pocos de los 700 hombres que iban á bordo, más por el pánico con que se arrojaban al agua, que por la realidad del peligro, fácilmente conjurado á tener sangre fría. El capitán mismo, D. Juan Enríquez, se impresionó tanto con el siniestro, que del *banco del Monje* salió con pro-

<sup>1</sup> Zurita pone la salida el 22; Bernáldez, en el mes de Septiembre.



pósito de serlo, tomando hábito religioso, y fué por cierto, andando el tiempo, obispo de Osma <sup>1</sup>.

Los demás navíos llegaron sin accidente al puerto de Middelburgo el 8 de Septiembre, á tiempo de ver cómo se entraban en el de Canfer ochenta de enemigos buscando asilo en la neutralidad. Entre los capitanes españoles no faltó alguno que deseara olvidarla; de las naves de vanguardia, la nombrada *Busca-ruido* aferró con una francesa, haciéndole daño en la gente y en la ropa <sup>2</sup>; mas el Almirante contuvo los ánimos haciendo respetar el lugar.

Doña Juana desembarcó en Rotterdam, doliente de tercianas, muy fatigada de la mar brava de los últimos días. El obispo de Jaén, D. Luis Osorio, que tenía cargo de entregarla, llegó peor; falleció á pocos días. Tuvo, no obstante, buena estrella la Infanta, así por haberse librado del peligro de la carraca, como del que hubiera corrido á durar un día más la travesía, pues á poco de llegar se desató temporal que puso á riesgo de perderse las naos dentro del puerto <sup>3</sup>.

Doña Isabel, que desde Laredo pasó á Burgos, estuvo muchos días acongojada por su hija, presintiendo la tormenta; tenía consigo hombres de mar que la informaban de los vientos reinantes, pero no salió de cuidado hasta llegar nuevas de haber llegado á Flandes en salvamento con toda la armada, excepto una de las dos

<sup>1</sup> *Crónica de Felipe el Hermoso.*—*Disquisiciones náuticas*, t. III, pág. 293.

<sup>2</sup> Padilla, Zurita.

<sup>3</sup> Padilla.



carracas, que se había hundido á vista de todos en los bancos de Flandes, juntamente con una carabela <sup>1</sup>.

Acaso por dilación de las fiestas del matrimonio de los Archiduques, que dejó venir la otoñada, no embarcó inmediatamente la princesa D.<sup>a</sup> Margarita; pasó en Zelanda cinco meses en espera de buen tiempo, temerosa del invierno crudísimo, y en tanto las tripulaciones, que lo sufrían sin abrigo, sin ropa y sin víveres, disminuyeron horrorosamente. Pasó de nueve mil el número de los muertos <sup>2</sup>; pérdida incomparablemente mayor que la que pudiera sufrir la armada en batalla desgraciada; iniciación tremenda de lo que en vidas y caudal había de costar á España aquel matrimonio. No es, sin embargo, este desastre de aquellos que registran las historias. Hácese estadística de los hombres de guerra que sucumben en el combate; tal vez se escribe entonces alguno de sus nombres; los que mata el hambre ó el escorbuto ni cifra tienen, que valiera recogerla tanto como dar testimonio voluntario de mal gobierno.

Cuando la primavera asomaba, unidas á las naves de España otras tantas de los Países Bajos (trescientos navíos de gavia, en suma) salieron á la mar, estremeada con tantos cañonazos, á reserva de probar su fortaleza con la de los que los disparaban. No consta el día de la marcha ni el de la llegada á Santander; que duró seis semanas el viaje dice un escritor <sup>3</sup>; que no hay memoria de otro semejante, certifican todos, ago-

<sup>1</sup> Estanques.

<sup>2</sup> Referencias.

<sup>3</sup> Le Maire.

tando los vocablos terroríficos en la pintura de lo que ocurrió.

Dispersas las naos, se estrellaban unas en las costas de Inglaterra ó de Bretaña; zozobraban otras á impulso del furioso ventarrón, sin esperanza de socorro; del número surgía mayor riesgo, pues que amigas en la intención se destrozaban enemigas en el choque, ya desaparejadas é inobedientes al timón, y en la tardanza se perdía el remedio, agotadas las vituallas que para días contados se embarcaron.

La nao real, más grande, más fuerte en apariencia, para las olas era juguete preferente. Al principio, el crujir de las velas destrozadas significó la crisis; á poco, los árboles enhiestos, la jarcias resistentes más que el hierro, tronchándose y cayendo, quebrantaron el casco, dando entrada al agua por cada costura de la tablazón. Véase crecer en la bodega por instantes, siendo espejo pavoroso de la muerte, ante el cual, espantados los marreantes tanto como los caballeros del pasaje, vociferaban pidiendo confesión y misericordia despedidos del mundo, aunque entre la multitud de los apocados no dejaran de latir corazones grandes, de esos que no consienten al rostro testimonio del amor natural de la vida.

Cuéntase que el de la princesa Margarita era de este número privilegiado; mujer fuerte al lado de tantos hombres débiles. Esperando el trance inevitable, escribió su epitafio y lo sujetó con rico brazalete, envuelto en un paño encerado; entróse en un esquife tan pequeño, que no admitió más que su persona con las de otra dama y un marinero viejo, saltando por la cresta de las olas.

Logró suerte en ser recogida de nao próxima; y aunque los trabajos no terminaron todavía, al acabar el mes de Marzo surgió en Santander <sup>1</sup>, sin que acompañaran á la suya más de cuatro ó cinco velas de aquellas trescientas tan gallardamente alejadas de Zelanda.

Es de presumir que otras irían entrando retrasadas y que llegaran á puerto las más; son poetas los que han transmitido las noticias, y siendo la poesía purpurina con que se dora el barro de la vida real, no es raro que callaran ocurrencias de los navíos que servían de decoración al cuadro, queriendo extremar en sus figuras principales el colorido legendario.

Fué, sin duda, imponente y desastroso el temporal sufrido por embarcaciones de endeble ligazón en los miembros y enorme arboladura en proporción, cuales eran las del tiempo, desprovistas además de bombas potentes y de los mil recursos con que la industria ha ido favoreciendo la navegación. El peligro de la Princesa era inminente, y efectivos sus trabajos, sin llevar la ponderación al punto de afirmar que tenía el esquife salvador siete pies de longitud, y que el incendio y el hambre entraron por mucho en la mortificación de la ilustre viajera, como lo hace el que se titula su historiógrafo <sup>2</sup>. Desastre tamaño como el de perecer más de doscientas naves, con un *mínimum* de veinte mil hombres, no pasara sin triste memoria en los anales marítimos de todos los pueblos, y ello es hecho cierto que el almirante de Castilla, las personas de cuenta, las damas y

<sup>1</sup> El 8, dice Rodríguez Villa.

<sup>2</sup> Jean le Maire, *La Couronne Margaritique*.

caballeros flamencos de la casa de D.<sup>a</sup> Margarita; el propio capitán don Juan Enríquez, decidido á no ver agua ya más que en el estanque de un convento, viniendo repartidos en la armada, llegaron á la corte de los Reyes Católicos á figurar luengos años.

La verdad del caso no empece en modo alguno á la aureola de la Princesa, digna, cual pocas, de coronas épicas. Hija de guerrero antes que emperador; robada niña á la tutela paternal por los rebeldes de Gante, que la enviaron á Francia, desposándola con el heredero de la Corona; sacrificada al interés de casamiento más provechoso por Carlos VIII, venía por aurora de España en los momentos de estar en el zenit la gloria y reputación de los unificadores de la nacionalidad. Cortó la parca al mismo tiempo que el hilo de la vida del príncipe D. Juan, la grata perspectiva de un reino gobernado por seres á propósito para su prosperidad; marchó enlutada la que vino alegre, sin dar calor apenas al tálamo nupcial <sup>1</sup>; tuvo en el Duque Filiberto de Saboya tercer esposo, no buen marido, volviendo á la viudez no contados veinticuatro años de edad. Solicitada entonces por los reyes de Hungría y de Inglaterra, sin reparo de la repugnancia hubiera tenido que someterse otra vez á la ley de conveniencias de Estado si la gota no acabara con Enrique VII.

El accidente la libertó del compromiso suscrito por su hermano Felipe el Hermoso, abriendo el período me-

<sup>1</sup> Se verificó el matrimonio en Burgo el 3 de Abril de 1597; el Príncipe murió en Salamanca el 4 de Octubre, y volvió á Flandes D.<sup>a</sup> Margarita en Septiembre de 1599.

jor de su vida, el que dió á conocer todo su valor, administrando y rigiendo, hábil gobernadora, los Países Bajos.

De hermosa y simpática figura, de peregrino ingenio, de sorprendente aptitud para los negocios, amazona en el campo, modelo de distinción en los salones, parecía que la naturaleza se hubiera complacido dotándola á manos llenas de las perfecciones que ordinariamente distribuye entre los dos sexos. En las negociaciones ó intrigas del tiempo aparecen su nombre ó su influencia; en las memorias de los hombres de Estado su elogio; en las historias, juicios de merecer inscripción en los elencos de los literatos, de los filósofos y de los políticos. Pedro Mártir de Anglería, contemporáneo, la puso en las nubes <sup>1</sup>; Fontenelle la hizo objeto de uno de sus diálogos de la muerte <sup>2</sup>; Gaillard admiró la sutileza con que supo mantenerse diplomática á la altura del Cardenal d'Amboise <sup>3</sup>; Prescott se adhirió al coro de alabanzas <sup>4</sup> que los historiadores de los Reyes Católicos suelen hacer de la madrina del Emperador Carlos V.

En el diálogo aludido estimó Fontenelle su ánimo sereno, superior al de los estoicos de la antigüedad, no dando, sin embargo, entero crédito á las narraciones vulgares.

«Vamos á ver, mi señora Margarita, viene á decir en

<sup>1</sup> *Opus epistolarum*, ep. CLXXIV.

<sup>2</sup> *Œuvres* de M. de Fontenelle, volume 1, dial. IV.

<sup>3</sup> *Histoire de la rivalité de la France et de l'Espagne*, par M. G. H. Gaillard, de l'Académie française, Paris, 1801, t. III.

<sup>4</sup> *History of the reign of Ferdinand and Isabella*, by W. Prescott, London, 1838.

sustancia: notorio es que sabe usted hacer versos; mas querría yo saber, en confianza, sin considerar lo que el epitafio explica, si lo compuso usted, como se cuenta, con la muerte al ojo, ó si lo escribió tranquila y reposadamente en tierra cuando el peligro hubo pasado.»

La pregunta no es del todo impertinente si se advierte que el autor de la *Corona margarítica* no aseguró ser la composición producto de impresiones fatalistas, antes claramente dió á entender que la improvisó la idea risueña del comento.

De todos modos, el epitafio se hizo, y lo que Fontenelle no quería considerar, lo que en sí mismo explica, es un tanto delicado. Doña Margarita lo redactó en francés, idioma propio y predilecto entre los que poseía; al castellano lo vertió el Patriarca de las Indias, don Diego de Guzmán, poniendo <sup>1</sup>:

Á Margarita preclara  
Aqueste túmulo cubre,  
Y aunque casada, descubre  
Su virginidad más clara.

Si se coteja la traducción con la obra de M. Gautier <sup>2</sup>, se estimará fiel y conforme al pensamiento de la autora la interpretación <sup>3</sup>; si se consultan los escritos anteriores, parece—dicho sea con el debido respeto—que por

<sup>1</sup> *Vida y muerte de D.<sup>a</sup> Margarita de Austria*. Madrid, 1616.

<sup>2</sup> *Vie de Marguerite d'Autriche*. Paris, 1620.

<sup>3</sup> M. R. Gautier escribe el epitafio de esta suerte:

Cy gist sous ce tombeau  
La belle Marguerite,  
Qui mariée, dans l'eau  
Mourut, vierge d'eslite.



eclesiástico, el autor francés concedió preferencia sobre el original al texto del prelado español, y ha de ser permitido creer que éste daría más de una vuelta al tal epitafio antes del *exequatur* de su copla. En translación literal, sin la poesía ni la intención con que fué escrito <sup>1</sup>, cabría decir:

Aquí descansa Margarita bella:  
Con dos maridos falleció doncella.

Y como quiera que no finó, después de todo, salieron á su encuentro en Reinosa el rey Fernando y el Príncipe su prometido <sup>2</sup> con acompañamiento que impresionó al cronista, dictándole estas palabras: «Cabalgando la Princesa en una mula de mucha alzada, en cuanto alcanzaba su vista no había vestidura que no fuera de paño de oro y seda, y al subir las gradas del palacio en Burgos, haciendo reverencia á la triunfadora de Granada, que la aguardaba en medio de sus damas, ciento cuarenta en número, quedó un momento deslumbrada de la pedrería. Entre púrpura y oro, más parecían deidades que criaturas.»

Quiere decir que no regían todavía las leyes suntuarias, con que los soberanos intentaron corregir el lujo <sup>3</sup>, y que, según cuenta Oviedo, la gran solemnidad del casamiento ocurrió «cuando en la corte de los Reyes Católicos, de gloriosa memoria, mas alegres los tiempos e mas regocijados eran, e mas encumbrada an-

<sup>1</sup> Ci gist Margot, la Gentil' Damoiselle,  
Qu'a deux maris et encore est pucelle.

<sup>2</sup> Según Rodríguez Villa fué el Rey á Santander á recibirla.

<sup>3</sup> Clemencín, *Elogio de la Reina Católica D.<sup>a</sup> Isabel*.



daba la gala e las fiestas e servicios de galanes e damas»<sup>1</sup>.

Volvamos á la mar, de que nos ha alejado esta digresión inoportuna.

Los Reyes de España negociaron otro enlace con el de Inglaterra por matrimonio de su hija menor, la Infanta D.<sup>a</sup> Catalina de Aragón, con el heredero de la corona, Arturo, Príncipe de Gales, conviniendo la entrega al mediar el año de 1501. Dispúsose, al efecto, en las aguas de Cantabria armada, no tan grande como la que llevó á su hermana, ya que ahora el estado de paz no lo requería; grande, sin embargo, por decoro de la novia, reputación de los recursos de sus padres, y comodidad de los personajes encargados de la custodia y servicio de la Princesa, entre los que en primera línea estaban D. Diego Hernández de Córdova, conde de Cabra, y su mujer; D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago; los obispos de Salamanca, Osma y Mallorca; las damas, escuderos y pajes<sup>2</sup>. Iban además muchos bultos de ajuar y equipaje rico, caballeriza de raza española, y, lo que no es de omitir, en ducados de oro, la mitad del dote<sup>3</sup>.

La armada dió la vela en la Coruña el 25 de Agosto<sup>4</sup>

<sup>1</sup> *Batallas e Quincuagenas*, ms., Bat. 1, Quinc. 4, Diál. 44.

<sup>2</sup> Zurita.

<sup>3</sup> Las capitulaciones fijaron el dote en 200.000 ducados de oro, de los cuales había de entregarse la mitad al contado, diez días después de la ceremonia del casamiento; la otra mitad en plazos anuales, y parte de ella en joyas y vajilla de plata. En mi libro de *Tradiciones infundadas*;—*Las joyas de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica*, se insertan documentos relativos á la entrega de la segunda mitad.

<sup>4</sup> Según Zurita, los historiadores ingleses señalan el día 17.

con buen tiempo, que no tardó en mudarse; se fijó el viento fuerte por el N., enteramente contrario á la navegación, y después de luchar con él muchos días decidió el Almirante arribar al mismo puerto por refrescar las provisiones. Hízose segunda tentativa estéril; diríase que las brisas protestaban de la calificación de inconstantes que la fama les ha regalado, con no escasa mortificación de los Reverendísimos Obispos, instalados á bordo harto más estrechamente que en sus moradas ordinarias; bien es verdad que no iría mucho más á sus anchas la Princesa, si es exacto, como parece, el dato de autor inglés <sup>1</sup>, dando á la nao real 300 toneladas. La fatiga del mareo fué muy grande; por aliviarla arribó segunda vez la armada, entrando en Laredo, donde desembarcó D.<sup>a</sup> Catalina, resolución desaprobada por la Reina madre <sup>2</sup>; pero á la tercera, y la vencida, en muy pocos días se pusieron las naves en la costa de Inglaterra, fondeando sin accidente el 2 de Octubre en el puerto que nuestros cronistas dicen *Salisbre* y *Salamonte*, no otro que Plymouth.

El Príncipe Arturo, acompañado del Rey de Inglaterra, salió al camino, encontrando á la comitiva en la aldea de Dogsmerfield, donde quedó acordado el orden de la entrada pública en Londres, habiendo en parte respeto á los usos españoles, de forma que apareció D.<sup>a</sup> Catalina sobre una hermosa mula, llamando gran-

<sup>1</sup> Mis Strickland.

<sup>2</sup> En mi citado libro y capítulo de las *Joyas* se halla copiada una cédula de la Reina, mandando á los maestros de las naos que prosigan el viaje sin más dilaciones.

demente la atención la riqueza de la silla en que iba sentada; esto es, de la jamuga, montura desconocida en aquellas tierras. La Camarera mayor marchaba detrás, vestida de negro; seguían las cuatro damas en sendas mulas también, por parejas, con otras tantas damas inglesas agregadas al servicio; y como quiera que éstas iban á caballo, llevando las riendas de las cabalgaduras de sus compañeras españolas, se daban recíprocamente la espalda, como si fueran reñidas.

El casamiento se verificó en la catedral de San Pablo el 4 de Noviembre, si no con aquella magnificencia ostentada en la otra boda de Burgos, con la que la corte de Inglaterra solemnizaba sus grandes fiestas. Formaron el cortejo de la Princesa cien doncellas con traje de brocado, luciendo grandemente sobre el cabello rubio de la primera una toca ó velo castellano sembrado de perlas, y fué muy celebrada una ingeniosa alegoría en que el Rey Alfonso X, el Sabio, rodeado de los atributos de su ciencia favorita, la astronomía, bajaba del cielo á la tierra, juntando á la estrella *Hesperus* con la estrella *Arcturus* <sup>1</sup>.

Mal vaticinio: la conjunción no llegó á realizarse por atacar la muerte al Príncipe de Gales, con crueldad mayor que al de Castilla <sup>2</sup>.

Y no fué sólo en la viudez temprana en lo que la sinventura Catalina tuvo que asemejarse á Margarita de

<sup>1</sup> Bacon.

<sup>2</sup> Murió Arturo el 2 de Abril de 1502 en edad de diez y seis años; Catalina era nueve meses mayor y quedó viuda doncella. *Catherine was left a virgin widow*, escribe James Gairdner.

Austria. Niña, y como ella en tierra extraña; instruída, laboriosa, si de menos despejo que la flamenca, más dulce y más enérgica; sacrificada al interés y al libertinaje, apuró el cáliz de la amargura, santa, casi mártir, mereciendo del pueblo inglés mayor respeto cuanto más se significaba el proceder tiránico de su segundo marido; alcanzando de Erasmo y de Shakspeare sublime elogio, confirmado por la posteridad con la calificación de dama verdaderamente real.

De la Princesa alcaláina queda también muestra de aficiones poéticas. Habiéndola obsequiado Enrique VIII con un misal ó libro de oraciones, en cuya guarda primera escribió la declaración de sentimientos galantes, respondió poniendo de su puño bajo la miniatura de Santa Margarita la profesión de fe que fielmente cumplió:

En la prueba del tiempo, á cada instante  
Me encontrarás solícita y amante <sup>1</sup>.

Uno de los pocos días sin nubes para ella, la señora, que tenía por divisa una granada, recuerdo de la ciudad de los cármenes, en cuya conquista se halló, tuvo el capricho de una ensalada. No hubo medio de satisfacerlo de momento; si la horticultura existía en Inglaterra, debía de estar por bajo del nivel, bien bajo, en que se hallaban las artes, la industria, la cultura general. Entonces ordenó el Rey que se llevaran de Flandes semillas y hortelanos, de modo que debe estimarse allí á doña Catalina por introductora del cultivo de las huertas;

<sup>1</sup> By dayrly probe you shall me fynde  
To be to you both loving and kynde.

pero algo más introdujo: dejó sembrada de propia mano la dignidad.

Dando vuelta, que ya es tiempo, al kaleidóscopo de la historia, donde los pedacitos de grandezas y miserias tan bizarra visión juntan, aparece otra vez D.<sup>a</sup> Juana; de caudal dichoso, al poco más ó menos tan rica como su hermana pequeña. En 1502 vino á Castilla por tierras de Francia para el reconocimiento en Cortes de su derecho á la sucesión de la Corona: D. Felipe se volvió á poco por el mismo camino; ella quedó sin albedrío y sin alma al lado de la madre, cediendo á la razón de conveniencia.

Transcurrido un año, ni razones ni ruegos tuvieron poder para detenerla: marchó de Medina del Campo á Laredo el 1.<sup>o</sup> de Marzo de 1504, acompañada de don Alonso de Acevedo, arzobispo de Santiago, de los duques de Alburquerque y de D. Luis Manrique, marqués de Aguilar, y mirando al horizonte de la mar, alimentó paciencia por dos meses, mientras la armada se aprestaba y el tiempo consentía dar las velas. Hizolo á fines de Mayo, poniéndose en nueve días en el puerto deseado de *Blanca Verga* (Blanckenberghe), cerca de Brujas.

En la ciudad de Bruselas seguía viendo acabarse el año de 1504, cuando llegó nueva luctuosa del fallecimiento de la Reina D.<sup>a</sup> Isabel la Católica. Llevaba con ella el correo despachado, á posta, muchas cartas y mensajes, que en esencia instaban apretadamente á los herederos de la gran señora á ponerse en camino, advirtiéndole que la dilación aprovechaba á don Fernando; y bien quisiera el yerno seguir al pie de la letra consejos

tan conformes con el propio deseo; embarazábanlo, por de pronto, asuntos del ducado de Gheldres, necesitados de resolución por fuerza de armas. Lo que hizo desde luego D. Felipe fué ordenar magníficas exequias por la difunta, tomando con su mujer, concluidas, el título y las armas de reyes de Castilla y de León.

Con sendas cartas preñadas de favores estimuló y entretuvo á los nobles que desde allá acudían, demandándolos al nuevo dispensador <sup>1</sup>, sin descuidar el acopio de lo único que no le ofrecían; de lo que más necesitaba, de dineros.

Una escuadra no se formaba, como ahora no se forma, sin desembolsos de consideración y sin empleo, entonces de mucho más tiempo en buscar naves á propósito, fletarlas ó embargarlas, según fueran extranjeras ó nacionales, darles carena, artillarlas, proveyéndolas, por último, de tripulación y de lo que las bocas requieren.

Felipe de Borgoña, almirante de la mar de Flandes, tuvo encargo especial de ir la disponiendo poco á poco, mientras se daba calor á la guerra del referido ducado de Gheldres.

Para nave real fué elegida, ante todo, una de 450 toneladas, propiedad de mercaderes de Zelanda, llamada *la Juliana*. Á compararla con cualquiera de los acorazados del día, no resultara soberbia; mas en tiempos tan lejanos de esta comparación causaba maravilla en razón á no haber, comparando, en Inglaterra ni en todo el

<sup>1</sup> Están publicadas en el t. VIII de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*.



mar del Norte, otra más bella, ni mejor, en cualquiera de los conceptos marineros. Con sus 450 toneladas, altos castillos erizados de artillería reluciente, costosos estandartes, larguísimas flámulas y velas con pinturas de mano, sin discrepancia, se estimaba á la sazón vehículo digno de cualquier soberano de la tierra.

Otras cuarenta naos <sup>1</sup>, no tan adornadas ni capaces, se fueron agregando para dar por completa la armada, cuyo mando recayó en el almirante señor de Iselstein, habiendo transcurrido algo más de un año antes que la población de Flesinga la viera junta y con vergas en alto en su puerto. Corría, pues, aunque en principio, el de 1506 al anunciarse el embarque de los Reyes.

Entraron en la nao el 8 de Enero, cuando pronosticaban los pilotos prácticos tiempo asegurado y favorable al salir de los riesgos de los bancos. Los condes de Nassau, de Horn, de Furstemberg, muchos señores y capitanes de los Países Bajos, formaban el séquito, yendo distribuídos y al cuidado de lo que las naos conducían: respostería, caballeriza, ropas; los arqueros de la guardia real, trompetas, pífanos, atambores, y, aparte del personal de la corte, dos mil soldados alemanes escogidos <sup>2</sup>, apéndice no de los menos necesarios, á juicio de D. Felipe y aun de algunos de los que le escribían de Castilla, para realce del recibimiento.

Por inesperados tropiezos no dieron las lombardas señal de partida hasta el 10 de Enero. La armada navegó con viento próspero, que hizo bueno el pronóstico

<sup>1</sup> Cincuenta en la crónica de Padilla.

<sup>2</sup> Según Padilla, 1.500.



de los pilotos; al tercer día había salido de la estrechura del canal, encontrándose libre de bajíos; mas como no sea cosa de fiar constancia en el viento, no obstante lo antes dicho, ni valga práctica para vaticinios en la mar, vino luego á soplar aquél por el Sudoeste, en dirección opuesta á la derrota, creciendo su fuerza y levantando mar suficiente al recelo, cuanto más á la molestia de viajeros regios. En pocas horas se dispersó la armada, corriendo cada nao como podía, sin de las otras cuidarse, y así la de los Reyes quedó sola, cual si quisiera ofrecerles lección práctica de la inestabilidad de las glorias humanas.

La cerrazón del celaje, el zumbiar del viento en las jarcias, el agua salpicada por las olas sin atención á la que arriba azotaban los argaviesos, los balances bruscos, las voces no entendidas de los marineros, todo junto daba pavor á los expedicionarios, noticiosos de hallarse el bajel inmediato á la costa de Inglaterra, entre escollos temibles.

Tratando por lo mismo de amainar la vela mayor, ó papahigo, única que se había conservado, faltaron, ó se rompieron, las brazas que la gobiernan, corriéndose la verga á sotavento y hacia el agua el bolso lleno, con cuyo esfuerzo se inclinó la banda hasta beber de la mar, quedando en esta disposición dormido el buque. La violencia del sacudimiento repentino hizo caer naturalmente de aquel lado aquellos objetos que no estaban fuertemente asegurados; cayó entre ellos la lumbre del fogón, iniciando el incendio en tres lugares distintos, y no ya los del pasaje, los mismos marineros se atemori-

zaron y aturdieron, no sabiendo acudir á la vez al remedio de tantos peligros.

En medio de la confusión, uno de los golpes de mar derribó al Rey con fuerza tal, que al pronto se le creyó muerto por quedar momentáneamente sin sentido, estallando súbito, al verle caído, un clamoreo general, en que así se oían plegarias como imprecaciones. Quién de aquellos nobles señores se encomendaba á los santos de su devoción; cuál ofrecía, si llegaba á tierra, vestir hábito religioso: se abrazaban unos, sollozaban otros, mandaban todos.

Don Felipe no perdió la serenidad ni la energía. Aunque lastimado del porrazo, esforzaba á los demás con gran fe en el socorro de la Providencia, y por ejemplo, en la invocación, desnudando la cabeza y los pies, dirigió en alta voz una plegaria á Dios y á la Virgen María con sentida frase. Si hermoso parecía de ordinario, hermosa ciertamente se destacaba sobre el cielo negruzco su figura varonil, desordenado el cabello y en rebelde tensión las ropas, sacudidas del austro.

No se dolía de la muerte, pues que era voluntad del Señor y el hombre ha de morir; pesábale que el embarque la causara á tantos y tan buenos amigos como le seguían en naves más frágiles que aquélla; se apenaba de la orfandad de su hijo, niño, y del dolor de su anciano padre, amargándole, sobre todo, la presunción de originar con su fin impensado, disensiones y guerras en la cristiandad. Por término de la oración, si escuchando su ruego le acordaba Dios el salvamento, ofrecía visitar devotamente los santuarios de Monserrat y de Guada-

lupe, presentando en cada uno de ellos, ante la imagen de la bienaventurada Virgen, su propio peso en plata <sup>1</sup>.

Doña Juana, en tanto, no sentía el terror sin disimulo manifiesto en el rostro de los hombres, ni rezaba, ni por su mente discurría otra idea que la de perder cosa más cara que la vida. Habiéndola dicho el Rey que no escaparían, se había vestido el traje más rico y cargado los bolsillos de dineros á fin de que el cadáver fuera reconocido y sepultado en la tierra á que aportara; sentada en la cubierta, empapada en agua, abrazaba fuertemente las rodillas de su esposo, respondiendo en la locura del amor á las observaciones, que no habría de ser la muerte poderosa para apartarla un punto de aquel con quien estaba unida <sup>2</sup>.

La muerte no la desengañó por entonces, sin que por sobrenatural intervención, en apariencia, vinieran á cumplirse los deseos de la atribulada compañía.

En el instante crítico diciendo: «Ea, señores, aquí no hay necesidad de lágrimas, sino de manos», se arrojó al agua un alentado marinero con intención de hendir la vela, y en efecto, apenas la hubo acuchillado, el viento mismo la rasgó, abriéndose camino por la tela. Lo que era palanca del abismo, fué pronto trapo mojado que volaba en añicos; adrizó la nao volviendo á balancear violentamente; precipitóse por las escotillas el agua que había entrado en la cubierta, contribuyendo á la extin-

<sup>1</sup> Antoine de Lalaing pone en boca del Rey un hermoso discurso; el Embajador veneciano conviene en lo esencial.

<sup>2</sup> Véanse las referencias.

ción del incendio, y ya no hubo que hacer otra cosa que marear vela nueva con que defenderse de las olas.

El marinero..... ¿por qué callan su nombre los cronistas, afanosos de no olvidar ninguno del servicio real? Dicen haberle acordado el Rey plaza de arquero en su guardia: no es mucho decir..... ni mucho dar.

En verdad, no por el acto heroico salía de todo riesgo la arrogante *Juliana*; todavía la situación empeñada sobre la costa de Inglaterra diera motivo á seria preocupación, y lo dará para entender que escuchó el Criador los lamentos de los pecadores, viendo en los relatos que al cabo de cuarenta horas mortales, una clara dejó ver á los pilotos la tierra, tan distinta y á mano, que se lanzaron á lo que les parecía puerto, y aunque tocó la quilla, un golpe de mar los echó adentro, con asombro de los que allí habitaban, por ser de necesidad mil circunstancias, con la de pleamar que ocurría, para el acceso de aquella nao, la más grande que nunca habían visto <sup>1</sup>.

La admiración de los pescadores ingleses es dato que sirve al juicio de no ser puerto principal aquél. Los cronistas, castellanos ó flamencos, no conforman en la designación: entre varios nombres de difícil correspondencia con los modernos, se comprende que mencionan los de Portland, Southampton, Weymouth..... Es de presu-

<sup>1</sup> «Tocó también la nao en tierra, escribe Sandoval, ó como dicen, en banco, donde sin falta se perdiera si una gruesa ola no los echara de la otra parte con su fuerte ímpetu.» En cuanto á la magnitud de la nao, fué superior la de las carracas en que hizo escala D.<sup>a</sup> Juana, pues que eran de mil toneles, esto es, de más de mil toneladas.

mir que acierta el crítico M. Gachard, suponiendo que el fondeadero fué Melcombe-Regis, pues que Sandoval lo nombra *Morilas*.

Cualquiera que fuese, lo importante es saber que la acogida de los necesitados viajeros nada tuvo de cordial ni de respetuosa.

No la dispensaron mejor los ingleses á la nao del Almirante y á otras diez y ocho que arribaron al puerto de Falmouth; negáronles mantenimientos; detuvieron á los caballeros que pusieron pie en tierra, no ya inhospitalarios, sino hostiles, suerte esta menos mala que la de otros bajeles llegados á puertos sin recursos, y sobre todo de tres, el del señor de Roeux; el de D. Diego de Guevara, mayordomo mayor de la Reina, y el que conducía la repostería, estrellados en la costa. De los dos primeros se salvó la gente; del último, sólo diez ó doce hombres escaparon con vida.

Cuando llegó á la corte noticia, tuvieron correctivo los atropellos, con la orden de acoger amistosamente á los recién llegados. Los reyes de Castilla fueron conducidos al castillo de Windsor, donde el de Inglaterra los agasajó con banquetes y fiestas. Se consintió á doña Juana una entrevista con su hermana la Princesa de Gales, enviándola luego á Falmouth, donde se había de reunir la armada dispersa, y en la corte quedó D. Felipe procurando reparar el mal éxito de sus negociaciones en Francia, con otras que le alcanzaran alianza y apoyo en aquel reino.

Hablóse, naturalmente, del temporal corrido, cuya fuerza se sintió en Londres, derribando el viento el

águila dorada que servía de remate á la catedral de San Pablo, motivo de preocupación para los agoreros. Los Reyes trocaron las insignias de la Jarretiera y del Toisón de Oro; D. Felipe ofreció al inglés la mano de su hermana Margarita y suscribió onerosos tratados de navegación y comercio, cuyas consecuencias hubieron de sentirse en Flandes y en España <sup>1</sup>.

Inquieto, en tanto, con la tardanza prolongada de los viajeros, D. Fernando el Católico, había despachado sucesivamente seis naves de Vizcaya, que cruzaban hasta el Canal de la Mancha, sin tropezar con las de Flandes, ni conseguir nuevas suyas de las que navegaban desde el norte <sup>2</sup>; se iban, por tanto, despertando en España recelos de alguna desgracia, principalmente entre aquellos que en el cambio de Gobierno cifraban la esperanza de medrar ahina <sup>3</sup>. Uno de ellos, D. Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, volviendo el primero la espalda al sol que se ponía, fletó bajel de 250 toneladas, saliendo de propia voluntad á buscar la luz benéfica del sol naciente,

<sup>1</sup> Bacon.

<sup>2</sup> En carta dirigida por el rey D. Fernando á su embajador en Roma, que ha publicado Rodríguez Villa (pág. 166 de su obra), se dice:

«Cuando supe la tormenta que hovieron en la mar cerca de Inglaterra, creyendo que sus naos serian perdidas, yo les envié á toda diligencia las mejores naos que se hallaron en la costa de Vizcaya para en que viniesen, y fice hacer oraciones y procesiones generales y particulares, para que Nuestro Señor los trujese con bien, y provei en todo el reino, y señaladamente en los puertos de mar que aparejasen todo lo que convinia para que fuesen recebidos y obedecidos y servidos con mucho placer.»

<sup>3</sup> Entre ellos Cristóbal Colón, que escribió cartas desde el lecho mortuorio.



con la fortuna de descubrirlo en el horizonte de la mar británica. No hay que decir si fué bien recibido.

Habían pasado tres meses cuando el estruendo de la artillería anunció que seguía su marcha la armada flamenca, repuesta de averías, engalanada y lucida como en un principio. Las velas se largaron el 22 de Abril, llenándolas un viento bonancible del Nordeste.

Aunque estuviera de antemano convenida con el rey D. Fernando la recalada á Laredo, quiso D. Felipe hacer derrota al de la Coruña, no tanto por contrariar al primero, como por consideración, á lo que dijo, del voto que muchos de los señores de su séquito hicieron durante el temporal, de ir descalzos y á pan y agua en peregrinación á Santiago de Galicia, desde el punto en que pisaran la tierra española.

En esta travesía última no ocurrió incidente notable: el domingo 26 de Abril se llegó la armada á la torre de Hércules, y como cogía de improviso el arribo á la ciudad, durmieron á bordo los Reyes, dando tiempo á la preparación de alojamiento decoroso y al recibimiento oficial conveniente. Que fué ruidoso, consta por la aserción del *chambellán*, Sr. de Montigny, de haberse disparado en mar y tierra más de tres mil cañonazos; que fuera entusiasta hacen dudar ciertas protestas que guardan los archivos locales, y de que no hay para qué hablar en escrito puramente náutico. De consignar es, sin embargo, la expresión de una vieja gallega, que no lograba penetrar entre la multitud para ver el paso de la comitiva. Oyendo alabar por extremo hermoso y gallardo al Rey, dijo que más caminos había de



andar por Castilla muerto, que vivo; y cumpliósse <sup>1</sup>.

Don Felipe quiso parecer amo absoluto desde un principio, y aun se dice que lo parecían todos aquellos caballeros que no hablaban la lengua del país; mas de ello no hay indicio en las crónicas flamencas del viaje. Cuentan sencillamente que tan galanes y apuestos desembarcaron los tales caballeros, que no se creyera fuesen los mismos remojados en el temporal del 27 de Enero.

Ahora, la verdad en su lugar: D. Felipe los llevó ante todo á Compostela.

## REFERENCIAS.

---

*Crónica de Felipe I, llamado el Hermoso*, por Lorenzo de Padilla. (Colecc. de docum. inéd. para la Hist. de Esp., tomo VIII.)

*Crónica de los Reyes Católicos*, por A. Bernáldez, cura de los Palacios. (Colecc. de aa. esp. de Rivadeneyra.)

*Historia del rey D. Fernando el Católico*, compuesta por Jerónimo Zurita, Zaragoza, 1610.

*Opus epistolarum*, Petri Martirys Mediolanensis, Parisiis, 1670.

*Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, por D. Fr. Prudencio de Sandoval, Pamplona, 1618.

*Bosquejo biográfico de la reina D.<sup>a</sup> Juana*, por D. Antonio Rodríguez Villa, Madrid, 1874.

<sup>1</sup> Fr. Prudencio de Sandoval.—Vera y Figueroa.

*La couronne Margaritique*, composée par maistre Jean le Maire de Belges, historiographe de Madame Marguerite d'Austrie et de Bourgogne, Duchesse de Savoye, Dame de Bresse, etc., Lyon, 1549.

*Vida y muerte de D.<sup>a</sup> Margarita de Austria*, por D. Diego de Guzmán, Madrid, 1616.

*The history of the raigne of King Henry the seventh*, Written by Francis Bacon, London, 1622.

*Queens of England. Catherine of Aragon*, by Miss Agnes Strickland, London.

*Life of Catherine of Aragon*, by James Gairdner. (Dictionary of national biography, t. ix), London, 1887.

*Crónica de Alonso de Estanques*. (Inédita.)

*Voyage de Philippe le Beau en Espagne*, par Antoine de Lalaing, Sr. De Montigny, Chambelan du Roi.

*Carta del Embajador de Venecia*, Vincenzo Quirini al Dux, fecha en Falmouth á 30 de Enero de 1506, publicada en L'Archivio di Venezia, con riguardo speciale alla storia inglese, saggio di Rawdon Brown, con una nota preliminar del Conte Agostino Sagredo, Venezia, 1865, pág. 220.

*Relación del temporal que sufrieron los Reyes de Castilla*. (Anónima.)

*Collection des voyages des souverains des Pais-Bas*, publiée par M. Gachard, Bruxelles, 1876.

*Dote de D.<sup>a</sup> Catalina*, hija de los Reyes Católicos y tía del Emperador Carlos V, cuando casó en Inglaterra. (Colección de docum. inéd. para la Hist. de Esp., t. 1, página 356.)

*Armada y provisiones para llevar á Flandes á D.<sup>a</sup> Juana*, hija de los Reyes Católicos, cuando fué á casarse con el Archiduque D. Felipe I en 1496. (Idem id., t. viii, pág. 548.)

*Carta de la Reina Católica* al almirante D. Cristóbal Colón agradeciéndole el parecer que le envió sobre el viaje á Flandes que iba á hacer desde Laredo la infanta Doña Juana. (Colección de docum. inéd. de Indias, t. xxxviii, pág. 355.)

*La reina D.<sup>a</sup> Juana la Loca*, estudio histórico por Antonio Rodríguez Villa, Fortanet, Madrid, 1892.

## ARMADA QUE LLEVÓ Á DOÑA JUANA

EN 1496.

Los escritores contemporáneos difieren notablemente en los datos de composición y fuerza de esta Armada.

|                                                                                        |     |                           |
|----------------------------------------------------------------------------------------|-----|---------------------------|
| Pedro Mártir de Angleria, <i>Opus epistolarum</i> , ep. CLXVIII, dice constaba de..... | 110 | naves con 10.000 hombres. |
| Lorenzo Padilla, en la <i>Crónica de D. Felipe</i> .....                               | 120 | » » 15.000 »              |
| El Cura de los Palacios en la <i>Crónica de los Reyes Católicos</i> .....              | 130 | » » 25.000 »              |

Estanques expresa que fueron más de 100 velas y casi 10.000 hombres de guerra.

Hernando del Pulgar y Zurita se limitan á consignar que se juntó una gran Armada.

En la ceremonia del bautizo del infante D. Fernando, en Alcalá, año de 1502, predicó el obispo de Málaga, haciendo relación de la vida de D.<sup>a</sup> Juana, y llegado al casamiento con el Archiduque, dijo cuán honradamente la enviaron los Reyes á Flandes «con armada que nunca sobre las aguas del mar semejante vieron los hombres <sup>1</sup>.»

En la *Historia de la Marina Real de España*, t. 1, página 341, se ha publicado un documento oficial que tiene relación con una parte al menos del armamento.

Dícese en este libro que en la propia cédula se hacía mención de las provisiones que había de llevar la armada, y que eran tantas, que no cabrían en los bajeles designados; y así opina el autor que se agregarían transportes, con cuyo número se completarían las cifras de 110 naves y de 10.000 hombres, sumados los de mar y guerra.

Cita el analista de Aragón una cédula, expedida á 27 de Octubre de 1495, ordenando el apresto de la armada, y otra parece que dieron los Reyes, fechada en Tortosa á 18 de Enero

<sup>1</sup> Sandoval, *Hist. del Emperador*, t. 1, E. 1.

de 1496. La publicada en parte en la mencionada *Historia de la Marina Real* es como sigue:

«*El Armada que con ayuda de nuestro Señor e de su gloriosa madre tenemos acordado mandar proveer en buen hora para el viaje de la Señora archiduquesa nuestra fija, es el siguiente:*

|                                                                                             |             |
|---------------------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| 2 carracas alterosas de castillos de cada mil toneles, cada una con quinientos hombres..... | 1.000       |
| 2 naos de á quinientos toneles con .....                                                    | 500         |
| 2 naos de á cuatrocientos toneles con.....                                                  | 400         |
| 6 naos de á trescientos toneles con.....                                                    | 900         |
| 4 naos de á doscientos toneles con.....                                                     | 400         |
| 4 carabelas rasas equipadas de remos con .....                                              | 300         |
| <hr/> 20 navíos en todos con.....                                                           | <hr/> 3.500 |

»Sin contar en la tripulacion los criados e sirvientes de la señora archiduquesa nuestra fija, e repartiendo los 3.500 hombres segund y en la forma que tenemos acordado, la cual es la siguiente:

|                                                                                                                                                                |             |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| Pilotos, maestros, marineros y demas personas de mar.....                                                                                                      | 1.000       |
| El señor almirante D. Fadrique Enriquez con trescientos escuderos, con los caballeros e continos de su casa, cient espingarderos e cincuenta ballesteros ..... | 450         |
| El señor Marqués de Astorga, ciento e cincuenta escuderos, cincuenta espingarderos y cincuenta ballesteros.....                                                | 250         |
| El Conde de Luna, cien escuderos, cincuenta espingarderos y cincuenta ballesteros.....                                                                         | 200         |
| El Conde de Alba de Liste, cincuenta escuderos, cincuenta espingarderos y cincuenta ballesteros .....                                                          | 150         |
| De Castilla la Vieja, peones .....                                                                                                                             | 400         |
| De las Asturias de Santillana.....                                                                                                                             | 300         |
| De Trasmiera.....                                                                                                                                              | 200         |
| De Vizcaya.....                                                                                                                                                | 550         |
| <hr/> En todo.....                                                                                                                                             | <hr/> 3.500 |

En las bajas que tuvo la armada en Flandes por el rigor del frío, mal alojamiento y falta de vituallas, se observa igual discrepancia en los cronistas. Padilla, el más escaso, da por muertos á más de nueve mil, de quince que dice fueron; Bernáldez,

á más de diez mil, de veinticinco; Zurita, no determina; «muy gran parte de la gente murió», dice solamente; Pedro Mártir, la mayor parte.

«Altamente vituperable, dice Rodríguez Villa, fué en esta ocasión la conducta apática é indiferente del Archiduque don Felipe con los españoles que fueron acompañando á su esposa desde España y que habían de acompañar después á su hermana, dejándolos morir de hambre y de frío en aquellas heladas é inhospitalarias playas de sus dominios.»

Noticia el mismo autor que estando los Reyes Católicos en Burgos á fines de Octubre, recibieron aviso de haber enfermado el almirante de Castilla en Flandes, no pudiendo volver con la armada que había de conducir á la princesa Margarita; y como la venida urgía, nombraron cabeza al efecto á Gómez de Buytron.

Siguió, no obstante, la demora, y los Reyes hubieron de enviar á los Países Bajos al obispo de Cathania, de su Consejo, con importantes instrucciones, que el autor copia <sup>1</sup>, y cartas para el Almirante ordenándole «*que en todo el caso del mundo trabajara de partir con la armada y con la Princesa al primer buen tiempo que Dios diese, aunque no hubiese tiempo sino para pasar á Inglaterra, porque allí hallarán todo buen acogimiento, y estarán tan seguros como en nuestros puertos, y de allí podrá venir de puerto en puerto hasta que Dios dé buen tiempo para venir hasta acá.*»

Añadían las instrucciones del Obispo que si conociese en el Almirante disposición de dilatar la partida ó por miedo, esperando el verano, ó por otro cualquier respeto, le dijera de parte de sus Altezas que marchara á Nápoles por tierra, con pretexto, porque allí hacía falta con urgencia.

## ENTEREZA DE DOÑA JUANA.

Lo mismo el gentilhombre Lalaing que el Embajador de Venecia Quirini, expresan la serenidad y entereza de carácter con

<sup>1</sup> *La Reina Doña Juana la Loca*, pág. 23.

que D.<sup>a</sup> Juana arrojó el peligro de naufragio. Fray Prudencio de Sandoval refiere el incidente de haberse puesto un traje rico, llenando los bolsillos de oro; Bernáldez con su ordinaria concisión escribe:

«Entrados en la mar ovieron tantas fortunas e sus personas (de los Reyes) fueron puestas en tanto peligro, que mas despedidos de la vida que no de la muerte se vieron, e al mayor peligro socorrióles Dios, nuestro Señor, y salieron a Inglaterra donde la fortuna los echó, e perdióseles una nao donde venian ciertos pajes e mucha ropa e joyas. Aportaron á la ciudad e puerto de Salisbre.....»

Más extenso el P. Cienfuegos, de la Compañía de Jesús, puso en la *Heroica vida, virtudes y milagros de San Francisco de Borja*:

«En ocasión que el mar fingía bonanza traidora empezó á soplar un viento tan impetuoso y tan rellano, que se enfureció no sólo contra las grandes velas, sino contra las pequeñas urcas [!]; cada ola era una tormenta hinchada, porque arrojando en montes de agua todo el Océano, volvía á romper su seno con un bramido, mostrando á los bajeles hondo sepulcro..... Parecía ya inevitable el naufragio y la común ruina; cada farol se mudaba en fúnebre candela y cada navegante miraba á la muerte fluctuar sobre la ola que venía. Y cuando estaban cubiertos de tristeza hasta el corazón más varonil y más animoso, empezando á naufragar primero en su mismo llanto, sola la más que varonil reina D.<sup>a</sup> Juana, con toda la serenidad en el rostro, se vistió de gala y enriqueció el peligro y el traje con todos los diamantes que halló á mano la prisa, adornándose de ciatillas para ser víctima y esperando así esforzadamente....., aplacó el mar su furia....., y la que á vista de su propia muerte mostró un corazón tan esforzado, en la de Felipe el Hermoso perdió el tino, flaqueando la razón en menos naufragio, porque el amor era el dueño del bajel.....»

Hay en la biblioteca de la Academia de la Historia un códice del que copió Rodríguez Villa estos chistosos pormenores <sup>1</sup>:

<sup>1</sup> *La Reina Doña Juana*, pág. 133.



«Cuando el rey D. Felipe vino de Flandes á Castilla con la reina D.<sup>a</sup> Juana, corrió gran tormenta en la mar; y viéndose en tan gran peligro, vistieron un cuero al Rey y pusieronle en las espaldas una letra que decía *El Rey Don Philipe*; y así estaba delante de una imagen esperando cada hora ser perdido. La Reina estaba sin temor alguno, y pidió que le trajesen un cajón para comer; y haciendo los caballeros y marineros diversos votos, daban de lo que allí tenían para Nuestra Señora de Guadalupe; y como llegasen á la Reina, abrió la bolsa en que tenía como cien ducados, y entre ellos tenía medio ducado, y andúvolo buscando entre ellos hasta que lo halló y lo dió, dando en esto á entender que no tenía temor, y diciendo que nunca Rey murió ahogado.

»En esta tormenta unos vomitaban y otros se orinaban, y cayendo los orines sobre otro, dijo: «Perdonadme, señor, que voto á tal que de puro miedo me meo.» Hallóse allí un Luis Daza, pariente del Daza, obispo de Córdoba, y con el desatino de la tormenta pisó á otro, y como aquél se quejase, díjole: «Señor, no os quejéis, que juro á Dios que os pisa uno de los mejores hidalgos de Castilla.»

»En aquella tormenta se halló un caballero que se decía Acevedo, al cual rogaba muy ahincadamente uno que se decía Loaysa que le diese una bofetada; y como el Acevedo se escusase dello, él le importunaba diciendo que le hiciese merced de darle una bofetada, porque más había padecido por él Jesucristo; y al fin tanto le importunó, que se la dió bien pagada; y como se la dió, díjole el Loaysa que le esperase otra, y dijo el Acevedo: «No soy tan perfecto para recibirla»; y así se disimuló.

»El mismo Loaysa viéndose en la tempestad se comenzó á confesar con su paje, diciendo: «Señor Hernandico, bien sabéis que soy el más mal hombre del mundo y más mal cristiano; y como el paje comenzase á llorar, decíale: «Estad quedo, señor Hernandico; bien sabéis que yo he sido falsador de dados.» Y el mochocho tornaba á llorar, y decíale: «Estad quedo, señor Hernandico», y por este estilo pasó con la confesión adelante.»

---

## VIAJES DEL REY

### DON FERNANDO EL CATÓLICO.

---

1506-1507.

Quedó descargado del gobierno del reino de Castilla D. Fernando con la venida de su hija Juana; marchó á los estados de Aragón, si de mal grado con buen talante, y allí pensó que era razón visitar los reinos de Nápoles y Sicilia, donde, al decir de amigos officiosos, se trataba también de suplantarle.

Como no le faltaran elementos marítimos en Cataluña, en poco tiempo estuvo presta una buena armada de 10 galeras y cuatro fustas catalanas, regidas por el almirante Ramón de Cardona; cuatro galeras de Sicilia, que mandaba el agnerrido Tristán Dolz <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Varía la enumeración de las galeras en los autores entre los límites de 14 y 20; Capmany, *Ordenanzas de Aragón*, publicó lista de las de Barcelona con los nombres de los capitanes, artillería, pertrechos y banderas. Don Víctor Balaguer (*Historia de Cataluña*) compone la armada de las galeras reales, al mando de Luis Gálcerán de Vilamari; de las de la Diputación y de la ciudad de Barcelona, á las cuales se añadió otra que armó esta última para su can-

y cierto número, que no se expresa, de carracas y naos.

La galera real, muy bien dispuesta, estaba á cargo de Mossen Vilamari: en ella embarcó D. Fernando el 4 de Septiembre de 1506 <sup>1</sup>, acompañado de la reina Germana; en otras, su hermana y sobrina, reinas que habían sido también de Nápoles, muchos caballeros de Castilla, Aragón, Cataluña y Mallorca, lucida éasa y no poca gente de armas. Á esta última y á los caballos estaban destinados los navíos de vela.

El viento no correspondió á las esperanzas de tenerlo próspero, haciendo necesaria una primera escala en Palamós para las galeras; las naves se enmararon con orden de esperar en el fondeadero de las islas Hieres <sup>2</sup>, que alcanzaron primero por la mala travesía que tuvieron las otras, aunque remontaron hasta Portvendres.

Lo mismo en Tolón que en los puertos siguientes visitados por la escuadra, se mostraron las autoridades francesas extremadamente obsequiosas y deferentes, obedeciendo los mandatos de su rey Luis XII. El castillo de Génova se hallaba entonces en poder de este monarca, que tenía por gobernador á Felipe de Ravestain, Almirante de Francia <sup>3</sup>; en la ciudad, sin embargo, había descontento y conatos de venir á las manos los

ciller tercero Francisco de Jiment, elegido para acompañar al Rey, de 16 naves mandadas por Pedro Navarro, de tres grandes naves genovesas, y por fin, de una flota, cuyo capitán era Ramón de Cardona.

<sup>1</sup> Convienen en esta fecha Zurita, Padilla y Capmany; Bernáldez pone la de 7 de Agosto.

<sup>2</sup> *Isladeras*, Zurita.

<sup>3</sup> Zurita lo nombra Luis Felipe de Cleves, señor de Rabastan.

bandos que la dividían, y esperábase de la influencia del rey de Aragón el sosiego, por convencimiento de lo bien que les estaría mantenerse en la obediencia del Cristianísimo.

Don Fernando prestó este servicio á su nuevo aliado haciendo entender á los principales ciudadanos que estaba dispuesto á enviar contra ellos toda aquella armada y más si hiciera falta, lo que no fué óbice para que presentaran á D.<sup>a</sup> Germana el obsequio de dos agnamaniles de oro y muchas vituallas de refresco, ni tampoco para que cuando marchó el Rey se rebelaran como tenían pensado.

En Portofino, á 5 de Octubre, llegó la nueva de la muerte de D. Felipe el Hermoso y muchas cartas en que rogaban á D. Fernando se volviera al momento á Castilla, los mismos que tanto hicieron porque se fuera. Tal es el mundo. Si hemos de creer á Colenuccio, «aunque el Rey tuvo ocasión para alegrarse del suceso, todavía mostró tristeza». Guardó sin duda las conveniencias; Bernáldez consigna que se retrajo ciertos días en la galera en que iba; puso luto y mostró mucho sentimiento. Por lo demás, firmadas las cartas de pésame, siguió su vía de puerto en puerto.

Esperábale en el camino satisfacción muy grande, presentida al avistar cuatro galeras y tres fustas que, abatiendo banderas y sonando trompetas, saludaban con la voz y el cañón al estandarte real. Eran de la escuadra de Nápoles, mandada por el zamorano Nuño Docampo, y habían salido de Gaeta al encuentro del soberano, trayendo á bordo al capitán que le había conquistado

aquel reino; acto deferente, digno de su carácter noble; demostración respetuosa más próxima á lo natural que á lo maravilloso, y que no obstante, causaba en la galera real una sorpresa mal disimulada. Tanto habían sembrado en el ánimo de D. Fernando la sospecha sus cortesanos; tantas habían sido las confidencias é insinuaciones del rey Luis de Francia, que sin temeridad puede pensarse que más á sus anchas respiró, aunque disimulado é impenetrable él, viendo en su presencia, la rodilla en tierra y la gorra en la mano, al caudillo en toda Europa célebre.

La recepción fué cordial y aun afectuosa; juntas todas las galeras siguieron á Gaeta y de allí á Nápoles, alojándose la corte en el castillo del Ovo, á ruego de los principales, mientras se acababan los preparativos para la entrada pública; y el domingo, 1.º de Noviembre, estando á punto, volvió D. Fernando á la Real y avanzó hacia el puerto seguido de veinte galeras muy en orden, todas con tendales ricos, embanderadas de gala. Antes de llegar al muelle dispararon las naos y los castillos, y respondieron las dichas galeras. Era cosa de espantar, escribe el Cura de los Palacios, «tremía la tierra, que parecía que se quería hundir».

El cronista Estanques, más expresivo, escribió:

«Fueron á recibir á S. A. á Castilnuovo veintidós galeras muy bien ataviadas, en que fueron más de 2.000 hombres vestidos de seda y brocado, los más con cadena de oro al cuello y con mucha pedrería. Y entró S. A. en su galera con una ropa de brocado aforrada en martas con mucha pedrería, en el bonete un joyel que le dió el

Gran Capitán Gonzalo Hernandes, que fué de los Reyes de aquel reino, que le había costado 20.000 ducados; y la Reina salió vestida á la francesa, con un brial de oro bordado, tirado y chapado con mucha pedrería. Y cuando vinieron á vista de Nápoles, las galeas dispararon el artillería y Castilnuovo les respondió con la suya, que fué cosa de ver, y SS. AA. desembarcaron en una puente artificial, donde el Gran Capitán tomó á la Reina del brazo hasta ponella debajo de un arco triunfal que entraba gran pieza en el mar, que había costado doce mil ducados y la puente cuatro, donde había gran música de cantores, que cantaron *Te Deum laudamus*. Y allí juró el Rey las libertades del Reino, y comió aquel día, y la ciudad de Nápoles le hizo presente de todas las cosas de comer y de muchas frescuras y gentilezas que ellos pudieron haber, y de doce mil ducados de renta en el aduana de la dicha ciudad, y de trescientos mil ducados en dinero; y á este respecto decían que estaba todo aquel reino y el de Sicilia determinados de servirle. Y S. A. mandó llamar á Próspero Colona y al duque de Términi, y tomando el estandarte real en su mano, lo dió á Fabricio Colona, haciéndole su alférez mayor del reino; y mandó al Próspero Colona tomase á la mano derecha al Gran Capitán, y S. A., cabalgando en su caballo muy bien aderezado, fué metido debajo de un palio muy rico, que llevaban los Electores de Nápoles, y el estandarte iba delante con los reyes de armas, y luego el Gran Capitán y Próspero Colona, y luego la guardia de los alabarderos, y los embajadores del Papa, y del rey de Francia, y de los venecianos y florentinos



y de las otras potencias de Italia, las cuales habían traído á S. A. grandes presentes; y luego tras de ellos los principales del reino y Grandes y Ricoshombres, y el duque de Términi y los cardenales de Borgia y Trento.

»Y así fueron por la ciudad con muchas maneras de músicas hasta llegar á la iglesia mayor, donde salieron en procesión muy solemne cuantos frailes había en la ciudad y clérigos; y allí se apearon el Próspero y el conde de Melfa, y llevaron de rienda al Rey y á la Reina hasta en casa del duque de Términi, adonde todas las honradas dueñas del pueblo le hicieron muy solemne recibimiento debajo de un arco triunfal muy rico que allí había hecho. Iban en el recibimiento muchos géneros de música, como trompetas y atabales, sacabuches y cherimías, dulzainas y otros instrumentos de música.

»Llevaba el Gran Capitán una ropa carmesí abierta por los lados, aforrada en rico brocado, y el sayo de oro amarillo, y un collar de oro y perlas muy rico, y colgando dél un joyel muy maravilloso. Sus alabarderos vestidos de sedas de sus colores. El Próspero Colona y Fabricio y el duque de Términi iban vestidos de ropas rozagantes de brocado aforrado en damasco plateado.

»Y como fuese de noche antes de llegar á palacio, se encendieron hachas, que pareció en la mitad del día; y sólo el Gran Capitán sacó treinta pajes de librea con hachas. Y entrando el Rey por palacio fué recibido de la Reina, su hermana, y de la Reina, su sobrina, y de la reina de Hungría, hija del rey D. Fernando, su primo, mujer que había sido del buen rey Matías de Hungría; y el Rey las abrazó á todas con mucho amor, las cuales

estaban acompañadas de muchas damas é hijasdalgo vestidas de oro y brocado y de mucha pedrería.»

La ciudad de Partenope no desdijo, como se ve, en la ocasión la fama de esplendidez; tal vez no ha tenido otra de dar alojamiento á cuatro Reinas, caso de considerar, según Zurita. No iba, sin embargo, el Rey único, dispuesto á entretener el tiempo en fiestas; ante todo deseaba que Gonzalo de Córdoba diera cuentas. Las dió.

«Picos, palas y azadones, cien millones.

»Por repicar las campanas en celebración de las victorias..... etc.»

Resultaban tan claras estas cuentas para tiempos en que no se había inventado la partida doble, que debieron satisfacer plenamente á los encargados de tomarlas; el Rey al menos se dió por satisfecho, mandando extender á su secretario Mignel Pérez de Almazán la certificación, que lleva fecha de 25 de Febrero de 1507. Verdad es que Gonzalo Ferrández quedaba relevado de la gobernación, pero con los títulos de duque de Sesa y de Terranova, y en el documento «declaraba el Monarca á todas las gentes de aquel siglo y á los que estaban por venir al mundo, los esclarecidos y señalados servicios de su Capitán general, y deseaba que aquel testimonio llegara á noticia de todos los señores de la tierra y á todas partes del mundo, y durara para siempre <sup>1</sup>.»

Convocó D. Fernando el Parlamento; visitó el reino, ocupándose de sus negocios sin desatender á los de afuera; prueba de ello el haber cumplido la palabra que

<sup>1</sup> Zurita.

dió á los señores de Génova, tan luego como supo su alzamiento. Allá envió al capitán Miguel Pastor con cuatro galeras y dos fustas, y juntándose con otras tantas francesas, mandadas por Pregent de Bidoulx, bloquearon tan estrechamente el puerto, que hubieron aquéllos de sucumbir <sup>1</sup>.

Á todo esto apretaban las cartas de Castilla pidiéndole encarecidamente, en nombre de la paz y seguridad del Estado, que acelerara el regreso, y lo emprendió deteniéndose algunos días en Gaeta. Por delante marchó la escuadra de 16 naos, gobernada por Pedro Navarro, conde de Oliveto; en la suya iban 16 galeras aderezadas á punto de guerra, y se hicieron á la mar el 4 de Junio. Aunque costaba lo mismo que en el viaje de ida, visitando los puertos, dejó en claro los de Ostia y Civita-vecchia, excusando la visita á que le invitaba el Papa Julio II, con su embajador Jerónimo Vic, en razón á la urgencia con que navegaba; en cambio, con asombro de las gentes, se proponía ver á Luis XII, sin temor alguno de ponerse en manos de quien tan poco antes parecía enemigo inconciliable.

En Génova esperó al duque de Sesa, rezagado en Nápoles para embarcar su casa; vino á hacerle reverencia en el puerto Gastón de Foix, señor de Narbona, hermano de la Reina, trayendo cuatro galeras, y como supiera estar el rey de Francia en Saona, el 28 de Junio hizo rumbo allá, celebrando vistas durante cuatro días con magnificencia extraordinaria.

<sup>1</sup> Jean d'Anton.

Luis XII se adelantó por el puente ó muelle expresamente construído para el atraque de la Real, y entrando el primero á bordo, abrazó á Fernando y á su sobrina Germana. Hizo en seguida que presentaran al rey de Aragón las llaves de la ciudad, el cual las tomó por cortesía, devolviéndolas en el acto; salieron á tierra las dos cortes, á cual más galanes los señores de una y otra, y tomando el rey Luis á grupa de la mula á D.<sup>a</sup> Germana, subió al castillo, donde los dejó hospedados por mejor alojamiento, teniéndolo él en el palacio del Obispo.

Las honras que el rey de Francia dispensó al duque de Sesa se comentaron por lo desusadas; á primera vista le abrazó y besó en el carrillo; invitóle á su mesa con D. Fernando y comieron los tres solos; le echó al cuello una hermosa cadena de oro, quitándola del suyo <sup>1</sup>, y le dió el dictado con que el mundo le conoce. Antonio de Herrera lo refiere en estos términos <sup>2</sup>:

«Quiso el rey de Francia honrar á Gonzalo de Córdova por la excelencia de su persona, con que comiese á la mesa con los dos Reyes, y siempre le llamó *Gran Capitán*, y lo mismo toda la nación francesa, de donde, por sus grandes hazañas, procedió este nombre; y aunque se lo puso también el Pontífice León X, es propio de franceses, como queda dicho, y no salió de la jactancia española <sup>3</sup>.»

<sup>1</sup> Bernáldez, Zurita, d'Anton, Giannone.

<sup>2</sup> *Comentarios de los hechos de los españoles..... en Italia.*

<sup>3</sup> En un *Memorial de cosas antiguas*, ms., que existe en la Academia de la Historia, Colección Velázquez, t. XXXVI, dice:

Es verdad; entre los españoles de Italia, entre sus mismos soldados se le designaba sencillamente por *Gonzalo Hernández*.

Las narraciones de la época pintan conformes la grata impresión que produjo la entrada en Saona de la armada del Rey de Aragón, arbolando las galeras hermosas banderas y flámulas en torno del estandarte real dorado. Iban cubiertas de pavesadas y tendales de los colores del Rey, esto es, rojo y amarillo; los marineros y remeros vestidos de lo mismo, y aquéllos con sendos escudos de las armas de Aragón en el pecho: hasta las velas estaban pintadas de aquellos colores y con las armas reales<sup>1</sup>.

Rivalizaban en suntuosidad las galeras de Francia, sembrados de flores de lis los adornos, lo mismo que el puente ó muelle improvisado para el desembarco.

Tratando de las naves un historiador de la nación<sup>2</sup> refiere que el almirante Philippe de Ravestain tenía una carraca ó gran nao llamada *La Charente*, considerada de las mejores que flotaban en la mar. Describir su grandeza y fuerza, dice, fuera prolijo: llevaba á bordo 1.200 hombres de guerra, sin contar los grumetes, pajes, criados, etc., y montaba 200 piezas de artillería, de las cuales 14 tenían ruedas y tiraban piedras grandes y balas de hierro fundido.

«Después de levantarle (el rey de Francia), que le estaba pidiendo la mano, le dijo: «Si fuerades mio, yo os hiciera a vos rey de Napóles y vos á mi de todo el mundo.» Después, al tiempo de asentarse á comer, le hizo sentar con él y D. Fernando, diciendo que quien á Reyes vence, con Reyes ha de comer».

<sup>1</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. I, págs. 172 y 319.

<sup>2</sup> D'Anton, *Hist. de Louis XII*.

Por la explicación se comprende que, separadas las catorce piezas encabalgadas ó con cureñas, pertenecían las demás á los géneros denominados falconetes, pasavolantes, ribadoquines y cervatanas, cañones sujetos á la borda con horquilla y pinzote, cargados con recámaras independientes y manejados por un hombre <sup>1</sup>; cañones equivalentes por entonces á la artillería de tiro rápido de la actualidad. De todos modos, no son pocos doscientos.

Terminada la visita de los Reyes, se despidió D. Fernando para seguir la navegación tierra á tierra, según expresión de los cronistas, ó sea haciendo escala en los puertos, principalmente en los franceses de Tolón y Marsella. El primero de los españoles resultó Cadaqués: tocó en él, sin desembarcar, el 11 de Julio: al de Barcelona llegó el 14, y habló desde la popa á los Concelleres que acudían á saludarle; mas tampoco puso el pie en la playa en razón á la peste que recientemente había azotado al país; fué á desembarcar á Valencia el 21, dirigiéndose por el interior á Castilla, y en llegando despidió para siempre de la Corte al Gran Capitán.

Finiquito de las cuentas de marras.

Rodríguez Villa ha copiado, de documentos de la época, noticias en que se advierte ser común la opinión de que el Rey le dejó vivir pacíficamente sin encomen-

<sup>1</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. 1. Capmany, según va dicho, relaciona la artillería de las galeras de D. Fernando: la Real tenía una bombardita gruesa de hierro que pesaba 43 quintales y disparaba balas de piedra; 12 cervatanas y 12 pasavolantes con cepos, horquillas y calces. El armamento de las otras galeras era semejante.

darle cosas de guerra, en que era tan experimentado. Al llegar su hora dice:

«Murió el Gran Capitán como muy buen cristiano, en el hábito de Santiago, dejando su ánima encomendada á la Duquesa su mujer y á otros dos albaceas la restitución de los salarios. Mandó decir cincuenta mil misas á las ánimas del purgatorio. Dejó encomendada al Rey Católico su hija Elvira, heredera de su estado, y á su mujer una parte de él. Después de muerto lo sentaron en una silla y lo tuvieron así todo el día porque la gente lo viese. Hubo grande llanto por su muerte en Granada, así de moros como de cristianos, por todas las calles por donde pasó al llevarlo á depositar á San Jerónimo. Mandó la Duquesa enterrarlo en un monasterio de San Francisco. Á los diez días le hicieron pomposas honras. Sobre su sepultura, junto al altar mayor, había una gran tumba cubierta de paño brocado y una cruz de Santiago encima. Colgado de lo alto se veía el estandarte verde y pardillo que la Reina le había regalado, y á los lados pendones reales. Fuera de la reja, en medio de la iglesia, se alzaba un tabernáculo cubierto de seda negra, con las basas de las columnas doradas, y en éstas escudos magníficos con su genealogía, y una bandera encima, coronando la techumbre del tabernáculo el escudo de Córdoba. Había alrededor doce candelabros muy grandes, y dentro otros doce, siendo el peso de cada uno de ellos quince marcos de plata. Toda la iglesia estaba espléndidamente colgada de tapicería, y en la reja ondeaban dos guiones del rey de Francia, el de Cerinola y el de Garellano, los dos ensangrentados. Á la derecha



se alzaba una muy rica bandera con las armas de la Iglesia, tomada al duque de Valentinois, y otras de otros príncipes y señores; y á la izquierda estaban las del rey Federico, marqués de Mantua y de algunos potentados de Italia. Además toda la iglesia estaba alrededor adornada de banderas y estandartes. La gente que acudió de la ciudad y de veinte leguas á la redonda á sus funerales fué tanta, que no cabía ni en la iglesia ni en las calles.»

El Rey escribió á la Duquesa sentida carta de pésame con fecha 3 de Enero de 1516.

## REFERENCIAS.

---

Andrés Bernáldez, *Crónica de los Reyes Católicos*.

Jerónimo Zurita, *Historia del rey D. Fernando el Catholico*.

Lorenzo de Padilla, *Crónica de Felipe I, llamado el Hermoso*.

Antonio de Herrera, *Comentarios de los hechos de los españoles, franceses y venecianos en Italia*, Madrid, 1624, folio.

Antonio Capmany, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, 1779-1792, cuatro tomos, 4.º

Pandolfo Colenuccio, *Historia del reino de Nápoles*, traducida por Juan Vázquez del Mármol. Sevilla, 1584, folio.

Pietro Giannone, *Dell' Istoria civile del regno di Napoli*. Napoli, 1723, folio.

Jean d'Anton, *Histoire de Louis XII, roy de France*. Paris, 1615, folio.

G. H. Gaillard, *Histoire de la rivalité de la France et de l'Espagne*. París, 1801, seis tomos, 4.º

Antonio Capmany, *Del armamento y expedición del rey don Fernando el Católico al reino de Nápoles en 1506*. (Ordenanzas de las Armadas navales de Aragón.) Madrid, 1787. Apéndice número iv.

*Carta del rey D. Fernando al doctor de la Puebla*, fecha en Valencia á 20 de Julio de 1507, noticiando las ocurrencias de su viaje desde Nápoles. (Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo xxxix, pág. 428.)

Antonio Rodríguez Villa, *La Reina D.ª Juana la Loca*. Madrid, 1892, 4.º

---

---

## VIAJES DE CARLOS V.

---

Carlos de Austria ó Carlos de Gante, universalmente conocido por Carlos V, no tuvo por la mar el temeroso respeto que en los grandes señores de la época imponían la fragilidad de las embarcaciones, la inseguridad de la navegación, la molestia y privación que necesariamente se sufrían en las travesías, y la experiencia de los siniestros frequentísimos á que las naves iban expuestas. Porque los vastos Estados que llegó á regir en Europa estaban separados entre sí por los de otros príncipes con quienes no siempre mantenía cordial inteligencia; porque la rivalidad del espíritu y la fuerza corporal le comunicaran actividad extraordinaria, y porque en la paz ó la guerra tuviera sabido lo que su propia inteligencia aventajaba á la de los hombres de Estado y de batalla que le servían, pasaba de extremo á extremo de esta parte del mundo con frecuencia, en litera, á caballo si podía; en urca, galeón ó galera, en otro caso, sin aprensión del mareo, sin ver en los temporales del Cantábrico, las nieblas del Canal de la Mancha, como tampoco en las tramontanas del golfo de León, motivo que



en invierno ó verano impidiera sus propósitos de movimiento.

De algunos de los viajes marítimos del Emperador existen relaciones principalmente encaminadas al objeto y al resultado; tales son la jornada de Túnez en 1535 y la de Argel de 1541. De otros se hace somera indicación en las historias generales de España ó en las biografías, sin descender á menudencias; los escritores no les concedieron importancia. Juan de Vandenesse, flamenco, criado que constantemente acompañó á don Carlos, redactó un diario especial de todos los viajes, bastante minucioso en punto á itinerario y notable por la inserción de noticias del orden interior de la cámara; las que importan á la náutica dan escasa luz, pospuestas como en las demás obras <sup>1</sup>, pero hay todavía relaciones especiales; una del primer viaje de D. Carlos á España, escrita en francés un tanto desfigurado, por el ayuda de cámara flamenco Laurent Vital; otra del caballero Guillaume de Montoiche, limitada á la expedición de 1535 en el Mediterráneo; una tercera de Jean de la Roche que narra el viaje último, cuando depuesto voluntariamente el cetro se dirigió el Emperador hacia el retiro de Yuste. En suma, las noticias consienten poner por marco de la vida del coloso del siglo xvi estas narracio-

<sup>1</sup> El diario de Juan de Vandenesse se publicó primeramente en alemán, según dice M. William Bradford, que lo tradujo al inglés en 1850. Mr. Gachard lo incluyó en el tomo II de la Colección de viajes de los soberanos de los Países Bajos, publicado en Bruselas en 1881 según el manuscrito original en francés, compulsando varias copias, una de las cuales existe en la Biblioteca nacional de Madrid.

nes, que á la vez son páginas de la historia marítima de España.

## PRIMER VIAJE Á ESPAÑA.

1517.

No hay para que hablar de las dificultades y lentitud con que se reunían y organizaban los bajeles necesarios para formar armada; en otros lugares lo he dicho, basando aquí la indicación de haber sido la escuadra de que ahora se trata una de las más premiosas, en razón á que la voluntad de los magnates de Flandes procuraba dilaciones á la marcha de D. Carlos, contra la insistencia del cardenal Cisneros en procurarla. Sólo ante la resolución dictada, contra el voto y parecer de los consejeros, por el soberano, cesaron los obstáculos que cada día se le pretextaban, entre tantos, el ser entrado el mes de Septiembre, ó sea el fin de la estación propicia para navegar sin recelo, y la varada á última hora del navío que se tenía dispuesto para Real.

Vlissingen, Flesinga ó Fregelinga, plaza fuerte y puerto comercial de Zelanda, fué designado como de ordinario para el embarque del Príncipe, constituyendo la armada tres escuadras de Holanda, Zelanda y España, y entrando en las dos primeras las mejores naves que pudieran encontrarse en los mares del Norte. Sumaban 40 naos de gran porte con 12 menores, ó sean en total 52.

El navío real, nombrado el *Angel*, era de construc-

ción muy sólida, acreditándolo algunas balas de grueso calibre que en cierto combate quedaron incrustadas en los costados, sin pasarlos, y que por gala se conservaban al descubierto para admiración de los curiosos. Tenía su mando Juan de Termonde, maestre general de la artillería de Flandes, hombre de mar que había servido á D. Felipe el Hermoso; de capacidad no hay otro dato que el de llegar á la cifra de 300 personas las que condujo después de embarcada la Corte, trompetas, músicos y una veintena de arqueros de la guardia real, comprendida la tripulación, pilotos y lombarderos.

Iban en séquito de D. Carlos, su hermana la infanta D.<sup>a</sup> Leonor; el señor de Chievres, camarero mayor y mayor privado; Juan Selvage, canciller mayor; el gobernador de Bresse, mayordomo mayor; Carlos de Lanoy, caballerizo mayor; Monseñor d'Amont, confesor del Rey; el Dr. Mota, obispo de Badajoz, D. García de Padilla, maestre Loys, médico, más los gentileshombres y otros caballeros de servicio. Las damas de doña Leonor no eran tantas, figurando primeras Mad. de Chievres, D.<sup>a</sup> Ana de Beaumont, Mad. de Fiennes y Mlle. de Croy, su hermana, las de Reulx y Tombes y las doncellas de cámara.

Verificóse el embarque el 7 de Septiembre de 1517, siguiendo á la falúa real muchas y muy hermosas embarcaciones, algunas de 26 y 30 remos, con trompetas alemanas é italianas, pífanos y tamboriles, que alegraban los oídos, como á los ojos las banderas ricas con las armas de los Capitanes. Al pasar la falúa real por los

navíos disparaban toda su artillería, y así menudeaban los tiros, «que si tronara Dios, no se oyera» <sup>1</sup>.

Se habían circulado en las naos unas ordenanzas dictadas por el Rey con consulta de los señores de su consejo y de los pilotos, previniendo el orden de la navegación y las señales de día y noche para los casos que pudieran ofrecerse impensadamente. En los ordinarios se habían de atener los Capitanes á la orden que recibirían á la voz todos los días, por mañana y tarde, al pasar por la popa del navío real. Este documento, hasta ahora desconocido entre nosotros, viene á ser de los que en orden cronológico harán cabeza de la legislación marítimo-militar <sup>2</sup>.

Al comunicar las ordenanzas, leyéndolas á las tripulaciones á fin de que nadie alegara ignorancia, se mandó también de orden del Rey que todos á bordo obedecieran á los Capitanes como á su real persona, en la inteligencia de que los inobedientes serían severamente castigados y los reincidentes ó incorregibles *echados á la mar* <sup>3</sup>.

Con tales prevenciones, habiéndose adelantado algunos barcos ligeros á reconocer é indicar con pilotos prácticos el paso de los bancos peligrosos y el del Canal de la Mancha, dió la vela la armada el 8 de Septiembre, día de la Virgen, á las cinco de la mañana, desfilando las naos detrás de la del Rey.

En el orden de marcha hacía cabeza la del Almirante

<sup>1</sup> Laurent Vital.

<sup>2</sup> Referencias.

<sup>3</sup> Laurent Vital.



(que lo era el de Flandes) <sup>1</sup>, como descubridor; seguía la Real, extendiéndose á retaguardia las otras por uno y otro lado, en forma de cuña. Se distinguiera de todas por la riqueza y elegancia *el Ángel*, aunque el estandarte real y otra bandera cuadra, constantemente arbolada en la gavia, no señalara la presencia del Monarca. Las velas la indicaban asimismo, estando pintada en la mayor una representación de Jesucristo, pendiente de la Cruz, entre las imágenes de la Virgen María y de San Juan Evangelista, todo ello en medio de la divisa real; las columnas de Hércules con el mote *Plus ultra* en cintas que las daban vuelta. En la gavia aparecía la Santísima Trinidad; en la vela de trinquete la Virgen María con su Hijo en brazos, pisando la luna, rodeada de rayos del sol y teniendo sobre la cabeza una corona formada de los siete planetas; en el velacho <sup>2</sup> el señor Santiago, patrón de España, destrozando á los infieles en la batalla; en la cebadera, mojándose, la imagen de San Cristóbal, y en la mesana la de San Nicolás. Las pinturas de estas imágenes eran muy hermosas y estaban hechas en las dos caras de las velas; representaban á los patronos invocados por costumbre contra los riesgos de la mar. De noche se distinguía la Real por los dos fanales encendidos.

La nao del Almirante era conocida por dos banderas siempre arboladas, que no eran cuadras. La vela mayor tenía pintada la figura de un emperador entre las columnas de Hércules. De noche encendía un fanal.

<sup>1</sup> El autor no lo nombra, pero Almirante de Flandes era entonces Maximiliano de Borgoña.

<sup>2</sup> Gavia de proa en la relación.

Con independencia de la línea navegaban seis zabras ó barcos ligeros de vela y remo, saliendo al encuentro de las embarcaciones que se avistaban, á fin de reconocerlas é invitarlas con buenas palabras ó cañonazos en su caso, á hacer reverencia al Rey abatiendo las velas altas <sup>1</sup>.

Los tres primeros días reinó tiempo hermosísimo, adelantando la armada hasta franquear el Canal de Inglaterra y hallarse en mar libre. Los señores iban contentos, distrayéndose con la novedad de la vida marinera. Muy temprano tocaban las trompetas la alborada ante la cámara del Rey, que al punto se levantaba y salía á cubierta, vistiendo justillo de raso carmesí con cuello alto forrado de escarlata; sobrecuerpo sin mangas, acordonado sobre el pecho, que no bajaba más de un palmo de la cintura, forrado de piel de marta; calzas escarlata; botas altas con la misma piel, aplicada igualmente á la gorra, de forma que pudiera bajarse hasta la barba por defensa del viento frío.

Primeramente pasaba á dar buenos días á la Infanta y damas; poníanle después un cojín sobre el castillo de popa, y de rodillas ante la representación del Crucifijo de la vela mayor rezaba. Algunas veces decía su capellán misa seca <sup>2</sup>, bendiciendo los domingos el pan y el agua. Almorzaba el Rey sopa y capón cocido ú asado; comía según los médicos indicaban; entretenía el tiempo más tarde con la lectura de crónicas, juego de ajedrez ó de cartas, divirtiéndole mucho la torpeza de los que le

<sup>1</sup> *Le bonnet.*

<sup>2</sup> En las *Disquisiciones náuticas* se explica.

servían, al verles dar traspiés como ébrios ó caer rodando con los platos que traían en la mano, en los grandes balances: le hacían gracia las agudezas de su paje Jan Bobin, pero nada le agradaba tanto como la contemplación de las naves, que, á semejanza de bando de grullas en la formación ó á la de caballos á rienda suelta, cada una de por sí, saltaban por las olas levantando espuma y enseñando á veces los pantoques.

Y era en verdad cosa majestuosa, dice el cronista, contemplar aquellas cuarenta naos poderosas, como otros tantos castillos, obedientes al Soberano. Á la hora de la amanecida sobre todo, cuando una á una pasaban por la popa de la Real á dar el buen viaje disparando tres lombardas, con ciertas voces al son del pito del Contramaestre (que significan eso), no se saciaba la vista. Al saludo sólo respondía el navío del Rey al del Almirante.

Al anoecer, sigue diciendo el autor, llamaba el Contramaestre con el pito á toda la gente del navío, grandes y pequeños, y si alguno andaba remiso le avivaba con un chicote, de manera que corrían aquellos hombres como ratas. Reunidos, hacían el saludo y rezo, á que todos los días asistía el Rey, y los más, la Infanta y damas. Las oraciones empezaban al pie del palo mayor, cantando los pajes el *Ave María* tres veces; después, por todos, *Salve Regina* en el castillo de popa. Unos lo hacían por alto, otros por bajo, cada cual como podía, y Dios sabe el desconcierto que resultaba. Al final de la salve se decía en latín una oración en honra de Dios y de su bienaventurada Madre; seguían canciones devotas de los misterios de la Pasión, en lengua castellana, y

motetes, de modo que uno cantaba sólo y respondían en coro los demás. Después, un marinero de buena voz, invitaba á la compañía á rogar á la Santísima Trinidad que se dignara conducir al Rey á buen puerto con dicha y salud y le guardara de *mal andar* <sup>1</sup>. Se decían otras oraciones semejantes á la Virgen María, á San Juan Bautista, á San Pedro, á San Pablo, á todos los Apóstoles en junto, á San Miguel Arcángel, á Santiago, patrón de Castilla, á San Antonio, San Cristóbal, San Clemente, San Nicolás <sup>2</sup>, San Sebastián, San Roque, y al fin de cada oración un *Pater y Avemaría*. Luego venían las invocaciones á varias santas; Ana, Catalina, Bárbara, Clara, Lucía, y por último, á todos los Santos del Paraíso en una sola oración.

Acabado el rezo, con que habría para rato, tocaba la campana, significando se fuera todo el mundo á recoger, haciéndolo sin luz, á excepción del Rey, su hermana y algunos de los señores, á los que ponían linternas de hieiro mientras se acostaban. Á poco rato visitaba el Capitán los lugares del bajel arriba y abajo, y de encontrar luz no consentida, castigaba severamente al que la tenía. Toda la noche se mantenían las de los dos fanales de popa y en linternas: una en la cámara del Rey; otra en la de la infanta D.<sup>a</sup> Leonor; otra en la bitácora; la última en la cubierta, debajo del castillo de popa,

<sup>1</sup> Así, en castellano, en la relación.

<sup>2</sup> Reconociendo á San Nicolás como abogado de los navegantes, escribió Camoens en *Os Lusíadas*:

..... O leve leme  
Encomendado al sacro Nicolao,  
Para onde o mar na costa brada, e geme.

donde se resguardan de la inclemencia los marineros de guardia, mientras no les llama el toque de pito á la maniobra. Abajo se ponía una sola luz al lado de la lancha.

De seguir el tiempo como en los primeros días, el viaje nada hubiera dejado que desear, ya acostumbrados los estómagos de los viajeros al cuneo; mas en mar ancha ocurrió cambio de viento con mar muy alta, que hizo perder camino á la armada en vez de adelantarle, causando molestias y fatiga á los señores del pasaje, que solían rodar como pelotas. Los marineros trabajaban admirablemente amainando las velas en obediencia al lenguaje del pito, entre otros preparativos nada á propósito para serenar el ánimo de los terrestres; los más hicieron votos de romerías ó penitencias, y aun el Rey ofreció una visita al santuario de Santiago de Galicia.

«El que no sepa rezar, éntrese en la mar.»

¡Ah!, dice el cronista; por noble y poderoso que el Rey fuera, no había entre él y la muerte más que una tabla, sujeta acaso de un solo clavo ó de una cabilla de madera; razón de sobra para rogar á Dios de corazón por él.

»*Post nubila Phœbus.*»

Pronto mudaron las impresiones advirtiéndole en una amanecida cambio completo en la decoración del horizonte rosado y esplendente: el puro azul del cielo se miraba en la mar, tersa como un espejo; las velas sin viento tocaban al palo dejando inmóvil la nao, rodeada de golfinos jugueteros. La novedad encantó por de pronto el Rey y acompañantes, visto que el sonido de

las trompetas atraía y daba placer en apariencia á aquellos animales, tal saltaban soplando y dando vueltas al bajel. Un marinero echó el arpón desde el banprés, consiguiendo hacer presa y aumentar el contentamiento de la compañía. El cetáceo herido partía con increíble celebridad cada vez que la cuerda del arpón lo aproximaba á bordo, ó se sumergía perdiéndose de vista, arrancando gritos y aplausos la reaparición á aquellos señores impresionados por la lucha entre la fuerza y la destreza, que duró bastante, y no menos por las maniobras que signieron al triunfo, enlazado el golfin por un marinero que se arrojó al agua, suspendido en el aire y depositado en la cubierta, que hacía temblar con los coletazos de la agonía.

La comitiva real observó con curiosidad que medía catorce pies de largo, presenciando la abertura del vientre, mientras uno de los marineros daba explicación de las costumbres de la especie. El autor de la relación escuchó con incredulidad lo que se refería á la reproducción; estimó broma de gente de mar, que siendo del agua no desovara éste como los otros peces, y lo consignó por escrito <sup>1</sup>.

En lo demás, la pesca ó caza, como quiera decirse, proporcionó tras de la diversión regalo á la mesa, no desdeñando el futuro Emperador un plato del hígado y

<sup>1</sup> Los cortesanos conocían sin duda las fábulas contadas por los antiguos suponiendo que el delfín ó golfin es sensible á la música y amigo del hombre, así que el músico Arión fué salvado en naufragio por uno de ellos; lo que no sospechaban, por lo visto, es la condición vivípara del cetáceo.

otro de la carne, sin encontrarlos del todo malos, en razón á no tener ya otros con qué compararlos. Parece que los capones del principio se habían consumido antes de lo que se creyera, juntamente con los demás artículos delicados, llegando el caso de no diferenciarse los manjares del Rey de los de la marinería en otro estilo que el de la vajilla en que eran servidos, sin que cupiera responsabilidad ó cargo de imprevisión á los mayordomos y demás servidores de la boca, si se atiende á que igual consumo anticipado y escasez consecuente ocurrió en el navío del Almirante, por sí y por sus servidores experimentado en el cálculo de provisiones.

Aprovechando la calma, se echaron al agua las embarcaciones, viniendo á saludar á S. M. los caballeros alojados en otras naves. Lo hizo como es de presumir el dicho Almirante, ofreciendo al Rey un donativo inapreciable en semejantes circunstancias; el último tarro de manteca de Flandes que quedaba, diciéndole con gravedad que también le ofrecería vino si lo tuviera. Á don Carlos le hizo mucha gracia la indirecta; y como el vino no escaseara en su repuesto, pagó con un barril del mejor el agasajo de la manteca, que sirvió para un festín sin ejemplo, acompañado del bizcocho de munición.

Más que la falta de víveres, mortificaba, sobre todo á las señoras, el agua, envasada como entonces se hacía, en pipas de madera, y que, mareada con los vaivenes del temporal, tenía vista y olor nauseabundos. Por esta causa, agravada con la persistencia de vientos contrarios, hubo consulta de pilotos y prácticos, poniendo á discusión el Sr. de Chievres si convendría arribar á cualquier



puerto ó volver á Flandes. Los marineros opinaron por esperar en la mar algunos días, mientras hubiera víveres, puesto que siempre era fácil, continuando los tiempos del Sur, tomar en veinticuatro horas fondeadero en Inglaterra ó en Bretaña. El Rey aceptó sin vacilar el dictamen de los peritos.

El séptimo día de viaje se avistó una nao grande, que se declaró vizcaína, procedente de Andalucía para Flandes; como buenos súbditos de S. M., los tripulantes se complacieron en enviarle canastas de naranjas, limones, higos, aceitunas y vino dulce, encargándose de comunicar á la llegada que el Rey iba bueno y contento. Este encuentro alegró á los viajeros, prolongando su paciencia, á poco calmada con los barruntos de tierra y la diligencia de los marineros subiendo al tope por ganar las albricias ofrecidas al que primero la cantara.

Reconocióse al amanecer el sábado 19 de Septiembre, duodécima singladura, muy al Oeste del punto en que pensaban recalar los pilotos, con no escasa mortificación suya. El desembarco había de hacerse en Santander, puerto convenido en que esperaban los personajes de cuenta del reino con prevenciones de alojamiento y carruajes, y la armada estaba á la vista de la costa de Asturias, sobre tierra poco menos que desierta é inhabitable, al decir del cronista, donde jamás ha ido príncipe alguno. El Rey decidió, no obstante, descender allí, considerada la dilación que la inestabilidad de los vientos pudiera traer en caso de hacer rumbo á la Coruña ó á Santander, fondeando por su orden la armada cerca del pueblecillo de Tazones.

En la maniobra de echar la lancha al agua se emplearon dos horas; en limpiarla y aderezarla de alfombras y cojines otro tanto, tiempo suficiente para que corriera la alarma en el país, creyendo fueran los bajeles berberiscos ó franceses, que para el caso era lo mismo. Los montañeses corrieron apresurados á ocupar las alturas, armados de venablos y lanzas, sonando cuernos en llamada de la gente de pueblos inmediatos, hasta que reconociendo en la playa el estandarte real, se cambió en júbilo el temor y acudió la gente deseosa de saludar al Soberano.

La lancha se entró por la ría hasta Villaviciosa, donde hicieron noche el Rey y la Infanta, contentándose con pobre albergue; para los del séquito no hubo alojamiento acomodado, ni por aquella comarca podían rennirse carros ni mulas que condujeran tantos bultos de equipaje; así al siguiente día, domingo 20, ordenó S. M. á los señores el reembarco para continuar á Santander, como lo hicieron sin molestia, pues pusieron pie en tierra el 21. La de D. Carlos fué mucho mayor, marchando hacia el interior, por Colunga y Rivadesella, aunque daba por buenos los accidentes en gracia á la novedad de los trajes, costumbres y tipos de unos súbditos tan distintos de los flamencos <sup>4</sup>.

En algunos bajeles de la armada ocurrieron durante el viaje incidentes que merecen especial mención. Uno de ellos, rezagado en el Canal de la Mancha, excitó la

<sup>4</sup> Vital describe con extensión el país, pueblos, trajes, regocijos, sorprendiéndole la pobreza y la sobriedad de la gente; prolonga la relación del viaje hasta Valladolid.

codicia de piratas ingleses, creyéndole transporte de la recámara. Equivocáronse, porque iba bien armado, y les obligó á escapar á remo y vela. Otro varó en los bancos sin consecuencia; con los propios recursos volvió á flote y se incorporó á la armada; con todo, sobresaltado el comendador mayor de Alcántara, que iba á bordo, ordenó le pusieran en la costa con sus criados y maletas, y se vino por tierra á Castilla. Un tercer navío, conductor de la caballeriza, se incendió de noche en los primeros días de navegación, pereciendo cuanto llevaba, sin poder socorrerle. Las personas abrasadas ascendieron á 160, entre ellas el segundo caballerizo y 22 pajes del Rey <sup>1</sup>. ¡Quién sabe si el siniestro vendría de la irreflexión de tantos jóvenes juntos!

En Santander se deshizo la armada, despidiendo las naos, á excepción de la Real, que se reservaba para lo que pudiera ocurrir, como ocurrió sin tardar mucho, porque el infante D. Fernando, rey de Romanos, andando el tiempo, vino á ser por el momento quitasueños del todopoderoso Sr. de Chievres; y así como dejó de cumplir la capitulación hecha con el rey D. Fernando el año anterior, creyendo estaba pensada en perjuicio suyo <sup>2</sup>, así ahora mudó de parecer, y se determinó á en-

<sup>1</sup> Fray Prudencio de Sandoval.

<sup>2</sup> En esta capitulación, extractada por Rodríguez Villa, se determinaba, entre otras cosas, que para que mejor pudiese el príncipe D. Carlos venir á estos reinos de Castilla, el Rey Católico fuese obligado á enviar una armada muy bien aderezada de la gente y de las otras cosas, en la que fuese el infante D. Hernando, hermano de dicho príncipe D. Carlos; la cual armada fuese á Flandes, y antes que saliese el dicho Infante de la dicha armada en tierra, el

viar á Flandes al Infante, juntamente con el mayordomo mayor, Sr. de Beveren y algunos otros personajes poco flexibles ante el valido. Al efecto se mandó disponer otra escuadra y prevenir *el Ángel* para recibir á su bordo al Infante, pero estaba, por lo visto, sólo para D. Carlos destinado. Ocupándose los calafates en repasar las costuras, tuvieron la imprudencia, tantas veces experimentada, de calentar á bordo la brea, y sucedió que inflamándose el caldero, se produjo un incendio inextinguible: en pocas horas hizo pavesas de aquel hermoso navío tan rico en obras de arte.

Fué lenta, como de ordinario, la composición de la nueva escuadra, aunque no tenía más de cinco naos de alto bordo, una barca y tres carabelas, con cuatrocientos infantes de guarnición. Por Capitán general se nombró al Sr. Cuevas <sup>1</sup>, antiguo jefe que sirvió con distinción en la guerra de Nápoles durante el reinado de D. Fernando el Católico.

Referían los marineros que hallándose Cuevas cruzando sobre la costa de Calabria, supo que un bajel francés de guerra había hecho presa de otro mercante español y pasado á cuchillo la gente, entrando con el

príncipe D. Carlos fuese obligado de entrar en ella; tanto que á un mismo tiempo fuese la entrada en el armada del príncipe D. Carlos y la salida del infante D. Hernando en tierra, y que el príncipe D. Carlos entrase en el armada sin meter en ella más gente de guerra para su defensa de la que llevase de España la dicha armada.

<sup>1</sup> Vital escribe *Le Scave*, y reconociendo M. Gachard no ser este apellido español, presume pudiera decir el original de la Crónica *las Caras*; más razonable parece la hipótesis de que el autor escribiera *les Caves*, traduciendo el significado del apelativo Cuevas.

botín en el gran canal de Venecia. Allá se dirigió nuestro capitán, y sin entrar, destacó bote con mensaje atento á la Señoría reclamando la entrega de la presa ó la salida del puerto del enemigo que la había hecho con desprecio de las leyes de la guerra. Los del Consejo se negaron alegando su neutralidad, y asegurando que de la misma manera amistosa que al francés hubieran dado asilo á nave española que se lo pidiera. Como Cuevas insistiera con razones de excepción para el caso, echaron la gruesa cadena con que se cerraba el puerto, intimándole el alejamiento de la boca, y lo hizo, en efecto, seguidamente el capitán del Rey Fernando, mas fué con objeto de tomar distancia y de orientar todas las velas, volviendo con el impulso que el viento las dió á chocar y romper la cadena. Acto continuo embistió al barco francés, degolló á cuantos resistieron, y dando remolque á la presa se salió con ella bizarramente á la mar, con asombro de cuantos vieron el suceso, y sin que las fortalezas venecianas se determinaran á romper el fuego.

El viaje del infante D. Fernando no fué del todo bueno; á los once días hubo necesidad de arribar á Kinsale, en Irlanda, por mal cariz del tiempo y falta de vituallas. En el Canal reinaron nieblas, ocasionando peripecias peligrosas; murieron cuatro individuos de la servidumbre; hubo molestias y voto de D. Fernando de visitar á pie en Bruselas el santuario de *Nótre-Dame de Hal*; no obstante, entraron dichosamente en el puerto de Flesinga tras veinte singladuras, y el autor de la relación descansó en buen alojamiento, acabándola y haciéndose acreedor á la gratitud de los marinos por las

anotaciones aquí condensadas, que otros más graves escritores no hicieron.

## ULTIMO VIAJE Á ESPAÑA.

1556.

Los actos de abdicación de Carlos V, que suspendían los ánimos en los Países Bajos, excitaron, sobre todo, los de la gente de mar, sabedora de las órdenes de embargo general de navíos en los puertos y de leva que comprendía cinco mil marineros. Á los que voluntariamente se alistaran en la armada que se trataba de formar, se ofrecía soldada á razón de doce escudos á los maestros, diez á los pilotos y algo menos de dos á los marineros, cantidad que juzgaban escasa, acostumbrados á obtenerla mayor en la pesca del arenque, sin contar la ventaja de dormir con frecuencia en sus casas. No faltó, sin embargo, quien la aceptara cuando fué pública la noticia de ser la jornada breve y tan sólo destinada á conducir por vez última á Soberano tan popular y querido.

Reuniéronse en Flesinga las escuadras de Zelanda, Castilla y Guipúzcoa, componiendo conjunto de unas 60 naos de guerra cuidadosamente armadas y adornadas. De las flamencas se ha encontrado lista en el archivo de Bruselas <sup>1</sup>; de las otras han parecido hasta ahora escasos datos <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Véanse las Referencias.

<sup>2</sup> La relación de Juan de la Roche, que es muy confusa, indica había 32 navíos de 100 á 800 toneladas, 18 menores, pero que ha-

El Almirante de Flandes, Maximiliano de Borgoña, solicitó la honra de conducir al Emperador, como lo había hecho otras veces; mas D. Carlos alegó ser necesarios sus servicios en aquellos mares y no querer que se alejara de ellos, por lo cual puso el rey D. Felipe la armada á cargo de D. Luis de Carvajal, Capitán general de la escuadra de Guipúzcoa.

Este D. Luis había mandado la retaguardia, de la que dos años antes llevó al dicho D. Felipe, siendo Príncipe, á casar en Inglaterra, embarcando el tercio de infantería que estaba á sus órdenes; después tuvo la precedencia de jefatura en los mares al Norte de España <sup>1</sup>, y por ella la misión, que hoy maravillará, de guardar las costas de Inglaterra <sup>2</sup>.

La escuadra de naves flamencas y zelandesas tenía por general á Adolfo de Borgoña, señor de Walken, conocido por el sobrenombre de *Chapelle*, y el buque de

bían sido realzados y provistos de portas para la artillería, y 25 transportes, cifras que dan un total de 75. Fr. Prudencio de Sandoval, el Conde de la Roca y Gregorio Leti convienen en el número de 60 bajeles, haciendo probablemente abstracción de los que no eran de guerra. Sandoval especifica que los españoles eran guipuzcoanos, vizcaínos y asturianos, y el referido Roche que los guipuzcoanos eran siete y los castellanos tres. Gachard apunta 19 flamencos.

<sup>1</sup> Referencias.

<sup>2</sup> Consta el servicio en carta dirigida por la Reina María de Inglaterra al Duque Filiberto de Saboya, de Westminster, á 18 de Enero de 1558, noticiando que la escuadra inglesa encargada de la guarda del Canal de la Mancha quedó destrozada por un temporal, y su señor y esposo D. Felipe había ordenado á D. Luis de Carvajal que con la de su mando supliera la falta de la otra. Está publicada en las *Relations politiques des Pays Bas*, que en otro lugar se citan, t. I, pág. 118.



su insignia estaba destinado á dar alojamiento á las reinas viudas de Francia y de Hungría, D.<sup>a</sup> Leonor y D.<sup>a</sup> María, hermanas del Emperador. Para ello se hicieron las obras de comodidad y adorno necesarias, sin falta de amplitud, por ser este navío nombrado *le Faucon* (halcón), de 600 toneladas de capacidad, con cuatro gavias <sup>1</sup>.

No había, sin embargo, término de comparación con la nao elegida para llevar á Carlos V, algo menor en dimensiones, pues medía 565 toneladas, teniendo tres gavias <sup>2</sup>, pero de superior elegancia y fortaleza en vaso y arboladura. Era la misma que condujo á Inglaterra á D. Felipe <sup>3</sup>, conocida más bien que por su nombre propio, que era *El Espíritu Santo*, por el de su propietario y capitán Martín Jiménez de Bertendona, hombre noble de Vizcaya y gentil soldado marineró <sup>4</sup>; los despachos oficiales, las cartas mismas del Rey la apellidaban *la Bertendona* <sup>5</sup>, dando bien á entender cuanto era estimada. Ahora se hicieron mutaciones en el repartimiento y en la decoración primitiva de grana y oro <sup>6</sup>. La cámara imperial ocupaba la parte extrema del castillo de popa,

<sup>1</sup> Conviene recordar que la palabra *gavia* designaba en aquella época la cofa redonda en que estaban á cubierto los tiradores de arcabuz ó de mosquete.

<sup>2</sup> Archivo de Simancas, Contadurías generales, primera época, legajo 517, citado por Gachard.

<sup>3</sup> Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, t. III, lib. 1.

<sup>4</sup> Vera y Figueroa, *Epitome de la vida de Carlos V.*

<sup>5</sup> Con variantes de *Vertendona* y *Bretendona*.

<sup>6</sup> Colores de Felipe II; véase lo que de la nave en el primer viaje se dice en las *Disquisiciones náuticas* y en *Tradiciones infundadas*.

recibiendo luz por ocho ventanas y puertas de cristales sobre la galería exterior que rodeaba toda aquella parte de la nave. En el interior estaba artísticamente esculpida y tapizada de paño verde. Seguía hacia proa una hermosa antecámara que servía de comedor y un pasillo de acceso á dos grandes dormitorios en los costados, con ventanas y puertas también á la mencionada galería. La cama y mesa de noche estaban suspendidas en aparatos de balance; las cortinas y alfombras eran del mismo color verde que presidía en el adorno general <sup>1</sup>; y teniendo en cuenta la sensibilidad de D. Carlos al frío, se instaló una estufa. Mas á proa había contiguos tres camarotes destinados al Sumiller de Corps, al jefe del guardarropa y al ayuda de cámara. En el entrepuente se formaron otros veinte camarotes para los jefes de servicio y gentileshombres de la cámara; allí se habían instalado repostería, panadería, cocina, procurando no olvidar nada que sirviera de regalo al eximio viajero. Hasta el agna fué objeto de cuidado, estivando en la bodega enormes tinajas de barro con tapas de la misma materia para prevenir la descomposición que sufre en los primeros días de mar almacenada, como entonces se hacía de ordinario, en tonelería de madera.

Armonizaban con la riqueza de muebles los objetos exteriores de mayor visualidad; la artillería, las velas, aquellas banderas de damasco carmesí que medían nueve varas cuadradas <sup>2</sup>; aquellas flámulas doradas que llegaban al mar desde el extremo de los árboles, aumentadas

<sup>1</sup> Era el color de Carlos V.

<sup>2</sup> Véase la descripción en las *Tradiciones infundadas*.

con un estandarte en que se veía el águila imperial abrazando las armas de España, y entre las dos cabezas del ave un crucifijo con leyenda: *Tu est protector meus et deffensor meus*.

La marinería llevaba, como de costumbre en tales casos, vestidos y birretinas de paño grana; los arqueros, trompetas y pífanos, hermosas libreas, dando en conjunto al navío un carácter verdaderamente regio. Don Felipe II quedó muy satisfecho de la inspección, diciéndolo en carta dirigida á la princesa D.<sup>a</sup> Juana, Gobernadora de España, y dándolo á entender en otra en que ordenaba al Capitán general D. Luis de Carvajal reservase aquel bajel para su servicio <sup>1</sup>. En cambio, la lentitud de los preparativos consumía á D. Carlos, alojado desde el principio de Agosto en Zelanda en espera del día de la marcha.

El embarco se verificó el 15 de Septiembre con la solemnidad y estruendo de artillería de rúbrica, asociándose esta vez al concurso de la Corte y la milicia ceremonia de preces religiosas. Don Felipe tenía encargadas rogativas en todas las iglesias y monasterios, y procesiones en las ciudades y villas impetrando la protección del Todopoderoso en el viaje, é igual petición se hizo simultáneamente en los reinos de España por disposición de la Princesa gobernadora. La armada dió la vela, mas la inestabilidad del viento la obligó á volver al fondeadero, hasta el 17, en que definitivamente se alejó de la costa.

Bien puede pensarse que la memoria del Emperador

<sup>1</sup> Referencias.

formara el contraste de la salida actual de Flesinga con la que treinta y nueve años antes hacia en dirección á Castilla. Antaño joven, vigoroso, acariciado de la ventura, soñando con la fama que los ministros, embajadores y potentados del séquito le mentaban sin cesar; divertido con los incidentes más sencillos y aun con las privaciones ó molestias de la navegación. Hogaño agobiado, más que por la edad y la fatiga, por el desengaño y la amargura; ansioso de soledad, mortificado con la dilación y las contrariedades.

Lo mismo que la otra vez, salió á su encuentro la armada de Inglaterra, entre Dover y Calés, saludando con la artillería y ofreciendo el Almirante mensaje de la reina María, con invitación de descansar en algún puerto de sus dominios; mas aunque fué preciso buscar abrigo durante veinticuatro horas en la isla de Portland, no desembarcó persona, esperando que el viento consintiera la continuación de la travesía, acabada con felicidad en el puerto de Laredo el 28 del mismo mes de Septiembre, aunque no sin molestia de D. Carlos, que desembarcó la misma tarde bien flaco y fatigado de la dolencia de gota.

¿Besó la tierra exclamando «madre común, yo te saludo respetuoso; desnudo salí del seno de la mía; desnudo volveré muy pronto al tuyo?»

Unos lo afirman, lo dudan y lo niegan otros; puede de todos modos admitirse que D. Carlos tenía muy leído y seguía leyendo el libro de Job, pues que se hace constar en el diario del monasterio de Yuste.

Ocurrió después del desembarco que el tiempo bonan-

cible y propicio, mientras duró el viaje, cambió bruscamente en temporal desencadenado, no por las plumas de los cronistas coetáneos ni por la credulidad del pueblo, dispuesta á juzgar prodigioso el suceso, sino, en realidad de verdad, por perturbación violenta en las corrientes atmosféricas. La nao almiranta de Flandes en que navegaban las Reinas, con sólo venir algo á retaguardia, no consiguió ya tomar el puerto; tuvo que capear durante la noche y entrarse al día siguiente en Santander, y una flota de naves mercantes, salida de Laredo pocas horas antes de llegar la Armada sufrió la sacudida, desarbolando las más y zozobrando algunas, con pérdida de vidas y de cargamento.

Se dice que el siniestro alcanzó al navío de Bertendona, ó sea *El Espíritu Santo*, único de la armada que desapareció, y de aquí han tomado asunto algunos escritores para no velar, en el concepto de que, nave que sirvió al invicto Emperador no podía ser vehículo de otra persona. Deja, sin embargo, duda el origen de la noticia y la manera con que ha llegado hasta nosotros.

Famiano Strada fué de los primeros en consignarla <sup>1</sup> escribiendo: «*quasi non vecturam amplius Cæsarem et Cæsaris fortunam*»; Fr. Prudencio de Sandoval asienta que la nave imperial esperó milagrosamente á perderse á que el insigne viajero se hallara en seguridad; Vera y Figueroa: pone «quiso la mar también dar muestra de sentimiento, pues habiendo estado en suma tranquilidad lo que duró la navegación, la noche sucesiva al día en

<sup>1</sup> En su obra *De Bello Belgico*.

que desembarcó se embraveció tanto (parece que de lástima de no haberle de tener sobre su espalda) que de sesenta velas de que constaba la armada, entresacó la nao en que Carlos V vino y irremisiblemente la sorbió». El flamenco Sr. De Raclot debía de tener á la vista este texto, tan parecido es el suyo, y no difiere mucho el de Gregorio Leti, sólo que añade accidente de interés diciendo que con el navío real se perdió una parte del equipaje de las dos Reinas y un tesoro de objetos con que D. Carlos se proponía enriquecer su casa y las iglesias.

Frente á estas indicaciones aparecen, una carta del contador Julián de Oreytia al Consejo de Guerra dando cuenta de la llegada del Emperador á Laredo y otra del secretario Martín Gaztelu, dirigida á Juan Vázquez de Molina, con fecha 6 de Octubre, que no mencionan la pérdida de la nao real, con la particularidad de hablar la última del temporal, y de que habían zozobrado varios navíos, entre ellos el de Francisco Cachopín, volviendo otros al puerto desaparejados. En la colección de documentos copiados en Simancas por D. Tomás González y aprovechados en las obras de Stirling, Pichot y Mignet, no hay tampoco alusión al suceso.

Si ocurrió, es de notar en los viajes primero y último de Carlos V la nueva coincidencia de haber perecido lo mismo el navío *Ángel* que el *Espíritu Santo* por accidentes impensados, y la de haber ocurrido algo semejante en el último que hizo Felipe II, también desde Flesinga á Laredo, del 23 de Agosto al 8 de Septiembre de 1559, es decir, tres años después del de su padre. La

navegación con armada de 20 navíos españoles, 40 urcas holandesas y 40 velas de otras suertes, fué felicísima <sup>1</sup>, si bien en desembarcando su persona anegó furioso temporal algunas naves de la retaguardia con pérdida de papeles interesantes y de los más ricos despojos de Europa <sup>2</sup>.

Las naves reales españolas no tuvieron artista que las perpetuara como lo hizo Holbein con la de Enrique VIII de Inglaterra en el gran cuadro del embarque en Dover. Existe una medalla grabada en los Países Bajos que representa la abdicación de Carlos V y su despedida en Flesinga; pero los bajeles de la Armada, objeto secundario colocado en el fondo, no dan idea aproximada de lo que eran aquellas hermosas embarcaciones.

De la época se conserva un modelo interesante en el Museo naval. El casco tiene adornos de escultura; galería en la popa, como el de Carlos V, y 26 piezas de artillería en dos baterías. Una inscripción flamenca repartida en los costados desvanece dudas acerca de la época, pues dice *Ich Varre Met Neptunus En Boreas Hulpenche tot Die Haven Daer Mi Anker-valt*, 1523, y traducen los entendidos en la lengua: «Navegué con ayuda de Neptuno y Boreas hasta que dejé caer el ancla en este puerto en 1523.» La arboladura comprende cuatro palos *con cuatro gaviás*.

Hay estampa algo posterior, grabada por Visscher,

<sup>1</sup> Carta del embajador inglés Chaloner al ministro Cecil, de Amberes, á 27 de Agosto de 1559, publicada en las *Relations politiques des Pays Bas et de l'Angleterre*, t. II, pág. 3.

<sup>2</sup> Vander Hammen, *D. Felipe el Prudente*, Madrid, 1632.



según dibujo hecho en 1594 por Will. Barentsoen, que parece ser de nao almiranta de Flandes, así por la insignia y fanal como por la bandera de popa, blanca con las aspas rojas de San Andrés ó de Borgoña. La forma es elegante; en dos baterías y la del castillo de popa se cuentan 20 cañones por banda y cuatro en las portas guarda-timones; dos galerías, una sobre otra, contribuyen al adorno de la misma popa, que armoniza con el general. Las velas aparecen pintadas por estilo de las de la nave del Emperador, variando los asuntos; en ésta se ve representado en el trinquete á Neptuno; en el velacho á la Verdad; en la gavia á la Fortuna, no distinguiéndose los de las otras; ostenta estandartes en los topes de los cuatro palos y grandes flámulas en las penas de las mesanas latinas, armadas en los dos de popa.

Se iniciaba por entonces una era de transformación, cuyas novedades indica el capitán Alonso Vázquez <sup>1</sup> al describir uno de los tipos que produjo la guerra de Flandes.

Los rebeldes de Amberes idearon el año de 1585 un monstruoso navío que les fabricó el ingeniero italiano de Monferrat que tenían en la plaza; le pusieron por nombre *El fin de la guerra*, y los españoles cuando le vieron le llamaron *La Carantamaula*. Era de tan excesiva grandeza que ponía admiración, y sin encarecimiento se podía tener por la octava maravilla. «Tenía de largo 163 pies y de ancho 65, y aunque era navío

<sup>1</sup> *Los sucesos de Flandes y de Francia del tiempo de Alejandro Farnese. Colecc. de docum. inéd. para la Hist. de Esp.*, t. LXXIII, pág. 50-52.

redondo casi parecía cuadrado: en el árbol mayor y en el trinquete tenía dos gavias muy grandes donde en cada una podían pelear diez arcabuceros desenfadadamente. Estaban atrincherados con fuertes cables muy entrettejidos, de suerte que ningún arcabuz ni mosquete los podía ofender; no tenía árboles de mesana y contramesana, ni alcázar de popa, la cual era redonda. Tenía dos andanas de artillería con segunda y primera cubierta, y en cada costado seis cañones de batir; en la plaza de armas no había jaretas, sino unos trincheones ó parapetos de vara y media de ancho, embutido de cables y gumenas muy entrettejidas, y lana mezclada con aquel betún con que se calafatean los navíos cuando les dan la galagala, y esto con tanta fortaleza que no los pasara un esmeril; y en lugar de cestones, entre las piezas de artillería de la plaza de armas, había unas cajas llenas de cables y cabelotes muy fuertes y llenas de lana y algodón muy calafateadas, con tanta fortaleza, que no las pasara una pieza de batir; y el fundamento que sostenía esta máquina eran unos puntales muy gruesos y encadenados, y en medio cantidad de barriles embutidos, y encima dellos muchos tablones clavados, y todo tan fuerte y calafateado que podían resistir el artillería; y encima del lastre había una cubierta con parapetos, y en los costados del navío muchas portañolas que servían de troneras para tirar la mosquetería y arcabucería, y otras muchas claraboyas para que saliese el humo del artillería, de modo que no ofendía á los que andaban en la plaza de armas. Llevaba de guarnición este navío más de mil y quinientos soldados escogidos, todos tiradores, no obs-

tante que por las bandas y en la plaza de armas había de respeto muchas picas y chuzos para valerse dellos en la ocasión y dar los asaltos á los fuertes que los españoles tenían en el contradique.

»Afirmaron algunos que había costado la fábrica deste navío más de cinco mil Felipes, que son escudos de á diez reales cada uno, y aunque su nombre era *El fin de la guerra*, en la primera función acabó él.»

También ha descrito recientemente tan raro tipo el ilustre historiador italiano Sr. Vecchi <sup>1</sup>, refiriendo que tenían los costados tres metros de espesor y las cofas blindaje de hierro á prueba de mosquete. Diéronle los flamencos, á más del nombre de *Fin de la guerra*, los de *Elefante* y *Plaza de Amberes*, y más propiamente lo designaron los españoles por *Espanta-pájaros*, pues la primera vez que salió lo rindieron.

## RESUMEN

DE OTROS VIAJES DEL EMPERADOR CARLOS V.

1520.

El domingo 20 de Mayo, antes que amaneciese, confesó, oyó misa, recibió el Santo Sacramento y embarcó en el puerto de la Coruña, acompañándole además de los Ministros y señores flamencos otros de Castilla, cuyos criados, por el número y la magnificencia de las

<sup>1</sup> *Storia generale della Marina militare*, per Augusto Vittorio Vecchi, vol. II, Firenze, 1892.

libreas, daban admiración. La armada dió la vela con gran salva de artillería, ministriles y clarines, marchando con regocijo de los que se iban y dejando á la triste España cargada de duelos y desventuras. El 27 fondeó en Dover, desembarcando el Rey el mismo día: allí volvió á embarcar el 30, haciendo la travesía á Flesinga en un día. Mandaba la armada Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange, que contaba á la sazón diez y nueve años de edad <sup>1</sup>.

## 1522.

Reunida en Calés armada de 150 navíos, con guarnición de cuatro mil alemanes, D. Carlos, ya Emperador, pasó el Canal permaneciendo en Inglaterra todo el mes de Junio hasta el 3 del siguiente: embarcó el 4 en Dover y con buen tiempo llegó á Santander el 16. Durante el viaje se incendió un navío.

## 1529.

Á 27 de Julio embarcó en la galera Real de Andrea Doria, en el puerto de Barcelona, formando la escuadra 14 galeras del Almirante, 20 de España, 4 de Sicilia y 2 de Mónaco; 50 naos gruesas y 3 carracas que llevaban gente de guerra y 2.500 caballos. S. M. tocó en Palamós el 29; el 5 de Agosto en Niza, el 9 en Saona y el 12 en Génova, donde desembarcó <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Vandenesse, Sandoval, Raclot, Marchal.

<sup>2</sup> Capmany ha publicado lista y nombres de las 20 galeras de Es-

## 1533.

Verificó el viaje contrario, embarcando en Génova el 9 de Abril y desembarcando en Rosas el 21.

## 1535.

Jornada de Túnez. La armada se reunió en Barcelona, ascendiendo á 300 velas. Embarcó D. Carlos en la galera Real el 30 de Mayo; tocó en Mahón el 3 de Junio; tras una tramontana que dispersó la fuerza, arribó el 12 á Cagliari, en Cerdeña, llegando á Cartago el 16.

Acabada la campaña, reembarcó el 17 de Julio; el 22 tocó en Trápani; pasó á Nápoles y de allí por tierra á Roma.

## 1536.

Embarcó en Génova el 15 de Noviembre y costeando con la escuadra de galeras la dejó en Barcelona el 6 de Diciembre.

## 1538.

En el mismo puerto de Barcelona volvió á la Real de Andrea Doria el 25 de Abril, saliendo á la mar

pañá así como los de sus capitanes y General Rodrigo Portundo. Llevaba la galera Real las velas con paños alternados de los colores rojo y amarillo y las armas reales; una tienda verde para el Emperador, paveses dorados y otros adornos, de los cuales, así como de la artillería y pertrechos, he dado también idea en las *Disquisiciones náuticas*.

con 21 galeras. Según Vandenesse, á la boca de Marsella destacó 12 de ellas á rellenar el agua, y siguiendo la navegación con el resto se avistaron doce velas con banderas turcas. La Real como más avanzada empezó á cañonearlas y abordó resueltamente á una de las enemigas, que se le rindió; la galera *Águila* apresó otra y llegando en esto á incorporarse las que habían quedado rezagadas en Marsella, se generalizó el combate, rindiendo la *Victoria* de España y la *Victoria* de Doria otras dos, con vista de lo cual huyeron en dispersión las demás. Reconocidas las presas se averiguó no ser turcas, sino francesas, enviadas al Sultán por Francisco I; D. Carlos las soltó devolviéndoles los objetos saqueados, y porque no todos parecieron, hizo se entregaran mil escudos á cada una de ellas.

Sandoval da á entender que la razón de haber combatido á las galeras avistadas fué la de no haber hecho acatamiento ni saludo al estandarte real de España. Pedro de Gante varía mucho en los pormenores, empezando por la composición de la armada que cuenta de 28 galeras y otras naos, bergantines y escorchapines; no dice que la galera real tomara parte en el combate, antes expresa que lo inició la del duque de Nájera, y que se tomaron cuatro francesas rendidas, con la escasa pérdida de un capitán y dos soldados, huyendo otras seis; mas como quiera que el Emperador escribió á su esposa desde Villafranca de Niza noticiando el suceso con fecha 11 de Mayo, ninguna de las relaciones merece el crédito que esta carta oficial,

refrendada del Secretario Francisco de los Cobos. Dice así <sup>1</sup>:

«Saliendo después el domingo siguiente de mañana, 5 del mismo, de las islas Pomegas, se descubrieron por nuestras galeras que venían de vanguardia diez galeras divididas en tres ó cuatro partes, las cuales, juzgando al principio, según los avisos que se habían tenido los días pasados, así de Sicilia como de Nápoles y otras partes, que las doce galeras de Francia que fueron al turco el año pasado, estaban de vuelta para tornarse en estos mares con compañía de otras de turcos en mayor número, é daño de la República cristiana y nuestro, fuesen de ellos, y confirmándose esta opinión, convenía que siendo por ellas vistas nuestras galeras con los estandartes y banderas de nuestras armas, por las cuales no podían dejar de conocer que venía en ellas nuestra persona, ó Almirante ó Capitán general de mar, no mostraban ni hacían ninguna señal de las que suelen aquellos entre quienes hay tregua, sobreseimiento de guerra y armas, ni reconocimiento de inferioridad á superior, siendo seguidas por algunas de las nuestras y puestas en huida, fueron tomadas cuatro dellas teniendo las armas en las manos, y habiendo de algunas dellas tirado con arcabuces á las nuestras; las cuales, habiéndose después hallado ser de las dichas galeras francesas, no queriendo faltar á la tregua y suspensión de guerra que después de la que se asentó por tierra entre Nos y el Rey de Francia, se ha concertado señaladamente por

<sup>1</sup> Se ha publicado á continuación de las Relaciones de Pedro de Gante, apéndice B.



mar en este Mediterráneo por el tiempo de este abocamiento y un mes después, cuyo aviso nos llegó al mismo punto que nos embarcamos en Barcelona, acordamos luego de dejarlas ir libres; y así la misma noche, no obstante que de un lugar donde se recogieron huyendo cuatro de las dichas galeras francesas, de él y de ellas tiraron muchos tiros de artillería á las nuestras, que no lejos de allí surgieron para juntarse y dar orden en su deliberación, que no era pequeña ocasión para mandallas tomar y castigar; lo cual se pudiera hacer fácilmente con las otras dos que huyeron allí cerca en otra parte, si no quisiéramos tener consideración á la honestidad y observancia de lo asentado, mandamos enviar al que traía cargo de todas las dichas galeras, que estaba en el dicho lugar, una persona de las que se tomaron en las presas para hacerle entender lo susodicho, y que por ser ya entonces de noche, viniese á rescibir las dichas cuatro galeras.

»Otro día por la mañana, certificándole que lo podría hacer con seguridad, y que en la entrega dellas no habría falta, ni para hacer esto se miraría á la inconsideración que había tenido en el tirar de la dicha artillería; y así esperando allí hasta la mañana siguiente, aunque no fué sin descomodidad de la navegación, siendo venida la dicha persona, se le entregaron las dichas cuatro galeras con todo lo que se pudo haber de lo que en ellas fué tomado; y se le dejaron, y las llevó libremente, y le ofrecimos y certificamos que por qué, por no perder el viaje, no nos podíamos allí detener más, enviando á Villafranca una persona informada de las cosas que se

hallasen faltas en las dichas galeras se le restituirían y satisfarían enteramente. Y nuestras galeras partieron para seguir su viaje, habiendo Nos mandado escribir á nuestro Embajador, que reside con el Rey de Francia, todo lo que está dicho, para que lo hiciese entender. Y con esto ha parecido que de nuestra parte no habemos dejado causa al Rey para deberse con razón quejar, antes satisfacer de lo que se ha hecho; y que Nos la pudiéramos tener por lo que las dichas galeras hicieron, para tener la tregua por rompida, si no quisiéramos tener el respeto que se ha dicho, lo cual os habemos querido escrebir así particularmente como pasó para que estéis informada dello.....»

Entregadas las galeras apresadas, siguió nuestra armada costeando hasta Villafranca de Niza, donde fondeó el 9 de Mayo, celebrándose allí vistas con el Rey de Francia y con el Papa, por resulta de las cuales se ajustó tregua de diez años. El último y D. Carlos volvieron á embarcar el 20 de Junio, haciendo rumbo á Génova, y de allí fué conducido su Santidad á la Spezia.

Continuando el Emperador la navegación el 4 de Julio, salió á su encuentro cerca de Marsella una escuadra de 21 galeras francesas y se incorporó como escolta, con gran salva de artillería. Poco después se levantó niebla espesa que no consentía ver la costa ni aun las galeras unas de otras: la Real encalló en arena, y la del conde de Módica, que venía á toda vela por la popa, la embistió, rompiéndole el timón y un banco. «De creer es, escribe Pedro de Gante en esta ocasión, que el Emperador en aquel caso contemplara la flaqueza de la hu-

manidad y la poca jurisdicción que en aquel lugar tenía.»

Soltó la Real tres piezas de artillería pidiendo socorro, á cuya señal acudieron las más cercanas y con diligencia empezaron á sacar arcas para aligerarla: diéronle luego cabos por la popa, y á la estrepada volvió á flote sin daño en los fondos. La galera que conducía al señor de Granvela también encalló y no tuvo igual fortuna; se abrió completamente, si bien la gente se salvó.

Cuando se despejó la niebla, entró la armada reunida en Aigues-mortes, puerto en que esperaba el Rey de Francia. Celebráronse nuevas vistas provechosas. Francisco I vino á bordo de la Real, el Emperador bajó luego á comer con él en tierra; se despidieron y salió á la mar la escuadra teniendo que arribar al mismo puerto por mal tiempo en el golfo. El 18 de Julio volvió á salir, y esta vez sin contratiempo llegó á Barcelona á las diez de la noche del 18.

El mismo Emperador refiere los sucesos principales del viaje en las cartas cuyas copias siguen <sup>1</sup>:

«Serenísima, muy alta y muy poderosa Emperatriz y Reyna mi muy chara y muy amada muger. Á los xx dias del pasado, dia de Corpus Christi, de Villafranca de Niza os escribimos últimamente con D. Alonso Manrique, avisandoos de la conclusion de la tregua asentada entre Nos y el Rey de Francia y de lo que más se ofrecía, como habreis visto. El mesmo dia en la tarde nos embarcamos, con intencion de acompañar á Su Santidad hasta Saona, llevándolo en nuestras galeras, y tractar

<sup>1</sup> *Relaciones de Pedro de Gante*, apéndice B.

en el camino del negocio de la Fée, Concilio y empresa contra el turco, y otras cosas que no se pudo hacer en Niza y Villafranca; y hallándonos ya en la mar, y habiendo hablado y platicado en ellas con su Beat. en un lugar de la ribera, donde salimos ambos para ello, porque no se pudo tomar resolucion ni asiento en ellas en tan breve espacio de tiempo, acordamos de llegar con Su Sant. hasta Génova, que era treinta millas más adelante, adonde llegamos el sábado, que fueron 22 del dicho mes, y habiendo tractado con Su Sant. los dichos negocios, y tomado en ellos la mejor resolucion que se pudo, como se dirá adelante, se embarcó y partió de allí con XIII ó XV galeras de las nuestras, lunes a primero del presente. Las cuales le llevaron hasta pasarlo de las Montañas y se desembarcó ya en lo llano en par de Luca para ir por tierra el resto del camino, y nos quedamos esperando la vuelta de las galeras, las cuales volvieron el miércoles, y nos embarcamos el jueves, 4 del presente.

»De galera, a las Pomegas de Marsella, a XIII de Junio de MDXXXVIII.—Yo el Rey.—Francisco de los Cobos.»

«Serenísima, etc. Con el Adelantado de Galicia, que partió de Aguas Muertas el domingo XIV del presente, os escribimos lo que despues de nuestra partida de Villafranca hasta la de Génova ocurrió, y de la embarcacion allí, con lo que se había seguido en el viaje hasta llegar á las Pomegas de Marsella, donde firmamos y se cerraron las cartas que llevó el dicho Adelantado, que no partió despues hasta ser en Aguas Muertas, y la vista que allí teníamos concertada con el Christianísimo Rey

de Francia, nuestro hermano, como lo habreis todo visto y entendido por ellas; y agora diremos lo que despues se ha seguido.

»El dia que llegamos a las dichas Pomegas de Marsella, que fué sábado trece del presente, de mañana, el conde de Tenda, lugarteniente del dicho Rey en Provenza, con sus galeras, nos salió a rescebir, ofreciéndonos de su parte las llaves de Marsella, y que pornia en nuestras manos las llaves de las fuerzas della y haria salir toda la gente de guerra della para si nos pluguiese entrar o embiar alguna de nuestra gente. Y nos entraron á ver en galera las personas del gobierno de la ciudad y todos los otros ministros del dicho Rey, y nos mostraron tan buena voluntad y hicieron tantos ofrescimientos y cumplimientos, que no se pudieron hacer más. Y aquel dia que estuvimos allí hasta la tarde vino un gentil-hombre de cámara del dicho Rey a visitarnos de su parte despues de haber entendido la resolucion que hicimos de venir a Aguas Muertas y saber cuando podria ser nuestra llegada, certificándonos el gran placer y contentamiento con que esperaba vernos. Y partiendo de allí aquella tarde, llegamos al puerto de Aguas Muertas el domingo siguiente, despues de mediodia, aunque esta navegacion no fué sin dificultad y peligro, pues como haciendo diligencia por pasar adelante partiésemos de las Pomegas de Marsella a la tarde del XIII del presente, la noche sobrevino tan oscura y cerrada de nieblas espesas, que la mayor parte de las galeras, no se viendo de unas á otras, se hubieron de dividir, y la galera en que Nos veníamos, por el poco fondo que hay en aquellas

marinas encalló, y quedó en tierra, y en el mismo instante invistió por popa otra que la seguía, sin podello excusar; pero en fin, con ayuda de nuestro Señor todo sucedió bien, y llegamos al dicho puerto de Aguas Muertas el domingo siguiente despues de mediodia. Y luego vino á visitarnos el Condestable de Francia, que era venido delante, y estaba allí dos ó tres dias habia, bien acompañado de personas principales, tornándonos á confirmar y haciendo de nuevo los ofrecimientos hechos por los otros ministros del Rey, con gran demostracion y certificacion del buen ánimo de su Rey, el cual aun no era llegado al lugar de Aguas Muertas, porque esperaba nuestra venida en un castillo que estaba cerca de allí, con la Reina. Y el dicho Condestable nos dijo que quería y había de venir a vernos y entrar en nuestra galera confidentemente. Y luego enviamos al duque de Alva y al Comendador mayor de Leon y a Mons. de Granvela para visitarle de nuestra parte en la villa, que es lejos del puerto una legua; y habia de venir aquella tarde sabiendo nuestra llegada, pero se adelantó con tal diligencia, que ellos le encontraron ya a la entrada del puerto, que se venía por un rio. El cual, en seis barcas bien aparezadas, y acompañado de príncipes y personas de estado, y habiendo entendido la ida y comision de los dichos nuestros ministros, en breves palabras, segun se pudo hacer de una barca a otra, pasó sin detenerse, mostrando gran deseo de vernos, y no paró hasta llegar a nuestra galera, en la cual entró, y nos rescebimos y comunicamos con demostracion de muy grand amistad, alegría y contentamiento, como a la verdad lo habia de

una y otra parte. Y despues de haber estado y hablado juntos cerca de dos horas, que se pasaron en palabras graciosas y certificadorias de la voluntad de cada uno, y de ser y quedar de aquí adelante buenos y verdaderos amigos, sin hablar ni tractar de otras particularidades, remitiendo la declaracion de las que fuesen necesarias á nuestros ministros, y que agora aquellas se determinasen ó no, por esto ni por lo otro no haya mudanza en nuestra amistad. Y con esto se partió el dicho Rey de Francia de Nos, mostrando muy gran deseo, y que le sería gran satisfaccion que quisiésemos ir al lugar, pero con modestia y sin apretarnos, sino con dulzura y graciosas palabras, diciendo que la Reina, nuestra hermana, y las damas, nos lo rogarían tan eficazmente, que no se sufrirían en cortesías ni buena crianza rehusando; y aunque por entonces no nos resolvimos en ello, despues, habiendo considerado la buena voluntad que el dicho Rey habia mostrado y la confianza que usó con Nos, y el bien que se podría seguir desta vista, y el sentimiento de lo contrario si no correspondiamos á la confianza que hizo el dicho Rey; y habiendo respecto a que nos envió a pedir y rogar la Reina, nuestra hermana, nos determinamos en ir al lugar el lunes por la mañana, como lo hicimos, y llegamos cerca de las diez horas, y llegando a la lengua del agua y fin del canal que se extiende hasta la puerta de Aguas Muertas, hallamos fuera de la dicha puerta al Rey y a la Reina, al Dolphin y duque de Orleans y a todos los príncipes, grandes y primeras damas que siguen la Corte del Rey, y fuimos rescebido con grand humanidad y con mayor demostracion de amistad



que el Rey habia hecho el dia antes, y con mucha alegría y placer de todos los que allí estaban de la una y de la otra parte. Y seria cosa muy larga y dificultosa querer declarar particularmente y por menudo el buen tratamiento que nos ha sido hecho, las honestas y cordiales palabras que el dicho señor Rey, la Reina, nuestra hermana, y Nos habemos pasado privada y familiarmente, y sin duda no podia ser con mayor demostracion de perfecta amistad, entrañable y cordial afeccion y buena voluntad del dicho Rey, y singular placer y contentamiento de haber Nos hecho esta confianza de venir a él, y Nos en todo lo que nos ha sido posible le habemos correspondido y satisfecho por nuestra parte, y claramente se ha comprendido que sin esta confianza y vernos y hablarnos, como se ha hecho, fuera imposible poder jamás reconciliarnos ni hacernos amigos, como lo quedamos.....<sup>1</sup>.

»Finalmente, el dicho Christianísimo Rey, el Dolphin y duque de Orlens y el señor de Labrit, habiendo estado juntos todo el dicho dia lunes, y dormido aquella noche y otro dia hasta despues de comer, en la tarde nos volvimos a la galera y nos acompañaron hasta dejarnos en ella, y vinieron con él todos los príncipes, grandes y personas principales de su Corte, en la cual, demas de la buena y cordial aficion que ha mostrado, no podia hacer de Nos mayor confianza; por donde tanto más se puede esperar que Dios, que ha querido y encaminado esta tan buena obra, será servido que la Christiandad

<sup>1</sup> Sigue refiriendo las pláticas para el ajustamiento de la paz.

reciba beneficios, y nuestros reinos, tierras y vasallos reposo y tranquilidad, y se evitarán los inconvenientes y daños que han sucedido de las guerras pasadas. De aquí seguiremos nuestro viaje en habiendo tiempo para ello, el cual agora es contrario, y esperamos, placiendo á nuestro Señor, ser allá muy pronto.....

»La noche que nos embarcamos en Aguas Muertas partimos de allí, y habiendo navegado veinticinco ó treinta millas, fueron las galeras por tiempo contrario forzadas a volverse al mismo puerto. El Rey se partió otro dia por la mañana y paró en un monesterio cerca para esperar allí hasta que nos alejásemos, y otro dia Nos enviamos a visitar el uno al otro, y la Reina, nuestra hermana, antes que partiese, nos entró á ver en galera, y nos despedimos con gran satisfaccion de todos.

»En Aguas Muertas dejó el Rey personas principales para proveer todo lo que fuese menester para nuestras galeras y contentamiento. De galera, al puerto de Aguas Muertas XVIII de Jullio de DXXXVIII.—Yo el Rey.»

# 1541.

Jornada de Argel.—S. M. embarcó en Niza en la Real de Andrea Doria, como en los viajes anteriores, el 9 de Septiembre; tocó en Porto-Venere, cerca de Spezia, con objeto de oír misa; allí se le unió la escuadra de galeras de Nápoles. Hizo escalas en Viareggio, en Córcega, en puerto Bonifacio, en puerto Ponte, en Cerdeña, saliendo de éste en 8 de Octubre con 43 galeras con rumbo á Mahón. El 13 pasó á Mallorca; el 17 á Ca-

brera; el 20 avistó á Argel, desembarcando la tropa el 23.

Reembarcó el 1.º de Noviembre con temporal, navegando toda la noche hacia Bugía; volvió á embarcar el 17; el 26 tocó en Palma de Mallorca, saliendo el 28 con 15 galeras; hizo escala en Ibiza, desembarcando en Cartagena el 1.º de Diciembre.

### 1543.

Repitió el Emperador la travesía de Barcelona á Génova, embarcando el 1.º de Mayo: tocó en Palamós, Rosas y Cadaqués, donde quedó D. Bernardino de Mendoza con 25 galeras, á fin de escoltar las naos que llevaban tropas y caballos. El César continuó la marcha con 57 galeras, divididas en tres escuadras, á punto de guerra. Al pasar cerca de Marsella hicieron algunos disparos las baterías de la ciudad y 10 galeras francesas amparadas por ellas. Las nuestras tocaron en Saona en la festividad del Corpus Christi, por querer D. Carlos oír misa y asistir á la procesión; en Génova desembarcó el 25 de Mayo.

Súpose á poco que 18 galeras francesas habían salido de Marsella con pensamiento de tomar por trato el castillo de Niza; les salió al encuentro Andrea Doria con 44 y les apresó la capitana y tres más.

Pedro de Gante consigna que en el mes de Noviembre de este año se volvía á España su señor el duque de Nájera, después de visitar á Inglaterra, y el día 3 naufragaron en la isla de Wight cuatro naos vizcaínas que tenía fletadas: en una, de 65 hombres, se ahogaron 33 y el piloto Antón de Larrea.

REFERENCIAS.

---

*Relation du premier voyage de Charles Quint en Espagne de 1517 a 1518*, par Laurent Vital.

*Discours de l'embarquement et departie de l'empereur Charles d'Autriche pour aller en Espagne*, par Jean de la Roche. Publicado en la obra titulada *La Bibliothèque nationale à Paris. Notices et extraits des manuscrits qui concernent l'histoire de Belgique*, par M. Gachard. Bruxelles, 1875.

*Journal des voyages de Charles Quint*, escript par Jean de Vandenesse, contrerolleur, ayant suivy Sa Magesté en tous les dicts voyaiges.

*Voyage et expedition de Charles Quint au pays de Tunis*, par Guillaume de Montoiche, écuyer.

*Collection des voyages des souverains des Pays Bas*, publiée par MM. Gachard et Piot. Bruxelles, 1875-1881.

*Correspondence of the emperor Charles V and his ambassadors at the court of England and France*, from the original letters in the imperial family archives at Viena, edited by William Bradford. London, 1850.

Pierre de Bourdeille, seigneur de Brantôme. *Œuvres complètes. Grands capitaines étrangers. Charles Quint*. Paris, 1865.

*Retraite et mort de Charles Quint au monastère de Yuste*, par M. Gachard. Bruxelles, 1854.

*Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V. Max. Fortissimo Rey Catholico de España y de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano*, por el Maestro D. Fray Prudencio de Sandoval, su cronista, obispo de Pamplona. Pamplona, 1618.

*Primera parte de la Carolea inchiridion*, que trata de la vida y hechos del invictissimo emperador D. Carlos V de este nom-

bre, y de muchas notables cosas en ella sucedidas hasta el año de 1555, por Juan Ochoa de la Salde. Lisboa, 1585.

*Charles Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, par M. Mignet. Paris, 1854.

*La vie de l'empereur Charles V*, traduite de l'italien de M. Leti. Amsterdam, 1702.

*Vita dell' invittissimo e sacratissimo imperator Carlo V*, descrittta dal signor Alfonso Ulloa. In Venetia, 1575.

*Histoire de l'empereur Charles Quint*, par William Robertson. Paris, 1836.

*Eptome de la vida y hechos del invicto emperador Carlos V*, añadido ahora nuevamente en esta séptima impresión por don Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca, etc. Madrid, 1654.

*Charles Quint*. Cronique de sa vie intérieure et de sa vie politique, de son abdication et de sa retraite dans le cloître de Yuste, par Amédée Pichot. Paris, 1854.

*The cloister life of the emperor Charles the Fifth*, by William Stirling. London, 1852.

*Il simulacro di Carlo Quinto imperadore*, di M. Francesco Sansovino. Venetia, 1567.

*La vie et les actions heroiques et plaisantes de l'invincible empereur Charles V*, par le Sr. Raclot. Bruxelles, 1699.

*Histoire politique du règne de l'empereur Charles Quint*, par le Chevalier Marchal. Bruxelles, 1856.

*De Republica, vita, moribus, gestis, fama, religione, sanctitate, Imperatoris, Cæsaris, Augusti, Quinti, Caroli, Maximi, Monachæ*, libri septem, ad illustres avreî velleris equites scripti, authore Gulielmo Zenocaro, auratæ militiæ Equite, Imperatoris Caroli Maximi olim: nunc Philippi Regis Hispaniæ, & Caroli filii, Consiliario & Bibliothecario Bincorstii Toparcha. Gandavi, ano Domini 1559.

*Relaciones* de Pedro de Gante, secretario del Duque de Nájera (1520-1544). Dalas á luz la Sociedad de Bibliófilos españoles. Madrid, 1873.

*De los armamentos y expediciones marítimas del emperador Carlos V á Italia y Túnez en 1529 y 1535*. (D. Antonio Cap-

many: Ordenanzas de las Armadas navales de la Corona de Aragón.) Madrid, 1787, Apéndice núm. v.

*Expediciones á Túnez y á Argel.* (Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo 1.)

*Carta anónima*, escrita desde las islas Hieres, á 7 de Mayo de 1538, dando cuenta del combate que una escuadra española, en que iba el emperador Carlos V, tuvo con otra francesa en las inmediaciones de Marsella. (Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo 1, pág. 392.)

*Carta del Emperador á la Emperatriz*, fecha en Caller á 12 de Junio de 1535, dándola cuenta de lo que había ocurrido desde su embarque en Barcelona. (Ídem id., tomo 1, pág. 544.)

*Tratado de las campañas de los ejércitos del emperador Carlos V* desde 1521 hasta 1525, por el soldado y cronista Cereda. Madrid, por la Sociedad de Bibliófilos, 1873-74-76.

*Toma de la ciudad de Africa por Carlos V*, romance de Lorenzo de Sepúlveda. (Romancero general de Durán, núm. 1.154.)

En la obra titulada *Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle d'après les manuscrits de la Bibliothèque de Besançon*, publiée sous la direction de M. Ch. Weiss (Paris, 1841), que forma parte de la Colección de documentos inéditos para la historia de Francia, etc. Se contienen dos narraciones de viajes del Emperador, á saber:

*Relación de la expedición de Túnez*, año 1535, en latín, tomo 11, pág. 377.

*Relación de la expedición de Argel*, año 1541, en francés, ídem, pág. 612.

Trata también con interesante narración de la jornada de Argel M. Jurien de la Gravière en *Les barbaresques et la marine de Soliman le Grand*. Paris, 1887, 8.º

Relativamente á los viajes, hay, á más de los citados, dos escritos especiales de circunstancias; el uno se titula: «*Relación muy verdadera sobre las paces y concordia que entre su Magestad y el Christianísimo rey de Francia pasaron. E las fiestas e recebimiento que se le hizo á su Magestad en la villa de Aguas-muertas* a xiiij y xv de Julio, año M.D.xxxviii.» s. a. n.º 1, en 4.º

El otro, sumamente raro, es de más importancia tipográfica: compone un libro en 4.º de 24 fojas, tipo gótico, portada con orla grabada en madera; en la parte superior, el escudo de armas imperiales, y debajo, el título, así:

*Libre de la benauen | tura vinguda d'l Empera | dor y Rey  
dō Carlos en la | sua ciutat d' Mallorca | y del recibiment  
que | li fonch fet. Junta | ment ab lo que | mes sucehí | fins al  
dia | que parti de aquella per | la conquesta de Allger.*

Hay, entre las páginas, seis ocupadas por grabados toscos de los arcos triunfales que se erigieron en la ciudad, y al final, en colofón, dice:

*Fonch estampada la present hystoria en la | insigne ciutat de  
Mallorques (Palma | anomenada) per Mestre Ferrando | de  
Lansoles Estampador. Na | tural de la vila de Hamusco | de  
la diocesis de Palència | Acabas a trenta dies | del mes de Je-  
ner | del any M. D. | XXXXII | †††† | †††† | ††.*

A la vuelta de la portada está la dedicatoria al lector, en latín; segunda portada en la segunda foja con repetición del título y lista que comprende los nombres del virrey y jurados. Sigue el Proemio, en mallorquín, exponiendo que escribe la relación el notario Juanot Gomis por encargo de los jurados, y *Comença la hystoria* insertando una carta de Andrea Doria, escrita en castellano, dirigida desde Génova al virrey D. Felipe de Cervelló con fecha 7 de Agosto de 1541, anunciando que el Emperador se embarcará en los primeros días de Septiembre con propósito de dirigirse á Palma. Ruega que se haga, en consecuencia, provisión de vituallas de toda especie para la gente de la escuadra.

Continúa refiriendo cómo llegaron primero, procedentes de Barcelona, 16 galeras de España al mando de D. Benardino de Mendoza; las 7 de Sicilia con el virrey D. Fernando de Gonzaga, y que el 13 de Octubre, á las tres de la tarde, arribó su Majestad con 40 galeras. Recibimiento que se le hizo, descripción de los arcos, pinturas, inscripciones; de los estandartes, palio, montura del caballo, gramallas de los jurados, etc., narrando lo ocurrido hasta el momento de la marcha, el 18 de Octubre, en que dieron la vela 50 galeras y las naos y carracas, que pasaban de 100.



## ORDENANZA

DEL REY NUESTRO SEÑOR CIRCULADA Á FIN DE QUE NADIE  
ALEGUE IGNORANCIA.—AÑO DE 1517.

(Traducción.)

En el nombre de Dios, de la Virgen María y del señor Santiago apóstol, siguen las ordenanzas que el Rey Católico manda tener, guardar y observar en su viaje á Castilla por mar, con consulta de los señores de su Consejo y de todos los pilotos.

Primeramente. Cuando el navío haya de hacer vela y salir, disparará tres lombardas, y el del señor Almirante, una.

2. Item.—El navío del Rey hará de noche dos faroles y el del Almirante uno. De día llevará el primero una bandera cuadra sobre la gavia á fin de que todos lo conozcan y sigan.

3. Item.—El día que haya de salir el navío del Rey, lo harán por delante cinco ó seis de los más veleros á reconocer el estrecho de Calés, y hecho esto, le esperarán allí: si es noche, cada uno pondrá dos luces hasta que el navío real llegue á aquella parte.

4. Item.—Todos los navíos de la Armada irán por mañana y tarde hacia el real, á prudente distancia, tanto para hacer la reverencia como para recibir orden de lo que han de hacer durante la noche, orden que comunicarán á toda la Armada los dos navíos más próximos al del Rey, y esto cumplido, ninguno ose acercarse si el dicho del Rey no hace señal.

5. Item.—Cuando el Rey quiera reunir en consejo á los Capitanes de los navíos, pondrá en el árbol mayor una bandera cuadra medio desplegada; entonces los dichos capitanes echarán botes al agua é irán á bordo, llevando consigo los mejores pilotos y consejeros.

6. Item.—Cuando el navío del Rey haya de cambiar el rumbo de noche, pondrá otro farol entre los dos ordinarios, de

suerte que se vean tres; cada navio responderá con una luz y la recogerá incontinenti.

7. Item.—Cuando haya de amainar velas, si es de noche, el navío del Rey pondrá dos faroles á más de los ordinarios, que harán cuatro, y todos los navíos responderán con una luz.

8. Item.—Cuando el navío del Rey sea obligado á cambiar de rumbo de noche por causa de viento contrario, pondrá tres faroles además de los dos ordinarios, que harán cinco, y todos los demás responderán con una luz.

9. Item.—En tiempo de niebla en que un navio no vea á los otros, el del Rey tirará tres cañonazos y el del Almirante dos; responderán todos los otros con uno, y de cuarto en cuarto de hora disparará el navío del Rey hasta que la niebla cese.

10. Item.—Cuando haya de fondearse, sea en el canal de Flandes ó en otra parte, ningún navío lo haga hasta que el del Rey haya dejado caer el ancla. Si es de noche, el dicho del Rey disparará dos lombardas y pondrá un farol en el castillo de proa, y cuando haya de levarse y dar la vela, el navío del Rey disparará tres lombardas y el del Almirante una.

11. Item.—Ningún navío ose entrar en puerto ni bahía sin orden del Rey.

12. Si algún navio descubriese tierra, de día, pondrá una bandera cuadra en la gavia mayor, inclinándola hacia la parte adonde la ve, para que todos la sepan. Si de noche cualquier navío conociera que está cerca de tierra, dispará tres lombardas.

13. Item.—Cuando se descubran navíos que no pertenezcan á la armada, los tres ó cuatro más próximos los reconocerán y pondrán una bandera en la mitad de la altura de los obenques, en la banda por donde los navíos se vean, para que todos estén apercebidos.

14. Item.—Siempre y cada vez que al navío del Rey ponga una bandera en el castillo de popa, sea en la mar ó en puerto, todos los navíos envíen embarcación á él para saber lo que le place mandar.

15. Item.—Si de noche viere tierra cualquier navío, ponga dos luces, á fin de que todos sepan la cercanía.



16. Item.—El navío que primero descubra otros navíos extraños, pondrá á mitad de los obenques una bandera inclinada, á fin de que todos estén apercebidos. Si los navíos son muchos, pondrá dos banderas, una más alta que otra.

17. Item.—Si habiendo hecho un navío esta señal place al Rey que dé caza y reconozca, pondrá una bandera en el mástil del castillo de proa, inclinada hacia adelante: entonces el navío dicho procurará reconocer.

18. Item.—Si algún navío se viere en peligro por cualquier accidente, tirará tres disparos, uno en pos de otro, y pondrá un hombre en la gavia <sup>1</sup> con una bandera, que hará girar alrededor varias veces, como señal de socorro; y si fuere de noche, pondrá una linterna en el palo á mitad de la altura de la gavia.

19. Item.—Si ocurriera de noche que algún navío extraño entrara entre los de la armada, el que lo descubra disparará un cañonazo y pondrá una linterna sobre la vela de la proa (cebadera), de la banda que lo vea.

20. Item.—Si se acerca armada extraña, el que la descubra disparará cuatro ó cinco piezas por el castillo de popa y una por el castillo de proa y otra por los obenques del palo mayor por la banda donde está dicha armada.

21. Item.—Cuando el Rey quiera que los navíos envíen embarcación al suyo de noche, disparará una pieza y pondrá dos linternas en los dos ángulos del castillo de popa, en lo más alto, y otra en el palo de mesana.

22. Item.—Toda la noche se pasará la palabra.

23. Item.—Cuando se descubra la tierra de España ningún navío sea osado de adelantarse al del Rey.

(*Relation du premier voyage de Charles V en Espagne de 1517 á 1518, par Laurent Vital.*)

<sup>1</sup> En la cofa.

## LISTA

DE LAS NAOS FLAMENCAS QUE FORMARON PARTE DE LA ARMADA EN QUE PASARON Á ESPAÑA EL EMPERADOR CARLOS V Y LAS REINAS, VIUDAS, DE FRANCIA Y DE HUNGRÍA, SUS HERMANAS, EN 1556.

1. *Le Faucon*, insignia de Adolfo de Borgoña, señor de Wacken, Capitán general y Almirante. Oficiales, marineros y gente de guerra, 200.
2. *Urcá L'Elephant*, vicealmirante Gerardo de Meckere. Tripulación, 196 hombres.
3. *Urcá Le Vennsterg*, capitán Arnould de Hanrstede, 180 hombres.
4. *Le Chevalier de mer*, capitán Nicolás Dasne, 148 hombres.
5. *Urcá T'wilde Woudt*, capitán Juan Gillot, 140 hombres.
6. *Urcá La Cateline*, capitán Hans Cuchlen, 138 hombres.
7. *Urcá Les Quatre fils Aymon*, capitán Francisco Steelant, 127 hombres.
8. *Urcá Saint-Pierre*, capitán Corneille Cupere, 123 hombres.
9. *Urcá Saint-Martin*, capitán Jibert Janssone, 120 hombres.
10. *Marie*, capitán José Olivier, 114 hombres.
11. *Le Bocq*, capitán José Van Dorp, 90 hombres.
12. *Urcá Isaac*, capitán Eenwoudt Arbolant, 88 hombres.
13. *Le Dragon*, capitán José Meyne, 88 hombres.
14. *Salvator*, capitán Juan de Catz, 87 hombres.
15. *Urcá Saint-Jean-Baptiste*, capitán Juan Hendricxsoon, 80 hombres.
16. *L'Aigle*, capitán Corneille de Meckere, 80 hombres.
17. *Le Cerf volant*, capitán Roberto Cupere, 80 hombres.

18. *Le Tigre*, capitán Juan Janszone, 60 hombres.
19. *La Liorne*, capitán Jacob Janszone Vogel, 45 hombres.

(Gachard, *Retraite et mort de Charles Quint au monastère de Yuste. Introduction*, Bruxelles, 1854.)

## CARTA

DEL REY DON FELIPE II ORDENANDO LA CONSERVACIÓN DE LA NAO QUE CONDUJO Á ESPAÑA AL EMPERADOR CARLOS V, DADA EN BRUSELAS Á 9 DE SEPTIEMBRE DE 1556.

Don Luis de Carvajal, nuestro capitán general del armada de Guipúzcoa; porque á nuestro servicio conviene que volvais con ella á Inglaterra para ser en la costa de aquel reino en puerto en todo el mes de Diciembre primero que viene, os mandamos que así lo hagais, y traigais con vos á sueldo la nao de Vertendona en que agora pasa el Emperador mi señor, con la estufa y aposento que para S. M. se ha hecho, y que en lugar de ésta despidais otra de las que agora teneis que os parezca más inútil.

(Archivo de Simancas. Estado. Leg. 511. Copiada por M. Gachard.)

## INSTRUCCIONES

DEL REY DON FELIPE II Á RUY GÓMEZ DE LO QUE HABÍA DE HACER EN INGLATERRA Y EN ESPAÑA, DADAS EN BRUSELAS Á 2 DE FEBRERO DE 1557.

.....Porque habemos determinado de juntar una armada de mar de 50 navíos, y los 30 han de ser de España, en cuyo número han de entrar los que al presente tienen don Luis de Carvajal y don Alvaro de Bazán, acordaréis á la Princesa que

mande luego se embarguen y tomen á nuestro sueldo los que faltaren, que sean buenos y útiles para navegar y pelear, y lo que montare su paga se ha de librar en Santander, y á buena cuenta lo que fuere menester para que puedan salir á servir, entregándose á los oficiales ordinarios para que haya razón y vaya todo por una mano y no por diferentes.

Item, se librárá en el dicho Santander los dineros que fueren menester para las vituallas que se han de hacer en diferentes partes para ocho mil hombres, y si no se juntase tanta gente, las que sobraren servirán para provisión del armada por el tiempo que anduviere por la mar. —

Y acordaréis que el hacer de las dichas vituallas se remita á persona suficiente y diligente, de manera que no haya falta, y que se hagan por dos meses solamente para el pasaje, porque acá y en Inglaterra se dará orden que haya buena provisión, porque habrá comodidad para ello.

La carta mía que lleváis para don Alvaro de Bazán la enviaréis luego en diligencia, y le daréis priesa á que se parta y venga á Laredo con sus navíos, y si fuese menester socorrelle y proveelle de vituallas, acordaréis á la Princesa que lo mande hacer, para que no se detenga, y que le mande escribir en la misma conformidad, para que luego venga á Laredo.

....Y porque habiéndose de juntar los dichos don Luis y don Alvaro no haya entre ellos diferencia sobre el gobierno por la mar en esta presente jornada, habemos determinado quel dicho don Luis tenga cargo de toda la dicha armada desde Cabo de Finisterre hasta estas partes de Francia, Inglaterra y Flandes, y el dicho don Alvaro, desde Finisterre hasta el Estrecho, y así se lo escribimos á cada uno por sí, para que guarden esta orden, y si alguno dellos quisiere enviar su teniente por esta jornada, lo pueda hacer, y vos les haréis dar ó enviar mis cartas en diligencia.

Y porque habemos enviado á mandar al dicho don Luis que venga luego con los quinientos mil ducados que deben estar en Laredo, si no fuese partido cuando llegardes, darle eis mucha priesa en que lo haga, porque ha de tornar á ayudar á traer la gente y el más dinero que de nuevo mandamos venir, y porque

lo uno y lo otro ó la mayor parte dello es de gran importancia que sea aquí con tiempo, habemos acordado que en el armada del dicho don Alvaro, que llegará según razón antes que vuelva el dicho don Luis, se traigan quinientos mil ducados del millón y medio que ha de rescibir el dicho Santander, y hasta dos mil soldados de los primeros que estuvieren hechos, porque si aguardase á juntarlo todo podría haber mucha dilación, y por el resto podrá volver el dicho don Alvaro, para que él y el dicho don Luis lo traigan, y si no pudiera llegar á tiempo don Alvaro, solo el dicho don Luis, juntando con su armada todas las naos que de nuevo mandamos tomar á sueldo, ó las que más se pudieren, para que venga con seguridad y buen recaudo, que la de Inglaterra y de aquí de Flandes, y la del dicho don Alvaro si por caso no pudiese volver á tiempo á aquella costa, mandaremos que se junten y que salgan á hacer guarda y escolta al dicho don Luis en el Canal ó en la parte que conviniere.....»

(Archivo de Simancas. Estado. Leg. 515, fol. 92. Contenidas *in extenso* en las *Relations politiques des Pays-Bas et de l'Angleterre, sous le regne de Philippe II*, publiées par le Baron Kervyn de Lettenhove, Bruxelles, 1882, tres tomos 4.<sup>o</sup>, t. I, pág. 54. La escuadra inglesa que había de cruzar sobre la costa de Flandes se componía de 21 naves de 50 á 100 toneladas; hállase la lista de nombres en el mismo tomo, página 81.)

## PRESA DE TÚNEZ POR CARLOS V.

---

Estándome en una fiesta  
En los baños de Cartago,  
Caballeros muy heridos  
Me han venido apresurados.  
— ¿Qué hacéis aquí, buen señor?  
No es tiempo de andar holgando:  
Barbarojo, rey de Argel,



Os tiene á Túnez ganado. —  
Oyendo yo la tal nueva,  
Apriesa pedí un caballo:  
Allí habló un moro viejo,  
Que en Argel se había criado.  
—N'os movais así, señor,  
Que seréis desbaratado;  
Qu'es poderoso en la tierra,  
Y en la mar es gran corsario.  
Mas lo que habéis de hacer,  
Si queréis muy bien vengallo,  
Enviad embajadores  
A ese emperador Carlos,  
Porque la gente española  
Es belicosa en el campo,  
Y el mesmo Rey animoso  
Hará guerra voluntario. —  
Bien me pareció el consejo,  
Hicelo sin dilatarlo;  
Un día por la mañana  
Andando yo campeando,  
Vi venir el mar cubierto  
De la armada de cristianos,  
Y aunque muchos les resisten,  
Por fuerza han desembarcado.  
Salen muchos caballeros  
En muy lucidos caballos;  
Salió gente muy hermosa  
Y harto de buenos soldados.  
Un lunes por la mañana  
Dan á la Goleta saco;  
Murieron cinco mil turcos  
Por armas y en el estanco;  
Siete días más alante  
A Túnez han caminado.  
Barbaroja con su gente  
La batalla ha presentado,

Mas viendo tan buen ejército,  
Apriesa se ha retirado.  
Aunque la sed era mucha,  
Hasta Túnez ha llegado,  
En las torres del alcázar  
Banderas han desplegado.  
Eran quince mil cautivos  
Que á ventura se han librado.  
Entran dentro sin batalla,  
Que se les dieron á saco.  
Carlos me volvió mi reino,  
Quedando yo su vasallo.

(*Romancero general*, ordenado por D. Agustín Durán, t. II, página 155.—Biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra, Madrid, 1851.)

### NAUFRAGIO EN ARGEL.

---

Obra nuevamente compuesta sobre el gran naufragio que á la armada del invictísimo y católico señor el Emperador, Rey y Señor nuestro, le sucedió en la conquista de Argel en el mes de Septiembre de MDXXXXI.

Habiendo de recontar  
Lo que cumple no encubrir,  
A Dios debía pedir  
Mil lenguas para hablar;  
Mil plumas para escribir;  
Mas temo caer en mengua  
En aquesta narración,  
Porque aunque sobra razón,  
No puede decir la lengua  
Lo que siente el corazón.

Paresce ser imposible  
Recontar lo que pasó,  
Porque, aquí lo digo yo,  
Como parezca increíble  
Al mesmo que allí lo vió;  
Mas sin que nada resista  
Protesto con igualdad  
Que en tan grande variedad,  
Como testigo de vista  
Daré fe de la verdad.

No hay nadie que no se miembre  
Cómo estando la mar buena,  
Las naus tendida la entena  
El postrero de Setiembre  
Salieron de Cartagena,  
De donde hecha la salva  
Van todas con alegría  
Siendo capitán y guía  
Don Hernando, duque d'Alva  
En toda la flota y vía.

Estaba el Emperador  
En Mallorca, al continente  
Con su armada muy luciente  
Esperando con favor  
Nuestra armada de poniente,  
Mas dándose ya los puntos  
Del tiempo adverso y cruel,  
Ni podimos ver á él  
Ni él vernos á todos juntos  
Hasta la vista de Argel.

Como en el puerto se encierra,  
Espera de buena gana  
Nuestra flota castellana  
Hasta ya que saltó en tierra

Domingo muy de mañana:  
Este día no se encubre  
Por el presente á ninguno;  
Por esto yo no lo impuno,  
Que fué á veintitrés de Octubre,  
Año de cuarenta y uno.

Según la grande esperanza  
Quel Emperador tenía  
En la divina valia,  
Pensó que tanta pujanza  
Era hecha en demasia;  
Por esto, cuando saltaron  
A vista de las murallas,  
No mirando en las batallas  
Por entonces, no sacaron  
Ni tiros ni vituallas.

Fué tan grande inconveniente  
Este, á nuestro parecer,  
Que por falta de comer  
Estuvo toda la gente  
A punto de se perder.  
Este mal tan desdichado  
Se esparció, por un terror,  
Dende el más bajo soldado  
Hasta el más alto señor.

Ni duque ni conde hubo,  
Príncipe ni caballero  
Que hasta el día postrero  
Esta hambre no sostuvo  
Y fué del mal porcionero.  
No lo acertaré si callo  
La vida aquellos hacían,  
Que los palmitos cogían

Y las carnes de caballo  
Era lo más que comían.

Había muchos españoles  
Que todo un día les convino  
Por buena cuenta y buen tino  
Comer con seis caracoles,  
Sin otro pan ni otro vino;  
Finalmente, á tales puntos  
Vinieron, porque se crea,  
Questaban con la hambre fea  
Más como cuerpos difuntos  
Que como hombres de pelea.

Para haber de sustentar  
Tanta gente advenediza,  
Manda con voz no postiza  
El Emperador, matar  
Toda su caballeriza.  
Ya veréis con qué dolores  
Con qué secretos gemidos,  
Degollaban los señores  
A sus caballos queridos.

Ya se halla caballero  
Que con dolor y pesar,  
Su caballo singular  
Lo envía tras un otero  
Por no lo ver degollar.  
Si parece maravilla  
A los que en la tierra estaban  
Los caballos que mataban,  
No era ver menos mancilla  
Los que en las naus degollaban.

De suerte, si no me engaña  
La cuenta del buen compás,

Fueron sin tornar atrás  
Los de Italia y los de España,  
Tres mil caballos y más;  
Los sabios y los discretos  
A Dios deben de loar  
Porque se quiere mostrar  
Tan profundo en los secretos  
Cuanto sabio en el obrar.

Luego el martes siguiente  
Ques día de Sant Crespín,  
Día enhadado y ruin,  
Bien pensó toda la gente  
Quera llegado su fin;  
Cuando con duros momentos  
Que aqui no pueden decirse,  
Sin pensarse ni sentirse  
Se turban los elementos  
Y el cielo quiere hundirse.

La mar con terrible esfuerzo  
Se tornó tan cruda y brava,  
Que como montes se alzaba;  
Viene un agua con un cierzo  
Que las naus nos arrancaba:  
Viérades cómo mostraban  
Todos, con lástima y duelo  
De su muerte gran recelo;  
Oyérades cómo alzaban  
Los clamores hasta el cielo.

Allí sin otras rancillas  
Los más duros y obstinados,  
Los corazones quebrados,  
Se ponían de rodillas  
Confesando sus pecados.  
Todos estaban devotos

Jurando enmendar su vida;  
Todos con voz dolorida  
Hacían mandas y votos  
Si Dios les daba guarida.

Nunca vieron los nacidos  
En un punto y un momento  
Tres contrarios por un cuento  
Tan bravos y enfurecidos:  
La mar, la lluvia y el viento;  
Pues viendo con qué porfia  
Se iban todos á anegar,  
Para poderse aliviar,  
Todo cuanto bueno había  
Lo lanzaban en la mar.

Algún gentil hombre hubo  
De los muy favorecidos,  
Con lágrimas y gemidos  
Que de rodillas estuvo  
Rogando por sus vestidos.  
En estos duros vaivenes  
¡Quién os podría contar  
La ropa y el ajuar  
Las riquezas y los bienes  
Que lanzaban á la mar!

Finalmente, sin contienda,  
Con palabras no fingidas,  
Tenían por bien perdidas  
Las riquezas y los bienes  
Sólo por salvar las vidas.  
La mar no daba bonanza,  
El viento no se rendía,  
Y así ninguno tenía  
De su remedio esperanza  
Ni esperaba mejoría.



Entonces, con artes sabias,  
Con voluntades muy buenas  
Rompían á fuerzas llenas  
Unos; mástiles y gavias,  
Otros, trinquetes y entenas.  
Unos estaban de lado  
Que nada cuasi sentían;  
Otros de espanto morían,  
Otros se echaban á nado  
Por ver si se salvarían.

Muchas mujeres de Flandes,  
También de nuestra nación,  
Vinieron á la sazón,  
Que oír sus voces grandes  
Era muy gran compasión.  
Pluguiera á Dios que bastara  
Estar en tales contiendas,  
De por medio tantas prendas,  
Y todo el mal se empleara  
En perderse las haciendas.

Mas ¡ay! tristes desdichados,  
Que siendo Dios en verdad  
Inclinado á piedad,  
Le hacían los pecados  
Que usase de crueldad.  
Así con estos desvíos,  
Con este duro interés,  
Para ser todo al revés,  
Uno á uno los navíos  
Iban á dar al través.

Viérades con qué poder  
Las áncoras en que estaban  
Todas se despedazaban  
Y se iban á perder

A do los moros estaban.  
¡Oh qué gritos y alaridos,  
Qué lágrimas sin consuelo!  
¡Oh qué llantos y qué duelo!  
¡Oh qué voces y gemidos;  
Qué clamores hasta el cielo!

Así iban deste talle,  
Como lo hablo y semejo,  
Sin jarcias, sin aparejo,  
Sin velas, sin gobernalle,  
Sin aviso, sin consejo.  
Iban en estos bajeles  
Las gentes desacordadas;  
No eran á tierra llegadas,  
Cuando los moros crueles  
Los mataban á lanzadas.

Fuera destes embarazos  
Recresciéronse otros males  
A éstos no desiguales;  
Que se hicieron pedazos  
Trece galeras reales;  
Pues cuándo iba la galera  
Dando con tanto dolor  
Mil vueltas alrededor.  
¡Oh, quién por entonces viera  
Al muy noble Emperador!

Él estaba en la montanya  
Teniendo la mar delante,  
Y con ver mal tan pujante  
No mostraba ira ni saña,  
Sino gracioso semblante.  
Pero mirando la lid  
Cuán adversa sucedía,  
Parescióle que debía

Hacer lo que hizo David  
Cuando Dios le destruía.

Y así puesto de hinojos,  
Traspasado el corazón,  
Viendo la gran perdición,  
Con lágrimas de sus ojos  
Hizo al Señor oración.  
Ya, Señor, no se detenga  
Tu castigo manifiesto;  
Venga, venga en mí muy presto;  
Ya podrá ser que yo tenga  
La culpa de todo esto.

No permitas, Señor, que  
Así mueran mis ovejas;  
Pues mis culpas son tan viejas,  
Venga, Señor, *super me*  
Lo que á ellas aparejas.  
Pues yo, como mal pastor,  
De tanto mal descuidado,  
He puesto aquí mi ganado,  
Hágase, mi Redentor,  
Que muera yo, si es tu grado.

En fin, las que se perdieron  
Entre naus y carabelas,  
Todos dicen sin cautela  
Que por todas juntas fueron  
Mas de ciento y veinte velas.  
Pues ya me he puesto á contar  
El desastre que se encierra  
En esta mezquina guerra,  
Dejemos á los del mar,  
Vengamos á los de tierra.

Ya dijimos cuán gran mal  
Fué no sacar provisión,

Que por sola esta ocasión  
Estuvo todo, el Real  
A punto de perdición.  
Alemanes y tudescos,  
Ya sabéis su pelear;  
Si no tienen que tragar  
Y los barriles muy frescos,  
Así los pueden matar.

Pues sin fuerzas y sin brío,  
Desnudos y descompuestos,  
Por entre aquellos recuestos,  
De pura hambre y de frío  
Perescían los más destos.  
Los nobles y delicados,  
Hasta el mismo Emperador,  
Estaban con gran dolor,  
Los dientes enclavijados  
Del puro frío y temblor.

Si algunos grandes tenían  
Cual que poca de vianda,  
Apartábanse á una banda  
Y á solas se lo comían,  
Como quien rezando anda.  
Con este sabio fingir  
Cada cual se hacía tocho,  
Porque un poco de bizcocho  
Lo había de repartir  
Entre siete ó entre ocho.

La lluvia fué de tal guisa,  
Tan recia y desatentada,  
Que tenían apegada  
La carne con la camisa,  
Y aun aquesto no era nada.  
Lo que era á ellos del todo,

Más pasión y más rancilla  
Es que estaban, sin mancilla,  
Atestados en el lodo  
Hasta cuasi la rodilla.

De suerte que los trajeron  
A tal término sus hados,  
Que muchos destos soldados  
Con gran lástima murieron  
En el lodo, así atestados.  
Pues los nobles, sus socorros  
Era estar así ateridos  
Sin ropas y sin vestidos,  
Sin pelejas, sin aforros  
Dando voces y gemidos.

Si entonces arremetieran  
Los alarbes infinitos,  
Como suelen, dando gritos,  
Sin duda los esparcieran  
Como el lobo á los cabritos.  
Más tan grande demasta,  
Tal denuesto y disfavor,  
No lo quiso por su honor  
El que la guerra hacía,  
Qu'era Dios, nuestro Señor.

Así, que fué tan sin par  
La tempestad, y tan fuerte,  
Que estuvieron de una suerte  
Los de tierra y los de mar  
Al mismo trance de muerte;  
Pues estando así en sus cotos  
Tan ajenos de guarida,  
Con voz triste y dolorida  
Hacían mandas y votos  
Si Dios les daba la vida.

Para haber de dar favor  
A la gente de galera  
Le fué por toda manera  
Forzado al Emperador,  
Decender á la ribera;  
Pues bajar de la montanya  
La gente tan descontenta,  
Sólo por la gran tormenta,  
Quien duda que tal hazaña,  
No se tiene por afrenta.

Viérades sobre las tiendas  
Los alarbes ayuntados  
Espesos y amontonados,  
Como las palomas duendas  
Cuando van á los sembrados.  
Yendo, pues, mal ordenado  
El campo, trechos á trechos,  
Por las vinyas y barbechos  
Todos pasaron á vado  
Un río fasta los pechos.

Iba entonces este río,  
La verdad, decirlo he yo,  
Como allí se pareció,  
Tan destemplado y tan frío  
Quel cuerpo les penetró.  
Por la gran desordenanza  
Qu'en el pasaje tovieron,  
Muchos destos perecieron;  
Unos de la destemplanza,  
Otros del frío que hobieron.

Bien veían los infieles  
El principio y el remate  
De tan grande desbarate,  
Y así, con tiros crueles,

Les daban siempre combate.  
¡Quién podrá, en breve, deciros  
Su abastanza y provisión,  
Sus armas y guarnición,  
Sus lombardas y sus tiros,  
Su pólvora y munición!

Tiros tales y tan buenos  
De un metal no rompedizo,  
Nunca Argel, cierto, los hizo,  
Y están tan juntos y espesos  
Como púas del erizo;  
Nunca se vió, en la verdad,  
Ciudad ó pueblo guerrero  
Tan bien puesto y tan entero,  
Y no es pueblo ni ciudad,  
Sino castillo roquero.

Ya que todo el mal venía,  
También este hubo de ser,  
Que á mal de nuestro querer,  
Les dimos artillería  
Más de la que han menester.  
¿Para qué nos alargamos  
En recontar la grandeza  
De los bienes y riqueza  
Que allí entonces les dejamos,  
Pues historia no lo reza?

No hubo persona alguna,  
Si la verdad se confiesa,  
Que parte no le cupiese  
De aquella triste fortuna,  
Por mucho ó poco que fuese.  
La ganancia que sacaron  
Los más fuertes y sanudos,  
Los más sagaces y agudos,



Es que á buen librar quedaron  
O dolientes ó desnudos.

Ya que en nombre de Jesús  
Y de la Virgen María  
El campo se retraía,  
Al cabo de Metifús  
Fué su jornada y su vía;  
Donde estando al más fervor  
La batalla, y más caliente,  
Mandó luego, encontinent  
De hecho el Emperador,  
Embarcar toda la gente.

Una tan regia hazanya  
En tal tiempo y tal manera  
Si á los ojos no se viera,  
¡Quién en toda la campaña  
Hubiera que lo creyera!  
Nunca se abate del cielo  
De las aves la princesa,  
Para salir con su empresa,  
Ni se contenta del vuelo  
Hasta que haya la presa.

Tampoco se desviara  
Nuestro Príncipe y señor  
De la presa y su dulzor,  
Si Dios no le demostrara,  
Señales de disfavor.  
Estaba toda la gente  
De hambre muy perecida,  
Estaba mal proveída  
La flota por el presente  
Para poder dar guarida.

Estaban tantas galeras  
En tierra despedazadas;

Estaban las naus quebradas ;  
Estaban por las laderas  
Muchos muertos á lanzadas.  
Pues estando, como estaban,  
Las cosas tan al revés,  
Por salir con su interés,  
Las pocas naus que quedaban  
Podieran dar al través.

Y bien era de mirar  
Como quien por culpa yerra,  
Que por salir con la guerra  
Todos pudieran quedar  
Sin ningún socorro en tierra.  
Como persona muy sabia  
Miraba el Emperador  
Las cosas al derredor,  
Y que no había nau con gavia  
Ni dispuesto guerreador.

Por eso con gran estima  
Conoció todo aquel hado  
Estar por Dios ordenado  
Para no poder dar cima  
Al negocio comenzado;  
Y por eso luego empieza  
Sin ningún detenimiento  
A hacer su acatamiento,  
Y abajando su cabaza  
Obedesce el mandamiento.

Conoció por sabia ciencia  
Nunca ser grato el servicio  
Al que lo toma por vicio,  
Y valer más la obediencia  
Quel muy alto sacrificio;  
Y por eso al continente

Entre dos noches y un día,  
Manda embarcar á porfía  
Por tercios toda la gente,  
En las pocas naus que había.

Viérades aquellos puntos  
La gente cuan grande era,  
Estar de aquella manera  
Tan espesos y tan juntos  
Como haces en la era.  
Los caballos que quedaron  
En las naus por el presente  
Sin que hobiese resistente,  
En el punto los mataron  
Para guarescer la gente.

Toda la gente común  
Se embarcó por sus banderas  
En velas y naus ligeras,  
Y no cupieron aún  
Sin dar parte á las galeras.  
Hombres darmas y vasallos,  
Príncipes y caballeros,  
Todos volvieron señeros,  
Sin armas y sin caballos,  
Sin vestidos y dineros.

O si cuitas tan mortales  
En aquello se envolvieran,  
En verdad pequeños fueran  
Nuestros desastres y males  
Con tal que solos vinieran:  
Mas no quiso en tal instante  
Aquel supremo Señor  
Desistir de su rigor,  
Sino llevar adelante  
Las senyas de su furor.

Que de las naus que salieron  
Del puerto, por buena cuenta,  
Al pie de ciento y ochenta,  
Muchas dellas se perdieron  
En la terrible tormenta;  
Sin orden y sin concierto  
En el senyalado mes  
De Noviembre, á dos y tres  
Salimos todos del puerto,  
Dando vueltas al través.

Unos van de peña en peña  
Por el golfo de León;  
Otros ven su perdición;  
Otros tiran á Cerdeña;  
Otros vuelven á Mahón.  
Así quel viento los trajo  
A do nunca nadie arriba,  
Ni hay persona que lo escriba;  
A las unas mar abajo,  
A las otras mar arriba.

Una nau de grandes señas  
En saliendo se perdió,  
Que se hizo y se tornó  
Mil pedazos en las peñas,  
Donde ninguno escapó.  
Otra nau encontinente  
Se perdió en haber salido,  
Mas no hobo á tierra venido  
Cuando se entrega la gente  
A los moros, á partido.

¡Quién podrá con dichos breves  
Sin nota de haber errado,  
Recontar tan triste hado,  
Si son más ó si son menos

Los que la mar ha tragado!  
En ningún ingenio cabe  
Decir sin nota de afrenta  
Los que faltan de la cuenta;  
Sólo aquel Señor lo sabe  
Que dispuso la tormenta.

Cincuenta y cinco galeras  
Más ó menos, sin error,  
Quedaron con buen tenor;  
Estas salieron postreras,  
En que fué el Emperador.  
Con él iba la compañía  
De los mejores guerreros;  
Todos los más caballeros,  
Con la nobleza de España,  
Sin los grandes extranjeros.

Y no penséis qu'en su vía  
Mucha bonanza llevaron,  
Que los árboles cortaron,  
Y á la costa de Bugía  
Con gran trabajo llegaron.  
Un mes cuasi de entervallo  
Desque de Argel nos partimos  
Acá en España estovimos,  
Que dellos bueno ni malo  
Por ningún arte supimos.

¿Quién dirá en breves razones  
Lo que las gentes sentían;  
Quién lo que dellos temían;  
Quién las misas y oraciones  
Que en España se decían?  
Estos ruegos y plegarias  
Hechas con tanto fervor  
Por el noble Emperador,

Fueron asaz necesarias  
Para aplacar al Señor.

Que se vieron en Bugía  
Do la tierra no se labra  
(Este secreto se abra),  
Que comunmente valía  
Seis ducados una cabra;  
Trigo ni por pensamiento;  
Fruta, gastado la habían,  
Pues donde nada tenían,  
Ved el angustia y tormento  
En que todos estarían.

Fué tan duro el navegaje  
Y la tormenta tamaña,  
Que ni por fuerza ni maña  
Pudieron hacer pasaje  
Desde Bugía hasta España.  
¿Quién os podrá referir  
Las bobedades y sonos,  
Las hablillas y opiniones  
Que se dejaban decir  
Por caminos y mesones?

Unos puestos en sospecha  
Tenían perplejidad;  
Otros con gran variedad  
Decían, ya desta hecha  
Se pierde la cristiandad;  
Unos con dura porfia  
Decían, sí se perdió;  
Otros, no, sino tiró  
A Italia ó á Lombardía;  
Otros, á Argel se volvió.

Unos puestos en quistiones  
Decían cosas indinas;

Que se volvió á las Quejinas  
Llevando cien mil hurones  
Para meter por las minas.  
En mil partes se tenía  
Por muy seguras verdades,  
Que sin más contrariedades  
Se entraba por Berbería  
Tomando muchas ciudades.

Pues viendo Dios con qué modo  
La gente andaba así extraña,  
Hizonos gracia tamaña  
Que le gozásemos todos  
Sano y salvo vuelto á España.  
En fin, si en esta postura  
Hay alguna decepción,  
Débeseme dar perdón  
Porque tal va la escriptura  
Cual fué siempre la intención.

¡Oh Argel, Dios te confunda;  
Su furor contigo parta,  
Porque aun no has quedado harta  
Con primera ni segunda  
Con tercera ni con cuarta.  
Según siempre estás hambriento  
De pensamiento civil,  
No estará la hambre, en fin,  
Para que quedes contento  
Ni con ciento ni con mil.

Tus barajas y conquistas  
Para los leales son  
De muy mala condición,  
Que no hieres á ojos vistas  
Sino con muy gran traición.  
¿Pues de qué te maravillas



Si te vamos á buscar,  
Y te hacemos rabiár,  
Y salir de tus casillas,  
Y traerte á tal pesar.

Pero haga Dios pedazos  
Tus muchas tan resabidas,  
Qu'en las luchas ya tenidas  
Sin que vengamos á brazos  
Nos das siempre las caídas.  
Tus obras son tan extrañas  
Que no hay á quien no avergüences,  
Sin quel combate comiences,  
Y sin fuerzas y sin mañas  
A la fin siempre nos vences.

Aquel muy sagaz Anteo  
Que con Hércules luchaba,  
Cuando en la tierra se echaba  
Entonces con más arreo  
Mayores fuerzas cobraba.  
Así que tú, si haces guerra  
Desto te sueles gloriár,  
Que la fuerza en pelear,  
Ó te viene de la tierra,  
Ó te defiende del mar.

Ahora, pues, que se encierra  
Tu socorro y tu consuelo,  
Acá en la mar ó en el suelo,  
Del mar sea ó de la tierra  
Tu socorro, y no del cielo.  
En tales cosas te fundas,  
Que su bondad es postrera,  
Pues ya te valgan siquiera  
A tí las causas segundas  
Y á nosotros la primera.

La sangre del justo Abel  
Derramada sin templanza  
Pedía con confianza  
Contra su hermano cruel  
A Dios la justa venganza.  
Pues tú de mañas feroces  
Que traes con hechos tiranos  
Ensangrentadas tus manos,  
¿Piensas que no dará voces  
Sangre de tantos cristianos?

Por las feas torpedades,  
A los siglos iban ditas  
De los sucios sodomitas,  
Quemó Dios tantas ciudades  
De gentes cuasi infinitas.  
Pues, ¡oh, turpísimo Argel!  
Tu rey deste mal se toma,  
Fuego del cielo que os coma,  
Pues mereces ser tú y él  
Quemados como Sodoma.

Porque tornarse quisieron  
Los jodios sin razón  
A Egipto, con Faraón,  
Por eso no merecieron  
La tierra de promisión.  
Pues dime, ¿qué merecían  
Los perversos y estragados,  
Que por hacer más pecados,

.....  
.....

Porque con afrenta y mengua  
Blasfemó contra el Señor

<sup>a</sup> Faltan estos dos versos.

El soberbio Nicanor,  
Luego fué hecha su lengua  
Mil piezas al derredor.  
Pues tú soberbiosa tema,  
Que nunca te satisface,  
¿Qué meresce, si te place,  
Siendo injuriosa y blasfema  
Contra aquel que bien te hace?

Pluguiese al Omnipotente  
Que tu entendimiento falto  
No se arrojase en un salto,  
No digo sobre la gente  
Mas aun, contra el Dios muy alto.  
Mas ay, ay, rabiosa pena  
Que ya sin lástima y duelo  
Viendo la presa al revuelo,  
Morderás á los de tierra  
Y ladrarás hacia el cielo.

Pues ya, Señor, no consientas  
Que te hagan tal desprecio,  
Nunca quedes satisfecho  
Hasta vengar las afrentas  
Questos danados te han hecho.  
Tú eres sólo poderoso;  
Tú eres el alto Señor;  
No sufras tal disfavor,  
Pues que le conviene al osso  
Tornar siempre por su honor.

FIN.

Yo doy gracias infinitas  
Al muy alto soberano,  
Pues quedando bueno y sano,

Las coplas son ya escritas  
Y acabadas de mi mano.

Esta relación en que se refieren ingenuamente las penalidades de que escapó casi por milagro el autor, ha permanecido inédita hasta ahora. No convenía que fueran conocidas las proporciones del desastre, ni las hablillas y murmuraciones de los que sufrían sus consecuencias. De la expedición y victoria de Túnez salieron á luz varios romances encomiásticos; los que de la de Argel se escribieron fueron reservados. El presente se conserva manuscrito en la Biblioteca nacional, códice T. 44, que contiene otras composiciones del almirante de Castilla, D. Fernando Henríquez, primer duque de Medina de Rioseco y conde de Melgar y de Módica en Sicilia, á quien también la presente se atribuye. De este códice la copió igualmente don Juan Pérez de Guzmán, con ligeras variantes de ortografía y la insertó en su *Cancionero de príncipes y señores, recogidos de poetas en su mayor parte inéditos, desde el siglo XVI al XIX*. Madrid, tipografía de Manuel Ginés Hernández, 1892, 4.º, páginas 28 á 47.

---



---

## VIAJE DE FRANCISCO I,

REY DE FRANCIA.

---

1525.

¡Qué infierno de ambiciones abrió la prisión del Rey de Francia en la batalla de Pavía! Eran tres los generales del Emperador que la ganaron, y el de menos concepto, el que los otros dos juzgaban su inferior en pro-sapia, gerarquía, inteligencia, decisión y bravura, se vió favorecido con la venturosa ocasión de recibir de manos de Francisco I la espada rendida.....

¡Suerte caprichosa! ¿Por qué robaba al duque de Borbón la dicha de humillar á un soberano que le empujó al extrañamiento de la patria con injusta pasión? ¿Por qué no concedió al marqués de Pescara el lauro del plan de campaña que aceptaron sus colegas como reconocimiento de ser él verdadera cabeza del ejército imperial?

Porque el hombre no se satisface jamás con lo que alcanza, y él mismo ha ideado á la Fortuna ciega, distribuyendo lo que en su orgullo estima que merece solo.

La gloria del vencimiento de Rey como Francisco, era harto grande para que, dividida, cupieran todavía á Pescara y á Borbón partes con que satisfacer el amor propio exigente: bien pensado, no era mayor la de Carlos de Lanoy por el hecho casual de acercarse antes al prisionero, aunque tomara prenda envidiable suya. Ahora, lo que podría ser distinto y desigual, era el provecho que cada cual sacara del suceso, sabiendo hacer pesar y valer el servicio personal con lo asombroso del caso, no sólo en el ánimo del Emperador, beneficiado con la victoria, sino también en el del cautivo, que al fin y al cabo, dispensador de mercedes había de ser cuando volviera al solio de Francia, más satisfecho de ocuparlo, habiendo aprendido á no tenerlo.

El triunfo de Pavía traía, pues, á los Generales en mayor preocupación que los preliminares de la batalla en que arriesgaron con su reputación la suerte de Italia. Antes de ella, siendo común la aspiración, resultaban en un sentido mismo los esfuerzos: después la diversidad de ideas hacía escuchar con recelo las ajenas, embarazando todo acuerdo una suspicacia no por reservada menos evidente.

La primera cuestión que habían de resolver los cabos del ejército imperial, era la de la habitación y seguridad del prisionero regio; cuestión más seria de lo que parece, si se considera la organización y modo de ser que los ejércitos tenían por entonces. Todos los soldados no se parecían al arcabucero Roldán, el que presentó al rey Francisco para ayuda de rescate la bala de oro que tenía destinada á darle la muerte más honrosa que príncipe



alguno hubiera tenido. Entre aquellos señores soldados había cuerpos mercenarios, extranjeros ó de naciones, como se decia, contratados por tiempo y paga, y paga se les venía debiendo de más atrás que solía aguantar su paciencia. Por de pronto, lleno el saco con el rico botín del campamento francés, contemporizaban; pero cuando lo volvieran del revés, asunto breve en usos soldadescos, ¿no les ocurriría tomar á su cargo la persona del rey de Francia y negociar el rescate á cuenta de atrasos, primeramente con el Emperador, su señor, cuyas cajas estaban vacías; en último caso, con el más interesado, con el mismo rey Francisco, que no dejaría de encontrar por algún lado escudos de oro con que comprar la libertad?

De seguro no dejarían de presentarse instigadores del motín, que entre cualquier medio que se meditara para prevenir las consecuencias de la prisión, era el más expeditivo y más barato. Todos los potentados de Italia, sin excepción del Papa, habían de favorecer la evasión, multiplicando las tentaciones y las asechanzas, y he aquí cómo en realidad era cosa más difícil que guardar una plaza y aun provincia, tener en cautiverio á un Rey de las condiciones de Francisco, caballero, liberal, simpático, y contrapeso de Carlos V en la balanza del poder europeo.

Sin pasar el día siguiente á la batalla, determinaron los Generales enviar el prisionero al castillo fuerte de Pizzighitone, cerca de Cremona, guardándole las consideraciones y honras debidas á su rango, sin descuidar por ello ninguna precaución contra los riesgos de escapo-

ria, siendo la más importante la elección del guardián, recaída en el señor Hernando de Alarcón, General de la infantería española, cuyas condiciones de delicadeza, unidas á las de valeroso y vigilante soldado, satisfacían por completo á los tres. La guarnición del castillo se escogió por partes iguales entre los cuerpos de confianza de cada cual, formando escolta que había de seguir al rey de Francia al salir de aquella mansión interina.

Satisfacía á los caudillos la determinación del César de trasladar al monarca cautivo á Castilnuovo de Nápoles <sup>1</sup>, pues, quedando en Italia, habían de intervenir en las negociaciones, dándoles seguridad y calma la situación y las distancias á las capitales de España y Francia. Una dificultad ofrecía el plan, sin embargo, si, como era natural, se empezaba por el transporte del Rey en las galeras, porque eran muy superiores las fuerzas marítimas que Francia contaba; no parecía, sin embargo, imposible preparar la travesía juntando á las once galeras de que se disponía, cuatro de Génova y algunos bergantines <sup>2</sup>, procediendo con reserva y precaución.

La primera no fué tanta que no llegara á noticia del cautivo lo que se iba disponiendo, y como la vigilancia no se llevaba al extremo de impedirle toda comunicación, encontró medio de informar secretamente á su madre la Reina regente de Francia, indicando la posi-

<sup>1</sup> Carta del Emperador al duque de Borbón y al virrey de Nápoles de 27 de Marzo de 1525 (Rodríguez Villa, *Italia desde la batalla de Pavia hasta el saco de Roma*, pág. 50).

<sup>2</sup> Carta de Lope de Soria al Emperador (ídem íd., pág. 38).

bilidad de libertarle, si con diligencia y fuerza superior se cortaba el paso á las galeras españolas, que llevarían mil ochocientos arcabuceros <sup>1</sup>, lo cual se intentó, saliendo de Marsella el Almirante del mar de Levante, barón de Saint Blancard, con objeto de estar sobre aviso, y armando apresuradamente cuantas galeras y naos había en aquel puerto <sup>2</sup>, aunque no sin que lo traslucieran los interesados <sup>3</sup>.

Probablemente recibiría orden de concurrir junta ó separadamente á la sorpresa de la escuadra española Andrea Doria, que regía la de más fuerza y representación de Francia. Doria, el hombre de mar de su tiempo, era el que había dado á Francisco I superioridad en las aguas del Mediterráneo, y no había de prescindirse de su pericia. Consta que para la ocasión hizo aprestos <sup>4</sup>; mas, no obstante, dirigió la empresa el mariscal Anna de Montmorency, en su calidad de Capitán y Teniente general de la mar, y con él se entendió el virrey Lanoy para conseguir hábilmente que las galeras de Francia, en lugar de librar á su Rey, dieran escolta de honor á las que le conducirían preso.

Con ser tantos los que han escrito y comentado los sucesos de la época de Carlos V, ninguno de los críticos

<sup>1</sup> *Collect. de docum. inéd. sur l'Histoire de France. Captivité du Roi François I.* (Carta fechada el 12 de Mayo de 1525, pág. 180.)

<sup>2</sup> *Idem.* (Carta de St. Blancard á la Regente, de 31 de Mayo, página 181.)

<sup>3</sup> Carta de Lope de Soria al Emperador, de 12 de Mayo (Rodríguez Villa, loco cit., pág. 38.)

<sup>4</sup> M. Aimé Champollion-Figeac. *Captivité du Roi François I*, ya citada, París, Imprimerie Royal, 1847, 4.º

ha desmenuzado este episodio curioso. La obra especial dedicada á reunir los documentos relativos al cautiverio de Francisco I <sup>1</sup>, no deshace los errores que respecto á fechas y lugares contienen las anteriores; no interpreta bien, al parecer, alguno de los mismos documentos que inserta; no dice, en fin, como hizo el Rey su viaje, dejando en pie cuestiones que no carecen de interés en la vida del personaje.

Carlos de Lanoy procedió de acuerdo con los otros dos jefes del ejército imperial, disponiendo la traslación del prisionero desde Pizzighitone á Génova, puerto en que el embajador español, Lope de Soria, tenía hechas prevenciones, y donde se reunieron las compañías de los capitanes Salcedo, Corvera y Santa Cruz, elegidos por Borbón y Pescara. Alojóse el rey de Francia en el castillo, y ya á punto de partir, trató secretamente con el virrey de Nápoles de cuánto más breve y favorable á los intereses del primero sería la negociación de libertad tratada en entrevista con el Emperador que dejada á la mediación subalterna de los ministros de ambos. Quién de los dos inició la idea; quién la maduró é hizo realizable, no se sabe. Champollion-Figeac opina que Francisco I se dejó persuadir por Lanoy; M. Mignet <sup>2</sup> cree que el persuadido fué el Virrey, y á este juicio se inclina Rodríguez Villa <sup>3</sup>, aunque no parece dudoso que conviniesen en puntos á que ambos se inclinaban. Hay autor coetáneo que atribuye al Emperador el cambio de

<sup>1</sup> Obra citada, pág. 39.

<sup>2</sup> *Rivalité de François I et de Charles V.*

<sup>3</sup> Obra citada, pág. 61.

itinerario <sup>1</sup>: «El Emperador, dice, escribió al Virrey que acompañase al Rey á Nápoles, y le envió con ésta otra carta, ordenándole que no la abriese hasta estar bien dentro en la mar: cumplido este precepto, el Virrey abrió la carta y halló que le mandaba traer á España á Francisco I<sup>o</sup>; pero los hechos demuestran que no estuvo este autor bien informado; antes bien, que las razones de Lanoy, ayudadas del poco sufrimiento de la prisión y de la necesidad de las cosas presentes, acabaron de inclinar al rey Francisco á una resolución para sí mismo dudosa, y para los otros increíble, cual era la de ir á la corte de España sin reparo al pensamiento mortificante de ofrecerse por espectáculo á una nación jactanciosa.

Siendo cualquiera otra condición secundaria, convino con las de seguridad que fué insinuando Lanoy, dándole de que la armada francesa no hostilizaría á la de España en el paso forzoso por delante de los puertos donde aquélla se encontraba; é hizo más: condescendió en la entrega condicional de cierto número de sus galeas, que, guarnecidas con soldados españoles, aumentarían la escuadra que le condujera hasta una cifra cual requería su decoro.

El convenio se hizo con gran reserva, aunque poniendo en el secreto al mariscal Montmorency, encargado del cumplimiento de las condiciones por parte del Gobierno de Francia; á Hernando de Alarcón, que lo estaba de la custodia del prisionero, como antes se ha dicho, y á Hugo

<sup>1</sup> Fr. Juan de Ornaya: *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey Francisco de Francia*. (Colección de documentos inéditos para la historia de España, tomo XXXVIII.)

de Moncada, portador de carta del Virrey, diciendo á D. Carlos: «Señor: os llevo al Rey, lo cual estoy seguro que os agraderá, porque así podrá V. M. acabar más pronto sus negocios» <sup>1</sup>.

Nada supieron de ello los otros jefes del ejército imperial, ni el embajador de España en Génova, Lope de Soria, desorientado, como ha de verse, respecto al objeto de las conferencias, que no podían del todo ocultársele.

No es mucho que los historiadores discrepen en el particular. Algunos expresan <sup>2</sup> que el compromiso del rey de Francia fué entregar para el viaje diez galeras y desarmar todas las otras que hubiera en los puertos en garantía de su palabra real, medida cuya ejecución encontró resistencia por parte de la Reina Regente y aun por la del mariscal Montmorency, de modo que Carlos de Lanoy consideró roto el convenio y emprendió la marcha hacia Nápoles, navegando diez días con gran sentimiento de Francisco. Vista la resolución, salió de Marsella el referido Montmorency, y alcanzó á la escuadra española en Portofino <sup>3</sup>, calmándose el Rey, «que tenía mucha pena de perder el viaje de España» <sup>4</sup>; entonces volvieron las proas á Occidente, empezándolo con viento favorable.

La carta escrita por Lope de Soria al Emperador el postrero de Mayo de 1525 aclara mucho algunos de los

<sup>1</sup> A 10 de Junio de 1525. Rodríguez Villa, pág. 62.

<sup>2</sup> Du Bellay; Varillas; Champollión.

<sup>3</sup> Portofino unos; otros, Puerto Delfín y Porto Venere.

<sup>4</sup> Carta de M. de la Barre á la Regente, de Tage á 10 de Junio. Champollión, pág. 214.

puntos dudosos. «En este día, dice <sup>1</sup>, á hora de vísperas, son partidos de aquí el dicho Rey y el Visorrey con buen tiempo y con quince galeras y una carabela y algunos bergantines, y *van á Nápoles*, y muy bien en orden todas las dichas galeras de todo lo que han necesario. Dios les dé buen viaje. El Rey va en la galera capitana de las tres de Portuondo, y el Visorrey en la galera del comendador Icart.

»El Rey demuestra estar alegre y tiene mucha esperanza en la misericordia y real corazón de V. M.; y anoche arribó aquí *Memoranci*, y antes era venido Moreta. Y pues escribe el Visorrey á V. M., por su carta entenderá las pláticas que entre ellos pasan.

»La armada francesa está en Tolón; pero no tiene gente de mar ni de guerra en las naves ni en los galeones; pero han crecido de dos galeras, y tienen agora doce; pero las dos no bien armadas; de suerte que por la dicha armada irán bien seguras las galeras de V. Cesárea Magestad, en las cuales van mil y quinientos soldados españoles de más de los gentiles hombres y la gente ordinaria de las galeras, y el resto de la infantería es vuelto á Lombardía.

»El duque de Génova e yo habemos acordado al Visorrey que debía tomar apuntamiento con el rey de Francia para que su armada de mar no viniese en estas riberas á hacer daños en las tierras desta comunidad, porque en ser partidas las galeras de V. M., tengo por cierto que vendrán por acá las francesas y harán todo el

<sup>1</sup> Rodríguez Villa, pág. 56.

daño que podrán. Y hase concertado entre el Rey y Visorrey que no se moverá la dicha armada para hacer algun daño en tanto que no se mueva el ejército de V. M. para hacer guerra en Francia; y con este apuntamiento es ido Moreta y un hombre del duque de Génova en Prohenza.»

En otra carta decía el mismo Soria desde Génova, con fecha 2 de Junio, que «después de haberse dado al mar las galeras que conducían prisionero al rey Francisco, *por haber sobrevenido tiempo contrario en la mar*, pararon en Portofino, que es lejos desta ciudad siete leguas, y hasta agora no tengo nueva que sean partidas de allí, ni de la armada de Francia tenemos nueva ninguna.»

Estas cartas, juntamente con la ya citada de M. de la Barre á la Reina Regente de Francia, con fecha 10 de Junio, acreditan que, habiéndose interrumpido las negociaciones secretas, despidiendo el duque de Borbón y el marqués de Pescara al rey Francisco en el muelle de Génova, deseándole buen viaje, se hicieron las galeras á la mar el 1.º de Junio, navegando hacia Levante. Entonces, en Portofino, y á instancias del mismo Rey, se formalizó el concierto, sin cuya celebración no se avenía Lanoy á tomar sobre sí la responsabilidad de cambiar las prevenciones recibidas, queriendo tener absoluta seguridad de encontrar el camino expedito y fiándola en la palabra real por parte del cautivo, compromiso escrito en nombre de la Regencia, y responsabilidad efectiva en las personas del Capitán general de la armada naval de Francia y del segundo jefe, con algunos más de la escuadra de Andrea.



El compromiso no ha parecido hasta ahora; pero lo cita y lo suple el que á su vez firmó Carlos de Lanoy en 8 de Junio, esclareciendo completamente lo ocurrido <sup>1</sup>.

El mariscal Anna de Montmorency, en calidad de Capitán y Teniente general de las fuerzas marítimas de Francia, ofreció poner á disposición del virrey D. Carlos de Lanoy diez galeras armadas á punto de guerra, provistas de patrones, pilotos, marineros y forzados, con víveres, municiones, velas, palamenta, ó sea en disposición de navegar desde luego, que fueran guarnecidas por capitanes y soldados españoles. Ofrecía además que la escuadra española no sería en modo alguno hostilizada en el viaje que hiciera á la costa de la Península conduciendo al rey Francisco I, ni en el de regreso al puerto de Génova, de donde había de salir. Por último, en garantía de cumplimiento, ofrecía poner su persona, la del conde Juanetín Doria y algunas más, allegadas ó subordinadas al jefe de escuadra, Andrea Doria, en poder del referido D. Carlos de Lanoy hasta la conclusión del viaje.

Lanoy ofreció que, quince días después de haber llegado á España, devolvería ó haría devolver las galeras que recibiera de Francia, en cualquiera de los puertos de Marsella ó Tolón, en el mismo estado que tuvieran, y sin quitar ni retener cosa alguna de su armamento. Ofrecía no hostilizar en tierra ó mar en ambos viajes de ida y vuelta, y pasados los quince días antedichos, pro-

<sup>1</sup> Véase al final la copia de este documento.

veer al mariscal de Montmorency, al conde Juanetín y á las otras personas que enviara Andrea Doria, salvo conducto para regresar libremente al punto que su señor quisiera designarles <sup>1</sup>.

Cumplidas las formalidades de escritura, se presentaron en Portofino las galeras francesas, siendo seis y no diez, como estaba convenido, por la negativa de Doria á entregar ninguna de las suyas <sup>2</sup>, si bien no tuvo dificultad en comprometer su fe y dar en rehenes á su sobrino Juanetín en seguridad de no sacar dichas galeras del puerto mientras Francisco I no llegara á su destino <sup>3</sup>. El embarque de la guarnición española debió verificarse inmediatamente, pues el día 10 estaban ya en Villafranca de Niza en número de veintiuna, dando por concluida la comedia de la travesía hacia Oriente y sin cuidado de que se propalara la verdadera derrota <sup>4</sup>.

Si hubiera de darse crédito á lo que anda impreso, llegada la escuadra sobre las islas Hieres, salió á su encuentro la que regía Andrea Doria en orden de combate, á procurar por las armas la liberación del Rey, y á éste agradó mucho el arrojo con que el general de mar acudía á su servicio; no obstante, considerando que pudiera empeorar su situación batalla de resultado incierto, envió á Doria orden terminante de retirarse, al mismo

<sup>1</sup> Véase el documento.

<sup>2</sup> Vimens, *Histoire de Gênes.*, t. II, pág. 408.

<sup>3</sup> Vallés, *Historia del Marqués de Pescara.*

<sup>4</sup> En Villafranca, á 10 de Junio, firmó Lanoy carta al Emperador que se halla en la Colección de Champollion. La de M. de la Barre es del mismo punto, aunque él puso *Tage près de Monegue* ó Mónaco. De las galeras cuenta Sandoval por error diez y siete.

tiempo que Lanoy le hacía saber la resolución en que estaba de acudir á cualquier extremo antes que desprenderse de la persona cuya custodia le estaba confiada. Doria obedeció de mala gana, despechado, aun más que de perder una ocasión de distinguirse, de que el rey de Francia no supiera todavía que no era él hombre que arriesgara acción sin la seguridad de ganarla <sup>1</sup>.

La especie ha sido discutida con buen criterio, tanto por no haber mención siquiera de ella en autores contemporáneos <sup>2</sup>, como por contradecirla los documentos, si bien es de creer que no mirara el Rey sin amargura las islas Hieres de que pasaron cerca y con viento favorable. El 17 entraron en Palamós <sup>3</sup>, y de allí pasaron á Barcelona, con rapidez tan poco acostumbrada, que Carlos V tuvo noticia de la llegada antes de recibir el anuncio de la salida que por tierra le llevaba D. Hugo de Moncada.

Sábese por el Diario municipal de Barcelona la fecha exacta de la entrada, no puesta en las historias <sup>4</sup> con pormenores curiosos. El asiento dice á la letra:

«Di lluns a xvij de juny. En aquest dia, entre les sis et set ores apres mig jorn, arribaren en la patja de la present ciutat de Barcelona, lo molt Ill. Sr. Don Charles de la Noy, visrey de Napols e capitan general del victoriós exercit del emperador y rey Nre. Sor. y en sa

<sup>1</sup> Varillas, Dupleix.

<sup>2</sup> Vallés, Sandoval, Brantome, Ochoa de la Salde, Du-Bellay.

<sup>3</sup> Sandoval expresa que llegó la escuadra á mediados de Junio.

<sup>4</sup> Allí fechó Lanoy otra carta al Emperador incluida en la misma colección. Sandoval menciona esta escala.

companya lo molt magnífich et valerós capitan Alarcon ab xxj galeres de lesquels las xv eran de S. Mag.<sup>1</sup> molt armades y ornades, e les sis eren del rey de França, ab los palaments, banderes e tendals negres en senyal de dol y tristicia» <sup>1</sup>.

Extraño contraste harían las dos escuadras mostrando juntas las galas de flámulas y pavesadas ricas, que se dan al viento en ocasiones de mayor regocijo, y el luto en el color fúnebre de los remos, palos, toldos y banderas reservado á la indicación de infortunios nacionales. La plaza correspondió á la señal de las primeras con el ruido de los cañones; desplegó el aparato real en recepción de un huésped coronado; acudieron á besar su mano grandes y pequeños y damas, y como por doquiera fuesen iguales reverencias y agasajos, pudo advertir el rey Francisco que se hallaba entre gentes de nación hidalga, no jactanciosa, como le habían contado.

Reembarcó el 22 de Junio <sup>2</sup>, haciendo sin ningún incidente la travesía á Valencia. El 28 salió de esta ciudad para la de Alicante <sup>3</sup>, y ya de aquí caminó por tierra hacia Madrid, siendo recibido con amor en todas partes <sup>4</sup>, sobre todo en Guadalajara, donde el duque del Infantado le hospedó con magnificencia que nada podía exceder <sup>5</sup>. Pero antes de apartarse de la costa pasó á su vista un suceso lamentable que no dejó de impresionarle. La

<sup>1</sup> Cereceda, *Campañas del Emperador*, anota esta particularidad también.

<sup>2</sup> Carta de M. de la Barre á la reina regente Luisa de Savoya.

<sup>3</sup> Idem y Leglay, *Negotiations diplomatiques*, t. II, pág. 607.

<sup>4</sup> Idem.

<sup>5</sup> Vallés describe el recibimiento.

guarnición de las galeras, que acabado el viaje presenciaba los preparativos del de el interior en que iba á separarse su General sin satisfacción de las pagas atrasadas, se amotinó pidiéndolas, y ante la respuesta á que obligaba la falta de dinero, rompió el fuego contra Lanoy, ojeándolo por las huertas, á través de las cuales huyó saltando tapias. Una de las balas se aplastó en el marco del balcón á donde el Rey se había asomado, tratando de apaciguar los ánimos con su palabra. Los apaciguó al fin alguna cantidad que facilitaron los vecinos de Alicante instados por el Virrey <sup>1</sup>.

El duque de Borbón y el marqués de Pescara llevaron muy á mal la burla de Lanoy: ambos dirigieron al Emperador cartas poco respetuosas en queja de un proceder que perjudicaba á su reputación, por cuanto daría campo á sospechar que su fidelidad estaba en duda. El primero marchó apresuradamente á repetir de viva voz la protesta y estar al tanto de lo que se tratara, ya que de la prisión del rey de Francia no se prometía menos de un reino formado expresamente para él con las provincias del Delfinado y la Provenza. Pescara no podía salir de Italia, habiendo quedado en el cargo del ejército; tuvo que guardar lejos el resentimiento que abría sus oídos á la insinuación diabólica de los potentados de la tierra, de estar en su mano la gloria de librar á Italia de extranjeros y el galardón que merecían sus condiciones sentándose en el trono de Nápoles. Tal di-

<sup>1</sup> No es fácil averiguar dónde leería Champollion que el motín ocurrió en *Venyssollo*; Vallés y Varillas bien claro explican que fué en Alicante.

jeron sus émulos. Pescara y Borbón murieron con fama de grandes capitanes. Lanoy «como era más honrado que los otros de grandísimas honras y riquezas, así era necesario que padeciese terribles tempestades de envidia y odio, y se defendiese con los exquisitos artificios de corte, de los que él había ofendido» <sup>1</sup>. Al cabo, Lanoy murió Príncipe de Sulmonna.

## REFERENCIAS.

---

Vallés, *Historia del fortísimo y prudentísimo capitán D. Hernando de Avalos, Marqués de Pescara*, Anvers, 1558.

Champollion-Figeac, *Captivité du Roi François I.* París, 1847.

Du-Bellay, *Memoirs*. París, 1571.

Varillas, *Histoire de François I.* París, 1685.

Brantôme, *Grands capitaines étrangers*. París, 1865

Ulloa, Sandoval, Ochoa de la Salde, Leti, *Vida de Carlos V.*

Cereceda, *Tratado de las campañas de los ejércitos del emperador Carlos V.* Madrid, 1873-76.

Fr. Juan de Ornaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey Francisco de Francia*. Publicada en la colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. xxxviii.

Mignet, *Rivalité de François I et de Charles V.*

Rodríguez Villa, *Italia desde la batalla de Pavía hasta el saco de Roma*. Reseña histórica. Madrid, 1885.

<sup>1</sup> Vallés.

## DESEMBARCO DE FRANCISCO I,

## PRISIONERO EN BARCELONA.

(Romance contemporáneo de Martín de Albio.)

Año de mil y quinientos  
Veinticinco se decía,  
Decinueve eran de junio,  
Lunes era aquel día,  
Cuando vino por la mar  
Una armada de valía;  
Pasan de veinte galeras,  
Y otras velas que había.  
La gente muy espantada  
Pensando lo que sería,  
Unos dicen que corsarios,  
Otros, turcos de Turquía,  
Otros, que serán franceses  
O moros de Berbería,  
Hasta que vino la nueva,  
Nueva de mucha alegría,  
Que la trujo un bergantín,  
Bogando con gran porfía,  
De parte del Visorrey  
Que de Nápoles se decía.  
Vino al Gobernador,  
La embajada que traía  
Rogándole buenamente,  
Y el ruego así decía:  
«Hágoos saber, don Pedro,  
Como nuestra compañía  
Trae preso al Rey de Francia

Y otros que con él había.  
Mandaréis aparejar,  
Para su gran Señoría,  
Una muy buena posada  
Como de vos se confía.»  
Asimesmo á la ciudad  
Envió mensajería :  
«Diréis á los del Consejo .  
Lo que hacer se debía  
Para recibir al Rey  
Que de Francia se decía,  
Porque nuestro Emperador  
Así cierto lo quería,  
Que como á su persona,  
Y aun con mucha mejoría,  
Le hiciesen recibimiento  
Si hacérsele podía,  
Que de esto holgara mucho  
Más que decir se podría».  
Oyendo la embajada  
Que el correo traído había,  
Veréis darse prisa grande  
En lo que hacer se debía.  
Aparéjanle posada  
Como el Rey la merecía,  
En un huerto en el rabal  
Por le dar más alegría,  
Donde muchos naranjeros  
Sombra fresca le hacían.  
La posada aparejada  
Lo mejor que se podía,  
Luego dieron un pregón  
Que d' esta suerte decía:  
«No sea hombre osado  
En decir descortesía  
A cualquiera que francés  
En la ciudad se hallaría,



Aunque fuera gavache,  
Ni menos de serranía:  
Tampoco trajesen armas  
Más del espada ciñida.»  
Ya después d'aquesto hecho  
Y cerca de mediodía  
Veréis se dar priesa grande:  
Do desembarcar había  
Hacen una rica puente  
De muy linda fantasía:  
Asimesmo de otra parte  
Sacan mucha artillería  
Para saludar l'armada  
Cuando se acercaría.  
Esto todo ordenado  
Veréis darse gran porfía,  
Las damas de Barcelona,  
Y otra gente que allí había,  
En subir por las ventanas  
Puestas de gran fantasía;  
Los tejados todos llenos:  
¡Cosa de gran maravilla!  
De hombres y de mujeres,  
Que más caber no podían.  
Vino luego un mensajero  
Que el Rey francés no quería  
Pasar por aquella puente  
Por el luto que traía;  
Y porque era prisionero  
Tal gloria no la quería,  
Y que si no se quitaba  
Él en tierra no saldría.  
Por cumplir la voluntad  
De su real Señoría,  
Mandaron quitar los paños;  
La madera quedaría.  
Cuando vino á las cinco,

Ya después de mediodía,  
Bogan todas las galeras,  
¡Cosa es de maravilla!  
Vienen unas después de otras  
Caminando con porfia,  
Tañendo sus atabales  
Y clarines que había,  
Y otras maneras de sonos .  
Que decir yo n'os sabría,  
Con sus tendidas banderas  
Que muy ricas parecían,  
De que fueron ya llegadas  
Donde el muelle fenecía,  
Comenzaron á tirar  
Toda su escopetería:  
Respondiales de tierra  
Muy linda artillería;  
Ya después tiró la suya  
Que el suelo temblar hacía:  
No es cosa de contar  
Ni decir se os podría,  
Que el ruido era tanto  
Que hasta el cielo subía:  
La gente quedaba sorda,  
Que sufrir no lo podía.  
Muchas veces, d'esta suerte,  
Jugó su artillería,  
Y mientras duró el humo  
Que de los tiros salía,  
Sacaron tres mil banderas,  
Y aun creo que más había,  
Con muchos ricos pendones  
Y estandartes que allí vía,  
Con muy ricos paramientos,  
Cosa de muy gran valía,  
¡Oh quien pudiese contar  
Cuanta fué el alegría

Que hobo en Barcelona!  
Mi lengua no bastaría.  
Vi tal número de barcos  
Que contar no se podían,  
Llenos de muy lindas damas,  
Y de gran caballería;  
Mercaderes, ciudadanos,  
De todas suertes había;  
Tanta era de la gente,  
Que el mar no se parecía.  
Ya cercanos de la puente  
Do desembarcar había,  
Acércase la Capitana  
Donde el Rey francés venía,  
Luego dan escala en tierra,  
Porque el Rey salir quería.  
Ya sale su Majestad  
D'esta suerte que os diría.  
Primero el Gobernador,  
Y después su Señoría,  
Tercero el Visorrey  
Que de Nápoles se decía,  
El capitán Alarcón  
Y toda su compañía,  
Con las picas arboladas  
Y mucha escopetería.  
Guardaban su Magestad  
Como hacer se debía;  
Y con esta ordenanza  
Empezaron á hacer vía  
Hasta ir á su posada  
Donde aposentar había;  
Con él muchos caballeros  
Cuantos en ciudad había;  
Y de allí salir no quiso  
Hasta el tercero día,  
Donde fué muy visitado

De mucha caballería,  
De damas y de doncellas  
Y mujeres de valía.  
No hacen juegos de cañas,  
Ni menos justas había;  
Déjanlo por no enojar  
A su real Señoría.  
El miércoles de mañana  
Ya después que amanecía,  
Enviaba un capellán  
De los que consigo había,  
A la iglesia mayor  
Do misa oír quería.  
Aparéjale el Cabildo  
Como le pertenecía,  
De muy ricos ornamentos  
Los mejores que habría:  
Aparejan el altar,  
Bien como hacer solían:  
Sacaron toda la plata  
Fuera de la sacristía,  
Donde vi una custodia  
Que apreciar no se podría.  
Aparejan un estrado  
Rico como merescía,  
La seu emparamentada  
Que muy rica parecía,  
Y de lumbres muy ornada  
Más que decir se podría.  
Cuando vino á las once  
Y cerca de mediodía,  
Vino su real Alteza  
Con mucha caballería,  
Y con ella el Visorey  
Que de Nápoles se decía.  
La seu estaba muy llena  
De gente de toda guisa;

Los andamios rellenos  
Mas que caber no podía,  
Y allí con devoción,  
Según se les parecía,  
De rodillas puesto estuvo  
Cuando la misa decía,  
La misa cerca acabada,  
Que ya comulgar quería,  
Mandaron aparejar  
Un jarro con su bacina:  
De que ya fué acabada  
La misa que se decía,  
Entró dentro del cabildo  
Donde mucha gente había,  
Llenos de las porcellanas  
Del mal qu'el les guarescía <sup>1</sup>,  
Y allí dejando la capa  
Sólo en cuerpo se ponía,  
Empezó de santiguar  
Los enfermos que había.  
Cuando hubo acabado,  
Aguamanos él pedía,  
Y tornando á cabalgar  
A la posada volvía.  
Cuando vino ya la tarde  
Que de noche se hacía,  
Mandáronle embarcar,  
Que nadie no lo sabía.  
Cuando fué dentro en galera  
En la que venido había,  
Empezaron á hacer vela  
Todos en su compañía.  
¡Oh, qué lástima de ver  
Fué su tan triste partida!

<sup>1</sup> Creíase que Dios había concedido á la familia real de Francia la virtud de curar los lamparones ó escrófulas.

El pensaba ir por tierra,  
Que por mar ir no quería.  
Rogando está al Visorey,  
Rogando con gran porfia  
Le dejase ir delante  
De la imperial Señoría;  
Mas aquél sin escuchar  
Ni mirar lo que decía,  
Hizo embarcar su gente  
Y soldados que traía.  
¡Hora piensen los señores,  
Y puestos en señoría  
Esta rueda de fortuna  
Cuán malamente los guía!  
Unos que veréis muy tristes,  
Fuera de toda alegría,  
Cuando viene á deshora  
En la cumbre los ponía:  
Otros, que los veis señores  
Como este Rey lo sería,  
Cuando veis que no se catan,  
En el suelo los ponía.  
¡Oh, quién viera al rey de Francia  
Dentro de su Señoría;  
Cuántos de los altos hombres  
A su mesa pan comían,  
Y agora por su ventura  
Que su dicha lo quería,  
Vereislo estar sujeto,  
Que decir no lo quería,  
A un pobre capitán  
De pequeña señoría!  
Todo viene del gran Dios,  
Que soberbios no quería;  
Mas ama la humildad  
Que de virtudes es guía.

---

¡Viva leda nuestra España,  
Llore Francia su dolor,  
Pues es preso su señor!

Vos, ciudad de Barcelona,  
Quedáis con gran presunción,  
Pues que Francia y su corona  
En vos tuvo su prisión:  
Sobre todas cuantas son  
Por cierto, vos sois la flor,  
Que tuvistes tal señor.

Vos fuestes merecedora  
Que primero en vos veniese,  
Sólo porque conociese  
Que de todos sois señora.  
En vos su real corona  
Vino presa, y la flor  
Que de Francia es señor.

(*Romancero general*, ordenado por D. Agustín Durán, tomo II, página 142, *Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra*. Madrid, 1851.)

## COMPROMISO

DEL VIRREY DE NÁPOLES D. CARLOS DE LANOY, DE DEVOLVER  
LAS GALERAS Y REHENES QUE HABÍA DE RECIBIR.

Nous, Charles de Lanoy, vi-roy de Naples, cappitaine et lieutenant general de l'armée de l'empereur, promectons au seigneur mareschal de Montmorency, cappitaine et lieutenant general pour le Roy en son armée de mer, ce qu'il s'ensuit:

Premierement, luy promectons sur nostre foy et nostre honneur, que, en mettant les gens de guerre dessus les gallaires du Roy, dedens quinze jours après l'arryvée dudict seigneur en Espagne, luy ferons remener et rendre lesdictes gallaires a Marseille ou a Tollon, au mêmme estat qu'elles nous

seront baillées, c'est assavoir: artillerye, cheurme et tout ce qui sera ès dictes gallaires, sans aucune chose enlever, prendre ne retenir, ensemble les cappitaines dicelles gallaires, maryniers et tous autres gens de guerre.

Item, promettons que toute l'armée de mer l'empereur ne fera guerre ny dommaige au pays du Roy, ny a ses subgetz, tant en allant en Espagne que au retour, que premierement nous n'ayons rendu ou fait rendre entierement toutes les gallaires que ledit seigneur mareschal nous fait bailler, a Marseille ou a Tollon, avecques tout leur esquipage, et oultre, que ladicte armée ne soit de retour a Gennes, devant que rompre ou que lesdicts quinze jours ne soient passez se d'aventure l'empereur voloit retenir sadicte armée devers l'Espagne.

Item, promettons audit sieur mareschal de Montmorancy que en faissant tenir ce qu'il nous a promys pour la seureté du passage du Roy, dedans quinze jours après l'arryvée dudit seigneur en Espagne, de luy bailler bon et emple saulconduyt pour s'en retourner en France, en toute seureté, jusques au pays du Roy et au lieu où il plaira a mondit seigneur le renvoyer, ensemble le conte Phillippin nepveu de André Dorie, et tous ceulx qui viendront de la part dudit Dorie.

En tesmoeng de ce nous avons signé ces presentes de nostre main et a icelle fait mettre le scel armoyé de noz armes, le huictiesme jour de juing, l'an mil cinq cens vingt et cinq.

D. CHARLES DE LANOY.

Dñs vce rex et capit. gñlis  
mant. mñl Jol. Baptiste Rodrigues, secr.»

(Champollion: *Captivité du Roi François I*, pag. 212.)

---



---

---

## RESUMEN

### DE LOS VIAJES DEL REY DON FELIPE II.

---

1548-1555.

1548. Se reunió en Rosas la armada, al mando del príncipe de Melfi, Andrea Doria, compuesta de la escuadra de galeras de éste, las de España, Nápoles y Sicilia, y las de naos de Génova, Vizcaya y Flandes. El príncipe D. Felipe embarcó en la Real el 2 de Noviembre, y por primera singladura pasó la noche en Cadaqués. Siguió el día siguiente á Colibre, permaneciendo allí las galeras, por mal tiempo, hasta el 6. Las escalas sucesivas fueron: Aguas Muertas, Pomegas, Hieres, Santa Margarita, Portomorisi, Saona y Génova, adonde llegó el 27, en esta forma:

Llevaba la vanguardia D. García de Toledo, con las galeras de Nápoles puestas en ala; seguía D. Berenguer de Requesens con las de Sicilia; el príncipe Doria iba en el centro con las suyas, cerrando la retaguardia don Bernardino de Mendoza con las de España.

Cerca de la linterna de Génova tocó la galera *Leona*, de Nápoles, en roca, y se abrió el casco: acudieron es-

quifes aceleradamente á sacar las personas : sólo la hacienda y recámara de D. Alonso Osorio, hijo del marqués de Astorga, se perdió, parte mojada y parte robada. Los ornamentos de la capilla del Príncipe, que iban allí y eran de mucha estima, también recibieron daño. La *Leona* fué luego remolcada al puerto.

## 1551.

Habiendo visitado los Países Bajos y asistido á la dieta de Ansburgo, volvió el Príncipe á Génova por Alemania é Italia, reuniéndose con su cuñado el rey de Bohemia, que venía también á España <sup>1</sup>. Embarcaron en la escuadra de Doria el 25 de Julio; hicieron escala en Niza y otros puntos de la costa, desembarcando sin accidente en Barcelona el 12 de Agosto.

<sup>1</sup> Maximiliano, hijo de Fernando I. Hizo este mismo viaje en las galeras del príncipe Doria, en 1548; casó en Valladolid con la princesa María, hija de Carlos V, y durante la ausencia de D. Felipe quedaron con el gobierno de España. Á la vuelta de D. Felipe, el rey de Bohemia y su mujer volvieron á embarcar en Barcelona en la escuadra de Andrea Doria, compuesta de 23 galeras, que se reforzaron con infantería española, por estar declarada la guerra con Francia. Al pasar por las islas Hieres, salieron detrás 24 galeras francesas mandadas por León Strozzi, mas fuera por no darles alcance ó porque no se determinaran á atacarlas, llegaron sin accidente á Génova. Llevaban los Príncipes un hermoso elefante, regalo del rey D. Juan de Portugal, que llamó grandemente la atención en la ciudad y en el camino por tierra, en razón á que reyes y príncipes tenían vistos muchos por allí, más no animales de esta especie. Ofreció este viaje otra particularidad; llevaban las galeras para el Emperador una buena parte del oro y plata en barras que trajo del Perú D. Pedro Gasca, después de sofocar la rebelión de Gonzalo Pizarro.

## 1554.

Nada menos de 125 velas se reunieron en el puerto de la Coruña con objeto de transportar á Inglaterra al príncipe D. Felipe con los señores del séquito, entre los que iba el almirante de Castilla, caballeros, criados, guardias y equipaje.

Su Alteza oyó misa en San Francisco antes de embarcarse, el 12 de Julio; dió la vela el día siguiente, viernes 13, y aunque hubo niebla en el Canal, que dificultaba la navegación de tantos navíos á riesgo de abordajes, recaló el 19 entre Southampton y la isla de Wight, paraje donde salieron al encuentro las escuadras de Flandes y de Inglaterra, que entre ambas llevaban unas 40 velas.

Mandaba la primera el vicealmirante del reino, Adolfo de Borgoña, y no halló, según parece, en su colega, ni la consideración ni la cortesía que debía esperar. Las cartas que dirigió á los Ministros en Bruselas suponen en el Almirante inglés mala disposición hacia el rey D. Felipe, y no mejor arte en el gobierno de los navíos; varios capitanes se le habían amotinado, entrando en Portsmouth contra sus órdenes, y declarando no querer servir más si no se les pagaban los atrasos; protestaban al mismo tiempo de la calidad de los víveres, mostrando las barricas de carne corrompida y de cerveza agria, y aun sin estas causas, le contradecían y criticaban sin respeto.

Este Almirante había despachado buques ligeros que

le avisaran la aproximación de la armada española, y se entretenían en piratear por el canal, con el escándalo de vender públicamente en el muelle de Portsmouth los objetos robados <sup>1</sup>.

1555.

El 4 de Septiembre pasó el Canal D. Felipe, de Dover á Cales, marchando por tierra á Bruselas.

1557.

Volvió á pasarlo en sentido contrario, ó sea desde Cales á Dover, el 18; y el 6 de Julio lo repitió, regresando á Bruselas.

1559.

Salió de Flesinga el 24 de Agosto, navegando con buen tiempo hasta la isla de Wight; desde allí reinaron calmas, de suerte que hasta el 8 de Septiembre, día de la Virgen, no llegó la armada á Laredo. El Rey desembarcó en seguida, pero los bajeles de la retaguardia, urcas de Flandes que son pesadas, no tomaron aquel día el fondeadero, y durante la noche se declaró en mar y tierra una tormenta que arrancó árboles de raíz, haciendo volar las tejas de las casas. Varias naves dieron al través y se perdieron, que fué gran lástima; otras largaron las anclas y se entraron en alta mar.

<sup>1</sup> Correspondences diplomatiques et actes officiels concernant le mariage entre Philippe, Prince d'Espagne, et Marie, Reine d'Angleterre, Bruxelles, 1882, doct. núm. cccxiv.

## REFERENCIAS.

---

*El felicissimo viaje d'el muy alto y poderoso príncipe Don Phelippe, hijo del emperador Don Carlos quinto maximo, desde España a sus tierras de la Baxa Alemania, con la descripcion de todos los estados de Bravante y Flandes, por Juan Christoval Calvete de Estrella. Anveres, 1552, fol. <sup>1</sup>.*

*El Sucesso del viaje que su Alteza del invictisimo Príncipe nuestro señor a hecho dende que embarcó en Castellon hasta que salió de la cibdad de Trento. Con los recibimientos y triumphos que le an hecho en Genoua, Milan, Mantua, Trento y otros lugares. Este año MD.XL.IX, por Juan Lorenzo Otavanti. Al final: fué impreso en la muy noble villa de Valladolid, en casa de Francisco Fernández de Córdova, en 4.º, 16 pág. got.*

Joannis Berzosæ Cæsar.—*Augustani regio Romæ tabulario præfecti a transitu Philippi II, Hispaniarum regis, in Angliam, anualium liber primus.* MS. en la Academia de la Historia.

*Viaje de Felipe II á Inglaterra en 1554, cuando fué á casar con la reina doña María.* Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. 1, pág. 564.

*Viaje de Felipe II á Inglaterra,* por Andrés Muñoz, Zaragoza, 1554, reimpresso por la Sociedad de Bibliófilos españoles en 1877, con introducción en que se da noticia de otras relaciones, cuarenta y nueve en suma.

*Traslado de una carta embiada de Inglaterra á esta ciudad de Sevilla en que se da relacion del suceso del viaje del príncipe don Philippe nuestro señor; desde que se embarcó en la Coruña,*

<sup>1</sup> Lo ha traducido al francés en 1882 M. Petit. La edición española es rara.

*puerto de España, hasta que se casó con la serenissima reyna de Inglaterra, año 1554.*

*Journal des voyages de Philippe II*, par Jean de Vandenesse. Collection des uoyages des Pays-Bas. Bruxelles, 1882, tomo iv.

*Viaje de Felipe II á Inglaterra*, en 1554, cuando fué á casar con la reina doña María. Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. II, pág. 561.

*La entrada que en el reino de Portugal hizo la S. C. R. M. de D. Phelippe, invictisimo Rey de las Españas, segundo deste nombre, primero de Portugal, así en su Real presencia como con el exercito de su felice campo.* Hecho por Isidro Velázquez, salamantino, andante en corte. Impreso por Manuel de Lira (en Lisboa) MD.LXXXIII.

## CARTA

DEL OBISPO DE ARRAS (GRANVELA) Á D. ÁLVARO DE LA QUADRA, OBISPO DE AQUILA Y EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LONDRES, FECHA EN BRUSELAS Á 21 DE ENERO DE 1560.

..... VS. sabe como luego que S. M. hubo desembarcado en España sobrevino una tormenta tal, que peligraron y padecieron algunos navíos, y entre ellos el de los secretarios, donde iba Saganta, el cual se salió del dicho navío con algunos de los principales, y los demás, con toda la ropa y papeles y registros de los secretarios y regentes se quedaron en él, y se alargó el navío en alta mar, donde se teme que se hundió, porque estaba ya mal parado, y hasta agora no ha parecido ninguno del, después de tanto tiempo, ni sabídose otra nueva más de lo que VS. verá por la relación que con ésta va, que si así fuere, sería muy bueno. Suplico á VS. sea servido mandarse informar dello por allá que, cierto, si no hubiere perecido el navío sería muy gran bien, por la gente y papeles que en él había.

(Archivo de Simancas. Estado. Leg. 813.)

## CARTA

DEL OBISPO DE AQUILA AL OBISPO DE ARRAS, CONTESTANDO  
Á LA ANTERIOR, DE LONDRES Á 19 DE FEBRERO DE 1560.

Yo envié á un criado mío á Porlan [así] á saber lo que había con verdad de la nao del señor Gonzalo Perez, y halló que la que allí aportó á tantos de Setiembre con medio mastil roto, era una nao del duque de Savoya que partió de Flandes á 3 de Julio y iba á Genoa, de la cual era padrón un español llamado Rodríguez, y llevaba cierta artillería y otra ropa, tanto que es cierto que no es la que andamos buscando. Esta partió una vez, y á cabo de 19 días volvió con mal tiempo; después partió al principio de Noviembre á la vuelta de Genoa. Aquel inglés que dió el aviso en Vizcaya dijo verdad en muchas señas, pero en otras no la dijo, y es cierto que en Porlan no ha aportado otra nao desta suerte, y yo antes de agora en toda esta costa y en la de Irlanda había usado diligencia y me maravillaba que esto fuese verdad; plegue á Dios de haber dado á aquellos hombres mejor suceso de lo que yo pienso que han tenido.

(Archivo de Simancas. Estado. Leg. 814.)

## DESASTRE DE LA HERRADURA.

1562.

En los viajes de D. Pedro de Castilla queda explicado cómo por repentino temporal se perdieron las galeras de la armada en Guardamar y cómo después el mismo Rey se vió en Cullera en inminente peligro de naufragar, por la misma causa. Un siniestro parecido ocurrió en el reinado de D. Felipe II, no estando él presente, pero que á su corte llevó luto como los gran-

des desastres marítimos de los Gelves y de la Invencible, que especialmente tengo narrados.

Pocos días hacía desde que D. Juan de Mendoza, capitán general de las galeras de España, llegara á estas costas desde las de Italia, rigiendo escuadra de treinta y dos galeras destinada á la campaña de verano contra berberiscos y turcos. Ante todo tenía orden de socorrer á la plaza de Orán, cargando en Málaga dineros y municiones de boca y guerra, y ya que lo había hecho, dando pasaje á mujeres y familias enteras de soldados del presidio, y embarcado en la capitana dos niños pequeños, hijos de D. Alonso de Córdova, conde de Alcaudete, gobernador de Orán, nietos de D. Martín (que los moros mataron en Mostagan), el domingo 18 de Octubre de 1562 comenzó á soplar mansamente el Levante, viento para el que la playa de Málaga era desabrigada y peligrosa.

D. Juan de Mendoza, criado en las galeras á la sombra de su padre D. Bernardino, conocedor de sus condiciones y de las de la costa, determinó salir de Málaga sin dilación y fondear en la Herradura, que es un ancón formado, unas 40 millas más á Oriente, con excelente resguardo contra aquel viento. En dos ocasiones de su vida, en los años de 1546 y 1556, había salvado la escuadra refugiándola en aquel abrigo, por el que sentía naturalmente predilección.

Llevaba ahora veintiocho galeras, unidas por orden del Rey de 14 de junio, doce de la escuadra de España; seis de Nápoles, y las de particulares de Génova, que andaban á sueldo de la Corona; seis del marqués Antonio Doria; dos de Bendineli Sauli, y dos de Estefano de Mari.

Aunque contra el viento, bogaron desde las dos de la noche hasta las diez de la mañana siguiente. Lunes 19, en que fondearon y se aseguraron con amarras dobles en precaución del temporal que amagaba. Mas no descargó de Levante como se sospechaba; á la media hora de ventar por este rumbo rondó hacia el Sur con tal violencia, que no dió tiempo para levar otra vez, encontrándose las galeras sin el abrigo que buscaban, batidas abiertamente por la mar.

Empezaron á garrar las unas y á dar en tierra las más próxi-



más, haciéndose pedazos, visto lo cual, en algunas, por salvar las vidas, cortaron las amarras, dejándose ir á la playa, donde las más fueron sorbidas de la mar con la gente, despedazada en el agua por la resaca ó por los remos y objetos mil que en su furia movía á un cabo y á otro.

La capitana de D. Juan de Mendoza, hermoso bajel de 28 bancos, construido en Nápoles, nuevo, de cinco meses, aguantaba bien sobre los ferros; sin embargo, no creyendo los prácticos que pudieran resistir mucho tiempo las amarras, trataron de varar en la playa, dando un calabrote por el través de estribor, y halando por él al mismo tiempo que largaban la gumena del ferro de la otra banda. En esta disposición se atravesó á la mar la galera y tumbó sobre estribor anegándose.

Don Juan estaba en la popa con una marlota roja, ceñida una tohalla y un zaragüel largo de raso pardo. Animaba á la gente, y más que nada se ocupaba de la vida de los dos niños que le estaban confiados. Al caer al agua quiso nadar, pero el golpe de un madero en la cabeza le aturdió y echó al fondo, suerte que cupo también á los dos niños, á D. Francisco de Mendoza, hijo del marqués de Mondejar, al veedor Morillo, á los capitanes Aponte y Pristines, con otros caballeros, no escapando de ella más que el piloto, nueve marineros y trece forzados.

De las veintiocho galeras se anegaron ó dieron al través veinticinco, salvándose únicamente tres de la escuadra de España; la *Mendoza*, la *Soberana* y *San Juan*, que aguantaron al ancla, aunque destrozadas las proas por la mar.

La pérdida en gente es difícil de estimar en la variedad de las relaciones, que fluctúan entre 2.500 y 5.000 personas, ya porque en unas no se cuentan las mujeres, ya porque otras hacen caso omiso de los infelices remeros. En lo que andan conformes es en lamentar la muerte del General, porque fué de los valerosos capitanes que las galeras de España habían tenido, no habiéndose quedado atrás en la reputación de D. Bernardino, su padre.

Desde 1545 había mandado escuadra, haciendo continuas campañas en las costas de Italia y España con vigilancia y

fortuna de muchas presas de berberiscos y turcos. Sólo el año de 1556 tomó en aguas de Sicilia once galeotas.

Como el desastre fué tan grande, así tuvo resonancia en España, y se habló de él en todos los libros de historia, por Herrera, Cabrera de Córdoba, Illescas, Hurtado de Mendoza, etc. Con más extensión lo refirieron Pedro de Salazar en la *Hispania victrix*, Medina del Campo, 1570, y Baltasar de Collazos en los *Comentarios de la fundación, conquista y toma del Peñón*, Valencia, 1566.

Hay relación particular concisa, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. I, página 286; otra de Martín Figueroa en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. cxv, fól. 275; una carta anónima, fecha en Málaga á 21 de Octubre, en la misma Colección y tomo, fol. 455, y otra carta de Martín Eraso al Rey, reproducida en la primera Colección, t. I, pág. 285. Existe, por fin, el romance que sigue, no incluido en las colecciones de la poesía popular; papel fugitivo digno de noticia. Hállase el título de portada dentro de una orla, cuya parte superior es viñeta con una ciudad y dos naves. Dicha portada y el romance, impreso con letra gótica, componen cuatro hojas. El ejemplar de que se ha sacado la copia se halla en la biblioteca del Sr. D. Pascual de Gayangos, y otro posee D. Carlos Alvarez. Del soldado autor Fernando Moyano no he hallado ninguna noticia.

Obra nuevamente hecha sobre | el desastrado subcesso que a las galeras  
de España | y de Levante subcedió: Lunes diez y nueve de O | ctubre  
de mil y quinientos y sesenta y dos años: | en el puerto de la herra-  
dura. Hechas por | Fernando Moyano Soldado de la In | fantería  
española del tercio de Flan | des. El qual se halló presente | a todo  
que escapo en vna | de las trez Ga | leras | que se escaparon: las  
qua | les van declaradas en | la presente obra &c.

Año de mil y quinientos  
Y sesenta y dos contados,  
xviii de Octubre andados,  
Eran justos

Cuando soldados robustos,  
Capitanes esforzados,  
Muy quitados de cuidados  
Se pasean  
Por Málaga, y bien se arrean  
De vestidos sumptuosos,  
Y en actos caballerosos  
Se ejercitan.  
Mas no por eso se quitan  
Los casos advenideros.  
Quien vió tantos caballeros  
Que triunfaban,  
Y las damas que miraban  
Una armada tan pujante,  
Y quien vió á don Juan triunfante  
Y tan contento.  
Y quien ve tal perdimiento  
En término de dos días,  
Y quien vió las alegrías  
Que hicieron  
El domingo, cuando vieron  
La galera capitana  
Pasear á doña Juana  
Por la mar.  
El instrumento y sonar  
De trompetas y clarines  
Con que alegran los delfines  
En oillos,  
Y los tiros no sencillos,  
Foribundos, temerosos,  
Que disparan muy gozosos  
De la Real.  
Por servir su General,  
Viendo su contento y gloria,  
Que fué señal y memoria  
De su fin.  
Los nietos de don Martín

También se regocijaban  
Sin saber lo que esperaban  
De pasar.  
Mas Dios que la tierra y mar  
Manda y rige en toda parte,  
Por bien tuvo que este Marte  
Feneciese,  
Y que el domingo corriese  
El Levante á mediodía,  
Por do cada cual corría  
A su galera.  
Y así á la guarda primera  
De la noche se levaron,  
Y en la Herradura entraron  
Otro día.  
Bien á las ocho serían  
Cuando la mar muy hinchada  
Revuelve con el armada  
Y la maltrata.  
Dió al través una fragata  
Y luego van otras dos  
Pidiendo favor á Dios  
En tal contienda.  
Y luego bate la tienda  
La capitana de España,  
Porque vino con gran saña  
El vendaval.  
Y adivinando su mal  
Echan de nuevo más ferros,  
Mas los mares son más fieros  
Y no bastan,  
Que las gumaras se gastan  
Y se rompen por la boza,  
Y ansina la mar destroza  
Las galeras.  
Y van con las mares fieras  
Hacia la tierra á embestir:

Ver unas y otras ir  
Es gran dolor.  
*Sanctangelo* fué el guiador  
Y primera que fué á tierra,  
Y luego tras della cierra  
*La Patrona*  
*De Nápoles*, que persona  
No ha perdido de su gente,  
Y tras della encontinente  
Vienen dos  
Encomendándose á Dios,  
Las cuales en tierra han dado  
Y cayeron de costado  
En duro lecho.  
Estas poco mal han hecho  
A soldados y remeros,  
Mas de que salen en cueros  
Y desnudos.  
Luego otros de muy agudos  
Todos los cabos cortaron  
Y con trinquete arribaron  
No pudiendo.  
Y sobre las otras yendo,  
Se han hecho dos mil pedazos,  
Rompiendo piernas y brazos  
A la gente.  
No hay hombre que aquello cuente,  
Que de lástima no llore,  
Y luego tras desta corre  
*La Capitana*  
*De Nápoles*, no con gana,  
Sino harto con despecho,  
Y lo que esotras han hecho  
Ella hace,  
Cortando, aunque no le place,  
Los cabos con una hacha,  
Y su trinquete despacha

Y va tierra.  
También Ventinelo cierra  
En pos della, y él salvóse,  
Y Cipión Doria echóse  
Al agua fría.  
Y el que bien nadar sabía  
Entre todos se ha salvado,  
Y el que no nada, ahogado  
Allí se queda.  
Y todavía la rueda  
De Fortuna no cesaba,  
Y vino á tierra la *Brava*  
En aquel punto.  
Y tras della viene junto  
Una de Oria, que no nombro  
Porque no tomen asombro  
De tal cosa.  
Que fué como mariposa  
Consumida y acabada,  
Y nuestra *Patrona* dada  
Allí tras desta,  
Y dió fin á su recuesta  
Como estotras desdichadas,  
Que unas rotas y anegadas  
Se perdían.  
Dellas algunos salían  
Y otros se quedaban dentro,  
Muriendo con el tormento  
Intolerable  
Del crudo mar insaciable  
Y sus temerosas ondas,  
Con las borrascas redondas  
Y torbellinos  
Que venían por los marinos  
Temerosos aires fieros  
Y más de dos mil maderos  
Y paveses.

Que aquestos con sus reveses  
Los nadadores mataba,  
Y la resaca, muy brava,  
Que los lleva  
Para adentro, y los anega  
Sin poder dalles remedio,  
Ni nadie no poner medio  
En tan gran mal.  
Todavía el vendaval  
Persiguiendo á nuestra armada,  
Se trajo á la *Renegada*  
Hacia tierra.  
Y feneció en esta guerra  
La *Estrella*, desventurada,  
Que luego fué trabucada  
En la marina.  
Y una cosa muy divina  
En esto allí acaesciera,  
Y es que la *Barbola* diera  
En un peñón,  
Del cual con poca lesión  
Resurtió hacia el arena,  
Y plugo á la Magdalena  
Que quedaron  
En la tierra, y se salvaron,  
Lo cual parece imposible,  
Por el golpe muy terrible  
Que había dado.  
Pero Dios ha remediado,  
Porque el árbol se quebró,  
Y presto ella giró  
Para do vino.  
No sin misterio divino  
De Dios alto y poderoso,  
Porque caso milagroso  
Ha parecido.  
También á tierra ha venido

*La Esperanza Noharona*,  
 Y dió junto á la *Patrona*,  
 Do pararon,  
 Y por ella se salvaron  
 Los remeros y soldados,  
 Y otros, por nuestros pecados.  
 Se ahogaron.  
 Y tras de aquesta guñaron  
 Luego dos y otras dos,  
 Nosotros rogando á Dios  
 Que las salvase,  
 Y luego tras desta, vase  
 Hacia tierra otra galera;  
 Y aquesta fué la postrera  
 Del dolor.  
 Aunque luego otro mayor  
 Se nos enseña, y demuestra  
 Que la *Capitana* nuestra  
 Que se anega,  
 Y una mar y otra le allega  
 Y la enviste del costado,  
 Que quedó casi anegado  
 El gran navío.  
 Y allí el General, con brío  
 Y semblante de animoso,  
 «No esté nadie temeroso»,  
 Les decía.  
 Y á un soldado le ofrecía  
 Lo que pedille quisiese  
 Porque allí favoreciese  
 A los niños,  
 Que están como unos arminios  
 Y del gran temor temblando,  
 Y don Juan los abrazando  
 Les decía:  
 «Hijos, tened alegría,  
 Porque Dios es piadoso»



Y á la mar dará reposo  
Y irá abonando.»  
Y ellos en aquesto estando,  
Una mar y otra le embiste,  
Que no hay á quien no pase triste  
El corazón  
De verse allí en tal sazón  
Del gran mar tan mal tratado,  
Y otro mar luego le ha dado  
Y acabó.  
Y la galera anegó,  
Y los niños se ha llevado,  
Y un soldado á ellos se ha echado  
Por la traza,  
Y visto con él se abraza,  
Y no pudiendo nadar,  
Se vinieron ahogar  
Ambos á dos.  
Don Juan se encomendó á Dios,  
Y con sus brazos nadando,  
Iba la tierra buscando,  
Y cansóse.  
Y de cansado paróse  
Sobre una media galera,  
Mas una gran mar viniera  
Muy furiosa,  
Y aquesta con cualquier cosa  
Le derribaron los brazos,  
Como si hechos pedazos  
Los tuviera.  
Y de allí se desasiera  
Y nunca más pareció,  
Y allí el buen don Juan murió  
En esta armada.  
Esta muerte desastrada,  
Y más los hijos del Conde  
Y otros muchos que allí esconde

El gran mar.

No se escribe el gran pesar

Que las gentes han sentido

Por su general perdido

Y buen don Juan.

Pues pensar el mal y afán

De la noble infantería

De verse como se vía

Destrozada,

Desnuda, despedazada

Sin ropas y sin dineros

La mitad dellos en cueros

Y pelotes;

Y otros como galeotes

Que es mancilla de los ver

Sin dinero, que comer,

Ni vivir.

Menos ropas que vestir

Que es lástima de los ver

Todos están sin placer

Y con afanes.

Soldados y capitanes

De infantería y galera,

Que era cosa lastimera

De mirallos.

Veréis muertos los caballos

Del buen duque de Alcalá

Y del que en Orán está

Don Martín.

También les vino su fin

Con los otros juntamente;

Pues mirad la pobre gente

Y galeotes,

Que dejando los capotes

Cada cual piensa huir,

Sino que fué allí á venir

Cipión de Oria.

Y es vivo como una escoria,  
Y tomando allí un montante  
Se les puso por delante  
Y los detuvo.  
Y un capitán que allí estuvo,  
Rodrigo Pérez nombrado,  
El cual muy determinado  
Allí los guarda,  
En la mano una alabarda,  
Diciendo: «Nadie se mueva»;  
Y también vino Texeda  
El capitán,  
Corriendo como alcotán,  
Mandó á todos los soldados  
Que estén puestos y aparados  
Porque vean  
Si los remeros coxquean  
Y presumen de se ir,  
Que allí los hagan morir  
Y volver,  
Do los mandó recoger  
Cipión de Oria el singular  
Después que quedó en la mar  
El buen don Juan.  
Allí levantado han  
Muy de presto una bandera  
A la cual se recogiera  
Mucha gente.  
Y en esto no se arrepiente  
De seguir el vendaval  
Por haber de echar á mal  
Lo que queda.  
Mas Dios con su mano leda,  
A los otros tres socorre,  
Que fuertes como una torre  
Los sustenta.  
Y nueve horas de tormenta

Pasaron sobre los ferros  
Echando muchos romeros  
Pelegrinos.  
Y allí con brazos divinos  
Aquestas tres se han salvado  
Y veinte y cinco han quedado  
Allí perdidas,  
Con las cinco sumergidas  
Que quedaron anegadas,  
Aunque harto lastimadas  
Han quedado.  
Y estas tres que se han salvado  
No han perdido hombre ninguno,  
De lo cual muy importuno  
Está cubierto.  
Y desotras habrán muerto  
Al pie de tres mil soldados  
Con remeros y forzados,  
Sin mujeres.  
Y capitanes y alférez  
Y muy muchos caballeros  
Y así mismo pasajeros  
Que no cuento,  
Que pasaron el tormento  
Desta muerte dolorosa,  
Y aquí acaeció una cosa  
Singular,  
Y es que á la tarde el terral  
Ha corrido, aunque amoroso,  
Y con esto algún reposo  
Ha tomado,  
El soberbio mar airado,  
A los Verengueles fuimos  
Do aquella noche estuvimos  
Y otra más.  
De donde por buen compás  
A Málaga nos venimos

Y en romería nos fuimos  
A la Victoria,  
A ver la Reina de gloria,  
Madre de Dios piadosa,  
Pues misericordiosa  
Nos salvó.  
Y con victoria sacó  
De tan soberbios mar  
Que nunca se vió otro tal  
En nuestra España.  
Porque cosa tan extraña  
En ella jamás se ha vido  
Ni tal destrozo no ha sido  
En la marina.  
Ni se vió tan gran ruina  
En nuestra España pujante.  
¡Oh mar soberbio, inconstante,  
No miraras  
Que á infieles dabas alas  
Y á catholicos tristeza  
Por quitarles la nobleza  
De pujantes!  
Miraras los circunstantes  
Y á doña Juana potente  
Y á doña Elvira excelente  
De loar.  
Madre de aquél que en la mar  
Los enemigos destroza,  
Que fué don Juan de Mendoza  
El excelente.  
¡Oh dolor del que lo siente,  
Que deste se ha de llorar  
Y también del que en la mar  
Acabó!  
Pues sirviendo al Rey murió  
Como noble capitán,  
Como hizo el buen don Juan

Valeroso,  
Al cual Dios le dé reposo  
En la su suprema gloria,  
Pues acá deja memoria  
Tan excelente,  
Y á Dios plega omnipotente  
Perdonar nuestros pecados,  
Y más á los ahogados  
Dé su gloria. Amen.

*Deo gratias.*

---

---

---

# VIAJE

## DE LA REINA D.<sup>a</sup> ANA DE AUSTRIA.

---

1570.

Lambert Wyts, señor de Berentrode, uno de los caballeros del séquito de D.<sup>a</sup> Ana en el viaje desde Alemania á España, consignó en sus Memorias <sup>1</sup> algunos incidentes omitidos por Antonio de Herrera y por Cabrera de Córdoba en las Crónicas generales del reinado de Felipe II, que no carecen de interés bajo el punto de vista marítimo. También los escribió un soldado flamenco, disfrazando su nombre con el seudónimo de Alixes de Cotereau, al circular entre los compañeros la relación, que no peca de concisa ni se hace recomendable por la elegancia del estilo, condiciones por las que sin duda se mantuvo inédita hasta fecha reciente.

Entre las dos narraciones, hay, como es de presumir, diferencias notables de método y apreciación; las hay en la ortografía de nombres de lugares y personas, y algunas de fechas que no se explican, como las anterio-

<sup>1</sup> Gachard, *Notice sur les manuscrits de la Bibliothèque de Vienne*.

res, por la distinta posición social é ilustración respectiva de los autores. En la del soldado se advierte desde luego que con una manta por abrigo y una sopa por alimento se ven los objetos con tinte menos claro que cuando se miran desde la cámara de popa, sin dejar por ello de ser risueño el cuadro compuesto con la juventud y buena voluntad que acaso no se alojan en los lugares privilegiados. El señor no sabía lo ocurrido abajo; el visóño lo cuenta ingenuamente, conservando datos de la vida marinera de otros tiempos, que importa recoger por memoria, y que son, por tanto, los que sirven de objeto á la presente reseña, formada con la compulsa de las crónicas españolas antes mencionadas.

Firmadas en Madrid las capitulaciones matrimoniales del rey D. Felipe II con su sobrina Ana María, hija del emperador Maximiliano; alcanzadas, no sin dificultad, del Papa, las dispensas de parentesco tan cercano, D. Luis Venegas de Figueroa, Embajador, recibió facultad por escrito para los desposorios con la Infanta en nombre del Rey.

Pareció primeramente á la corte que desde Espira, donde el Emperador estaba en Dieta, viniera la desposada camino de Italia, á embarcarse en Génova, y por no ocupar á las galeras que en aquellos momentos se aprestaban á la guerra del turco, se dió contraórden, acordando viniera directamente por tierra la comitiva, atravesando el reino de Francia. Hubo también dificultades de etiqueta que embarazaran este pensamiento, fijado, por último, en el viaje por mar desde los estados de Flandes.



Acompañada D.<sup>na</sup> Ana de sus hermanos menores, Alberto y Wenceslao, que venían á criarse en Castilla á cargo del arzobispo de Munster y del Gran maestre de la orden teutónica, bajó con lucido acompañamiento por el Rhin hasta Colonia, siguiendo hasta el límite del imperio, donde salió á recibirla el duque de Alba con el nuevo cortejo y regios presentes. Sobresalía el de 100.000 ducados <sup>1</sup> ofrecido por los Países Bajos para gastos de la marcha.

Estaba á punto en Flesinga la armada, compuesta de 36 naves de guerra y 61 de transporte, destinadas al equipo, caballeriza y objetos embarazosos en la comitiva; en todo 97 velas. Á bordo iba por guardia de honor y seguridad la coronelia de Mondragón con seis banderas ó compañías, á cargo de los capitanes Haro, Verdugo, Gil, Arias, y otras tres compañías recientemente reclutadas en Flandes, confiadas á los capitanes Henry de Tseraerts, Gustin y du Hem. El alojamiento de doña Ana de Anstria se dispuso en la nao *San Felipe*, donde tenía arbolada la insignia de almirante Enrique de Henin, Conde de Boussu.

Se hicieron en Amberes fiestas muy lucidas, mostrándose la futura Reina deseosa de volver á ver la tierra en que nació <sup>2</sup>; fué igualmente agasajada en el paso hasta Zelanda, y embarcó en Flesinga el lunes

<sup>1</sup> Cabrera de Córdoba; las crónicas de Flandes dicen 200.000 florines.

<sup>2</sup> Doña Ana nació en Cigales, á 12 kilómetros de Valladolid, el 1.º de Noviembre de 1549, gobernando los reinos sus padres Maximiliano y María; contaba, pues, veinte años al desposarse. Murió el 26 de Octubre de 1580, antes de cumplir treinta y uno.

25 de Septiembre, dando la vela la armada con buen tiempo.

Al llegar sobre Dover, salieron al encuentro diez naves inglesas muy bien dispuestas, que hicieron salvas de artillería, manifestando el almirante Howard tener orden de su soberana para escoltar á la de España mientras navegara por las costas británicas, como lo hizo, repitiendo la salva al despedirse, no sin recibir de D.<sup>a</sup> Ana una rica cadena de oro, gala militar muy estimada en la época, cuando procedía de manos semiejantes.

El soldado escritor, perteneciente á la compañía de Tseraerts, iba con toda ella en la nave nombrada *El Grand Reynault*, una de las mejores, y sin disputa la más ligera de la escuadra: con la vela mayor sola caminaba más que cualquiera de las otras con todo su trapo, condición que daba no poco que hacer á los marineros para conservarla sin propasar el puesto señalado en el orden de marcha. Á las doce horas de salir del puerto varó en los bajos de Flandes, sin sufrir quebranto; el tiempo era bueno; la pleamar la volvió á flote, y no tardó mucho en incorporarse. Haciéndolo, quiso el maestro pasar muy cerca de la popa de la real para dar verbalmente cuenta del suceso al Almirante, tan cerca, que por descuido del timonel se fué encima, á punto de hacer golpe que fuera sonado. Por fortuna se pudo evitar el choque, mas fué tan grande el susto de la Reina, creyendo ya despedazado su navío, que persignándose muy apriesa, se inclinó sobre el borde de la popa en que estaba para lanzarse al agua, y cayera á no creerse el Al-

mirante facultado para olvidar momentáneamente la etiqueta palaciega en caso que no tiene previsto, suspendiendo á la señora por un brazo.

El susto de la dama nada extraño era; los mareantes se asustaron, sin excepcion del jefe de la escuadra, ante la grave contingencia que les amagó aquel día, y alababan la razón con que el Conde de Boussu ordenó acto seguido que fuera *pasado por debajo de la quilla* el timonel culpable; sólo que, comprendiendo la Reina que semejante pasaje no se hacía sin pasaporte para la eternidad, intercedió piadosa, y fué la pena conmutada por la de tres zambullidas desde el penol de la verga mayor <sup>1</sup>.

Pocos días después se desamarró la lancha en la misma nao, causando daño á bordo y no poco alboroto, porque rotos los barrotes que formaban las cuadras de los caballos, que en número de ochenta y ocho llevaba, no encontrando apoyo los animales, se corrían en montón por el plano inclinado, en los balances, haciendo muy peligrosa la proximidad. El capitán discurrió remedio ofreciendo gratificación á todo soldado que sujetara uno: con ello se dió tiempo á que los carpinteros reformaran las divisiones.

Aun ocurrió otro incidente desagradable de noche, cayendo la linterna del rancho del entrepuente sin que nadie lo advirtiera hasta que el humo y las llamas despertaron á los soldados. «Sucedió, dice nuestro autor,

<sup>1</sup> La pena de ser pasado por debajo de la quilla del navío, aunque en desuso de tiempo atrás, ha subsistido escrita en las leyes penales de la Armada española hasta pasada la mitad del siglo xix que corre.

porque entonces no se ponían todavía centinelas á las luces, y hubo buen susto.» En el desventurado *Grand Reynault* tenían algunos más que pasar, como ha de verse; en el resto de la Armada cesaron, entrando el 3 de Octubre en el puerto de Santander.

Aunque caía menuda lluvia, desembarcó D.<sup>a</sup> Ana de Austria á las cuatro de la tarde, aclamada por el pueblo; las puertas y ventanas estaban adornadas con ramaje, y entre las autoridades de la comarca la esperaban D. Gaspar de Zúñiga, cardenal arzobispo de Toledo y D. Francisco de Zúñiga, duque de Béjar, comisionados por el rey D. Felipe para recibirla y acompañarla á la corte. También la siguió en el tránsito por tierra hasta Segovia el almirante, Conde de Boussu, que recibió galardón, siendo el de los ocho capitanes de infantería sendas cadenas de oro con medallas del propio metal, de peso de 150 escudos cada una, llevando por un lado el busto del Rey y por el otro el de D.<sup>a</sup> Ana <sup>1</sup>. Por orden de esta señora se distribuyeron en moneda 50 escudos á los alféreces; 25 á los sargentos; 9 á los cabos de escuadra, y 2 á los entretenidos y soldados.

El *Grand Reynault* había fondeado en la boca del puerto, por no embarazarse con las naos que entraron delanteras, y al punto le advirtieron los prácticos que se enmendara hacia dentro por amagar mal tiempo y ser peligroso el sitio. No lo quiso creer el maestre, ó no quiso fatigar por de pronto á la tripulación, demorando la faena para el día siguiente, y como descargara en

<sup>1</sup> Estas medallas están grabadas en la *Histoire metallique* de Van Loon, tomo I, pág. 131.

efecto el temporal durante la noche, empezó á disparar cañonazos de socorro sin que pareciera que desde la escuadra ó desde tierra se oyeran, no por hacerse sordos, sino por el convencimiento de la inutilidad de exponer más vidas. El buque fué á parar á tiro de ballesta de las Quebrantas, tocando varias veces en el fondo; el maestre, setentón de barba blanca, gran marinero, ensayó cuantos recursos de seguridad le ocurrieron, y cuando los hubo agotado y dicho á los soldados que no saldrían de allí con el pellejo sano, se metió en la cama con flema verdaderamente holandesa. Llamábase Martín Janssone.

Pasado el temporal, sin que por fortuna el barco se anegase, aunque quedó mal parado, fueron lanchas á recoger la infantería, poniéndola en tierra en no muchas mejores condiciones, si hemos de dar crédito al cronista. Su compañía se alojó en la ermita de la Magdalena, por cuyo techo se entraba la lluvia sin obstáculo; el mueblaje consistía en unas cuantas carretadas de paja echadas en el suelo; la ración en pan de centeno, ni blanco ni tierno. Por queja fueron trasladados luego á un almacén ordinariamente destinado á las lanas de embarque para Flandes, donde, si estaban algo más cubiertos, tenían en cambio más compañía de la que desearan.

La mala estrella debía de ser del capitán Tseraerts; no del bajel que lo condujo: al regreso embarcó en el nombrado *San Miguel*, castigado durante el viaje con nuevas peripecias hasta su último día, llegado sobre la costa de Francia con temporal de travesía. Un ancla con que trataron de asegurarse se partió al momento; la segunda garró, quedando el vaso á merced de la mar

que lo sacudía sobre el fondo espantosamente: el casco se abrió; cayeron los palos; hubo lo que en semejante situación puede pensarse. Los impacientes ó los temerosos que se echaban al agua, fiando la vida á cualquier madero, fueron estrellados por la resaca; los que apiñados en los castillos supieron esperar, siguiendo las órdenes de sus jefes, pasaron aquellos momentos angustiosos en que se pone á prueba la entereza; pero á la bajamar, que tan considerable es en aquellos parajes, quedó el casco destrozado, completamente en seco, consintiendo que pisaran la arena, y aun que salvaran las armas, bandera y tambores, y por dicho la vida, los más de los soldados. Hallábanse en Saint Gile sur Vie, no muy lejos de la Rochela, y era el 3 de Diciembre. Obtenida licencia de marchar por tierra, la emprendieron el último día del año 1570, llegando á Flandes en 23 jornadas con no poco que contar en punto á viajes regios y de lo que va, en hombres avezados á los riesgos y á las incomodidades de la guerra, de habérselas con otros hombres, las armas en la mano, á ver la muerte al ojo sin defensa ni remedio.

## REFERENCIAS.

---

Lambert Wyts. *Memoirs*. Gachard. *Notice sur les manuscrits de la Bibliotheque de Vienne*.

Alixes de Cotereau, *Copie de la memoire de conduycte de*

*la royne Marguerite (sic) fille aînée de l'empereur Maximilien le II<sup>e</sup> de ce nom, empereur des Allemagnes, etc., fiancé avec nostre Catholique Roy Philippe, roy des Espagnes, en la ville de Spirs, par le frère dudit Empereur, son oncle, et ce vers Espagne susdit, et de nostre voiage de France. Publicado en la Collection de voyages des souverains des Pays-Bas, par MM. Gachard et Piot, tome III. Bruxelles, 1881.*

---







---

---

## VIAJE

### DE LA EMPERATRIZ D.<sup>a</sup> MARIA.

---

1581.

Dos hizo por la mar esta señora, cuando menos, y otros su esposo, de que no he podido rastrear noticias; solamente he visto indicaciones de que, siendo Archiduque, vino á España Maximiliano, en la escuadra de Doria, el año 1548; casó en Valladolid el 17 de Septiembre, y se hizo cargo de la gobernación del reino durante la ausencia en Flandes del príncipe D. Felipe. Volvió á Alemania en 1550; regresó á Barcelona con el mismo D. Felipe en 1551, y recogiendo á su esposa y casa dió la vuelta al septentrion para seguir vicisitudes, elegido rey de Romanos en 1558. Muerto en 1564, determinó D.<sup>a</sup> María dar vista á su cuna, según dice esta concisa memoria.

«Siendo viuda de Maximiliano II, emprendió su viaje á España, desembarcando en Barcelona, acompañada de su hija D.<sup>a</sup> Margarita, de la dama D.<sup>a</sup> Ana de Pernestan, adelante duquesa de Villahermosa, y de don Juan de Borja, hijo de San Francisco, nombrado, precisamente para este viaje, Mayordomo mayor.

»Desde Pruch, á 6 de Septiembre de 1581, escribía éste á D. Juan de Zúñiga: «Como V. E. habrá entendido, por lo que D. Guillén de San Clemente ha escrito, la Emperatriz partió de Praga el primero de Agosto, acompañada de sus hijos, el archiduque Ernesto, reina de Francia é infanta D.<sup>a</sup> Margarita, y llegó á Viena á los diez días, muy buena; y aunque pensó S. M. partir de allí luego á los 16, no lo pudo hacer hasta los 30, por no estar el archiduque Maximiliano, su hijo, que la acompaña de allí hasta Italia, puesto en orden, hasta aquel día. Llegó aquí con salud, donde la estaban esperando el archiduque Carlos y su mujer, con los cuales se ha detenido hoy, y mañana proseguirá su camino, y no se detendrá en ninguna parte más, hasta que llegue á Padua; lo que más sucediere, avisaré á V. E. desde el camino.»

»Llegadas á Barcelona, no quisieron ni la Emperatriz ni la Infanta proseguir su viaje, sin visitar antes la veneranda imagen de Nuestra Señora de Monserrat; y cuenta una tradición, conservada en este monasterio, que orando las dos ante la Santa Virgen, enfervorizada D.<sup>a</sup> Margarita, preguntó á dicha imagen si Dios la admitiría por esposa; aseguró la Infanta que la Virgen movió la cabeza en señal de asentimiento, y entonces, según la misma tradición, la Infanta, sacando una pequeña daga que acostumbraban llevar las damas de aquella época en el cinturón, se hirió ligeramente la mano, y escribió con su sangre en un papel su promesa de hacerse esposa de Jesús, firmándolo después de suplicar á la Madre de Dios le sirviese de medianera para

con su hijo. Refieren que tan peregrino documento se conservó hasta el año 1812, desapareciendo cuando fué saqueado por los franceses el tesoro de dicho monasterio, donde se custodiaba.

»Cumplió su palabra la joven Infanta, y á su llegada á Madrid tomó el hábito en las Descalzas Reales, con el nombre de sor Margarita de la Cruz <sup>1</sup>.

»Su madre, la emperatriz María, que en unión de su marido el emperador Maximiliano había regentado el reino durante la permanencia de Felipe II en Flandes, emperatriz de Alemania, reina de Hungría y de Bohemia, madre de los emperadores Rodolfo II y Matías, de D.<sup>a</sup> Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, de D.<sup>a</sup> Isabel, reina de Francia, de la archiduquesa Matilde y de los archiduques Ernesto, Maximiliano y Alberto, se retiró á vivir al mismo convento que su hija, vistiendo el hábito de Terciaria hasta que murió, en 1603.»

*Correspondencia inédita de D. Guillén de San Clemente, Embajador en Alemania de los reyes D. Felipe II y III, sobre la intervención de España en los sucesos de Polonia y Hungría.—1581-1608, publicada por el Marqués de Ayerbe, Conde de San Clemente, Zaragoza, 1892.*

En la página vi de este libro, se lee:

«En el lado del Evangelio de dicha iglesia (de las Descalzas Reales), hay esta inscripción:

»La venerable Reina y Emperatriz María, hija del

<sup>1</sup> El retrato, que se conserva en el Convento, ha figurado en la Exposición histórico-europea del Centenario en 1892.

Emperador Carlos V, mujer de Maximiliano II, Emperador de Alemania, madre de Rodolfo II, de Matilde y Ana, Reina de España, y de Isabel de Francia, nació el año 1533 en el sitio en que está colocado el Sagrario de esta Iglesia, entonces Palacio; se retiró, con asombro del mundo, ya viuda, á este Monasterio, que fundó su hermana. Murió con olor de santidad, año 1603, á los setenta y seis de edad. Dejó pías y magníficas memorias en esta Casa y Colegio Imperial, de que es patrona; yace en el coro en un grandioso sepulcro de mármoles y bronce, y á sus pies la Serenísima y Venerable Infanta Doña Margarita, su hija.....»

---

---

## VIAJES DEL DUQUE DE SABOYA

Y DE LA INFANTA

DOÑA CATALINA DE AUSTRIA, SU MUJER.

---

1585.

Año de bodas, año de glorias; decían los vecinos de la buena villa de Madrid al empezar el de gracia de 1585, oyendo publicar los conciertos matrimoniales del rey D. Felipe con D.<sup>a</sup> Isabel de Valois, que se nombró de la Paz, y del Sermo. Carlos Emanuel, duque de Saboya con la infanta D.<sup>a</sup> Catalina de Austria; y en verdad que no se equivocaron en el concepto de holgorio y regocijo con que echaban á volar el proverbio, que todo el año, y más, se pasó en fiestas.

Por el mes de Enero se aparejó el príncipe Juan Andrea Doria, de orden del Rey, para traer á España al duque de Saboya; recibiólo á bordo de la galera real el 1.<sup>o</sup> de Febrero, en Albenga, puerto de la Señoría de Génova; se detuvo unos días en Niza esperando tiempo seguro para pasar el golfo de León, y con feliz travesía llegó á Barcelona el 8, mucho antes de lo que se esperaba y convenía á los planes formados de antemano, así

que fué preciso que alojara en la ciudad y que se guarnecieran las galeras en el puerto de Rosas.

La Corte salió de Madrid el 19 de Enero, avanzando en jornadas cortas hacia el reino de Aragón. El Rey, el el Príncipe, las Infantas, la servidumbre, nobles, caballeros, embajadores, con sus coches, carros y acemileros; por fin, las guardias de tudescos y españoles componían un convoy inmenso que se acomodaba con mucha dificultad en las paradas del camino, á pesar de las prevenciones y de la determinación de repartir por los pueblos inmediatos las gentes menos allegadas á las personas reales. Éstas, por otra parte, necesariamente habían de detenerse en la visita y cumplido de las ciudades del tránsito, y en la devoción á que les convidaban los santuarios devotos; de manera que no fueron muchos treinta y seis días empleados para llegar á Zaragoza.

Se verificó la entrada solemne el 24 de Febrero, día señalado y de feliz angurio, porque en otros tales nació el emperador Carlos V, fué coronado, y rindió al rey de Francia en la batalla de Pavía; dióse entonces aviso al duque Carlos Manuel para que viniera á la ciudad el 10 de Marzo, y hecho el recibimiento con pompa magnífica, no quedó en leguas á la redonda, no ya mancebos y doncellas, pero ni ancianos ni dolientes que olvidando por de pronto achaques, no acudieran presurosos á presenciarlo, llenando caminos y calles, coronando tapias y poniendo á riesgo de hundirse los tejados, y esto luego en otros días y noches de torneos, luminarias, encamisadas y cuadrillas, saraos, procesiones, banquetes públicos, que era cosa de nunca acabar.

Desposó á los novios el cardenal Granvela, haciéndose la velación el 11 de Marzo en la iglesia mayor; hinchó la lista de los regalos muchos pliegos de papel, siendo aquí de notar que el novio destinó al príncipe D. Felipe una galera de cristal con los aparejos y pertrechos de oro fino; recibió el duque de Saboya el Toisón de Oro; por fin, el 2 de Abril salió la Corte de Zaragoza para Barcelona, prolongando las fiestas en todo el camino.

Parece que no perdieron la ocasión los bandoleros de Cataluña, y que aligeraron de equipajes á varios de los cortesanos que subían á Monserrat, mas no hubo de salirles bien la cuenta, estando tanta gente buena reunida; dos cayeron en manos de la justicia, que la hizo expeditiva ahorcando al uno; el otro, por cabeza de la partida, perdió primeramente las orejas en el rollo, fué degollado á seguida y cortado en cuatro partes, puesto en las encrucijadas de los caminos por escarmiento.

Entró la comitiva en Barcelona el 8 de Mayo, y no hay que decir si la ciudad condal compitió con las otras en galas y alegrías. Limitando nuestra atención al puerto, habíanse reunido 46 galeras; 24 de España á las órdenes del adelantado de Castilla; 18 de Génova; cuatro propias del duque de Saboya. Descollaba la Real por la magnificencia de los adornos y la disposición de alojamiento de los novios, rigiéndola el príncipe Juan Andrea Doria. Hicieron todas gran consumo de pólvora en salvas, y de candelas, en luminarias muy vistosas.

El jueves 30 de Mayo, día de la Ascensión, hubo costósimo banquete en la Real, después de un paseo en

que muchas damas se marearon. El 2 de Junio, fiesta marítima también, se lanzaron al agua en las Atarazanas tres galeras nuevas, rematando el acto con fuegos artificiales de novedad, dirigidos por un ingenioso saboyano, con mala suerte, pues un cohete saltó al pescuezo de la Serenísima novia, quemándole la lechuguilla, y pudo acabar en tragedia la diversión, con lo cual se enojó mucho el Duque.

Llegó el momento de la despedida, el 13 de Junio, habiéndose preparado un puente ó muelle que hacía camino desde el palacio á la galera real. Tiernísima fué la escena en la separación de las hermanas infantas Isabel y Catalina; grave el continente del Rey; triste el abrazo de las damas que se iban y se quedaban; oportunísimo el ruido de las trompetas y el humo de las salvas, para disimular suspiros y lágrimas. A las siete de la tarde embarcó el Duque, llevando de la mano á su esposa, y en el momento zarpó la Real, siguiéndola en buen orden, por escuadras, las otras galeras. Por escolta llevaban abordo 22 banderas del tercio de D. Francisco de Bobadilla, que acabado el viaje de los Príncipes habían de hacerlo á Flandes, y allí dejar memoria de la sorpresa de Amiens y de tantas otras hazañas famosas. Iban juntamente cuatro compañías del tercio de Lombardía y dos del de Nápoles.

Tan suaves y favorables soplaron las brisas, que por alarde se echaban al agua los marineros, en el golfo, divirtiéndose á los pasajeros con juegos de agilidad. La armada fondeó en la boca del puerto de Marsella, cuyos fuertes saludaron con tiros de bala, pero sin abrir la ca-



dena de acceso; no desembarcaron por tanto los Príncipes, haciéndolo en Niza, el miércoles 19, con entusiasta recibimiento. Salieron á recibir á la Infanta las siete virtudes en un gran monstruo marino, á manera de dragón, que volaba sobre el agua, acompañado de dos peces algo menores, y una cuadrilla de ninfas muy bellas presentó en bandejas de plata un corazón y las llaves de la ciudad.

Terminadas las fiestas, mientras la escuadra de Doria continuaba su camino hacia Génova con la infantería, D. Martín de Padilla dió la vuelta con las galeras de España, á fin de estar á la vista de la costa de Valencia, á donde el rey D. Felipe había ido. Allí estuvo hasta el 27 de Febrero de 1586 y se pasó por tanto en regocijos todo el año 1585, según [los madrileños tenían vaticinado.

Valencia simbolizó con arcos, figuras y poesías los triunfos navales del reinado, entre ellos la conquista del Peñón de los Velez, el socorro de Malta y, sobre todo, la batalla de Lepanto, representada al vivo en el Mercado, delante de Santa María Magdalena. Dábanla á entender estas octavas:

Fué Cypre un tiempo al Cairo tributario,  
Y como el Turco manda la Suria,  
Declaróse á Venetia por contrario,  
Que en paz y quietud la poseía,  
Y con ánimo ciego y voluntario  
Famagosta ocupada, y Nicosia  
Para dar la batalla puesto á punto  
Estaba con su armada y poder junto.  
Mas, domingo, que fué á siete de Octubre

Año setenta y uno, don Juan llega,  
Y al punto que la armada infiel descubre,  
Sus banderas y flámulas desplega;  
De roja sangre el mar de Grecia cubre,  
En las galeras bárbaras se entrega,  
Y aunque de la victoria participe,  
Toda la gloria y triunfo es de Felipe.

## REFERENCIAS.

---

*Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por Henrique Cock, notario apostólico y archero de la guardia del Cuerpo Real, y publicada de Real orden por Alfredo Morel-Fatio y Antonio Rodríguez Villa.—Madrid, imp. de Aribau y C.<sup>a</sup>, 1876, 4.º

*Viajes del Duque de Saboya y de la infanta D.<sup>a</sup> Catalina de Austria, su mujer*, 1585.

*Relación de la embarcación de la señora infanta D.<sup>a</sup> Catalina y Duque de Saboya para ir á su Estado, y el recibimiento que en él se le hizo*. Ms. Academia de la Historia, colección Salazar, N. 9., fol. 78.

---

---

---

VIAJE  
DE DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA,  
DEL ARCHIDUQUE ALBERTO

Y DEL REY DON FELIPE III.

---

1599.

Por consecuencia de la cesión que hizo D. Felipe II en su hija la infanta Isabel Clara de la soberanía de los Países Bajos y condado de Borgoña, á condición de casarse con el archiduque Alberto, se puso éste en camino de España acompañando á D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, hija del archiduque Carlos de Gratz, desposada con don Felipe III. Salieron de Bruselas el día 9 de Septiembre de 1598; llegaron el 13 de Noviembre á Ferrara, donde se hallaba el Papa; Su Santidad bendijo el doble matrimonio, verificado por poderes; donó á D.<sup>a</sup> Margarita la rosa de oro, y pasados en fiestas algunos días, continuó la comitiva el viaje por Milán y Génova.

En el puerto esperaban las escuadras de galeras al mando del príncipe de Melfi, Juan Andrea Doria, teniendo el de las de España el adelantado de Castilla,

D. Martín de Padilla; el de las de Nápoles D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, y de las de Sicilia don Pedro de Leyva. En todo eran cuarenta; la Real, hermosamente dispuesta para alojamiento de la Reina.

Entre los festejos con que era agasajada en el tránsito, arcos, zuizas, torneos, comedias y mascaradas, mencionan las relaciones la *carrera ó corrida del palio*, diversión que describió Cervantes en su libro de *Persiles y Segismunda*, y que venía á ser lo que ahora decimos *regatas*, aunque con mayor aparato. En la que presenció D.<sup>a</sup> Margarita disputaban el premio seis embarcaciones muy bien aderezadas: la esquifazón de cada una era de cinco mujeres, vestidas y tocadas de color distinto; partían á son de trompeta, bogando con furia, y en otras embarcaciones tocaban címbalos y cantaban más mujeres, amenizando el acto. El palio era de raso carmesí y lo ganaron las bateleras vestidas de amarillo, con lo cual juntaron los colores de España. El premio segundo, ó palio de raso azul, se adjudicó á las bateleras vestidas de azul y amarillo. La fiesta acabó cantando todas juntas.

De contar es que llegaron á besar la mano de la Reina diputados del reino de Nápoles, llevando presente de joyas, entre las que sobresalía una nave de cristal de roca, con árboles, jarcias, entenas, muy vistosa, estimándose todo en más de cincuenta mil escudos.

Salió la armada de Génova el 18 de Febrero de 1589 <sup>1</sup>, empleando cuarenta días en la travesía que

<sup>1</sup> Según el itinerario de Du Faing, que merece entera fe: don Diego de Guzmán pone la salida el 10 de Febrero y la llegada á Vinaroz el 21 de Marzo.

hacen ahora los vapores en tres; verdad es que las gale-  
ras tocaron sucesivamente en Saona, Baya, Niza, Santa  
Margarita, Tolón, Marsella, Cadaqués, Rosas, Palamós,  
Barcelona y Alfaque; que procuraban fondear durante  
la noche y no hacerse á la mar en circunstancias que  
molestaran á las viajeras. Sin embargo, éstas, y acaso  
más los caballeros acompañantes, juzgaron la navega-  
ción muy penosa y arriesgada, principalmente en el paso  
del golfo de Narbona, en que hubo, como con frecuencia  
suele suceder, vientos fuertes de tramontana.

En Tolón les hizo agradable acogida el duque de  
Guisa, en nombre del rey de Francia, pero no saltaron  
en tierra.

«Con razón (escribía el Patriarca de las Indias) el  
santo apóstol San Pablo cuenta entre sus grandes peli-  
gros los del mar, *periculis in mari*, porque cierto, los  
hay grandísimos en muchas maneras, y el mayor es de  
parte del mismo mar, á quien llaman inexorable, y que  
no respeta á nadie, como ni la muerte, de que anda  
tan cerca, no diferencia las viles de las grandes per-  
sonas.»

Con la idea de los peligros, que la imaginación del  
buen prelado exageraba un poco en aquella ocasión, pen-  
saba en los de la otra Margarita, hermana de Felipe el  
Hermoso.

Ésta no era tan determinada: la edad, que apenas pa-  
saba de los catorce años sin llegar á los quince <sup>1</sup>; la  
delicadeza, la educación y los sentimientos piadosos

<sup>1</sup> Nació en 1584: murió en 1611, de veintiséis años, nueve me-  
ses y ocho días.

prestaban á su carácter un sello de dulzura y de bondad que conquistó la simpatía general de los españoles. La vista de los forzados, bogando en la galera sin cesar, encadenados al banco; la manera con que el cómitre los estimulaba en la faena, y los durísimos castigos que á la menor falta sufrían, excitaban en alto grado su sensibilidad, sin que la calmara la observación de los crímenes cometidos por aquella escoria de las gentes. Mandaba, no obstante, que les suministraran carne y vino; intercedía por los discolos; alcanzó libertad á los menos culpables, y durante el viaje, que bien quisieran ellos no acabara, los puso bajo tutela maternal. Únicamente ordenó Juan Andrea Doria que le fueran cortadas las orejas y las narices á uno por haber puesto á la Real en riesgo de abrasarse, iniciando el fuego por descuido, á lo que dijo. El castigo fué expeditivo previniendo la recomendación que hizo, en efecto, la señora, pero ya tarde, por lo cual tuvo pena grandísima.

Todos los días, estando la Real en la mar, decía el capellán misa seca en la popa y se cantaban las letanías de la Virgen con música de la Real Capilla; estando en puerto se decía la misa en la playa, bajo dosel colocado de modo que se viera desde á bordo. En las ciudades de escala visitaba la Reina las iglesias y monasterios con la Archiduquesa su madre, que la acompañaba en el viaje, y aun en la galera dedicaban ellas mucho tiempo á la oración, lecturas místicas y adoración de reliquias recibidas, por máspreciado agasajo, de Su Santidad y de los pueblos por donde pasaban.

El 23 de Marzo llegaron á la playa de Barcelona á las

nueve de la noche; por la hora, y el deseo de avanzar, no hicieron lo que en otros pueblos <sup>1</sup>.

Desembarcada la Reina en Vinaroz el 28, no se despidió de sus protegidos de galeras, aunque les dejó por de pronto muestras de su liberalidad; en el Grao de Valencia volvió á embarcar, acompañada del rey D. Felipe, con objeto de dar un paseo, que no fué nada agradable á la corte; la mar estaba picada, y pocos honraron la colación que tenía dispuesta el príncipe Doria.

Después, en Mayo, volvieron á embarcar SS. MM. en Vinaroz para trasladarse por mar á Cataluña: llevaban lucida armada de cuarenta y cinco galeras, reunidas las escuadras de España, Nápoles, Sicilia, Génova, Saboya y Malta; se detuvieron en Peñíscola por visitar el lugar en que se encastilló el papa Benedicto, é hicieron la entrada solemne en Barcelona el 14. Allí despidieron á los soberanos de los Países Bajos Alberto é Isabel Clara, que, embarcados en la escuadra, marcharon el 7 de Julio á Génova <sup>2</sup>.

## REFERENCIAS.

---

*Vida y muerte de D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, Reina de España*, por D. Diego de Guzmán, Patriarca de las Indias.—Madrid, 1616, 4.<sup>o</sup>

<sup>1</sup> Capmany, *Memorias históricas de Barcelona*, t. iv.—Apéndice, pág. 12.

<sup>2</sup> Capmany, *loc. cit.* La escuadra se componía de veintiocho galeras.

—Traduite en français, par M. R. Gautier.—Paris, 1620, 8.º

—Traducida al holandés, por P. Gerard Zoes.—Malinas, 1623, 8.º

*Aparato fatto dalla città di Milano per ricevere la Serenissima regina D.<sup>a</sup> Margarita d'Austria.*—Milano, 1598, 4.º

*La felicissima entrata della Serenissima regina di Spagna Donna Margarita d'Austria, nella città di Ferrara.*—Ferrara, s. a., 4.º

*La felicísima entrada de la Serenísima Reina de España, D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, nuestra señora..... en la ciudad de Ferrara.*—Zaragoza, 1599, 4.º

*Relatione dell'arrivo in Spagna della Serenissima regina Margarita d'Austria, col solenne ricevimento....., nella insigne città di Valenza.*—Milano, s. a. 4.º

*Discours de ce qui c'est passé en la célébration du mariage d'entre le roy d'Espagne et Marguerite d'Austriche.*—Paris, 1599, 8.º

*Narratio historica eorum quæ in nuptiis Philippi III Hispaniarum Regis cum Margarita Austriaca.*—Ingolsladii, 1599, 8.º

*Gasperi Schoppi Franci panegiricus Clementi VIII. Pont. max. pro nuptiis Philippi tercii, Hispaniarum et Indiarum Regis.*—Ferrarie, 1598, 8.º

*Memoires de ce qu'a passé au voyage de la Roynne et de l'archiducq Albert, depuis son partement des Pays-Bas pour Espagne, et des choses succédées aux séjour et retour de leurs Altezés Sérénissimes; mesmes aux entrées faictes en leurs pays et estats. Le tous recueillé par messire Giles du Faing, chevalier, Sr. de la Cronnée, gentilhomme de la maison et du conseil de feu de glorieuse mémoire Philippe second de ce nom, etc.*—Bruxelles, 1882.

*Itineraire de l'archiduc Albert, de la Reine d'Espagne Marguerite d'Austriche et de l'Infante Isabelle en 1599 et 1600. Mémoires de l'Academie royale de Bruxelles.*—Bruxelles, 1870.

El rey Felipe III embarcó otra vez en las galeras, en Lisboa, y lo cuentan :

*Viaje de la Catholica magestad del rei D. Felipe III N. S. al reino de Portugal y relacion del solene recebimiento que en él*



*se le hizo*. S. M. lo mandó escribir por Ioan Baptista Lavaña, su coronista mayor.—Madrid, por Thomas Inti, MDCXXII, folio.

*Viagem da Catholica real magestade del rey Felipe III N. S. ao reyno de Portugal e rellação do solene recebimento que nelle se lhe fez*, por Ioan Bap. Lavanha.—Madrid, 1622.

*Escrito primero de la entrada que hizo S. M. y SS. AA. en Lisboa; y de la jornada que hicieron las galeras de España y de Portugal desde el Puerto de Santa María hasta la famosa ciudad de Lisboa. Donde se refieren las prevenciones, fiestas y grandezas que se hicieron en ella y otras cosas sucedidas en esta facción*. Compuesta por D. Jacinto de Aguilar y Prado, soldado que en esta jornada se halló. Impreso en Lisboa por Pedro Craesbeeck, MDCXIX, 4.º, 23 fojas.

*La iornada que la Magestad Catholica del rey D. Phelippe III de las Hespañas hizo a su reyno de Portugal el año 1619, compuesta en varios romances*, por Francisco Rodriguez Lobo.—Lisboa, 1623.—4.º

*Historia de las guerras civiles que ha habido en los Estados de Flandes*, por Antonio Carnero.—Bruselas, 1625, fol. Refiere el viaje de D.<sup>a</sup> Margarita de Austria y del principe Alberto en 1599.

*Triumpho del Monarcha Philipppo tercero en la felicissima entrada de Lisboa*. Dirigido al Presidente Ivan Furtado de Mendoza y Senado de la Cámara. Author Vasco Mausino de Quevedo, año 1619.—Impreso en Lisboa por Jorge Rodriguez, 4.º Seis cantos en octavas.

---



---

---

VIAJE  
DE LA  
INFANTA D.<sup>a</sup> MARIA DE AUSTRIA  
REINA DE HUNGRÍA.

---

1630.

Las bodas de la infanta D.<sup>a</sup> María con el Rey de Hungría en 1629, dice un escritor contemporáneo, convirtieron á Madrid en otra India, tal era el lujo de los trajes, tal la gallardía de los trenes, tal, en fin, el inmenso boato que ostentó la grandeza y la corte.

Una India, dice otro escritor del tiempo, que parecía Barcelona, por la riqueza con que la ciudad recibió á la hermana de Felipe IV, y no habiéndose quedado atrás Zaragoza, vendremos á juzgar que las Indias se habían trasladado á España, y era exacto el símil de su grandeza con la del hoyo.

El arzobispo de Sevilla y el duque de Alba, encargados de la entrega de la Infanta á su real esposo, llevaban por los caminos séquito comparable también con las flotas del Nuevo Mundo, notándose cuarenta acémilas

con los reposteros de damasco carmesí, bordadas las armas del primero con relieves de oro y plata; de plata maciza los garrotes para asegurar la carga y las planchas de las mulas, y de seda las cuerdas de sujeción. Una de estas acémilas destinada al agua, la llevaba en cuatro cántaros de plata, de cuyo metal eran también las angarillas ó aguaderas. El personal del Arzobispo se componía de muchos capellanes, veinticuatro pajes vestidos de terciopelo morado y un ejército de acemileros y lacayos. El del duque de Alba, no más escaso, lucía librea de paño fino color de canela, guarnecida de pasamanería de oro.

Por aquí se tendrá idea de lo que sería el convoy regio y de la conmoción de los pueblos en que pernoctara tanta gente de cuenta. Barcelona tuvo cronista que refiriera todo lo ocurrido; galas, fiestas, ceremonias prolongadas cuatro meses, empezando por decir que la reina de Hungría, ángel humanado en que concurría hermosura y majestad, entró en la ciudad el 8 de Febrero en litera de damasco verde, guarnecida de galón de oro; el vestido también verde, pero apenas se divisaba el color á través del oro y plata del bordado; el tocado al uso, con su rosa negra y manguito de martas. En fila seguían las carrozas con ayas, damas y meninas, tan ricamente vestidas en varios colores, que parecía con ellas el campo amena primavera, escoltadas de los caballos ligeros de Perpiñán, cuyos uniformes de negro y amarillo hacían el fondo, rematándolo las banderolas de las lanzas.

Quede para el curioso la descripción de torneos, sa-raos, follas, estafermo, cuadrillas encamisadas, la visita

de las iglesias, las procesiones y besamanos, por dar espacio á un incidente muy de este lugar.

Poco antes de la llegada de la Reina, en la tarde del 5 de Diciembre de 1629, se avistó desde la playa un hermoso bajel de alto bordo; viendo el cabo de *Guayta*, á las once de la noche, que se aproximaba, dió aviso á las galeras, que por no perder tiempo en levar las anclas picaron las amarras, saliendo en número de cinco al encuentro del temerario navío. Dejóse éste ir hacia afuera, pensando fueran barcas de que se proponía hacer presa, y salió la presunción tan castigada como merecía, pues llegando á tiro lo rompieron las galeras, con la fortuna de derribarle los dos pulos, tras lo cual le abordaron y rindieron, no sin algunas averías, baja de 13 muertos y proporcionado número de heridos, pues el turco (que lo era) se defendió bizarramente más de cinco horas. Tomáronse vivos 110 prisioneros, rescatando 16 cautivos que llevaban, y el barco corsario con 14 cañones de bronce, fué entrado á remolque en el puerto, arrastrando por el agua las vencidas banderas, según costumbre, con aclamación de las gentes en la marina.

Ocho días antes de emprender el viaje quiso D.<sup>a</sup> María probar como la trataba la mar, embarcando en la Capitana, ricamente aderezada al efecto <sup>1</sup>. La chusma estaba vestida de damasco carmesí con muy limpias y delgadas camisas. Embarcáronse las damas y gentiles hombres que iban sirviendo á la Reina y pasearon algunas horas, dándoles el arzobispo de Sevilla espléndida

<sup>1</sup> *Disquisiciones náuticas.—Decoración de naves*, t. I, pág. 208.

merienda. Gustó mucho S. M. de ver la destreza de los marineros en largar y amainar las velas, y la manera de remar la chusma, y no menos de la salva de artillería y mosquetería á que respondían los baluartes de la ciudad.

El embarque definitivo se verificó el 12 de Junio, no sin visitar antes la iglesia de Santa María de la Mar y de cantar una salve con letanías y motetes en súplica del buen viaje. Desde el palacio se había hecho puente y escalera de madera de 560 varas de largo, con vueltas y descansos, de modo que el extremo daba en la misma galera. Cuando S. M. llegó á la Capitana, se hizo á la vela, siguiéndola las demás, en número de veintitrés, todas muy entoldadas y hermoseedas, cuanto pedía la ocasión. Sonaron otra vez las salvas en mar y tierra, agitando con lágrimas la Reina su pañuelo por despedida.

Muchos caballeros principales fueron á Italia en esta ocasión, aprovechando el viaje, entre ellos cuatro Cardenales que iban á cónclave. La travesía hasta Génova no ofreció ningún incidente, ni lo hubo en el camino por tierra hasta Trento, donde se verificó la entrega. Á Viena llegó D.<sup>a</sup> María el 30 de Enero de 1631, pasado el año desde la salida de Madrid, y otro medio transcurrió antes que el duque de Alba, el conde de Barajas y demás caballeros del séquito estuvieran de regreso.

No lo hizo el arzobispo de Sevilla; murió en el camino, ya elevado á la púrpura, y compadecido el Rey de los excesivos gastos que había hecho, de que quedaban sus deudos empeñadísimos, les acordó las rentas del arzobispado ú otras equivalentes por cinco años.

## REFERENCIAS.

Miguel Parets. *De los muchos sucesos dignos de memoria, ocurridos en Barcelona*. Memorial histórico español, tomo xx.

Fernández Duro. *Disquisiciones náuticas*, tomo i.

Ignacio de Rojas. *Relación verdadera de todo lo sucedido en el viaje de la señora Reyna de Ungria, recibimiento, fiestas y desposorio. Enviada por un Padre de la Compañía de Jesús, á una señora de la Corte*. Barcelona, 1631; 4 hojas, 4.º

Rafael Sengon. *El majestuoso recibimiento y famosas fiestas que en la insigne ciudad de Barcelona se han hecho á la Majestad de la Serma. Reyna de Ungria, D.<sup>a</sup> María de Austria*. Barcelona, 1630; 4 hojas, 4.º

*Relación verdadera, acompañamiento, recámara y riquezas que lleva la Majestad de la Serenísima Reyna de Ungria, Titulos, Grandes, criados y demás gente que vienen en su servicio, oficios y mercedes que se les ha hecho antes de partir. Riquezas y joyas que el Rey ntro. Sr. le ha dado á ella, como también para el Emperador y Emperatriz, sus cuñados*. Escrita en Madrid por Pedro de Robles, criado del Rey nuestro Señor, que Dios guarde. Barcelona, por Esteban Liberós. 1630; 4.º, 2 hojas.

*Relación verdadera de la Real embarcación de la Serenísima Sra. doña María de Austria, reina de Ungria, que fué miércoles á las doce de Junio, á las siete horas de la tarde deste presente año de 1630, en la muy ilustre é insigne y siempre fidelísima y leal ciudad de Barcelona, etc.* Barcelona, por Esteban Liberós, año 1630. Romance, 4 hojas en 4.º





---

---

# VIAJES

DEL

## INFANTE CARDENAL D. FERNANDO

Y DE PRÍNCIPES EXTRANJEROS.

---

1633-1638.

A diferencia de las ordinarias expediciones reales que se hacen con aparato ostentoso, se procuró en la presente encubrir con la preparación de pocos buques la ausencia de galas y de gente en ellos y aun la adopción de derrota desusada, lejos de la costa, el objeto de un viaje reservado.

A la muerte de la infanta Isabel Clara Eugenia habían tomado mal aspecto los asuntos de Flandes, embrollados con las hostilidades entre suecos é imperiales. Hacíase necesaria allí una cabeza de prestigio, y pensando el rey Felipe IV que había de servirle la de su hermano el infante cardenal D. Fernando, le ordenó marchase acelerada y sigilosamente desde Barcelona, llevando consigo los pocos criados que pudieran seguirle,

corriendo la posta desde cualquier puerto de la costa de Italia á que llegara.

Con esta prevención salió el Infante de Barcelona al anocheecer el 4 de Marzo, llevando sólo dos galeras de la escuadra de Nápoles, gobernadas por el cuatralvo D. Fernando Carrillo. En la nombrada *San Juan* embarcó con su Alteza el marqués Sierra, gobernador de las armas de Cataluña, que iba á ejercer el mismo cargo en el estado de Milán; Luis Pedrico, maestre de campo general, y el barón de Amato, general de la Artillería; en la otra galera, *Santa Ágata*, habían tomado pasaje las personas de menos cuenta.

Ambas hicieron rumbo á la isla de Mallorca y tomaron puerto en Alcudia sin accidente, el día siguiente 5, por presentarse el tiempo borrascoso. El 8 volvieron á la mar con propósito de entrar en Mahón, y á poco descubrieron, en medio del canal, tres velas sospechosas que acreditaron marcha veloz siguiendo el rumbo mismo de las galeras. Adquirida la certeza de ser corsarios berberiscos de fuerza muy superior, no pudiendo volver al puerto que estaba á barlovento, ni consintiendo el estado de la mar armar los remos, arribaron sobre la costa más próxima, rogando el Cuatralvo y los pasajeros de autoridad al Infante que por no exponer su persona en trance tan difícil, tomara la falúa y saltara en tierra.

En modo alguno quiso hacerlo D. Fernando, aunque diera mayor razón á los ruegos que se le dirigían la aparición de un cuarto bajel enemigo que se unió á los otros, aminorando la probabilidad de poder resistirles. Lo que se hizo entonces fué buscar la posición más ven-

tajosa á la huída y alargar la caza que daban los corsarios, procurando dividirlos, intento vano, pues daban bien á entender ser cursados en el oficio. Cuando llegaron á ponerse á tiro de cañón rompieron el fuego sin causar daño por de pronto, mas luego lo hicieron con los mosquetes, situándose por banda y banda de la galera *San Juan*. En poco tiempo cayeron muertos el marqués Sierra y el Cómitre real; heridos el maestre de campo Pedrico, varios oficiales y el cuatralvo don Fernando Carrillo, á quien sacó un ojo un mosquetazo, siendo muchas las bajas en la marinería, y sobre todo en los forzados, que servían de blanco principal. Así se desmoralizaron ellos tratando de desherrarse y pidiendo libertad, animados de los berberiscos que les gritaban ofreciéndosela. Los que estaban sin prisiones aprovecharon la oportunidad arrojándose al agua: los otros se metían bajo los bancos, de donde ni á palos ni á cuchilladas se lograba hacerles salir, de manera que, navegando en popa hacia la costa de África, sufrían las descargas, algo amenguadas desde que los corsarios supieron por las tráfugas el personaje que iba allí, pensando cantivarlo vivo.

La resolución del Infante de ofrecer á los forzados la libertad si contribuían á la suya, les inclinó á tomar otra vez los remos, bogando toda la noche, que por ser de luna, no daba ocasión á hurtar el rumbo. Por fortuna se oscureció á las diez con chubascos repetidos, favoreciendo á los débiles y reanimando esperanzas que, en la mar, menos que en otra parte, se pierden hasta el último trance.

El día 9 al amanecer se encontró sola la galera *San Juan*, corriendo á árbol seco á razón de siete millas por hora, y así continuó más de veinte aproximándose á Berbería. Cambiando allí el viento al Sur, tomaron la vuelta de Levante, libres de enemigos, pero fatigados de la mar gruesa de golfo, que destrozó el espólón, tajamar y obras muertas. Con todo, tomaron el puerto de Alguer, en Cerdeña, el día 13, harto necesitados de agua y de descanso para curar á los heridos.

Costeando los días siguientes tocaron en Puerto Conde y en Asinara, pasaron á Sacer, en Córcega, donde fué necesario desembarcar á D. Fernando Carrillo por la gravedad de su herida, y repuestas las provisiones, pasando á vista de Ajacio el día 20, pusieron la proa al continente, llegando el 23 á Génova, sin otro accidente que el encuentro de tres galeras que resultaron ser de las del Papa.

No era fácil que sospecharan en la ciudad la presencia de persona de la familia real de España en una galera sencilla, sola, malparada, escasa de gente y desprovista de comodidades. El Infante pudo desembarcar de noche, pasear incognito y disponer la partida, tomando caballos en San Pedro de Arenas y corriendo la posta acompañado sólo del barón de Amato y de dos criados de confianza.

¡Quién dijera que así iba el Infante Cardenal á la victoria de Nordlhingen!

## VIAJE DE LA PRINCESA DE MANTUA.

---

Á 19 de Septiembre de 1635 llegó á Barcelona la princesa de Mantua con muchas galeras. Era parienta muy cercana del Rey, que la llamaba para darle el gobierno de Portugal: hospedóla el conde de Santa Coloma y fuéla sirviendo hasta Madrid muy á su costa. La ciudad hizo fiesta real con muchas luminarias, como de costumbre, pero la Princesa mostró estimarlo en poco, pues se puso en camino sin esperar á que los festejos acabaran. El cronista, mal impresionado de su proceder, consignó que era señora ya de algunos años, y muy fea.

## VIAJE DE LA PRINCESA DE CARIÑAN.

---

Con escuadra de diez y siete galeras, las diez de España y siete de Sicilia, arribó á Barcelona esta Princesa el 26 de Julio de 1636. Era mujer del príncipe Tomás, hermano del duque de Saboya, que servía al Rey en Flandes en compañía del Infante Cardenal. Mandó Su Majestad á la ciudad que se le hiciesen honores y agasajos como á su misma persona, y así, apenas dieron fondo las galeras, salió la ciudad en cuerpo á recibirla; fabricóse luego un puente ó muelle de madera para el

desembarque; hiciéronsele máscaras y cuadrillas de que gustó mucho, y habiendo descansado algunos días, partió para Madrid.

## VIAJE DEL PRINCIPE DE MÓNACO.

---

Llegó á Barcelona el 26 de Agosto de 1638 con Armada de veintiséis galeras; tenía cargo de general de mar y era yerno del duque de Florencia. Por orden del Rey le recibió la ciudad con pompa soberana; asistieron á la entrada los Consellers y compañías de soldados, y los baluartes hicieron salva real. Posó en casa del virrey Santa Coloma; fué á Madrid; volvió á poco tiempo y embarcándose otra vez pasó á Levante con la escuadra de galeras de Nápoles.

Aparentaba unos treinta años, aunque apenas se le conocía la barba.

## REFERENCIAS.

---

En la *Colección manuscrita* de Navarrete, tomo II, núm. 16, existe: *Relación del viaje que hizo en los estados de Flandes el Infante Cardenal*, con advertencia de haberla extractado de otra que vió inédita. De ella están tomadas estas noticias, y no se anota la fecha en que el viaje se verificó. Miguel Parets <sup>1</sup> las

<sup>1</sup> *Memorial histórico español*, tomo XX, pág. 94.

da en términos tan por extremo diferentes, que se duda si se refiere á viaje distinto, ó si fué engañado por las precauciones que adoptaría el Infante.

«Para el 11 de Abril de 1633, dice, vino la orden á S. A. (el Infante), de su hermano nuestro Rey, para que pasara á Flandes con 18 galeras de España, Sicilia y Génova, que se hallaban en este puerto (de Barcelona), y así ejecutó ese día por la tarde su embarcación, que nuevamente se había aderezado: no quiso embarcarse por el puente que se le había fabricado, por el de palacio, ni tampoco que se le disparase artillería, así porque llevaba luto de su hermano D. Carlos, como por el dolor que mostrara de dejar á Barcelona, en donde vivía gustosísimo: embarcóse por el muelle muy silenciosamente por un puentecillo que se había hecho desde la tierra á la galera; embarcóse luego la familia, pero no partieron hasta las once de la noche: fuese á Génova, en donde estuvo algún tiempo; de allí pasó á Milán y también estuvo algunos meses, en donde tomó mucha melicia, y no sin mucha contradicción de franceses, suecos y olandeses; ejecutó su pasaje disputándolo muy á menudo con las armas en la mano y á costa de muchas vidas. El día 7 de Septiembre de 1634 tuvo un fiero combate con los suecos, y derramando mucha sangre de una y otra parte, consiguió la victoria contra 26.000 hombres del Rey de Suecia, haciendo en ellos fiera carnicería y gran presa.»

Á mas de las autoridades citadas en el texto, existe escrito por D. Diego de Aedo y Gallart, é impreso en Amberes en 1635, un libro titulado: *Viaje del Infante Cardenal D. Fernando de Austria desde 1632 á 1634*. Otra edición se hizo en Madrid con título de

*Viaje, sucesos y guerras del Infante Cardenal D. Fernando de Austria, desde 12 de Abril de 1632 que salió de Madrid con S. M. D. Felipe IV, su hermano, para la ciudad de Barcelona, hasta 21 de Septiembre de 1636*. Madrid, imprenta del Reino, 1637, 4.º

Las breves noticias de llegada de Principes extranjeros en las galeras de España, están tomadas de la *Crónica* de Miguel Parets, publicada en el *Memorial histórico español*, tomo xx,

capítulo titulado: *De los muchos sucesos dignos de memoria ocurridos en Barcelona*. Hay entre los apuntes otros dignos de mención aquí, por demostrar que el alboroto que describió Cervantes en la novela *Las dos doncellas*, diciendo que era infinita la gente que de la ciudad acudía á la playa, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, acuchillándose sin piedad y sin que aprovecharan las voces y amenazas del general, más que la intervención de los caballeros catalanes, no es invención, salvo lo que á los personajes atañe, ni exagerada la especie de ser ordinarias en aquella población tales pendencias cuando llegaban galeras. Don Juan Valera presumió real y efectiva la revuelta, estimándola prueba de la feroz anarquía y espantoso desorden de aquellos buenos tiempos<sup>1</sup>; véase como Miguel Parets la corrobora, apuntando casos realmente frecuentes y entre los que alcanzaron algunos serias proporciones, sin que se averiguara nunca por qué y cómo empezaron.

#### REFRIEGAS ENTRE SOLDADOS Y PAISANOS.

El último día de Pascua del Espíritu Santo, 10 de Abril de 1624, ocurrió una de ellas, estando en el puerto seis ó siete galeras de la escuadra de Génova. Dijóse por las calles que los soldados habían disparado un mosquetazo, y empezaron á sonar voces de *viva la tierra y muera Génova*, acudiendo armada la gente de la ribera y otra al baluarte de la Atarazana desde el que disparó la artillería, obligando á las galeras á largarse á la mar. El populacho se dirigió entonces á las casas de mercaderes genoveses, singularmente á la del caballero Giudici, asentista del velamen de los galeones, que por haber quitado trabajo á ciertas mujeres, se había granjeado su enemistad. Quemaronle cuanto tenía.

Más grave fué otra conmoción á mediodía del 20 de Octu-

<sup>1</sup> Sobre el *Quijote* y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle. Discurso leído el 25 de Septiembre de 1864. *Memorias de la Real Academia Española*, tomo v, pág. 142.



de 1629, por palabras entre soldados de las galeras de España y gente de la playa. Como los primeros pusieran mano á las espadas, tocaron á arrebato la campana de Santa Maria de la Mar, acudiendo multitud armada; los soldados reforzaron la suya desembarcando unos cincuenta con mosquetes que dieron carga á la puerta matando un marinero, y desde aquel momento toda la ciudad tomó parte en el conflicto, cubriendo las murallas. Juntáronse las compañías de sastres, carpinteros, cordoneros y sederos, y ocupando los baluartes, obligaron á los Consellers á ordenar que la artillería cañonease á las galeras cual si fueran de moros, y eligieron tiradores de escopeta que desde sitio conveniente las dominasen. Porque algunos de los Consellers recomendaban secretamente á los artilleros que dispararan al aire, fueron maltratados, y como el Gobernador, que había acudido al desorden, quisiera hacerse obedecer con la espada, se vió acometido y hubo de retirarse.

Las galeras tuvieron que largar las amarras y salir del puerto, sin que por ello dejaran de disparar contra ellas, por más que no tuvieran respuesta de sus cañones. Toda la noche duró el tumulto.

Al siguiente día el Gobernador, junto con algunos caballeros, lo calmaron; volvieron las galeras al muelle, poniendo en la puerta del mar una compañía de guardia para que nadie desembarcase. Sacáronse de ellas 14 muertos y muchos heridos; hízose proceso, y los más culpables de los paisanos fueron sentenciados al remo en las mismas galeras.

---



---

---

VIAJES

DE LA

REINA D.<sup>a</sup> MARÍA ANA DE AUSTRIA

Y DEL REY DON FELIPE IV.

---

1649.

Un capellán cortesano, limosnero mayor, obispo electo, portugués por más señas, suministra los datos de la caminata emprendida por D.<sup>a</sup> María Ana de Austria, hija del emperador Fernando III, prometida que fué del príncipe Baltasar Carlos, desposada luego con su tío carnal Felipe IV, rey de las Españas, antes de llegar á edad de catorce años. El libro que en forma de diario formó el diligente cronista, abunda, como los de su especie, en nombres de personajes, descripción de trajes, copia de inscripciones, indicación de monumentos de efímera existencia que los pueblos erigen en tales ocasiones, sin perjuicio de las citas de erudición que por escritor cursado ingiere en los capítulos.

Entresacando de ellos lo que á la mar atañe, viénese á saber cómo á raíz del desposorio celebrado en Viena el 8

de Noviembre de 1648 se preparó la marcha, saliendo la Reina de la ciudad imperial el 13, acompañándola su hermano D. Fernando, rey de Hungría y de Bohemia, con lucido séquito. En el tránsito, singularmente en Pavía y en Milán, se hicieron fiestas suntuosas, resaltando el aparato en la ceremonia de las entregas, por la cual quedaba la seguridad de D.<sup>a</sup> María Ana á cargo del duque de Maqueda, y no menos en la presentación de la Rosa de oro enviada por el Papa Inocencio X.

Llegó la comitiva al puerto de Final el 16 de Agosto de 1649, hallando dispuesta en espera la armada de galeras al mando del teniente general de la mar, duque de Tursi, con un contingente de diez y nueve que proveían las diferentes escuadras de los reinos. También estaba al ancla la armada del Océano á cargo del general Francisco Díaz Pimienta y de su almirante D. Manuel Bañuelos, en número de veinte navíos con tres mil españoles y dos mil napolitanos, soldados viejos de infantería; mas la última acudía por decoro de la soberana para ser por ella revistada y estremecer el aire con la artillería en honra suya. La Reina había de embarcar en la Real, dispuesta como correspondía: en las otras galeras tenían designado lugar las personas del acompañamiento, y para los grandes bultos de equipaje estaba apercebida la nao genovesa *Nuestra Señora de la Concordia*, de 700 toneladas, armada con 45 piezas.

La señal de levar se dió el 23 del mismo mes de Agosto, con tiempo excelente que consintió adelantar mucho á la vela, sin menudear escalas. He aquí la composición de la armada:

## ESCUADRA DE ESPAÑA.

*La Real*.—Teniente general de la mar, duque de Tursi; capitán, Francisco Torralva.

*Capitana*.—Gobernador de la escuadra, D. Luis Fernandez de Córdova; capitán, D. Juan Gaytán y Carvajal.

*San Genaro*.—Capitán, Gabriel de Mediavaca.

*Nuestra Señora de Guadalupe*.—Capitán, Benito de Quesada.

## ESCUADRA DE NÁPOLES.

*Capitana*.—Gobernador, Juanetin Doria; capitán, don Francisco de Montalvo.

*San Paulín*.—Dosalvo, D. Francisco de la Coteria; capitán, D. Diego de Chiriboga.

*San Juan Bautista*.—Capitán, D. Gregorio Ortíz.

*Santa Águeda*.—Capitán, D. Pedro Cerezo.

## ESCUADRA DE SICILIA.

*Capitana*.—General, D. Enrique de Benavides, marqués de Bayona; capitán, D. Gaspar Serrano.

*Patrona*.—Capitán, D. Andrés de Perea.

*San Antonio*.—Capitán, D. Pedro Bazán.

*Anunciada*.—Capitán, D. Juan Antonio Russo.

## ESCUADRA DE CERDEÑA.

*Capitana*.—(Por quedar en tierra el general príncipe Doria, fué por gobernador su capitán.) Capitán, D. Gabriel de Herrera.

*Patrona*.—Capitán, D. Tomás Castañón.

## ESCUADRA DE GÉNOVA.

*Capitana*.—General, príncipe de Avela; capitán, don Pascual Bruñola.

*Patrona*.—Capitán, D. Nicolo Esperoní.

*Espínola*.—Capitán, D. Felipe Espínola.

*Pezuela*.—Capitán, D. Juan Andrés Bruñol.

*Doria*.—Capitán, D. Giacomo Grimaldo.

Hasta llegar al golfo de León navegaron todas muy unidas y sin accidente; en este sitio las dispersó un tiempo duro, pero de corta duración; se reunieron sobre el cabo de Creus, y hallándose el día 28 á vista de Monserrat, según costumbre del tiempo, saludaron con cuatro disparos cada una al templo, queriendo de buen grado la reina de España rendir este tributo de honor y devoción á la Reina del cielo.

Otro saludo impensado causó impresión en la armada: creyó el General no haber inconveniente en pasar cerca de Barcelona y aun en destacar un esquife que adquiriera refrescos en la plaza; se equivocó. Llegado á la

inmediación del Llobregat disparó la torre sobre la Real, pasando una bala por encima, otra por la popa y una tercera por el trinquete, antes que á toda boga pudiera salir fuera de tiro. «Escríbese esto, dice el Obispo, porque no tiene una desatención mayor castigo que la memoria.»

¿Desatención nada más?

El 29 tocaron en Tarragona, y mientras rellenaban las galeras el agua de que venían necesitadas, entró en la Real Roque de Figueroa, autor de una compañía de comedias, que se hallaba en la plaza, y representó una que fué de mucho gusto, sirviendo de alivio al cansancio del viaje. El 31 fondearon otra vez en los Alfaques y el 4 de Septiembre en Denia, donde desembarcó la expedición, acabando la travesía de mar, relativamente rápida.

Entrando en Madrid el jueves 4 de Noviembre, al decir del autor anónimo que ha dejado memoria de los obsequios de la villa. «Venía Su Majestad *en la popa* de un coche con el rey nuestro señor D. Felipe IV á su mano izquierda, y *en la proa*, la señora infanta doña María, su prima.....»

Describe el culto cronista cuatro arcos triunfales que representaban las cuatro partes del mundo y á la vez los que se llamaban cuatro elementos, y cómo en uno de ellos predominaba la estatua de Neptuno de plata, y trátase aquí de asuntos de su jurisdicción; es cortesía dejar al autor que la describa y aun trasladar muestra de la poesía oficial y municipal, siquiera sea maleja.

«Navegaba (el dios) su imperio sobre el trineo de una concha que tiraban enfrenados delfines, cuya veloci-

dad moderaba el castigo del tridente, reduciéndole sólo á prevenciones. Vefíanse desnudos sus valientes y fornidos miembros, inundándole el pecho las desatinadas ondas de su barba.»

La inscripción decía:

«Si á EUROPA blando corresponde el VIENTO;  
Si á ASIA la TIERRA fértil favorece;  
Si á ÁFRICA el FUEGO su esplendor ofrece,  
Gozando cada cual de su ELEMENTO,  
Bien á AMÉRICA Yo rendir intento,  
EL MAR qu' ella su imperio me merece,  
Pues con vagas Repúblicas guarnece  
La lid de su continuo movimiento.  
Desde hoy, pues, mi tridente no presuma,  
Que hay más Venus qu' el ÁGUILA alemana,  
En cuyo nombre ESTRELLA y MAR se encierra,  
Porque AMÉRICA, corte de la espuma  
Muestre que sólo ella á MARIANA  
Da más triunfos que FUEGO, VIENTO y TIERRA.»

---

«Iam Nephtuninæ veniunt ad jussa Quadrigæ  
Oceanus frænos jam subit ipse telos  
O Regina potens! Meritis si Regina darentur  
Augusta est Regnis Terra, Fretumque tuis.»

En otro arco levantado frente á la iglesia del Buen Suceso pusieron una nao representando á la *Victoria*, primera que dió la vuelta al mundo.



## REFERENCIAS.

En las *Disquisiciones náuticas*, t. 1, pág. 220 he publicado:  
*Relación de los adornos que D. Antonio Briceno Ronquillo, embajador de S. M. en Génova, hizo hacer en ella para la galera capitana que sirve de Real, los cuales son demás de otras menudas de escultura, dorado y pintura, etc.*

*Real viaje de la Reina nuestra señora D.<sup>a</sup> Mariana de Austria desde la corte y ciudad imperial de Viena hasta sus reinos de España*, por Antonio León y Xarava. Madrid, 1649, 4.<sup>o</sup>

La relación primeramente citada aquí se titula:

*Viage de la Serenissima Reyna Doña Maria Ana de Austria, segunda muger de Don Phelipe Quarto deste nombre, Rey Catholico de Hespaña, hasta la Real Corte de Madrid desde la Imperial de Viena. Al Rey Nreestro Señor*, por D. Hierónimo Mascareñas, Cavallero de la orden de Calatrava, del Consejo de Su Magestad en el Supremo de Órdenes Militares de Castilla, su Sumiller de Cortina, Prior de Guimaraens y obispo electo de Leyria. Madrid, por Diego Díaz de la Carrera, año 1650, 4.<sup>o</sup>

*Nuptialis cursus elogiis, ac symbolis apparatus. Ad hymenæos augustiss. et potentiss. Philippi IV et Mariæ Annæ Hispaniar. regg. Auctore D. Paullo Ant. de Tarsia..... Cæsaraugustæ, typis Xænodochii generali, 1649, 4.<sup>o</sup>*

*La pompa della solenne entrata fatta dalla serenissima Maria Anna Austriaca, figlia dell' invittissimo imperante Ferdinando terzo, et sposa del potentissimo Filippo quarto..... accompagnata dall' sereniss. Ferdinando quarto re di Boemia et Ungharia, suo fratello, nella città di Milano; con la descrizione de gli apparati et feste reali in questa occasione esibite. Milano, s. a., fol.*

*La reale maestà, cio e racconto di quanto fece la regia città di Pavia nel compire e ricevere la sereniss. D.<sup>a</sup> Maria Anna, figliuola di Fernandino Terzo..... e sposa del grande monarca Ibero Filippo quarto: di la in passando per andarse in Ispagna. Descritto dal P. maestro Inocentio Mayno. Pavia, per G. A. Magni, s. a. fol.*

*Pompa festiva y real aparato que dispuso alegre y executó gozoso el Real monasterio de San Lorenzo, otava maravilla del mundo, en el recibimiento de la Sereniss. Reina N. S. Doña Mariana de Austria, á quien se dedica. Dióle á la estampa..... un monje del dicho Real monasterio. Madrid, Impr. real, 1649, 4.º*

*Noticia del recibimiento i entrada de la Reyna nuestra Señora doña María Ana de Austria en la muy noble i leal coronada villa de Madrid. S. l., 1650, fol.*

Del embarco breve del rey D. Felipe en el puerto de Pasajes y río Bidasoa trata la obra siguiente, extractada ya en la mía de *Tradiciones infundadas*.

*Viaje del Rey nuestro señor D. Felipe Quarto el Grande á la Frontera de Francia. Funciones reales del desposorio y entregas de la Srma. Sra. Infanta de España Doña María Teresa de Austria. Vistas de sus Majestades Católicos y Christianísimos, señora Reina Christianísima Madre y señor Duque de Anjou....., por D. Leonardo del Castillo. Madrid, MDCLXVII, 4.º*

---

---

# VIAJE DE DOÑA MARGARITA MARÍA

DE AUSTRIA,

EMPERATRIZ DE ALEMANIA.

---

1666.

En vida del rey Felipe IV se iniciaron las negociaciones de matrimonio de su hija la infanta D.<sup>a</sup> Margarita María con Leopoldo, rey de Hungría, después emperador de Alemania: las terminó felizmente la reina madre D.<sup>a</sup> María Ana, y para el viaje se reunió la escuadra de galeras en el puerto de Denia, adornada la Real con la suntuosidad de costumbre <sup>1</sup>. No probaron bien á la comitiva los aires de la costa: en Denia adoleció la Emperatriz de tercianas; murió de esta enfermedad la condesa de Benavente, camarera mayor, y la sufrió también el duque de Alburquerque, teniente general de la mar, que llevaba el cargo de la entrega de la Señora, por lo que se demoró su embarque, trasladándose á la ciudad de Gandía á convalecer.

Volvió, sin embargo, á buscar las galeras en Denia,

<sup>1</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. I, pág. 207.

saliendo del puerto con escuadra de veintisiete en dirección de Cartagena, y de éste al de Barcelona, adonde llegó el domingo 18 de Julio. Allí desembarcó la Emperatriz por un puente de 200 varas, expresamente construido, y fué objeto de fiestas y agasajos, contándose el de hacerle los baluartes tres salvas con bala, lujo para dicho.

El 3 de Agosto llegaron siete galeras de Malta con muchos caballeros para unirse á la escuadra; las revistó la Emperatriz, dando motivo á quemar más pólvora en aquel día y los siguientes hasta el de la salida, el 10 del mismo mes, en que se oyó gran salva.

Hicieron escala en Rosas, Cadaqués y Marsella, donde se agregaron las galeras del estado de la Iglesia, gobernadas por Mario Chisi, hermano del papa Alejandro VII, y cinco de la república de Génova. Siguieron todas juntas sin accidente hasta el puerto del Final, donde se verificó el desembarco para continuar el viaje por tierra á Milán y Trento, lugar de la entrega. Disolvióse entonces la escuadra, regresando el duque de Alburquerque con la de España á posesionarse del virreinato de Sicilia.

## REFERENCIAS.

---

*Breve descripción de la entrada que la señora Emperatriz hizo en la ciudad de Gandía, regalos con que la Duquesa de*

*aquel estado sirvió á su Majestad cesárea, recibimiento de la ciudad de Barcelona, su embarcación y acompañamiento hasta llegar á Italia á el puerto del Final. Año 1666. Impreso en Sevilla por Juan Gómez de Blas. Año 1666, 4 fojas, 4.º*

*Los sucesos más notables de Europa desde 15 de Abril de 1660. Viaje de la emperatriz D.<sup>a</sup> Margarita, s. a. n. l., folio.*

*Fernández Duro. Don Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque. Madrid, 1884, 4.º*

---



---

# VIAJE

DE LA

REINA DOÑA MARÍA ANA DE NEUBURG.

---

1689.

Parecen muchos los cuarenta días que D.<sup>a</sup> Margarita de Austria empleó en ir de Génova á Vinaroz con la escuadra de galeras en 1599, y no pocos los del tránsito por tierra desde Bruselas á Génova, que dieron al viaje á España duración de ciento ochenta y nueve días, ó sean más de seis meses y medio, y he aquí, un siglo adelante, que otra Reina necesita casi nueve para hacer el camino más directo por mar de Flandes á la Península española, sin ceremonias ni festejos que lo dilataran.

Las causas que esta vez servían de rémora, eran, ante todo, el estado de guerra, á cuyas contingencias no fuera prudente exponer á una Princesa, sin completa seguridad de la persona, y después, y como consecuencia, el descenso de poderío de la nación que tuvo el señorío de los mares.

No los surcaban ya las armadas sin rival que transportaban en tales ocasiones á Carlos V y á Felipe II, ni

las embarcaciones de ahora se parecían apenas á las que suministraron reglas de avance á la arquitectura naval. Todavía Zelanda, aunque insuficientes, tenía bajeles dignos de conducir á su señora; España no disponía de ninguno, y hubo de acudir al beneplácito de un aliado de momento, subrogador en el arado del Océano. Desde el reinado anterior la pluma del licenciado Murcia de la Llana, criado del Rey y su corrector general de libros, había osado escribir en memorial <sup>1</sup>:

«Señor..... Da afficcion la poca defensa de la mar, viéndose cada dia a los puertos y umbrales de España y Italia llevarse de enmedio las flotas las naos cargadas de riquezas, como se vió, que a la vista de Cadiz el corsario Simon Danz se llevó de enmedio la flota una nao que venia cargada de riqueza, y ahora tres años, a la vista de Sanlucar, quatro navios de morillos mal armados se llevaron de la flota que iba a Nueva España la nao *Salmerona*, que llevaba mas de quatrocientos quintales de azogue de V. M. y ciento cincuenta pasajeros principales, sin otra riqueza, y a la vista de Lisboa se llevaron aquella nao que venia de la India Oriental, que valia su riqueza mas de tres millones, sin que en aquella costa hubiese salido algun navio que la socorriese, habiendo peleado tres dias. Aflige ver llevar pueblos enteros cautivos.....»

El 15 de Mayo de 1688 se publicó en Madrid el concierto matrimonial del rey Carlos II con D.<sup>a</sup> María Ana, hija de Felipe Guillermo, elector palatino, duque de

<sup>1</sup> Impreso en 18 hojas folio, sin año ni lugar.



Neuburg: el 28 de Agosto siguiente se celebraron los esponsales en la misma ciudad de Neuburg, y el 3 de Septiembre emprendió la marcha la Reina hacia el puerto de Flesinga, donde se hallaba fondeada la escuadra holandesa y había de concurrir la de Inglaterra.

La otoñada fué mala; cada día llegaban noticias de estar para salir los navíos ingleses; pero ellos no llegaban á causa de la persistencia de vientos contrarios, y mientras tanto, D.<sup>a</sup> María, no queriendo molestar por pocos días en la ciudad, había rehusado alojamiento, acomodada en el *yacht* en que había bajado por el río.

En la interinidad fué pasando el invierno con crudeza extrema: hielos, nieblas, temporales, lluvias, se sucedían con las cartas mensajeras de la escuadra, sin que acabara de llegar. El almirante Russel, que había de regirla, entró en Flesinga á fines de Diciembre, por alimentar las esperanzas, entreteniéndolas la vista de su navío dispuesto para el pasaje. La Reina no quiso, sin embargo, pasar á su bordo hasta el momento de la salida, continuando en el *yacht* un mes más, ó sea hasta el 27 de Enero de 1689.

Solía dar paseos en carruaje por tierra, ó en la falúa por el puerto y astillero, asistiendo á las faenas que pudieran servir de distracción á una vida trabajada por la impaciencia. Presenciaba á menudo las operaciones de salvamento del navío almirante de Flandes, sumergido poco tiempo atrás con pérdida de sesenta vidas y muchos objetos preciosos, ó la construcción del almirante nuevo, que había de montar 120 cañones. En ocasión fué á ver el lanzamiento de un mercante, y por cierto

que escapó de la grada antes de tiempo, partiendo las retenidas, y fué á embestir de popa á otro buque, hundiéndole un costado.

Cuando el *yacht* pasaba cerca del navío inglés, la gente en las vergas saludaba tres veces, causando novedad á D.<sup>a</sup> María y á sus acompañantes por no haber visto antes aquella cortesía de gritos y movimiento de sombreros en la mano. Es fortuna que extrañara al cronista; á estar familiarizado con los usos marineros, á ser marino él, no apuntara lo que yo voy con cuidado recogiendo de su narración minuciosa.

Por fin, el dicho día 27 de Enero se trasladó el *yacht* á las Dunas, punto de reunión de la escuadra inglesa, embarcando la Reina en el navío *Almirante* con los honores correspondientes á su rango, entre ellos salva de cien cañonazos. En la costa eran visibles los estragos de aquel invierno por los cascos de cincuenta naves al través.

Dieron la vela el día 30 con vientos flojos, causa de zozobra y riesgo en el Canal, por no disipar la niebla que envolvió á la escuadra, y de alarma al aproximarse ciertas velas que parecieron sospechosas. El 4 de Febrero entraron en el puerto de Portsmouth, primera estación, según ha de verse.

La marina inglesa estaba todavía lejos del modelo de perfección en orden y disciplina; adolecía de muchos de los defectos que ha tenido la nuestra y todas las demás por influencia de ideas y costumbres á través de los tiempos. Á la organización definitiva se oponían el sistema de armamentos ocasionales, considerado econó-

mico y la tendencia á la deserción del marinero reclutado forzosamente. En el suministro de víveres ganaba más el contratista que la salud de la gente, y no bastaba la dureza del castigo para apartarla de los instintos de rapiña desarrollados en el corso, y aun en la piratería, mucho tiempo estimulada.

El cronista del viaje de la reina D.<sup>a</sup> María Ana refiere algunos de los ejemplos en que intervino la señora, templando la severidad de la ordenanza que el Almirante se veía obligado á mandar aplicar. Ahorcábanse en los penoles de las vergas los promotores de sedición; se penaba el hurto con determinado número de azotes con disciplinas de cuerdas que tenían nudos en las puntas; por faltas del servicio, había exposición á la vergüenza y la intemperie más ó menos días con el siguiente procedimiento: amarrábanse las manos del culpable á la espalda con una piola que se pasaba por el cuello y por debajo de las rodillas, apretándola hasta que la cabeza quedara sobre éstas, y así estaba sentado en la cubierta el tiempo á cada uno señalado. En lo ordinario, el palo y el rebenque prevenían la morosidad en las maniobras, lo mismo que en los buques de guerra de otras naciones.

No deja el cronista de decir, en cambio, que tenían los marineros diversiones y esparcimientos, entre ellos, una lucha en que, asidos del cuerpo, daban golpes con los pies en las corbas del contrario hasta derribarle. La distracción más animada por la parte que tomaba la gente de popa, consistía en riñas de gallos, prepara los al efecto los animales sin plumas en

el cuello, las crestas cortadas y afilados los espolones.

Por ser pocos ó malos los víveres, tuvo que reponerlos la escuadra en Portsmouth, empleando en la operación desde el 4 de Febrero hasta el 2 de Marzo.

Verdaderamente, la crudeza del tiempo, impropio á la navegación, excusaba mayor actividad; las nieblas espesísimas daban á la noche triste continuidad. Había á más otra causa en favor de la prorrogación de la salida; la reunión de naves mercantes que quisieran aprovechar la protección de la escuadra, pues era sabido hallarse en Brest cuarenta navíos de guerra, y en el Canal muchos cruceros.

Aunque el referido 2 de Marzo se disparó el cañonazo de leva y la escuadra dió la vela, más que marcha, se trató de hacer ensayo y llamada de reunión á los bajeles surtos en puertos inmediatos. En la mar se formaron las divisiones, distribuyendo la gente en los puestos á que habían de acudir en caso de combate. Á los cañones gruesos, observa el cronista, se destinaron ocho hombres; seis á otros; cuatro á los menores. Se recogieron las camas, subiéndolas á la cubierta, y formando con ellas parapetos para la mosquetería; hiciéronse con trompetas y timbales señas, y, entre otras prevenciones que el escritor no comprendía, fondearon y levaron varias veces los navíos en los días sucesivos, no sin algún que otro abordaje ligero ó choque de unos con otros, ya llevados por la fuerza de la marea ó la del viento. En una de las salidas, pasaron al puerto de Torbay, del que se hizo la definitiva el día 17 de Marzo, en número de quinientas treinta y seis velas. Las cuarenta de guerra componían tres escuadras en esta forma:

## VANGUARDIA.—ESCUADRA ROJA.

Vicealmirante, Kiligru.

|           |                                   | Cañones. |             |
|-----------|-----------------------------------|----------|-------------|
| Navíos... | <i>Esperanza</i> .....            | 70       |             |
|           | <i>Castillo nuevo</i> .....       | 52       |             |
|           | <i>Saphire</i> .....              | 36       |             |
|           | <i>Burford</i> .....              | 70       |             |
|           | <i>Resolution</i> .....           | 70       | Insignia.   |
|           | <i>Oxford</i> .....               | 52       |             |
|           | <i>Greewich</i> .....             | 52       |             |
|           | <i>Plimouth</i> .....             | 60       |             |
|           | <i>Expedition</i> .....           | 70       |             |
|           | <i>Santiago de Victoria</i> ..... | 52       | de Ostende. |
|           | <i>L'Hereuse retour</i> .....     | 52       |             |
|           | <i>Suffolk</i> .....              | 70       |             |

Tenía esta escuadra á su cargo la custodia de un convoy de mercantes.

El almirante Russel, general en jefe, navegaba en el centro conduciendo á S. M. la Reina: llevaba dos brulotes inmediatos, y su navío era

|                  | Cañones. |
|------------------|----------|
| <i>Duc</i> ..... | 92       |

## CENTRO.—ESCUADRA AZUL.

Vicealmirante, Aspi.

|           |                              | Cañones. |           |
|-----------|------------------------------|----------|-----------|
| Navíos... | <i>Portland</i> .....        | 50       |           |
|           | <i>Depfort</i> .....         | 52       |           |
|           | <i>Robert</i> .....          | 66       |           |
|           | <i>Tygre</i> .....           | 52       |           |
|           | <i>Aigle</i> .....           | 70       |           |
|           | <i>Berwick</i> .....         | 70       | Insignia. |
|           | <i>Montaigu</i> .....        | 66       |           |
|           | <i>Faucon</i> .....          | 50       |           |
|           | <i>Northumberlandt</i> ..... | 70       |           |

Custodiaba esta escuadra otra parte del convoy.

### RETAGUARDIA.

Escuadra holandesa mandada por un Vicealmirante y dos Contraalmirantes.

|           |                              | Cañones. |           |
|-----------|------------------------------|----------|-----------|
| Navios... | <i>Ridderschap</i> .....     | 60       |           |
|           | <i>Wapen van Hoorn</i> ..... | 52       |           |
|           | <i>Noort-Hollandt</i> .....  | 70       | Insignia. |
|           | <i>Hollandt</i> .....        | 70       |           |
|           | <i>Elswout</i> .....         | 52       |           |
|           | <i>Schatershoef</i> .....    | 46       |           |
|           | <i>Gelderlandt</i> .....     | 72       | Insignia. |
|           | <i>Amsterdam</i> .....       | 64       |           |
|           | <i>Gaesterlandt</i> .....    | 52       |           |
|           | <i>Vlaerding</i> .....       | 46       |           |
|           | <i>Veere</i> .....           | 60       |           |
|           | <i>Ziërig-Zee</i> .....      | 62       |           |
|           | <i>De Urede</i> .....        | 52       |           |
|           | <i>Vryheyt</i> .....         | 72       |           |

Dos brulotes.

Esta escuadra custodiaba el convoy de Holanda.

Cincuenta de los buques mercantes, no comprendidos en la lista de escuadras, estaban armados con 24 á 40 cañones y muchos con 10 á 20.

El navío real *Duc*, considerado de segunda clase por no montar más de 92 piezas, medía 180 pies de eslora, 46 de manga y 22 de calado; las anclas pesaban 40 y 50 quintales; la tripulación ascendía á 800 hombres, á más de los cuales embarcaron 300 de transporte (contada la comitiva de la Reina) distribuidos en los cuatro *pisos* de la nave.

En el de abajo (primera batería) estaba la caña del timón en sitio que llaman Santa Bárbara; servía de alojamiento á los oficiales y de depósito de armas de todas clases, muy limpias y bien colocadas: en ambos costados seguían hasta proa los cañones de mayor calibre, que eran de hierro fundido.

En el otro piso (segunda batería) estaba la entrada y salida del navío (el portalón); los cañones eran más pequeños que los de abajo; á popa, la cámara del Almirante; á proa, la cocina y máquina de levar las anclas.

En el tercero (tercera batería), de artillería todavía menor, se hallaba instalada la cámara de S. M. la Reina compuesta de tres aposentos; cámara tal, comedor y sala de audiencia. Estaban los tabiques (mamparos) brillantemente barnizados; en las puertas y ventanas había cortinas de terciopelo carmesí con fleco de oro, y de lo mismo eran los cojines de los taburetes y sillón. La mesa y escritorio, de maderas raras muy bien esculpidas, completando el adorno un hermoso espejo y once cornamusas ó grandes candelabros de plata, fijos en los costados.

También era de plata un magnífico brasero, tan grande, que tenían que levantarlo cuatro hombres. En el aposento de dormir estaba rica cama bordada de oro con cortinaje de terciopelo, otros muebles y objetos necesarios.

Pareciendo ocioso al cronista mentar los muchos adornos que así dentro como fuera tenía el *Duc*, acaba la descripción con el cuarto piso (cubierta), diciendo únicamente que era sitio muy agradable para pasear en buen tiempo y que allí estaba la cámara del gran Maes-

tre, que acompañaba á S. M. En otro lugar expresa que el adorno del navío costó cuatrocientos mil escudos, y cita entre los muebles de la cámara real un clavicordio que solía tocar D.<sup>a</sup> María Ana, aunque no en la mar, pues casi siempre guardó cama, fatigada del mareo.

En su excusa debe decirse que la travesía no tuvo nada de agradable, ya por los malos tiempos, ya por la poca vela que exigía la marcha lenta de tantas naves, en su mayor parte zorreras y pesadas, ya también por incidentes que impresionaran á toda señora. Uno de los descubridores señaló la vista de la escuadra enemiga, ocasionando un zafarrancho de combate innecesario por resultar falsa alarma, y la hubo más seria, porque al sacar cerveza de la despensa, dejó el mozo caer la vela que prendió á un montón de heno allí almacenado. El humo se hizo tan denso, que no podían bajar los marineros sin riesgo de asfixia, y urgía el remedio, por estar el fuego inmediato á la pólvora.

De las demás observaciones escritas por el gentil hombre de la Reina no queda más que una que interese al marino. «De dos en dos horas, dice, echaban al agua cierto instrumento llamado *Lague*<sup>1</sup>, por el cual sabían lo que andaba el navío en una hora.»

Avistada la costa de España sin encuentro de enemigos, hizo el Almirante señal de separación, partiendo las embarcaciones mercantes por distintos rumbos con menor escolta. El *Duc* se dirigió hacia la Coruña, donde había de desembarcar la Reina, como lo hiciera, á no

<sup>1</sup> Querria decir *Log*, corredera.



contrariarlo la fuerza del temporal que obligó á los navíos á entrar en la ría de Ferrol. Con decir que en tan seguro puerto garraron y se abordaron tres haciéndose averías, se tendrá idea de la razón de no determinarse á poner á disposición de S. M. las falúas para pasar la Marola.

Desde el 27 de Marzo que dejaron caer las anclas, deliberaron en tierra las autoridades acerca de la manera de acabar con las molestias de tan atrás sufridas por D.<sup>a</sup> Ana María, llegando á decidir la compostura ó reparo de lo más malo siquiera del camino de tierra, con tal que pudiera pasar una litera. Así lo hicieron en diez días, de modo que el 6 de Abril pudo desembarcar la Reina en Mugardos é ir á pasar la noche en Puente de Eume; el 8 llegó á la Cornüa, y por burla de la suerte lo hicieron casi al mismo tiempo los navíos favorecidos del viento, llegando con oportunidad para alegrar la fiesta con el ruido de los cañones.

## REFERENCIAS.

---

El diario de la jornada forma un tomito en 8.<sup>o</sup>, impreso en Bruselas en 1691, con título de *Journal de voyage de reine depuis Neubourg jusqu'a Madrid*: la dedicatoria al Gobernador general de Flandes, marqués de Gastañaga, indica haber escrito el libro uno de los gentiles hombres de la Reina, firmando J. Leonard. La continuación del viaje hasta la corte, donde se

verificó la entrada el 16 de Mayo no importa al objeto presente. De este último itinerario hay otras relaciones parciales, una en 6 fojas, 4.º, con esta portada:

*Primera continuacion de los Obsequios y Festejos que se hicieron a nuestra Augusta Reyna y Señora Doña María Ana en su Real Jornada desde el Puerto del Ferrol a esta catholica Corte. Comprende las demonstraciones magníficas y suntuosísimas con que se lucieron la Santa y Apostólica Iglesia de Santiago y la Insigne y Nobilísima ciudad del propio nombre: comenzando por lo que faltó a la primera Relacion, que se dió a luz a 25 de Abril, acerca del modo con que la mesma Apostólica Iglesia embió a la Coruña a dar la bienvenida a Su Magestad. Publícase a 9 de Mayo de 1690.—Al fin.—Por Sebastian de Armendariz, Librero de Cámara de Su Magestad, y Curial de Roma. Con las licencias necesarias.*

En verso se publicaron éstas.

Miguel de Sada.—*A la Excma. Sra. Duquesa del Infantado consagra el Conde de Clavijo este romance que escribe al Rey nuestro Señor en ocasión del feliz arribo de la Reina Católica al puerto de Ferrol.*—S. a. n. l., 4 hojas, 4.º

Ignacio Alvarez de Toledo.—*A la tan feliz como deseada noticia de la llegada de la Reina nuestra Señora (que Dios guarde) D.ª Mariana de Neubourg al puerto de Ferrol, consagra á la Magestad augusta del Rey nuestro Señor (que Dios guarde) estos borrones D..... caballero de la Orden de Santiago.*—Romance, 4 hoj., 4.º

---

---

---

# VIAJES DEL REY FELIPE V

## Y DE SU MUJER

### DOÑA MARÍA LUISA DE SABOYA.

---

1701-1702.

Si los reyes de España hubieran puesto á cargo de ministros de Estado las crónicas de sus viajes, abriendo la mano, como lo hizo D. Felipe V, en la facultad de servirse de artistas de mérito para las ilustraciones, tendríamos una colección de volúmenes interesantes por lo que hace á indumentaria y panoplia, sin decir nada de la esencia literaria.

El marqués de Rivas, D. Antonio de Ubilla, auxiliado del ingeniero Palota y del impresor Juan García Infanzón, formó el libro que sugiere estas reflexiones, retratando en hermosos grabados en cobre los navíos, las galeras, las embarcaciones menores de la época, con fidelidad que consiente apreciar los pormenores de adorno, cuanto más los de construcción y aparejo.

Comienza la obra desde la salida de Versalles del nieto de Luis XIV de Francia; pero en el itinerario á Madrid y en otro de Madrid á Barcelona no hay apenas

notas que recoger para un resumen náutico, y digo apenas, porque el paso de los ríos Girona y Bidasoa algo encierran en punto á embarcaciones. De éstas empieza á tratar en Barcelona, puerto á donde el Rey fué con objeto de asistir á las Cortes de Cataluña y de adelantarse al recibo de D.<sup>na</sup> María Luisa de Saboya, su desposada en la corte de Turín.

En lo respectivo á fiestas y agasajos tuvo la ciudad condal cronista de oficio, admirador de Góngora, aunque no buen imitador, según ha de notarse; otros, por espontáneo arranque, recogieron en prosa ó verso noticias que acrecientan el caudal, curiosísimo para el que quiera aplicarlo á la inestabilidad de lo que en estos tiempos se llama opinión pública.

En 2 de Octubre de 1701, día de la entrada oficial de D. Felipe, decía Musa soñolienta:

En la iglesia un Pío Quinto  
Victorias nos ha alcanzado;  
En España Fernando Quinto  
Nuevo Mundo nos ha dado.  
En la misma ha triunfado  
De todos un Carlos Quinto;  
Con más proezas te pinto  
Hoy, dichosa Barcelona,  
Pues cual sol de nueva zona  
Luce en tí Felipe Quinto.

En 1706 se leía en otra hoja: «El 23 de Junio salió de esta capital nuestro adorado príncipe y católico monarca de las Españas Carlos III (el Pretendiente): son inexplicables los sollozos que detenidos con vítores expresaban el gozo en adorarle y el sentimiento en per-

derle: hasta los niños de ocho ó nueve años se deshacían en llanto, pues ya en tan tierna edad consideraban que el que se ausentaba era el padre de todos.....»

Pero estamos todavía en 1701; arcos y versos de circunstancias aclamaban al Rey nuevo, alfombrando flores el camino de aquella niña de trece años que venía á compartir con él un trono no falto de espinas. Luzca el estilo del narrador diciéndolo:

«Súpase por correo extraordinario que la Reina nuestra Señora, después de haberse embarcado en la Capitana de Nápoles, en Villafranca de Niza, y después de surcar los cerúleos senos del mar Jigúrico y verse sus aguas con la felicidad de ser atlantes de tan soberano peso, envidiosas Thetis y Doris de ver en sus azules regiones mayor Deidad y belleza de la que en ellas aplaude y celebra la fama, temiendo perder, con el aplauso, el Cetro de su inconstante Imperio, alborotando el villano vulgo de las olas, y encrespando espumas, trazaron una deshecha tormenta, que ocasionó haber de tomar puerto las Galeras, y desembarcar S. M. en Marsella; y hallándose maltratada del mar, se resolvió no exponerse segunda vez á la desatención y peligro de tan soberbio como descortés Elemento, sino venir desde allí por tierra á Barcelona.»

En realidad de verdad, verificados que fueron los desposorios en Turín con solemnidad á que contribuyó también la entrega de la Rosa de oro llevada por el Cardenal legado Arquinto, emprendió la Reina el viaje, acompañada del embajador especial de España, D. Carlos Homodei, marqués de Castelrodrigo, y servidores de su

casa. En Villafranca de Niza esperaban siete galeras de la escuadra de Nápoles, al mando de su general propietario, D. Ginés de Castro y Portugal, conde de Lemos, y cuatro galeras de Francia, á cargo del conde de Lnq. La armada comprendió en un principio las escuadras de Sicilia y de Génova, empero tuvieron que salir precipitadamente al saberse las revueltas en la ciudad del Vesubio.

La Reina embarcó en la Capitana de Nápoles, decorada como Real, saliendo del puerto el 27 de Septiembre, con buen tiempo. Marchó la escuadra inmediata á la costa, disfrutando de su hermosa vista, saludada al paso por los cañones de las fortalezas mientras duraba el día, que al anochecer fondeaba en paraje seguro donde S. M. pudiera descansar. De este modo duró diez y siete días la travesía desde Niza á Marsella, y como ya desde aquí hubiera que pasar el golfo de León, fatigada del mareo D.<sup>a</sup> María Luisa, y temerosa, sin duda, de las malas disposiciones de Tetis y Doris, determinó resueltamente continuar el camino encomendada á Mercurio, desatento también en no prestar sus alas, toda vez que no llegó la Señora á Barcelona hasta el 8 de Diciembre, mientras que las galeras entraron en el puerto el 25 de Octubre.

Don Felipe V las visitó el 26, dando un paseo á vista de Montjuí, que hizo más agradable la espléndida merienda ofrecida por el conde de Lemos: «La mar estaba en leche, dice el cronista amigo de mitología, y quien duda que avisado Neptuno al ruidoso y lucido estruendo de repetidas salvas, de la felicidad que

gozaban los senos de su imperio, arrimando su tridente y cediendo su gobierno á las plantas de nuestro gran monarca, le dejaría árbitro de su gobierno.....

».....En la galera, sobre la propia grandeza de la popa, con su dorada y primorosa escultura, luce majestuosamente grave su tienda, que por la parte interior era de riquísimo tisú, como también todas las cortinas del camarote de popa, que, con las cristalinas vidrieras y sus dorados marcos, formaban un todo soberanamente ostentoso. Todo el cuerpo de la galera hasta la proa parecía un precioso pensil, cuyos árboles tenían los troncos plateados, las hojas lucidamente transparentes y las frutas primorosamente azucaradas, con que, alegrando la vista, lisonjeaban el gusto. Los árboles y entenas de la galera poblaban el aire con banderas de damasco carmesí, con flámulas y estandartes de lo mismo. La chusma vestida de primaveras, que, con sus flores entre aquellos ricos árboles, y entre lo dorado de la popa, proa y remos, con lo restante del maderaje, formaban admirable todo, sólo con sí mismo comparable.»

Por vestido de primavera entiéndase damasco carmesí, según la explicación más humilde del marqués de Rivas, comprensiva de un estrado de vistosos tapices y de un catre con adornos de brocado dispuesto para la Reina.

En la noche hizo la escuadra fiesta de luminarias y fuegos artificiales de mucho gusto, pues unas galeras formaban castillos de luz, otras florones y algunas perfilaban el velamen y estandartes. Dispararon desde la popa de la Capitana un castillo con gran número

y diversidad de cohetes, concluyendo con salva real.

Acabadas las Cortes generales de Cataluña el 14 de Enero de 1702, se dispuso el Rey á visitar el reino de Nápoles, cuya situación intranquila reclamaba su presencia, teniendo que pedir al rey de Francia, su abuelo, escuadra que le condujera decorosamente por no tenerla España. Llegó, al efecto, una de ocho navíos de línea, dos fragatas y varios transportes para los caballos, carruajes y bultos del servicio, al mando de M. Víctor María de Estrées, conde de Estrées, vicealmirante de Francia (1), nombrado por D. Felipe jefe superior de la marina española, con título de Teniente general de la mar. Los nombres y artillería de los navíos eran:

|                                      | Cañones. |
|--------------------------------------|----------|
| <i>Le Foudroyant</i> , capitana..... | 100      |
| <i>L' Admirable</i> .....            | 90       |
| <i>Le Content</i> .....              | 74       |
| <i>Le Fortuné</i> .....              | 74       |
| <i>Le Lyon</i> .....                 | 74       |
| <i>L' Eclair</i> .....               | 70       |
| <i>L' Irondelle</i> .....            | 70       |
| <i>Le Sorcier</i> .....              | 70       |

El primero venía dispuesto para Real, con tres fanales y espaciosa escala que bajaba desde la popa: la cámara estaba colgada de damasco carmesí con franjas de oro, adornándola muchos y bien guarnecidos espejos; el pavimento alfombrado; la cama y otros muebles ricos, sobresaliendo los adornos de escultura, dorado y sedería.

(1) Mariscal en 1703; murió en 1737.



en la góndola destinada al embarque. La tripulación se había aumentado con una música militar.

Visitó la escuadra el Rey el 3 de Abril, embarcando definitivamente el 8, después de oír misa y despedirse de su esposa, y el *Foudroyant* arboló el estandarte real é insignias españolas. El tiempo era bueno, aunque variable y flojo el viento, de modo que el 13, día en que se celebraba la Institución del Santo Sacramento, se pudo frecuentar la Comunión, según cuenta el diario; á la tarde hizo el P. Guillermo Daubenton, confesor de su Majestad, una plática espiritual con la explicación del mandato, y al día siguiente se verificó la adoración de la Cruz.

El domingo, 16, avistaron la isla de Ischia, tomando felizmente el fondeadero de Baya en la tarde; durmió, sin embargo, abordo el Rey y aun oyó misa el lunes, esperando la hora del mediodía para hacer la entrada en la ciudad. Al salir del navío, concluída la salva, se abatió el estandarte real y banderas españolas, y arboló el primero la Capitana de las galeras de Nápoles, que, seguida de las otras, condujo hasta el muelle á la corte.

Todo el mes de Mayo empleó D. Felipe en dar satisfacción á los agraviados del reino y en adquirir el aprecio público; más empleara, á no querer compartir con los soldados la suerte de la campaña emprendida en su provecho. El 2 de Junio volvió, pues, á bordo de la galera Real, haciendo cabeza de la escuadra de 20 que se había reunido, á saber: 4 de Nápoles, 3 de Sicilia y 3 de Génova, ó sean 10 españolas; 6 de Francia y 4 del Gran

duque de Toscana. El 4, fiesta del Espíritu Santo, oyó Su Majestad misa en la galera, habiéndose prevenido el altar en el tabladillo de popa, porque iban costeano.

Aprovechó la escala de Orbitelo para visitar las fortificaciones de la plaza, y aceptó una merienda del general de las galeras de Francia, marqués de Fôurville. El tiempo que duró tocaron y cantaron los forzados, haciendo después que anocheció unos juegos con faroles, muy entretenidos.

En Liorna hizo el Gran Duque suntuoso recibimiento, viniendo él mismo á la Real en góndola con paramento y tendal ricos; los remeros, con trajes de damasco guardados de galón de oro, y en el pecho tarjetas de plata con las armas de su señor. Allí se agregaron á la escuadra otras cinco galeras, y los saludos y agasajos se repitieron en los pueblos de la costa hasta el puerto del Final, tomado el día 9 de Julio.

D. Felipe dejó en la armada demostración de agrado nombrando al general conde de Lemos, Virrey de Cerdeña, y para sustituirle en las galeras de Nápoles á don Andrés Dávalos, príncipe de Montesarchio, agraciado á su vez con Grandeza de España y Toisón de oro. Á don Manuel de Silva, general de las galeras de Sicilia, y á D. Juan Andrea Doria del Carreto, duque de Tursi, que lo era de las de Génova, dió llaves de gentil hombre de cámara; los capitanes de las galeras recibieron joyas estimadas en mil escudos cada una, y aun la chusma tuvo gratificación. No hay que decir que los capitanes y gente de las galeras extranjeras no quedaron descontentos.

Como la campaña fué breve y feliz, tras de la batalla de Luzzara y toma de la plaza de Guastala volvió á la ribera, embarcando otra vez en el puerto de Génova para dar vuelta á España, el 16 de Noviembre. Ahora iba á bordo de la Capitana de las galeras de Francia, acompañándola seis de la escuadra del duque de Tursi. Aunque la República ofreció las suyas, á ruego del Rey se volvieron al puerto con objeto de no retrasar la navegación, que debía de hacer con la posible urgencia, y por ello, como al llegar á Antives reinara fuerte viento contrario, desembarcó S. M. el 20, decidido á seguir por tierra hasta Barcelona. Por despedida entregó al marqués de Fourville un espadín con puño de pedrería de valor, encargándole ofreciera en su nombre á los capitanes otras espadas, cada una con un diamante.

Que en España no marchaban los asuntos tan bien como en Italia, dice esta página copiada del marqués de Rivas:

«Con correo extraordinario que llegó á Madrid, se dió cuenta á S. M. de que habiéndose encaminado al puerto de Vigo las armadas de Inglaterra y Holanda, que estuvieron en Andalucía, insultaron los navíos de la flota que vino de Nueva España, y los de Francia que la escoltaron, y aunque de tierra se hizo toda la defensa que cupo en lo posible, por lo desprevenido que se halló de resguardos aquel puerto, y los pocos y débiles que pudieron hacerse en el corto tiempo que hubo desde que entró allí la flota, y que la poca gente que pudo juntarse de aquellas milicias no correspondió á la mucha que de tropas regladas echaron en tierra los enemigos, y menos

defenderse los navíos que estaban en el puerto, tuvieron los Generales la resolución de pegarlos fuego por evitar que los enemigos se apoderasen de ellos, con que sólo pudieron tomar algunos en que se tardó el incendio; pero como el tesoro grande que había conducido esta flota para S. M. y sus vasallos, que excedía de veinte millones, se había puesto ya en seguridad, en cumplimiento de las órdenes que había dado el Gobierno de España, y las que desde Italia mandó S. M. repetir, fué sólo la pérdida de los navíos y algunos géneros de frutos, que por su carga voluminosa resistieron los interesados el desembarcarlos, perdiéndolos en el todo por no expender el corto interés de su desembarco; y reconociendo las armadas de los enemigos que en todos los dominios del Rey era igual su amor y fidelidad, se volvieron inmediatamente á sus puertos. Sintió el Rey este suceso, porque lo más principal del daño resultaba contra sus vasallos en la pérdida de sus navíos, y mandó dar las providencias convenientes para que se les asistiese y ayudase en todo.»

D. Felipe *el Animoso* entró en Madrid el 17 de Enero de 1703; el 14 de Agosto firmó, en pergamino con iluminación de adornos, un decreto dirigido al conde de Estrées, Teniente general de la mar, Vicealmirante y Mariscal de Francia, expresando que por otro decreto señalado de su mano el 3 de Mayo de 1702, esto es, á poco de desembarcar en Nápoles, le había hecho merced de la Grandeza de España de primera clase para su persona, casa y territorio de Dudauville por siempre jamás, teniendo en cuenta su calidad y servicios (que refiere) y

la antigüedad y lustre de sus antepasados (que va enumerando) desde el tiempo de Baudovin de Estrées, ó sea desde el año 1200.

## REFERENCIAS.

---

*Sucesion de el Rey D. Phelipe V nuestro Señor en la Corona de España; diario de sus viages desde Versailles á Madrid, el que executó para su feliz casamiento; jornada á Nápoles, á Milán y á su exercito; sucesos de la campaña, y su buelta á Madrid.* Lo escribió de su Real orden D. Antonio de Vbilla y Medina, Marqués de Ribas..... su Secretario de Estado de la negociación de Italia, del Despacho Universal y de la Reyna nuestra Señora, á cuyos pies dedica y consagra esta relación. En Madrid, por Jvan García Infanzón, 1704, fol.

*Festivas demonstraciones y magestrosos obsequios, con que el muy ilustre, y fidelísimo consistorio de los depretados, y oydores del principado de Cataluña, celebró la dicha que llegó á lograr, con el deseado arribo, y feliz himeneo, de sus católicos reyes don Felipe IV de Aragon y V de Castilla, Conde de Barcelona, etcétera, y Doña María Lvisa Gabriela de Saboya, que Dios guarde, prospere, y en su sucessión eternice. Siendo deputados, y oydores de cuentas..... Año 1702. Impresas de orden del muy Ilustre y Fidelíssimo Consistorio, por Rafael Figueró, 4.º, 352 páginas.*

*Devotos obsequiosos cultos y leales festivas aclamaciones con que celebró la excelentísima ciudad de Barcelona la gloriosa translacion de Olaguer su santo, y la regia venida de su cathólico monarca Felipe V..... y su feliz consorcio con la Sereníssima Señora Doña María Luisa, Princesa de Savoya. S. a. n. l. 4.º, 265 p.*

*Resolution du roi d'Espagne pour le voyage d'Italie afin de retablir le repos du royaume de Naples et commander les troupes qui défendent le Milanais. Du 2 fevrier, 1702. S. a. n. l. 4.º*

*Lettre écrite par Antoine Bulifon a un de ses amis en France, contenant un recit de ce qui s'est passé a l'entrée solennelle de Sa Magesté Catholique Philippe V dans la ville de Naples. Naples, 1702, 4.º*

*Distinta e sincera relazione della regal cavalcata fatta per il publico ingresso in questa fedelissima città di Napoli, del glorioss. nostro monarca Filipe quinto, da' Titolati, Cavalieri et Baroni di questo regno..... In Napoli, per D. A. Parrino e per C. M. L. Mutio, 1702, 8.º*

*Journal du voyage d'Italie de l'invincible et glorieux monarque Philippe V roi d'Espagne et de Naples..... écrit par Antoine Bulifon. Naples, S. a. 8.º, 436 págs.*

---

---

---

## VIAJE

### DE LA REINA D.<sup>a</sup> ISABEL FARNESIO.

---

1714.

El rey Felipe V llevó luto ocho meses por su dulce compañera María Luisa, mientras la princesa de los Ursinos, apoderada de su voluntad y del gobierno de España, le procuraba otra esposa entre cuyas condiciones, al decir de las gentes, sobresalieran la docilidad y sumisión á su albedrío. Como el, por entonces, abate Julio Alberoni pintara á D.<sup>a</sup> Isabel Farnesio, hija del difunto duque Eduardo, excelente princesa, buena parmesana, amante del queso, sin más pensamientos que los de la labor de aguja, hízose la elección y se llevaron á cabo con celeridad las negociaciones matrimoniales, celebrándose el desposorio, por poderes, en Parma el 16 de Septiembre de 1714.

En España se dispuso cuanto era menester para el viaje y recibimiento de la Reina, que había de venir á desembarcar en el puerto de Alicante. Allí fué la casa recientemente nombrada, siendo Mayordomo mayor el

marqués de Santa Cruz, y á Italia el duque de Medina Sidonia, que llevaba la joya.

Se alistaron apresuradamente, la escuadra de galeras que mandaba el duque de Tursi y la de navíos regida por D. Andrés de Pes, mandándolas á la mar con la oferta de proveerlas más adelante de víveres y dinero, que por entonces no había. Don José Patiño fué prolongando dicha oferta tanto tiempo, que llegaron los buques á verse en Génova sin recursos de ninguna especie, atendidos al crédito personal del jefe superior don Andrés de Pes, por cuya industria se arreglaron allí las cámaras de la capitana y adquirieron los efectos necesarios á la asistencia decorosa de la Reina y de su servidumbre.

Cuando acabaron las fiestas espléndidas con que Parma celebró el acontecimiento, el 22 de Setiembre, emprendió D.<sup>a</sup> Isabel la marcha hacia la costa, acompañada del cardenal Aquaviva, los marqueses de Scoti, princesa de Piombino y marqués de las Balbases. Llegó el 30 á Sestri, puerto de Génova, y embarcada en la Capitana unas seis horas, hizo la travesía hasta la capital de la misma República.

La Princesita puso en consternación á la comitiva anunciando que el mareo la molestaba mucho y que había terminado, por consecuencia, su hospedaje en las naves. En vano se procuró insinuar que el viaje por tierra sería muy penoso y largo; que exigía preparativos, carruajes, alojamientos en países extranjeros, en nada de lo cual se había pensado..... por último, que eran terminantes las órdenes del Rey señalando la travesía



hasta Alicante, donde estaba apercebida la recepción: D.<sup>a</sup> Isabel replicó que no admitía observaciones, siendo su voluntad pasar antes por encima del Monte Blanco que volver á pisar una tabla. Así acabó el viaje más breve de esta serie, sin que los cronistas se atrevieran á encarecer los atractivos de nereidas y tritones, guardando para otra ocasión las poéticas elucubraciones prevenidas.

Tres meses en coche pasó la Reina por no pasar algunos días navegando, y como saliera á esperarla en Jadraque la princesa de los Ursinos, con el traje de gala en que estaba, y siendo Nochebuena, la hizo llevar á la frontera con escolta de dragones por primera demostración de su docilidad.

Era, en efecto, la buena parmesana, dice un escritor <sup>1</sup>, la princesa más ambiciosa de Europa, y estaba dotada de la arrogancia espartana, de la tenacidad inglesa, de la astucia italiana y de la vivacidad francesa.

No hay que decir que las escuadras de galeras y navíos se volvieron á España como habían ido.

## REFERENCIAS.

---

*Ragguaglio delle nozze della maestà di Filippo V, e di Elisabetta Farnese, nata Principessa di Parma, Re Catholici delle Spagna, solennemente celebrate in Parma l'anno 1714. In Parma, 1717, fol. con láminas.*

<sup>1</sup> Gebhardt, *Hist. gral. de España*.

En Madrid se publicó otra relación.

*Fragments históricos de la vida de D. José Patiño*, Semanario erudito, t. xxviii.

*Vida del almirante D. Andrés de Pes*, por D. Adolfo de Castro. Cádiz, 1879, 8.º

Causó la ambición de D.<sup>a</sup> Isabel Farnesio el desastre de nuestra armada en Sicilia y la consiguiente ruptura con Inglaterra; á ella se debió en cambio la ligera compensación que refiere el siguiente romance, poco conocido.

## DESEMBARCO DE LOS INGLESES EN VIGO.

---

Triunfo glorioso que han conseguido los valerosos y siempre esforzados gallegos contra la escuadra que arribó á sus playas y puertos en Noviembre de 1719.

¡Oh Nación la más heroica  
De cuantas á España pueblan,  
Pues de tus hijos los hechos  
Están las historias llenas!  
¡Oh, Galicia, siempre insigne,  
Pues todo el mundo celebra  
Con el clarín de la fama  
Tus valerosas empresas!  
Conspiradas contra España  
Todas las fuertes potencias  
De la Europa, procuraron  
Tener rendida y sujeta.  
Por todas partes la embisten  
Ya por mar, ya por la tierra,  
Intentando aniquilarla  
Para quitarla las fuerzas.

No quieren que esté potente  
Y en particular aquellas  
Naciones que la herejía  
Tiene turbadas y ciegas.  
Viendo la liga, y que España  
Estaba firme en su idea,  
Quitando á los enemigos  
Las represalias sin cuenta.  
Y viendo á Bings empeñado  
De Sicilia en la sorpresa,  
Y á Norris en defensión  
De la Reina de Suecia,  
Otra escuadra enarbolaron  
Echando voces que era  
Con el general Miquel  
Para expedición secreta.  
Con la expectación estaba  
Toda la Europa suspensa,  
Sin determinar adonde  
Esta escuadra se congrega.  
Salió el general Miquel,  
Y dando al viento las velas,  
Haciendo mil caravanas,  
Daba vueltas y más vueltas.  
Apenas iba engolfado,  
Cuando las olas se alteran  
Y á poco espacio le embiste  
Una horrorosa tormenta.  
Tres veces se hizo á la mar  
Y otras tantas se le inquieta,  
Indicios que la jornada  
No era con intención buena.  
Sin que se supiera el rumbo,  
Humidos campos navega,  
Y después de algunos días  
Sobre Vigo se presenta.  
Bordos repetidos daba

A vista de sus riberas  
Y con viento favorable  
Se entraron con la mareta.  
Halló el país descuidado,  
Y viendo no hay resistencia,  
Echaron en sus marinas  
Cinco mil hombres de guerra.  
Con escuadrones armados  
Entran por villas abiertas,  
Templando los naturales  
Con su falsa estratagema.  
Apenas se vieron dueños  
De algunos pueblos y aldeas,  
Contribuciones les piden  
A que únicamente anhelan.  
A los que no contribuyen  
Se lo quitaban por fuerza,  
Y á los que se resistían,  
Los roban y los saquean.  
Viendo de los naturales  
La desdicha y la pobreza,  
A lo sagrado se atreven  
De conventos y de iglesias.  
Cuyo arrojo indecoroso  
Y pérfida irreverencia,  
Para defender sus aras,  
Se conspiran y congregan.  
Supo el Virrey tanto insulto,  
Guarneció las fortalezas  
Con los pocos veteranos  
Que había en partes diversas.  
Como unos lobos hambrientos  
Entre rebaños de ovejas,  
Los herejes se cebaban  
Sin género de clemencia.  
Por la falta de soldados  
Risburg no se delibera

Salir á la oposición,  
Porque era dudosa empresa.  
Sentia los desafueros,  
Y en otra parte se alegra,  
Pues su perdición anuncia  
De aquella gente perversa.  
Animaba á los gallegos  
Con valor y con prudencia,  
Hasta que de las Castillas  
Lleguen las tropas que espera.  
Cebados, pues, los herejes  
En los ganados que encuentran,  
Iban inundando campos,  
Con que más la gente inquietan.  
Viendo que de las marinas  
Grande parte señorean,  
A las ciudades envían  
A pedirles la obediencia.  
También las contribuciones  
Las piden con desvergüenzas,  
Y con algunas excusas  
Iban dando tiempo y treguas.  
A la ciudad de Santiago,  
Que es la antigua Compostela,  
La contribución la piden,  
Y que al Hereje obedezca.  
Al Arzobispo le intiman  
Lo mismo, con un trompeta;  
¿Quién á prelados Cristianos  
Vió que á herejes se sometan?  
Al mirar tanta arrogancia,  
O herética avilanteza,  
El Clero y los ciudadanos  
Se unen y se congregan.  
Al arma tocan briosos,  
Respóndeles las escuelas,  
Que son tres mil estudiantes,

Diestros en armas y en letras.  
Viendo, pues, los enemigos  
Que se ponen en defensa,  
Con la codicia del saco  
El ir á Santiago intentan.  
De esta deliberación  
Al Marqués Risburg no pesa,  
Pues así más se apartaban  
De la mar y sus riberas.  
A este tiempo iban entrando  
Las tropas por la Bañeza  
Y hasta doscientos caballos  
En la Coruña se internan.  
Viendo Risburg este auxilio,  
Y en armas la gente puesta,  
Y que hasta las armas toman  
Las casadas y doncellas.  
Anima á los naturales,  
Los exhorta y los alienta,  
Y con sus pocos soldados,  
En campaña se presenta.  
Pónese el inglés en arma  
Y al ver aquellas hileras  
De tantas variables gentes,  
De ellas se burla y desprecia.  
Apenas ven los gallegos  
Que los herejes esperan,  
Cuando acometerlos quieren,  
Aunque en la demanda mueran.  
Mas el Marqués de Risburg  
Con cautelosa prudencia  
Detuvo su furia, en tanto  
Que las demás tropas llegan.  
Conocieron los ingleses  
Que gran número los cercan,  
Y así, como tan sagaces,  
Hacia la marina cejan.

Al ver esto los gallegos,  
Como desatadas fieras,  
Los acometen briosos  
En concertadas hileras.  
Embisten con los herejes,  
Y ellos sólo á la defensa  
Aspiran, para poder  
Tomar del mar las riberas.  
Empiezan á retirarse  
Y en cualquier collado ó senda  
Todo era abortar vesubios,  
Rayos, truenos y centellas.  
En este lance horroroso  
Hubo matrona gallega  
Que llevada de su aliento  
Se halló en las filas primeras.  
Los doscientos de á caballo  
Hicieron aquí proezas,  
Pues no ejecutaban golpe  
Que no truncasen cabeza.  
Con valerosa osadía  
Matan, hieren y atropellan,  
Despreciando de los anglos  
Los golpes de bayoneta.  
Quiso la adversa fortuna  
(Para los nuestros adversa),  
Que cerró la obscura noche,  
Y así cesó la pelea.  
Con esto los enemigos  
Pudieron, estando cerca,  
Tomar refugio en sus naves,  
Y hacerse luego á la vela.  
Hasta la mar los siguieron,  
Y de forma los aprietan,  
Que de lo que habían robado  
Muchos despojos se dejan.  
Amaneció, y la campaña

Se vió de cuerpos cubierta,  
Pues más de mil y doscientos  
Quedaron en la ribera.  
Algunos cabos murieron  
Y otros prisioneros quedan,  
Y de los nuestros aquellos  
Que adelantó su fe excelsa.  
Consiguieron el echar  
Al Hereje de su tierra,  
Que es el triunfo más heroico  
Y la hazaña más suprema.  
Cantaron, pues, la victoria  
Y con salvas la celebran,  
Y en devotos rendimientos  
Con religiosas escenas.  
Esto los nobles gallegos  
Han conseguido, la lengua  
De la fama lo celebre,  
Y aun no bastan sus cadencias.  
Esta fué de los ingleses  
La expedición tan secreta  
Que alborotó á nuestra España  
Y á Europa tuvo suspensa.  
Llévense ese Santiago,  
Y por otro luego vuelvan,  
Que ya los nobles gallegos  
Les tendrán la puerta abierta.  
Gócese, pues, de esta hazaña  
La ilustre nación gallega,  
Pues en el tiempo presente  
Es de grande consecuencia.

(Impreso en dos hojas en 4.º, en Madrid, con licencia, año de 1719.  
Ejemplar en la biblioteca de la Academia de la Historia.)

---